LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

222

En este número, dos obras famosas COMPLETAS:

UN INVIERNO DE MI VIDA

por MAXIMO GORKI

EL COMENDADOR

por CAMILO CASTELLO-BRANCO



Leoplán

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577 — ESMERALDA 116, U. T. 33 - 0063, BUENOS AIRES — AÑO X - N.º 222, 18 AGOSTO 1943

Sumario

Ilustraciones de: **Valencia, Arteche, Bernabó, Villafañe, Gubellini, Valdivia** y **Mariano Alfonso**.

Historietas de: **Caa, Tim, Barta, Villafañe, Toonder, González Fossat**, etc.

FOTOGRAFIAS y CHISTES de DIVERSOS AUTORES



BELLEZA Y ARTE

Una mujer bonita y un buen fotógrafo son dos elementos más que suficientes para llenar de gracia una página. Esta pose de la blonda Ginger Rogers es la mejor demostración de ello.

En el próximo número, dos obras famosas COMPLETAS:

LA JAULA DE TUL, novela policial de **ESTEBAN CORBIERE**

LA ILUSTRE FREGONA, novela ejemplar de **CERVANTES**

Además:

LOS AMORES EN CUARESMA

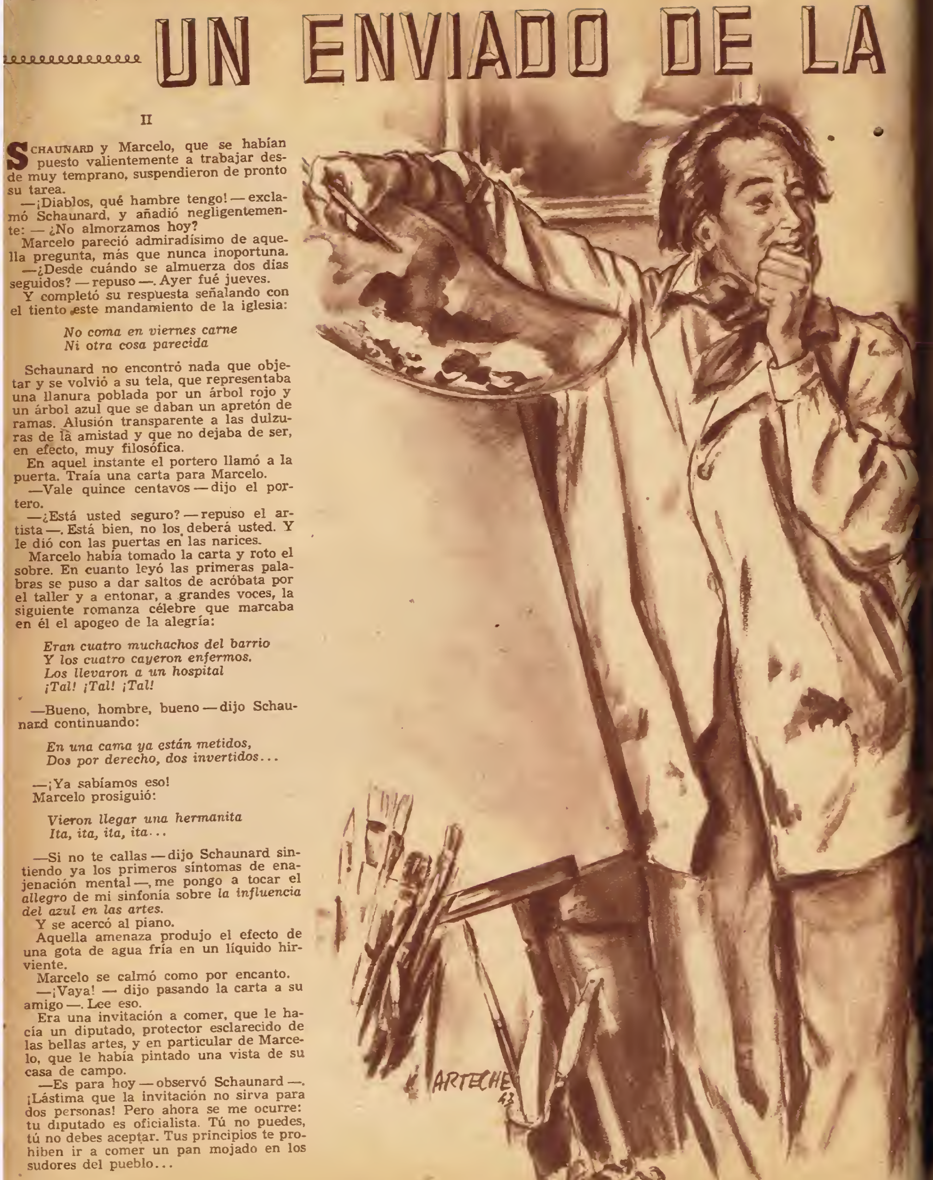
otro episodio de "Escenas de la vida bohemia", de **ENRIQUE MURGER**

Y trabajos de:

ENRIQUE SIENKIEWICZ ◆ SLIMAN BEN IBRAIM ◆ BOJORNSTJERNE BJÖRNSON ◆ FERNANDEZ MORENO ◆ LEONIDAS BARLETTA, ETC., ETC.

LEOPLÁN aparece el 1.º de septiembre - TREINTA CENTAVOS EN TODO EL PAIS

UN ENVIADO DE LA



II

SCHAUNARD y Marcelo, que se habían puesto valientemente a trabajar desde muy temprano, suspendieron de pronto su tarea.

—¡Diablos, qué hambre tengo! — exclamó Schaunard, y añadió negligentemente: — ¿No almorzamos hoy?

Marcelo pareció admiradísimo de aquella pregunta, más que nunca inoportuna.

—¿Desde cuándo se almuerza dos días seguidos? — repuso —. Ayer fué jueves.

Y completó su respuesta señalando con el tiento este mandamiento de la iglesia:

No coma en viernes carne
Ni otra cosa parecida

Schaunard no encontró nada que objetar y se volvió a su tela, que representaba una llanura poblada por un árbol rojo y un árbol azul que se daban un apretón de ramas. Alusión transparente a las dulzuras de la amistad y que no dejaba de ser, en efecto, muy filosófica.

En aquel instante el portero llamó a la puerta. Traía una carta para Marcelo.

—Vale quince centavos — dijo el portero.

—¿Está usted seguro? — repuso el artista —. Está bien, no los deberá usted. Y le dió con las puertas en las narices.

Marcelo había tomado la carta y roto el sobre. En cuanto leyó las primeras palabras se puso a dar saltos de acróbata por el taller y a entonar, a grandes voces, la siguiente romanza célebre que marcaba en él el apogeo de la alegría:

Eran cuatro muchachos del barrio
Y los cuatro cayeron enfermos.
Los llevaron a un hospital
¡Tal! ¡Tal! ¡Tal!

—Bueno, hombre, bueno — dijo Schaunard continuando:

En una cama ya están metidos,
Dos por derecho, dos invertidos...

—¡Ya sabíamos eso!

Marcelo prosiguió:

Vieron llegar una hermanita
Ita, ita, ita, ita...

—Si no te callas — dijo Schaunard sintiendo ya los primeros síntomas de enajenación mental —, me pongo a tocar el *allegro* de mi sinfonía sobre *la influencia del azul en las artes.*

Y se acercó al piano.

Aquella amenaza produjo el efecto de una gota de agua fría en un líquido hirviente.

Marcelo se calmó como por encanto.

—¡Vaya! — dijo pasando la carta a su amigo —. Lee eso.

Era una invitación a comer, que le hacía un diputado, protector esclarecido de las bellas artes, y en particular de Marcelo, que le había pintado una vista de su casa de campo.

—Es para hoy — observó Schaunard —. ¡Lástima que la invitación no sirva para dos personas! Pero ahora se me ocurre: tu diputado es oficialista. Tú no puedes, tú no debes aceptar. Tus principios te prohiben ir a comer un pan mojado en los sudores del pueblo...

PROVIDENCIA

Otro episodio de [redacted]

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

—¡Bah! — repuso Marcelo —. Mi diputado pertenece al centro izquierda. El otro día ha votado contra el gobierno. Por otra parte, me va a proporcionar un encargo y me ha prometido presentarme en la sociedad. Y, además, ¿lo creerás?; a pesar de ser viernes siento una voracidad de Ugolino y quiero comer hoy, sea como sea.

—Hay aún otros obstáculos — añadió Schaunard, algo celoso de la buena suerte de su amigo —. No puedes asistir a una comida vestido de blusa colorada y con una gorra de estibador.

—Iré a que me presten ropa Rodolfo o Colline.

—¡Joven insensato! ¿Olvidas que estamos a más del veinte de mes, y que en esta época esos señores tienen empeñada, además de la ropa, las pólizas?

—Encontraré al menos un traje negro, de aquí a cinco horas — replicó Marcelo.

—Tres semanas necesité yo para encontrar uno cuando estuve en la boda de mi primo; y era a primeros de enero.

—Pues iré como estoy — replicó Marcelo dando grandes zancadas —. No se dirá que por una mísera cuestión de etiqueta he perdido la oportunidad de hacer mi entrada en la alta sociedad.

—A propósito de eso — observó Schaunard, gozando en molestar a su amigo—. ¿Y las botas?

Marcelo se precipitó fuera del cuarto, en un estado de agitación imposible de describir. A las dos horas regresó, portador de un cuello postizo.

—Es cuanto he podido encontrar — dijo lastimeramente.

—No valía la pena de correr por tan poca cosa — acotó Schaunard —. Hay papel aquí para fabricar una docena.

—Pero — dijo Marcelo mesándose los cabellos — alguna ropa hemos de tener, ¡qué diablos! Y comenzó una minuciosa pesquisa por todos los rincones de las dos habitaciones.

Al cabo de una hora de registro consiguió reunir un ajuar compuesto de:

Un pantalón escocés.
Un sombrero gris.
Una corbata roja.
Un guante que había sido blanco.
Un guante negro.

—Eso te hará dos guantes negros en caso de necesidad — anotó Schaunard —. Pero cuando te hayas vestido parecerás un espectro solar. En fin, puesto que eres colorista...

Entretanto, Marcelo trataba de probarse las botas.

¡Fatalidad! Las dos eran del mismo pie.

El artista, desesperado, vió entonces en un rincón una bota vieja en la que metían las vejigas usadas. Se apoderó de ella.

—Vas de Escila a Caribdis — dijo su iró-



nico camarada —. Esta es puntiaguda y la otra roma.

—No se notará. Las betunaré.

—¡Es una idea! Ya no te falta más que el traje negro de rigor.

—¡Oh! — exclamó Marcelo mordiéndose los puños —, por tener uno daría diez años de mi vida y mi mano derecha... ¿sabes?

Oyeron llamar de nuevo a la puerta. Marcelo abrió.

—¿El señor Schaunard? —preguntó un desconocido, quedándose en el umbral.

—Soy yo — respondió el pintor suplicándole que entrara.

—Señor — dijo el desconocido, que ostentaba uno de aquellos honrados rostros que constituyen el tipo del provinciano —: mi primo me ha hablado mucho del talento de usted para los retratos. Yo estoy en vísperas de emprender un viaje a las colonias, a donde voy como delegado de los refinadores de la ciudad de Nantes, y quisiera dejar un recuerdo más a mi familia. Por eso vengo a verle.

—¡Oh, santa Providencia! — murmuró Schaunard —. Acerca, Marcelo, una silla al señor.

—Señor Blancheron — advirtió el desconocido —. Blancheron de Nantes, delegado de la industria azucarera, ex alcalde de V..., capitán de la milicia nacional y autor de un folleto sobre la cuestión de los azúcares.

—Mucho me honra que haya usted pensado en mí para ese trabajo — dijo el artista inclinándose ante el delegado de los refinadores —. ¿Cómo desea usted el retrato?

—En miniatura, como éste — contestó el señor Blancheron, señalando un retrato al óleo, porque para el delegado, como para otros muchos, lo que no es pintura de brocha gorda es miniatura, y no hay términos medios.

Aquella ingenuidad dió a Schaunard la medida de la simplicidad del hombre con quien trataba, sobre todo cuando hubo añadido que deseaba que su retrato fuese pintado con colores finos.

—Nunca empleo otros — contestó Schaunard —. ¿De qué tamaño desea el señor su retrato?

—Así de grande — repuso el señor Blancheron designando un lienzo de veinte pulgadas —. Pero, ¿cuál será su precio?

—De cincuenta a sesenta francos. Cincuenta sin las manos. Sesenta con ellas.

—¡Diablos! Mi primo me había hablado de treinta francos.

—Depende de la estación — repuso el artista —. Los colores son más o menos caros, según la época del año.

—¡Toma! ¿Entonces es como el azúcar?

—Exactamente.

—Vaya por los cincuenta francos — dijo el señor Blancheron.

—Hace usted mal. Por diez francos de aumento tendría usted las manos, en las que pondría yo su folleto sobre las cuestiones azucareras, lo que sería lisonjero para usted.

—¡Calla! Tiene usted razón.

—¡Diablos! — se dijo para sí Schaunard —. Si continúa voy a reventar y le heriré con mis pedazos.

—¿Has observado? — le susurró Marcelo a su oído.

—¿Qué?

—Lleva levita negra.

—Comprendo y me doy cuenta de lo que piensas. Déjame hacer.

—Y bien, señor — dijo el delegado —. ¿Cuándo comenzaremos? No quisiera tardar, porque debo marchar pronto.

—También yo tengo que hacer un viajecito; pasado mañana salgo de París. De manera que si quiere usted vamos a empezar en seguida. Una buena sesión adelantará la obra.

—Pero pronto va a obscurecer y no se puede pintar con luz artificial — objetó el señor Blancheron.

—Mi taller está dispuesto para que se pueda trabajar a todas horas — repuso el pintor —. Si quiere usted quitarse la levita y colocarse en posición, empezaremos.

—¿Quitarme la levita? ¿Para qué?

—¿No me había dicho usted que destinaba su retrato a su familia?

—Sin duda.

—Pues entonces tiene que estar presentado en traje de casa. Es la costumbre, además.

—Pero es que no tengo bata, aquí.

—Pero la tengo yo. El caso está previsto — dijo Schaunard presentando a su modelo un guiñapo plagado de manchas de pintura y que de pronto hizo vacilar al honrado provinciano.

—Singular vestidura — dijo éste.

—Y preciadísima — repuso el pintor —. Es regalo de un visir turco al señor Horacio Vernet, el cual me la ha regalado a su vez. Soy discípulo suyo.

—¿Es usted discípulo de Vernet? — preguntó Blancheron.

—Sí señor, y me honro con ello. ¡Horror! — murmuró para sus adentros —. Reniego de mis dioses!

—Razón tiene usted, joven — observó el delegado endosándose la bata que tenía tan noble origen.

—Cuelga el traje del señor en el perchero — dijo Schaunard a su amigo con un significativo guiño de ojos.

—Oye — murmuró Marcelo precipitándose sobre su presa y designando a Blancheron —. ¡Es muy bueno! ¡Si pudieras quedarte con un trozo!

—Lo intentaré. Pero no se trata de eso. Vístete pronto y vete. Regresa a las diez. Le retendré hasta esa hora. Sobre todo, traeme alguna cosa en los bolsillos.

—Te traeré una piña — contestó Marcelo escapándose.

Vistióse éste corriendo. La levita le sentaba como un guante. Después salió por una puertecita excusada del taller.

Schaunard se había puesto a trabajar. Como llegó la noche, y el señor Blancheron oyó dar las seis, se acordó de que no había comido. Y así se lo dijo al pintor.

—Me hallo en el mismo caso; pero en obsequio a usted no cenaré esta noche. Y, sin embargo, estaba invitado en una casa del *Faubourg Saint Germain*—dijo Schaunard —; pero no podemos distraernos, porque eso comprometería el parecido.

Y puso manos a la obra.

—Por supuesto — dijo de pronto — podríamos cenar sin dejar de trabajar. Abajo hay un excelente restaurante que nos subirá lo que queramos.

Y Schaunard esperó el efecto de su trío de plurales.

—Participo de su idea — repuso Blancheron —, y en desquite, espero que me hará usted el honor de acompañarme a la mesa.

Schaunard se inclinó.

—¡Vamos!—dijo para sus adentros —, es un buen hombre, un verdadero enviado de la Providencia.

Y luego, dirigiéndose a su anfitrión:

—¿Quiere usted hacer la lista? — le preguntó.

—Me hará usted el favor de encargarse de ese cuidado — respondió cortésmente el delegado.

—Tú te arrepentirás Nicolás — cantó el pintor bajando la escalera de cuatro en cuatro.

Entró en el restaurante, se puso en el mostrador y redactó una lista de platos cuya lectura hizo palidecer al batel del negocio.

—Burdeos, como de costumbre.

—¿Y quién pagará?

—No seré yo, probablemente — contestó Schaunard —, sino un tío mío que verá usted arriba, un buen gastrónomo. ¡Por consiguiente, procure usted esmerarse y que nos sirvan dentro de media hora y que sea en vajilla de porcelana, sobre todo!...

. . . .

A las ocho, el señor Blancheron sentía ya la necesidad de explayar en el seno de un amigo sus ideas acerca de la industria azucarera, y recitó a Schaunard el folleto que había escrito.

Este le acompañó al piano.

A las diez, el señor Blancheron y su amigo bailaban el galop y se tuteaban.

A las once juraron no separarse nunca y redactaron sus testamentos legándose recíprocamente sus fortunas.

A medianoche, volvió Marcelo y los halló en brazos uno de otro. Había ya media pulgada de agua en el taller. Lloraban a lágrima viva. Marcelo tropezó con la mesa y vió los espléndidos restos del soberbio festín. Examinó las botellas. Estaban completamente vacías.

Quiso despertar a Schaunard, pero éste le amenazó de muerte si pretendía quitarle a Blancheron, que le servía de almohada.

—¡Ingrato! — exclamó Marcelo sacando de su levita un puñado de avellanas —. ¡Y yo que le traía de comer!

En el próximo número:

LOS AMORES EN CUARESMA



"YO COMENCE A PINTAR



El autor de "La gloria de Don Ramiro" con nuestro cronista, para quien estampa su autógrafo en uno de sus libros.

El agua cristalina del idioma en la jaula pulida de una jarra de plata cincelada. Una perenne angustia de perfección. Inquietudes. El sí y el no.

"Anhelar. Desdeñar. Oi-
[go en tu mecanismo,
reloj, el sí y el no de un
[ritmo contrariado."

Lo eterno. Y lo de hoy. Una influencia mística en un signo pagano. ¿De qué angustia infinita y entrañable viene?... ¿A qué anhelo sublime y misterioso va?...

En una casa completamente española, entre arcones y damascos, entre gloriosas espadas y antiguos bargueños, entre silencios de luna y conversar de libros, junto a sillones fraileros que susurran a media voz leyendas conventuales, y enmohecidas armaduras que añoran el empuje de los Conquistadores, vive un hombre que lee, que pinta, que escribe, que estudia...; que trabaja muchas horas cada día, con el espíritu de rodillas ante el altar de los recuerdos de ayer, y la mirada perdida en la reveladora emoción de mañana.

Él ha dicho: "Toda poesía parece buscar una mano de lazarillo". Quizá también sería necesario un lazarillo para poder caminar con seguridad en el misterio de esta sensibilidad complicada. Don Enrique Larreta, todo finura y simpatía, pleno de encanto y de inteligencia, sabe escudarse en la gracia de la evasiva y hasta en la rotundidad del no, cuando el visitante intenta saber más de lo que él quiere decir.

El firmamento del diálogo se ilumina con el lucero de la poesía.

—Mi obra poética es lo mejor que he hecho.

—¿Prefiere sus versos a sus novelas?

—Desde luego. El público quizá prefiera éstas, porque se comprenden con mayor facilidad...

—¿Cree usted en el resurgimiento de la poesía?

—Sí. Cuando muchos auguraban su desaparición, vibra de nuevo más anhelante, más hermosa y, casi pudiera decirse, más necesaria que nunca. Hoy volvemos a ella, como se corre a las joyas en los naufragios. Acaso la ilusión, en medio de la universal estupidez de estos tiempos, busque allí su último refugio.

Nuestras afinidades raciales nos llevan a conversar sobre los poetas españoles. Larreta me dice convencido:

—Los españoles fueron siempre mejores prosistas que poetas. Entre éstos, los verdaderamente grandes han sido los místicos.

Mi curiosidad picotea aquí y allá buscando conocer algo de la intimidad del artista.

—¿Tiene usted algún "hobby"?

—¡Oh! ¡No! ¡Ninguno!

—Sin embargo, yo sé que se dedica deleitosamente a pintar...

—¡Ah! Pero es que la pintura para mí no es un "hobby". Pintar era mi verdadera vocación... Podríamos decir que la literatura es mi "violín de Ingres".

—Es curioso. Ingres, gran pintor, se ilusionaba por ser violinista. Don Jacinto Benavente me ha confesado que sus momentos verdaderamente gloriosos han sido cuando interpretaba comedias con un grupo de literatos que "jugaban a los cómicos" y daban funciones mensuales. Y es bien sabido que Rossini estaba más orgulloso de haber inventado su fórmula para hacer "caneloni", que de la partitura del "Barbero". Y ahora usted, literato de fama universal, afirma que su verdadera profesión es la pintura.

Uno de los cuadros pintados por don Enrique: Puerta del Adajo, Avila. Ante él, huelga todo comentario.

La casa del escritor. Sus líneas arquitectónicas son como un anticipo de las bellezas que guarda en su interior.

"MUCHO ANTES QUE A ESCRIBIR" NOS DICE Don Enrique Larreta

Por Carmen Pomés

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" FOTOS DE PODESTA Y BORELLI

—Es cierto. Yo comencé a pintar mucho antes que a escribir. Siendo casi un niño, en París, me dedicaba intensamente a hacer acuarelas. Un amigo nuestro, que lo era a su vez de un gran pintor español, se empeñó en presentarme a él para que me tomara por discípulo.

—¿Cómo se llamaba ese pintor?

—Se llamaba Domingo —Y, ante mi rostro impávido, añade: — A usted ese nombre no le dice nada. Sin embargo, era muy bueno. Lo que ocurre es que pintaba al gusto de la época, en un estilo semejante al de Meissonier. Entonces aquello era maravilloso. Pero hoy esos cuadros parecerían horripilantes. ¡No se podrían ni mirar! Desde luego, pintaba muy bien. Conmigo se mostró muy cariñoso. Tanto es así que, a pesar de ganar muchísimo y no dedicarse a la enseñanza, atraído por las condiciones que adivinaba en mí, me tomó como discípulo.

—¿Y lo fué usted mucho tiempo?

—¡No! Figúrese usted que para empezar me dijo: "Nada de perderte en bagatelas. Hay que trabajar en serio. Tienes que comenzar copiando este cuadro". Y me plantó delante nada menos que un lienzo de Goya.

—Y usted, naturalmente, se aburrió...

—¡Claro! ¡Si yo era un muchacho! Me cansé de copiar a Goya, como me cansaba de estudiar matemáticas y física. A esa edad me fastidiaba todo lo que significase trabajo.

—Pero usted siempre ha pintado...

—Sí. No mucho. Aunque en mis horas

Frente al caballete de trabajo, en un rincón de los bellos jardines de su residencia. ⟶





Un lugar de sugestiva belleza, donde todo armoniza. El enfoque muestra un sector del jardín en el marco de dos esbeltas columnas.

Peregrinaciones. En el mediodía de Italia, en Paestum, [illegible] de Salerno, se conservan las ruinas de un templo dórico consagrado a Poseidón, el Neptuno de los romanos. [illegible]

Expuesto al duro azul del mar [illegible]
y bajo el fuego del aire que lo [illegible]
ruina fantasma, [illegible] y leve,
preside espectral un [illegible] napolitano.
Poseidón era el dios. Sentido vano
de un templo que sólo nos conmueve
con su fúnebre ritmo y con el breve
[illegible] de yerbas que le da el verano.
De pronto, por senderos y [illegible]
o sobre las columnas derrumbadas,
unas notas de flauta, pastoriles.
Y todo canta y danza con el vino
de aquel son [illegible] medidas concertadas
todo es eterno el número divino.

Un original de puño y letra del escritor. Se trata de un soneto que su autor eligió al azar entre sus escritos.



En la capilla de la casa se halla este retablo del año 1506 que proviene de la iglesia de Sinobas, junto a Aranda de Duero. Una inscripción dice: "Este Retablo se hizo en honor y reverencia de Nuestra Señora Santa Ana".

libres siempre he tomado algún rato los pinceles. Por distracción. Sin embargo, hace un año que pinto muchísimo. Puede decirse que estos últimos meses me he dedicado exclusivamente a ello, haciendo una verdadera labor. Estos días he abandonado un poco la pintura porque estoy preparando un...

Se interrumpe. Inquiero:

—¿Un libro?

—Sí. Un libro.

—¿Una nueva novela?

—No. No es una novela. Y, por favor, no me pregunte más de ese tema, porque no puedo responderle.

Sin embargo, continúo preguntando:

—¿Tan misterioso es?

—Muchísimo. Es un secreto.

—Si no es una novela... serán versos.

—Tampoco. Es una cosa nueva, distinta. Otra técnica, otro estilo, otra cosa... ¡Y basta! ¡Ya no me arranca usted una palabra más!

—¿Por qué ese secreto?

—Soy supersticioso. Creo que si una creación comienza a divulgarse durante el período de gestación, se malogra. Yo la cuido como cuida el bacteriólogo unos cultivos microbianos para un experimento importante. Usted sabe que el cultivo debe permanecer encerrado y a una temperatura especial. Si alguien abre una puerta y penetra una ráfaga de aire frío, el paciente trabajo de tantos meses se estropea. Igual pienso de la creación literaria. Hablar de ella, antes de tiempo, puede frustrarla.

—Volvamos entonces a la pintura. Quisiera ver sus últimos cuadros y retratarle pintando.

—Mostrarle los cuadros lo haré gustoso... Pero no me quiero retratar pintando. Prefiero retratarme con usted.

—Encantada. Y... también tiene que posar ante el caballete.

Pasamos a un salón-biblioteca, donde tiene sus cuadros. Son unos paisajes bellísimos, de Córdoba. Hay uno, invernal, con los azules diáfanos de las montañas por fondo y un dramático árbol desnudo como tema central, acertadísimo. Y un rincón del jardín árabe de su estancia, que muestra una acequia rodeada de árboles, para mí de singular encanto, quizá por lo que recuerda al Generalife de Granada.

Sobre una mesa, pomos, cajas de tubos de pintura. En un rincón, cartones preparados para pintar —siempre pinta en cartón— y, junto a la ventana, el caballete. Es curioso que, teniendo una casa inmensa, don Enrique haya elegido como "atelier" de pintura un salón-biblioteca. Así tiene a sus cuadros rodeados de sus libros bienamados. Los libros a los que él llama "hospital de pesares y reposo del más hondo vivir". Sus dos grandes amores, prisioneros en estrecho recinto.

Tirados sobre un diván un pantalón azul de jardinero y una especie de delantal verde oscuro. Ambas prendas las usa Larreta para preservarse de las manchas de pintura. Después de hacerse rogar un rato, accede —con su habitual gentileza— a dejarse retratar como pintor.

—¡Esto es ridículo! —exclama.

—¿Le parece ridículo pintar?

—No. Me lo parece el dejarme retratar así.

—No lo crea. El público desea conocer la intimidad de sus predilectos. Vivimos la época del documento gráfico.

—En fin —me asegura amablemente—, es usted una criatura demasiado simpática y me ha hecho hacer lo que yo no quería.

Una breve visita a su despacho.

—Aquí —me dice mostrándome un sillón español y monacal— se habrá sentado seguramente muchas veces Teresa de Cepeda. Perteneció al convento de la Reforma en vida de la Santa.

Un hermoso retrato de Carlos V y debajo una fotografía de Alfonso XIII dedicada al autor en 1925. Larreta me hace observar:

—Fíjese en el borrón de tinta que cayó sobre el XIII al firmar don Alfonso. ¿No le parece que es un presagio de la desgracia del monarca?

¡Qué español es Larreta! ¡Es la segunda vez que habla de supersticiones y de augurios!

De vuelta al salón central, sentados en amplios sillones fraileros, los leños encendidos en la amplia chimenea parecen contarnos antiguas consejas, y yo siento la emoción de hallarme en algún arcaico caserón de patrimonio hidalgo y en tierras de la vieja Castilla.

—¿Trabaja usted mucho?

—Muchísimo. Parece que lo necesitara para vivir —afirma sonriendo—. Soy infatigable. Comienzo mi tarea a las seis y media o a las siete de la mañana y dedico cinco horas a escribir, a leer y a corregir pruebas, etc. Por la tarde también trabajo tres o cuatro horas.

—¿Así que se levanta usted tan temprano?

—Cuidado. Yo no he dicho que me levanto, sino que trabajo. Trabajo en la cama. Para mí el ocio es levantarme. En cuanto lo hago me disperso, paseo, hablo... Por eso no abandono el lecho hasta las doce. Entonces almuerzo y doy un paseo por Belgrano, que es un barrio ideal para pasear.

—Y así conserva impecable la silueta, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente! Un hombre que hace versos no puede estar gordo.

Y ante ese recuerdo se pone a pasear de arriba abajo por el aposento, mientras continuamos conversando.

—¿Necesita usted un ambiente especial para trabajar?

—En absoluto.

—¿Prefiere usted la soledad del campo?

—Al contrario. Escribo siempre en la ciudad. Yo amo muchísimo el campo y allí no puedo encerrarme a trabajar.

—Sin embargo, hay muchos autores que para poder crear necesitan el sosiego eglógico.

—Tal vez no sean verdaderos artistas. El espíritu sensible, sensitivo, cuando está en contacto con la naturaleza se sume en ella y se dedica a impregnarse de su encanto.

—¿Así que usted considera un crimen de lesa campiña encerrarse a meditar cuando se halla en su Arcadia feliz?

—Efectivamente. Para escribir es mejor un ambiente feo. Sí, porque la fealdad que nos rodea nos hace reconcentrarnos y buscar el refugio en nuestra obra para evadirnos. Yo podría escribir perfectamente en una azotea llena de ropa tendida.

Me muestra, con un deleite de enamorado, su retrato hecho por Zuloaga. Una obra de una perfección y de una belleza extraordinarias.

—¡Es un cuadro realmente hermoso! —exclamo entusiasmada.

—¡Es lo mejor que ha hecho Zuloaga! —afirma con su rotundidad tan española.

Tantas antigüedades, tanta obra de arte reunidas, me hacen preguntar todavía:

—¿Colecciona usted algo con preferencia?

—No. Nada. Me gusta mucho construir. Con lo que, sea dicho de paso, doy trabajo a muchos obreros. Pero no crea usted que por afán de lujo. ¡Odio el lujo! Me gusta mucho hacer casas como quien hace libros o cuadros y como obra de educación.

—¿Así... que no le gusta el lujo? —digo mirando la suntuosa habitación en que nos hallamos.

—En absoluto. Usted mira mi casa y piensa que es lujosa; pero no es esa la verdadera palabra. No hay deseo de ostentación, sino afán de belleza, de arte... Me gusta rodearme de cosas nobles e interesantes. Aquí vienen a menudo los niños de los colegios. Por algo será.

Su dinamismo se muestra a cada instante. Camina constantemente, habla, interroga. Quiere mostrarme un libro y pulsa un timbre sobre el muro. Como tardan en acudir, abre una puerta y llama. Después se vuelve a mí sonriendo y me dice:

—Como usted ve, mi casa es completamente española: Cuesta un triunfo el que acuda un criado a un timbre. Sólo hay un remedio infalible: ponerse a leerle un soneto a un amigo. Entonces sí, entonces llega, indefectiblemente, un sirviente a interrumpir.

Reímos. El fotógrafo quiere "sorprendernos" charlando. Observo que Larreta tiene verdadero horror a colocarse en pose.

—¿Por qué? —interrogo.

—Ya es bastante tragedia que lo retraten a uno con magnesio.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar.

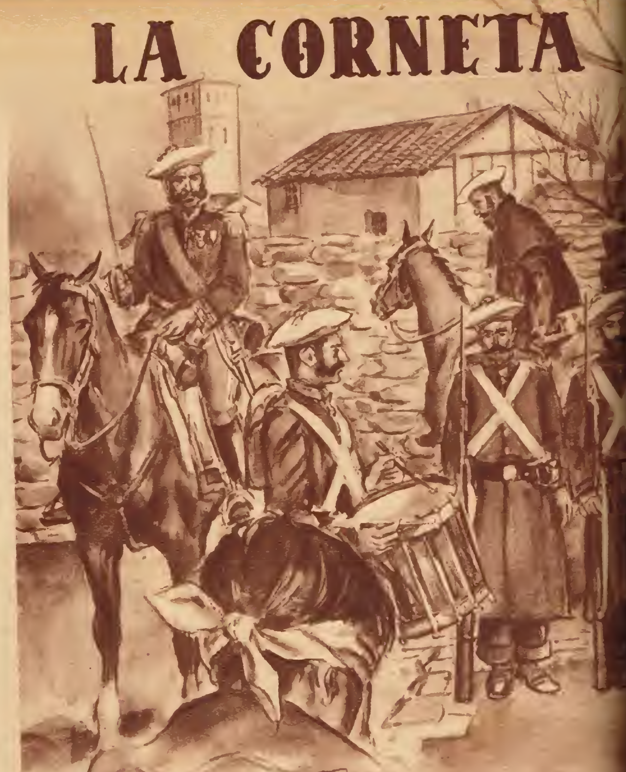
Pero Larreta calla y deja vagar por sus labios una indefinible sonrisa que oculta lo que cruza por su mente, y detiene mi afán de interrogarle.

Un libro gentilmente dedicado. Un apretón de manos cordial. Y un recuerdo imborrable de haber estado una tarde en mi noble y querida España. ◈



EL CUENTO DRAMATICO

LA CORNETA



Querer es poder.

I

Don Basilio, ¡toque usted la corneta y bailaremos! Debajo de estos árboles no hace calor...

—Sí, sí..., don Basilio: ¡toque usted la corneta de llaves!

—¡Traedle a don Basilio la corneta en que se está enseñando Joaquín!

—¡Poco vale! ¿La tocará usted, don Basilio?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—¡Que no!

—¿Por qué?

—Porque no sé.

—¡Que no sabe!... ¡Habrá hipócrita igual!

—Sin duda quiere que le regalemos el oído...

—¡Vaya! ¡Ya sabemos que ha sido usted músico mayor de infantería!...

—Y que nadie ha tocado la corneta de llaves como usted.

—Y que lo oyeron en Palacio..., en tiempos de Espartero...

—Y que tiene usted una pensión...

—¡Vaya, don Basilio! ¡Apiádese usted!

—Pues, señor... ¡Es verdad! He tocado la corneta de llaves; he sido una... una *especialidad*, como dicen ustedes ahora...; pero también es cierto que hace dos años regalé mi corneta a un pobre músico licenciado, y que desde entonces no he vuelto... ni a tararear.

—¡Qué lástima!

—¡Otro Rossini!

—¡Oh! ¡Pues lo que es esta tarde, ha de tocar usted!...

—¡Recuerde que es mi día, papá abuelo!...

—¡Viva! ¡Viva! ¡Ya está aquí la corneta!

—Sí, ¡que toque!

—Un vals...

—No..., ¡una polca!...

—¡Polca!... ¡Quita allá! ¡Un fandango!

—Sí..., sí..., ¡fandango! ¡Baile nacional!

—Lo siento mucho, hijos míos; pero no me es posible tocar la corneta...

—¡Usted, tan amable!...

—Tan complaciente...

—¡Se lo suplica a usted su nietecito!...

—Y su sobrina...

—¡Dejadme, por Dios! He dicho que no toco.

—¿Por qué?

—Porque no me acuerdo; y porque, además, he jurado no volver a aprender...

—¿A quién se lo ha jurado?

—¡A mí mismo, a un muerto, y a tu pobre madre, hija mía!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras.

—¡Oh!... ¡Si supierais a qué costa aprendí a tocar la corneta!... — añadió el viejo.

—¡La historia! ¡La historia! — exclamaron los jóvenes —. Contadnos esa historia.

—En efecto... — dijo don Basilio —, es toda una historia. Escuchadla, y vosotros juzgaréis si puedo o no tocar la corneta...

Y sentándose bajo un árbol, rodeado de unos curiosos y afables adolescentes, contó la historia de sus lecciones de música.

No de otro modo *Mazzepa*, el héroe de Byron, contó una noche a Carlos XII, debajo de otro árbol, la terrible historia de sus lecciones de equitación.

Oigamos a don Basilio

II

"Hace diecisiete años que ardía en España la guerra civil

Carlos e Isabel se disputaban la corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en lucha fratricida.

Tenía yo un amigo, llamado Ramón Gámez, teniente de cazadores de mi mismo batallón, el hombre más cabal que he conocido... Nos habíamos educado juntos; juntos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces, y juntos deseábamos morir por la libertad... ¡Oh! ¡Estoy por decir que él era más liberal que yo y que todo el ejército!...

Pero he aquí que cierta injusticia cometida por nuestro jefe en daño de Ramón; uno de esos abusos de autoridad que disgustan de la más honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al teniente de cazadores abandonar las filas de sus hermanos, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse a la facción, al subordinado matar a su teniente coronel... ¡Buenos humos tenía Ramón para aguantar insultos e injusticias ni al lucero del alba!

Ni mis amenazas, ni mis ruegos, bastaron a disuadirle de su propósito. ¡Era cosa resuelta! ¡Cambiaría el morrión por la boina, odiando como odiaba mortalmente a los facciosos!

A la sazón nos hallábamos en el Principado, a tres leguas del enemigo.

Era la noche en que Ramón debía desertar, noche lluviosa y fría, melancólica y triste, víspera de una batalla. A eso de las doce entró Ramón en mi alojamiento. Yo dormía.

—Basilio... — murmuró a mi oído.

—¿Quién es?

—Soy yo. ¡Adiós!

—¿Te vas ya?

—Sí; adiós.

Y me asió una mano.

—Oye... — continuó —, si mañana hay, como se cree, una batalla, y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé; somos amigos.

—Bien; nos damos un abrazo, y nos batimos en seguida. ¡Yo moriré mañana regularmente, pues pienso atropellar por todo hasta que mate al teniente coronel! En cuanto a ti, Basilio, no te expongas... La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte comandante... — exclamó Ramón —. La paga no es humo..., sino después que uno se la ha fumado... ¡Ay! ¡Todo se acabó para mí!

—¡Qué tristes ideas! — dije yo no sin susto —. Mañana sobreviviremos los dos a la batalla.

—Pues emplacémonos para después de ella...

—¿Dónde?

—En la ermita de San Nicolás, a la una de la noche. El que no asista, será porque haya muerto.

—¿Quedamos conformes?

—Conformes.

—Entonces... ¡Adiós!

—Adiós.

Así dijimos; y después de abrazarnos tiernamente, Ramón desapareció en las sombras nocturnas.

III

Como esperábamos, los facciosos nos atacaron al siguiente día. La acción fué muy sangrienta, y duró desde las tres de la tarde hasta el



DE LLAVES

Por
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

anochecer. A cosa de las cinco, mi batallón fué rudamente acometido por una fuerza de alaveses que mandaba Ramón.

¡Ramón llevaba ya las insignias de comandante y la boina blanca de carlista!...

Yo mandé hacer fuego contra Ramón, y Ramón contra mí: es decir, que su gente y mi batallón lucharon cuerpo a cuerpo. Nosotros quedamos vencedores, y Ramón tuvo que huir con los muy mermados restos de sus alaveses; pero no sin que antes hubiera dado muerte por sí mismo, de un pistoletazo, al que la víspera era su teniente coronel; el cual en vano procuró defenderse de aquella furia.

A las seis, la acción se nos volvió desfavorable, y parte de mi pobre compañía y yo fuimos cortados y obligados a rendirnos...

Condujéronme, pues, prisionero a la pequeña villa de..., ocupada por los carlistas desde los comienzos de aquella campaña, y donde era de suponer que me fusilarían en seguida.

La guerra era entonces sin cuartel.

IV

Sonó la una de la noche de tan aciago día: ¡la hora de mi cita con Ramón! Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel pública de dicho pueblo. Pregunté por mi amigo, y me contestaron:

—¡Es un valiente! Ha matado a un teniente coronel. Pero habrá perecido en la última hora de la acción...

—¡Cómo! ¿Por qué lo decís?

—Porque no ha vuelto del campo, ni la gente que ha estado hoy a sus órdenes da razón de él...

¡Ah! ¡Cuánto sufrí aquella noche! Una esperanza me quedaba... Que Ramón me estuviese aguardando en la ermita de San Nicolás, y que por este motivo no hubiese vuelto al campamento faccioso.

—¡Cuál será su pena al ver que no asisto a la cita! —pensaba yo—. ¡Me creerá muerto! ¿Y, por ventura, tan lejos estoy de mi última hora? ¡Los facciosos fusilan ahora siempre a los prisioneros; ni más ni menos que nosotros!...

Así amaneció el día siguiente. Un capellán entró en mi prisión. Todos mis compañeros dormían.

—¡La muerte! —exclamé al ver al sacerdote.

—Sí —respondió éste con dulzura.

—¡Ya!

—No: dentro de tres horas.

Un minuto después habían despertado mis compañeros. Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prisión.

V

Todo hombre que va a morir suele aferrarse a una idea cualquiera y no abandonarla más. Pesadilla, fiebre o locura, esto me sucedió a mí. La idea de Ramón; de Ramón vivo, de Ramón muerto, de Ramón en el cielo, de Ramón en la ermita, se apoderó de mi cerebro de tal modo, que no pensé en otra cosa durante aquellas horas de agonía.

Quitáronme el uniforme de capitán, y me pusieron una gorra y un capote viejo de soldado. Así marché a la muerte con mis diecinueve compañeros de desventura... Sólo uno había sido indultado... ¡por la circunstancia de ser músico! Los carlistas perdonaban entonces la vida a los músicos, a causa de tener gran falta de ellos en sus batallones...

—Y, ¿era usted músico, don Basilio? ¿Se salvó por eso? —preguntaron todos los jóvenes a una voz.

—No, hijos míos... —respondió el veterano—. ¡Yo no era músico!

Formóse el cuadro, y nos colocaron en medio de él. Yo hacía el número once, es decir, moriría el undécimo. Entonces pensé en mi mujer y en mi hija, ¡en ti y en tu madre, hija mía!

Empezaron los tiros... ¡Aquellas detonaciones me enloquecían! Como tenía vendados los ojos, no veía caer a mis compañeros. Quise contar las descargas para saber, un momento antes de morir, que se acababa mi existencia en este mundo... Pero a la tercera o cuarta detonación perdí la cuenta... ¡Oh! ¡Aquellos tiros tronarán eternamente en mi corazón y en mi cerebro, como tronaban aquel día!

Ya creía oírlos a mil leguas de distancia; ya los sentía reventar dentro de mi cabeza. ¡Y las detonaciones seguían!

—¡Ahora! —pensaba yo.

Y crujía la descarga, y yo estaba vivo.

—¡Ésta es!... —me dije por último.

Y sentí que me agarraban por los hombros, y me sacudían, y me daban voces en los oídos...

Caí... No pensé más... Pero sentía algo como un profundo sueño... Y soñé que había muerto fusilado.

Luego soñé que estaba tendido en una camilla, en mi prisión. No veía. Llevéme la mano a los ojos como para quitarme una venda, y me toqué los ojos abiertos, dilatados... ¿Me había quedado ciego?

No... Era que la prisión se hallaba llena de tinieblas. Oí un doble de campanas..., y temblé. Era el toque de *Ánimas*.

—Son las nueve —pensé—. Pero, ¿de qué día?

Una sombra más obscura que el tenebroso aire de la prisión se inclinó sobre mí.

Parecía un hombre...

¿Y los demás? ¿Y los otros diez y ocho? ¡Todos habían muerto fusilados! ¿Y yo? Yo vivía, o deliraba dentro del sepulcro.

Mis labios murmuraron maquinalmente un nombre, el nombre de siempre, mi pesadilla...

—"¡Ramón!".

—¿Qué quieres? —me respondió la sombra que había a mi lado.

Me estremecí.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Estoy en el otro mundo?

—¡No! —dijo la misma voz.

—Ramón, ¿vives?

—Sí.

—¿Y yo?

—También.

—¿Dónde estoy? ¿Es ésta la ermita de San



Nicolás? ¿No me hallo prisionero? ¿Lo he soñado todo?

—No, Basilio; no has soñado nada. Escucha. Como sabrás, ayer maté al teniente coronel en buena lid... ¡Estoy vengado! Después, loco de furor, seguí matando..., y maté... hasta después de anochecido..., hasta que no había un cristiano en el campo de batalla... Cuando salió la luna, me acordé de ti. Entonces enderecé mis pasos a la ermita de San Nicolás con intención de esperarte. Serían las diez de la noche. La cita era a la una, y la noche antes no había yo pegado los ojos... Me dormí, pues, profundamente. Al dar la una, lancé un grito y desperté. Soñaba que habías muerto... Miré a mi alrededor, y me encontré solo. ¿Qué había sido de ti? Dieron las dos..., las tres..., las cuatro... ¡Qué noche de angustia! Tú no aparecías... ¡Sin duda habías muerto!... Amaneció.

Entonces dejé la ermita y me dirigí a este pueblo en busca de los facciosos.

Llegué al salir el sol. Todos creían que yo había perecido la tarde antes... Así fué que, al verme, me abrazaron, y el general me colmó de distinciones. En seguida supe que iban a ser fusilados veintiún prisioneros. Un presentimiento se levantó en mi alma.

—¿Será Basilio uno de ellos? —me dije.

Corrí, pues, hacia el lugar de la ejecución. El cuadro estaba formado. Oí unos disparos... Habían empezado a fusilar. Tendí la vista...; pero no veía... Me cegaba el dolor; me desvanecía el miedo. Al fin te distingo... ¡Ibas a morir fusilado! Faltaban dos víctimas para llegar a ti... ¿Qué hacer? Me volví loco; di un grito; te cogí entre mis brazos, y, con una voz ronca, desgarradora, tremebunda, exclamé:

—¡Éste no! ¡Éste no, mi general!...

El general, que mandaba el cuadro, y que tanto me conocía por mi comportamiento de la víspera, me preguntó:

—Pues qué, ¿es músico?

Aquella palabra fué para mí lo que sería para un viejo ciego de nacimiento ver de pronto el sol en toda su refulgencia.

La luz de la esperanza brilló a mis ojos tan súbitamente, que los cegó.

—¡Músico —exclamé—; sí..., sí..., mi general! ¡Es músico! ¡Un gran músico!

Tú, entretanto, yacías sin conocimiento.

—¿Qué instrumento toca? —preguntó el general.

—El... la... el... el...; ¡sí!... ¡justo!..., eso es..., ¡la corneta de llaves!

—¿Hace falta un corneta de llaves? —preguntó el general, volviéndose a la banda de música.

—Sí, mi general; hace falta —respondió el músico mayor.

—Pues sacad a ese hombre de las filas, y que siga la ejecución al momento... —exclamó el jefe carlista.

Entonces te tomé en mis brazos y te conduje a este calabozo.

VI

No bien dejó de hablar Ramón, cuando me levanté y le dije, con lágrimas, con risa, abrazándolo, trémulo, yo no sé cómo:

—¡Te debo la vida!

—¡No tanto! —respondió Ramón.

—¿Cómo es eso? —exclamé.

—¿Sabes tocar la corneta?

—No.

—Pues no me debes la vida, sino que he comprometido la mía sin salvar la tuya.

Quedéme frío como una piedra.

—¿Y música? —preguntó Ramón—. ¿Sabes?

—Poca, muy poca... Ya recordarás la que nos enseñaron en el colegio...

—¡Poco es, o, mejor dicho, nada! ¡Morirás sin remedio!... ¡Y yo también, por traidor..., por falsario! Figúrate tú que dentro de quince días estará organizada la banda de música a que has de pertenecer!...

—¡Quince días!

—¡Ni más ni menos! Y como no tocarás la corneta... (porque Dios no hará un milagro), nos fusilarán a los dos sin remedio.

—¡Fusilarte! —exclamé—. ¡A ti! ¡Por mí! ¡Por mí, que te debo la vida! ¡Ah, no, no querrá el cielo! Dentro de quince días sabré música y tocaré la corneta de llaves.

Ramón se echó a reír.

VII

—¿Qué más queréis que os diga, hijos míos? En quince días... ¡oh poder de la voluntad! En quince días con sus quince noches (pues no dormí ni reposé un momento en medio mes), ¡asombraos!... ¡En quince días aprendí a tocar la corneta!

¡Qué días aquellos!

Ramón y yo nos salíamos al campo, y pasábamos horas y horas con cierto músico que diariamente venía de un lugar próximo a darme lección...

¡Escapar!... Leo en vuestros ojos esta palabra... ¡Ay! ¡Nada más imposible! Yo era prisionero, y me vigilaban... Y Ramón no quería escapar sin mí. Y yo no hablaba, yo no pensaba, yo no comía... Estaba loco, y mi monomanía era la música, la corneta, la endemoniada corneta de llaves... ¡Quería aprender, y aprendí! Y, si hubiera sido mudo, habría hablado... Y, paralítico, hubiera andado... Y, ciego, hubiera visto. ¡Porque *quería!*

¡Oh! ¡La voluntad suple por todo! *Querer es poder.*

Quería: ¡he aquí la gran palabra! *Quería*.... y lo conseguí. ¡Niños, aprended esta gran verdad!

Salvé, pues, mi vida y la de Ramón. Pero me volví loco. Y, loco, mi locura fué el arte. En tres años no solté la corneta de la mano. *Do-re-mi-fa-sol-la-si;* he aquí mi mundo durante todo aquel tiempo. Mi vida se reducía a soplar. Ramón no me abandonaba... Emigré a Francia, y en Francia seguí tocando la corneta. ¡La corneta era yo! ¡Yo cantaba con la corneta en la boca! Los hombres, los pueblos, las notabilidades del arte se agrupaban para oírme...

Aquello era un pasmo, una maravilla...

La corneta se doblegaba entre mis dedos; se hacía elástica, gemía, lloraba, gritaba, rugía; imitaba al ave, a la fiera, al sollozo humano.

—Mi pulmón era de hierro.

Así viví otros dos años más. Al cabo de ellos falleció mi amigo. Mirando su cadáver, recobré la razón...

Y cuando, ya en mi juicio, cogí un día la corneta... (¡qué asombro!), me encontré con que no sabía tocarla...

¿Me pediréis ahora que os haga son para bailar?".

¡Una enciclopedia NO ES





UNA UNIVERSIDAD!

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 60
Contador General	$ 190
Contador Mercantil	$ 130
Jefe Oficina	$ 100
Empleado Bancario	$ 105
Cajero	$ 40
Emp. de Comercio	$ 40
Corresponsal	$ 40
Secretariado	$ 95
Mecanografía	$ 18
Taquigrafía	$ 42
Téc. Arg. Cinem.	$ 175
Taqui-mecanógrafo	$ 50
Caligrafía	$ 30
Aritmética Comercial	$ 28
Redac. y Ortografía	$ 37
Martillero Público	$ 54
Procuración	$ 150
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130
Química Industrial	$ 125
Técnico en Vinos y Licores	$ 100
Jabones y Perfumes	$ 100
Telegrafía (c. discos)	$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Aceites y Grasas	$ 70
Dibujo Artístico	$ 100
Dibujo Ind y Com.	$ 105
Adminis. de Hoteles	$ 100
Radiotelefonía	$ 170
Electrotécnico	$ 100
Construcción	$ 170
Arquitectura	$ 185
Mecánico Automóvil	$ 140
Mecánico Aviación	$ 160
Motores a Explosión	$ 140
Perito Agrónomo	$ 195
Adm. de Estancias	$ 100
Técnico Tambero	$ 60
Mecánico Agrícola	$ 65
Avicultura	$ 45
Jard. y Arboricultura	$ 78
Motores Diesel	$ 160
Corte y Confección	$ 39
Radiotelegrafía	$ 165
Inglés (c. discos)	$ 150

En una Institución seria de Enseñanza por Correo, como la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, un curso no consiste simplemente en el envío de unos cuadernos con datos enciclopédicos, sino en una cantidad de lecciones hábilmente desarrolladas por maestros expertos, y — lo que es más importante — en la vigilancia del alumno desde la primera lección, aconsejado en forma individual por nuestros profesores.

Por eso, es muy importante que Ud. sea exigente en la elección del instituto de enseñanza al cual confiará su futuro.

Más de 40.000 ex alumnos triunfantes y el enorme prestigio alcanzado por nuestra Universidad son su mejor garantía de éxito.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

CHILE
Italo Composto S.
Conell 1529, Valparaíso

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulién, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE .

DIRECCION

LOCALIDAD ..

PROVENTAS

L. 222

EN BUENOS AIRES HAY MAS DE

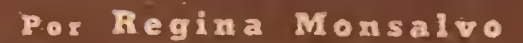
Mientras el peluquero maquilla a una de sus compañeros, otra de las jóvenes actrices del "Teatro Popular José González Castillo", contempla la laboriosa operación.



Los camarines del "Teatro Libre Florencio Sánchez", en noche de representación. Actores y actrices se maquillan entre sí.

Dos figuras del elenco de "El Tinglado", durante un ensayo.

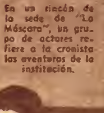
40 TEATROS INDEPENDIENTES



Por Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOS DE ANGEL CASTELLANO, JULIO PODESTA Y MARIO BORELLI





En un rincón de la sede de "La Máscara", un grupo de actores refiere a la cronista las aventuras de la institución.



Una escena de "El Café", de Goldoni, interpretada por dos figuras de la agrupación "Juan B. Justo".



Cumpliendo con su labor solidaria, uno de los pintores de la "Agrupación Artística Victoria" prepara el decorado para la presentación de un número de coreografía.



El director del teatro "Los Bancarios", rodeado de un grupo de figuras de su elenco, comentando el texto de una obra de próxima representación.



Otro momento de trabajo y actividad en el teatro independiente "El Tinglado" en el ensayo de una escena de cierta intensidad.

Dignos de aplauso

Cuando en el año 1942 el Instituto Nacional de Estudios del Teatro llamó a concurso para un certamen de compañías de teatros independientes, más de cuarenta agrupaciones de este carácter se presentaron para su inscripción. Si se tiene en cuenta que cada una de estas agrupaciones está formada por unos veinticinco adherentes, se comprenderá la importancia que este movimiento artístico ha alcanzado ya entre nosotros.

Hemos visitado algunas de las principales agrupaciones de arte escénico de Buenos Aires, hablando con sus directores y departiendo con sus intérpretes. En todas partes hemos hallado el mismo entusiasmo, el mismo amor desinteresado por la escena, la misma fe en un resurgimiento espiritual; pero, al propio tiempo, en muchos de ellos, los mismos problemas: la falta de local adecuado y la exigüidad de los recursos disponibles.

Finalmente, nos hemos preguntado: ¿Saldrá de alguna de estas agrupaciones la gran figura o el gran movimiento colectivo, susceptible de provocar la esperada renovación de nuestro teatro nacional?

Solamente el tiempo dará la medida de la influencia real que puedan adquirir los trabajos que hoy se realizan. Pero de lo que no se puede dudar es de que todos estos centros son altamente acreedores a la simpatía y al aplauso del público.

"Teatro Popular José González Castillo"

Uno de los primeros teatros independientes que visitamos es el llamado "Teatro Popular José González Castillo", que funciona en Loria 1536. Se trata en cierto modo de un cuadro veterano. Fundado en 1932, ha cumplido sus once años de existencia. Surgió en la Peña "Pacha-Camac", en la terraza de un café del barrio de Boedo. Al principio se llamó "Las Cigarras". Posteriormente tomó el nombre de la Peña a que pertenecía. Finalmente, al fallecer el escritor y dramaturgo José González Castillo, tomó el nombre del que había sido su animador y fundador. Ha dado más de 200 representaciones, poniendo en escena más de setenta obras.

Desde el vestuario, hasta el decorado, todo es fabricado y dispuesto por sus componentes. Allí se trabaja rigurosamente "por amor al arte". Nadie pide ni acepta retribución. Las actrices cosen sus propios vestidos. Los artistas de la institución pintan los decorados.

Los integrantes de su elenco han conocido muchos contrastes. En cierta ocasión, a raíz de un desalojo por reformas, todo este templo de Talía fué a parar, con muebles y decorados, al sótano de una "pizzería".

La agrupación tiene anécdotas famosas. Un día se corrió la voz de que uno de sus componentes, Nino Graciani, se había casado. Y se resolvió darle una comida en su homenaje y en el de la recién casada. Nino concurrió en compañía de su flamante esposa. Al llegar a los postres, González Castillo, que presidía la mesa, se levantó para hablar. Primero lo hizo en serio, luego sus palabras fueron tales, que todo el mundo, incluso las actrices presentes, se alarmaron. Se creyó que el orador era víctima de los vapores del brindis. Parecía que aquello iba a terminar en una catástrofe. En ese preciso instante, González Castillo se acercó a la pareja y, arrancando la peluca de la "novia", descubrió que la "joven" desposada no era otra cosa que un muchacho, íntimo amigo de Nino, que se había prestado para representar ese papel. Pasado el instante tremendo, todos rieron, aunque las chicas que habían cumplimentado con todo cariño a la "desposada" — actrices todas —, todavía no se explican, un poco indignadas, cómo no descubrieron a tiempo aquella obra maestra de maquillaje...

"Los Bancarios"

Cada una de las instituciones teatrales que visitamos tiene características especiales. La agrupa-

Un galán y una primera actriz de "La Cortina", en el momento culminante de una escena amatoria.



En el escenario de "La Cortina", varios componentes del cuadro ensayan diversas escenas de diálogos amorosos.

Algunos de los integrantes de la "Asociación Artística Victoria", aparecen aquí ensayando uno de los actos de una obra.

ción titulada "Los Bancarios" — formada exclusivamente por empleados de banco —, sólo representa obras de autores nacionales que ya se hayan acreditado como éxitos indiscutibles. La entidad se organizó por iniciativa del señor Pascual Verdemarina, contando con la colaboración y la experiencia del veterano actor José Constanzó, que fué uno de los primeros galanes de la antigua compañía de Roberto Casaux y de la de Pablo Podestá. "Los Bancarios" obtuvieron en el concurso del Instituto del Teatro una gran satisfacción artística: les correspondió medalla de plata y diploma, otorgados a la representación de la obra "Marcos Severi", de Payró. Uno de sus intérpretes, Marcos Schiavi, conquistó uno de los premios para actuaciones individuales.

Muchas veces, las representaciones de "Los Bancarios" se efectúan a total beneficio de las sociedades y cooperadoras escolares, y con su producto se adquieren guardapolvos y útiles para los niños pobres.

También la historia teatral de "Los Bancarios" está salpicada de anécdotas. La actriz Irma Patrucci Cané nos relata cómo, en cierta ocasión, en una escena en que debe abandonar el cochecito en que duerme su hijito, para socorrer a su esposo desmayado en pleno drama, ese cochecito comenzó a deslizarse por el plano inclinado del escenario hacia la platea. Fueron momentos de verdadera angustia. Entre el drama ficticio del esposo desmayado, y el drama real que se iba a producir si el coche se caía a la platea, la actriz optó por conjurar el segundo. Y abandonando el papel tuvo que correr para impedir la catástrofe...

"Teatro Juan B. Justo"

Lo mismo que la anterior, la agrupación constituída bajo el nombre de "Juan B. Justo", carece de local propio y tiene que apelar a la buena voluntad de otros círculos e instituciones. En la actualidad desarrolla su temporada en el "Círculo Gurruchaga", Donato Álvarez 1545, poniendo en escena "El Café", de Goldoni.

En su labor, que es muy vasta, descuella su sección de teatro infantil. Enrique Agilda, su director, nos explica hasta qué punto la imaginación infantil vive y se complace en el teatro. Actuando en el patio de una escuela, sin decorados ni nada que apoyara la ilusión de la escena, los pequeños actores se referían repetidamente a un pozo que se suponía existía fuera del tablado. Cuando la representación terminó, los niños espectadores comenzaron a buscar el célebre pozo, no obstante conocer muy bien su escuela y no haberlo visto jamás. La ficción es más fuerte que la realidad; y en ese poder de ilusión estriba la virtud educativa del teatro.

La agrupación "Juan B. Justo" nació en el seno del partido socialista, destinada a tener un carácter doctrinario. Pero la práctica demostró que el arte no admite limitaciones a priori y, finalmente, la entidad optó por llevar a escena todo lo que entrañara un valor de arte, prescindiendo de su color ideológico.

Siguiendo la norma de todos los teatros experimentales, el "Juan B. Justo" se abstiene de destacar los nombres de componentes de su elenco. La labor es colectiva. Los aplausos y los honores pertenecen a la comunidad.

"Teatro Experimental Buenos Aires"

Aunque el "Teatro Experimental de Buenos Aires" cuenta solamente con dos años de existencia, ya ha obtenido un éxito digno de mención. En el concurso promovido por el "Instituto Nacional de Estudios del Teatro" obtuvo el premio especial a la mejor dirección y presentación con la pieza "El Relojero", de Armando Discépolo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)



Una escena de "Espectros", de Ibsen, presentada por el elenco del "Teatro Experimental Buenos Aires".

¿Para qué sirve la

Mucha gente cree que la literatura no sirve absolutamente para nada y que su ejercicio es mero devaneo vanidoso de un ser más o menos insignificante, hinchado, insoportable e inservible, a quien se llama generalmente autor y que llena sus ocios de una exclusiva e incalculable ambición de incienso y alabanza. Este criterio ha sido, sobre poco más o menos, eterno, pero su vigencia principal ocurre en los países de cultura reciente; en los otros, también ocurre y en todos los tiempos ocurrió, con la diferencia de que en esos otros países, de cultura estabilizada, existen algunos agentes o *élites* o minorías selectas, cuyo cargo consiste precisamente en rescatar del descuido y ligereza comunes el aporte de la literatura de sus suelos. Estas minorías selectas, cuya función primordial es, pues, la de conservar, cuidar y discriminar, son las que definen por antonomasia el grado de cultura de un país y las que más arduamente se forman en las naciones de cultura todavía no estabilizada.

¿Cómo obran y qué función verdadera tienen, en suma, esas minorías selectas? Esta: la de ir decantando, eligiendo y clasificando las esencias y particularidades constantes que el análisis de una literatura nacional arroja a través de sus diferentes fechas. Son, pues, estos señores, como químicos puestos a analizar las corrientes fluviales que en su tierra vienen subiendo y bajando por entre las variaciones del paisaje físico y temporal.

Son ellas, por tanto, quienes ponen en claro, acusan y revelan, las cargas típicas y propias, diferentes, intransferibles, inconfundibles, que el río de una literatura particular trae incorporadas — y poco visibles a primera vista — en su caudal. Dicen así estas minorías selectas para qué ha servido la literatura a cuyo examen se aplican. ¿Y el servicio que proclaman es de naturaleza ornamental o decorativa, ingrávido, casual, meramente lírico, mero canto, mero ejercicio de razones artificiosamente compaginadas en una armonía sonora? ¿Es gratuita fuga? ¿Es melodía pura, pura armonía?

Nada de eso. El fruto de esa decantación y de ese análisis es el complejo llamado hombre nacional o sea esencia espiritual y genio peculiar del hijo de cada tierra, con sus aspectos entrañables y diferentísimos. La crónica de la acción máxima o gesta épica de un pueblo no basta a definirlo en tanto que esas actitudes no vienen a caer separadas, pesadas y contadas en la literatura que las discierne y estructura. Y como vehículo de reflexión unitiva y prospectiva, como agente de continuado y permanente estimulo de las virtudes y debilidades propias de una nacionalidad, también sirve en primer término y de modo eminente la propia literatura, cuyo papel no es sólo el de universalizar el genio nacional al nacionalizarlo hasta la veta última del alma original de un pueblo dado, sino, asimismo, el de nacionalizar aún más ese genio al universalizarlo.

¡Pobres de los países que ignoran el sistema nervioso de su genio! El hombre inglés del alto Renacimiento lo han aprendido los ingleses, más que en los documentos de su acción histórica, en la dramaturgia de ese período, y no sólo en Shakespeare, sino aun tal vez más en Fletcher y Beaumont. ¿Qué decir del pueblo ruso, del alemán, del italiano? Turguenef y Goethe y Schiller y Carducci han hecho mucho más por la definición de esos conglomerados



SARMIENTO — SCHILLER — LUGONES

literatura?



Por
EDUARDO MALLEA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

particulares que la mejor tradición oral, pues a esta misma la han seleccionado y ordenado en sus ápices, aclarándola también en sus simas y dando a las crestas el sumo colorido de belleza al articular orgánicamente el sistema completo de su reposo y movimiento.

Ciego de literatura, un país estaría condenado a ser ciego de sí mismo, pues literatura, como aparece obvio, no es otra cosa que verbo confesional, verbo interpretativo, verbo reclamante y estimulante. Incluso en las modalidades de la letra misma carga una literatura nacional expresiones definidoras, rasgos reveladores. La prosa francesa, el subjetivismo italiano, la vehemencia pasional de los rusos, vivos están en la letra de sus obras literarias, que en un caso es orden, en el otro lirismo ardiente, en el otro precipitación y naturalidad, de tan viva casi oral.

Gracias a Dios tenemos los argentinos en nuestro decurso dos expedientes literarios de la naturaleza — felizmente antipódica — de un Sarmiento y un Cané. Conserva el primero entre las bridas de su prosa manifestaciones de una energía de alma insuperable, mientras retiene el segundo en el mecerse de su prosa clarísima las cualidades inherentes a un señorío, una mesura, un gusto y una proporción igualmente insuperables. ¡Y qué coraje nativo, qué bravío temple de naturaleza están, enteros, en los relatos gauchos de Lugones!

Estas características nuestras, vivas están en nuestra literatura y pocas acciones nos revelarían igual riqueza y pluralidad en la unidad. Sarmiento y Cané nos rinden completos porque son tan diferentes y porque esta diferencia es tan dilatada y tan nuestra. Así nos sirven los dos: para definirnos como almas únicas con extensión compleja y en una medida verdaderamente espléndida.

Aparte, por tanto, de sus aportaciones y atributos semánticos, filológicos, gramaticales, lingüísticos y estilísticos, las literaturas particulares no sólo nos proporcionan retratos morales de extraordinario poder revelador: nos proporcionan, asimismo, los elementos dignos de perduración y constancia de tal retrato en su faz de futuro y movilidad. Al separar, aislar, condensar los rasgos imponderables de un tipo de hombre nacional, lo proyectan; y al proyectarlo reflejan sus elementos de eternidad.

De ahí que me parezca justa una atención depurada y constante a los elementos formativos y a las esencias válidas de la propia literatura. Al indagarla y atenderla con profundidad se enriquece el medio que la ha producido. Allí donde hay indiferencia por la literatura nacional hay indiferencia por el hombre nacional. "Cazador sutil el que entra en la selva para cazar palabras. Y donde sorprende al árbol que canta, como aquel escriba del Louvre, prepara su estilo y sus tablillas de cera, anula su voluntad, y espera calladamente el dictado", dice Alfonso Reyes al hablar de los recopiladores del tema popular. Obra de sutiles cazadores es también la de atrapar los sentidos más hondos e invisibles ocultos en el fluir de una singular literatura. Pero de cazadores cuya voluntad no está anulada, cuya voluntad vigila y discrimina con alerta y con goce, al ir hallando los rasgos más inesperados en el andar espiritual de un hombre en marcha.

Eduardo Mallea

TURGUENEF

CANE

CARDUCCI

ACTUALIDADES GRAFICAS



REUNION. — Constituyó una nota destacada en nuestros círculos sociales la reunión que en honor de la esposa del presidente de la Nación, señora María Inés Lobato Mulle de Ramírez, ofreciera en su residencia la esposa del encargado de negocios de la República de Honduras, señora Lola Sara Sánchez Boado de Mejía Nieto. Asistieron a la reunión, que transcurrió en un ambiente de distinción y espiritualidad, un numeroso grupo de damas de nuestra sociedad.



BODAS DE PLATA. — Veinticinco años de labor en una empresa son, para cualquiera, prenda de idoneidad y hombría de bien. El señor Francisco Messuti acaba de cumplirlos en la Editorial Sopena Argentina, y la casa, con la adhesión de todos los que en ella trabajamos, ha querido significarle a través de varios actos organizados en obsequio suyo, que valora su concurso y reconoce su perseverancia en la lealtad. Entre esos actos adquirió especial relieve el de la entrega, al señor Messuti, de un pergamino y una medalla de oro, testimonio del afecto de sus jefes y compañeros. En tal ocasión hizo uso de la palabra nuestro gerente don Ricardo Sopena Homedes, para exaltar, interpretando el sentir de la casa, las dotes morales del agasajado.



ANIVERSARIO. — En una fiesta que alcanzó brillantes contornos fué celebrado el 5º aniversario de la creación de la Gendarmería Nacional. Asistieron a la comida de camaradería, que tuvo lugar con tal motivo, el presidente de la Nación, general de división Pedro P. Ramírez; los ministros: de Guerra, general Farrell; del Interior, coronel Gilbert; de Hacienda, don Jorge A. Santamarina; de Agricultura, general Mason; de Marina, contraalmirante Sueyro; de Relaciones Exteriores, vicealmirante Storni; el director general de la Gendarmería, coronel Palacios; el intendente municipal, general Pertiné y otras altas personalidades del Ejército y la Armada. La fotografía muestra un sector de la cabecera del banquete.



RECITAL. — En el Teatro del Pueblo llevóse a cabo un recital a dos pianos que estuvo a cargo de las concertistas Almah Melgar Lorrimbe y Haydée Ferrero Cordovero, quienes interpretaron obras de Bach, Mendelssohn, Debussy, etc.



DISERTACION. — En el Instituto de Conferencias del Banco Municipal, disertó sobre "Psicología de James McNeill Whistler", la conocida artista y escritora Elena Illy Bourieres, quien fué muy aplaudido.



EXPOSICION. — Con una serie de caricaturas de artistas de cine y radio se presentaron nuevamente en la exposición que se clausuró el 16 del corriente en la galería Rose Marie, los dibujantes Ernesto Aguilar y Américo Serrano.



CONFERENCIA. — Durante la reunión literaria efectuada en la Asociación Argentina de Arte y Letras "El Yaraví", pronunció una conferencia sobre el tema "Itinerario poético", la poetisa María Raquel Adler.



CONCIERTO. — Con obras de Bach, Juan J. Castro, Tortini, etc., dió un concierto de violín el señor A. Seleson, acompañado al piano por el señor Darío D. Sorin. Dicha reunión musical se llevó a cabo recientemente en el Teatro del Pueblo.



HOMENAJE. — En memoria del emir Emin Arslan, realizóse un solemne funeral cívico, al que asistieron numerosos literatos y miembros de las colectividades de habla árabe del país. En la foto aparece haciendo uso de la palabra el señor Habib Khairallah.



COMIDA. — Con motivo de haber cumplido 34 años de servicios en la Compañía Unión Telefónica, sus amigos y compañeros de tareas ofrecieron una comida al señor Vicente Marchesse, jefe de plantel de 1ª zona sur. Con tal motivo se pusieron de manifiesto las numerosas simpatías de que goza el señor Marchesse.

LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS



"Necesitamos manos expertas y mentes especializadas"

— LOS JEFES DE LA INDUSTRIA —

En las FABRICAS

La industria fabril, tanta en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en Fuerza Motriz, Electricidad, Radiotécnica, etc., y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.





En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en todo Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión, etc., etc., se acentúa cada día más la demanda de Expertos.



En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en Fuerza Motriz y Electricidad, aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.





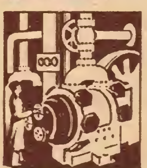
En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin límite al Experto en Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbrado Eléctrico, etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.

En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Las productos del subsuelo se hallan en todos los países latinoamericanos; pero se necesitan miles de Técnicos que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.





En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todos los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempas de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en Electrotecnia y Refrigeración, especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: 1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotecnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.

Envíe **HOY ESTE** *Cupón*

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. **¡Sea usted uno de ellos!** Envie el cupon al calce, solicitando informes.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto



Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

NATIONAL SCHOOLS VICTORIA 1556 Buenos Aires, Arg.

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. G D 380 - 8

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marco con una X; así ☒

NOMBRE ________ EDAD ____

DIRECCION ________

LOCALIDAD ________

PROV. ________

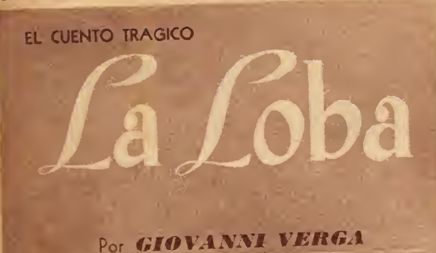
Escoja sólo una:

RADIO ☐

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTRO-TECNIA ☐



EL CUENTO TRAGICO

La Loba

Por **GIOVANNI VERGA**

AUTOR DE "CAVALLERIA RUSTICANA"

ILUSTRACIÓN DE BERNABÓ

Era alta, delgada; pero tenía un seno firme y vigoroso, de morena — aunque ya no era joven —, pálida como si tuviera siempre la malaria, y en aquella palidez, unos ojos grandes y unos labios frescos y rojos que fascinaban.

En el pueblo la llamaban "La Loba" porque nunca ni con nada se saciaba. Las mujeres se santiguaban al verla pasar sola como un perro, con aquel andar errante y desconfiado de loba hambrienta; robaba hijos y maridos en un abrir y cerrar de ojos, con sus labios colorados, y se los llevaba tras de sus faldas, con aquella mirada de Satanás, aunque estuviesen ante el altar de Santa Agripina. Por fortuna, "La Loba" no iba nunca a la iglesia, ni por Pascua ni por la Navidad, ni a oír misa, ni a confesarse. El padre Angel de Santa María de Jesús, un verdadero siervo de Dios, había perdido el alma por ella.

La pobre Marica, muchacha buena y lista, lloraba a hurtadillas, porque, hija de "La Loba", nadie la quería por mujer, a pesar de tener su ropita en la cómoda y sus cuatro terrones como cualquier otra moza del pueblo.

Un buen día, "La Loba" se enamoró de un guapo mozo que había vuelto del servicio y que segaba el heno con ella en los prados del notario; pero lo que se dice enamorarse, sentir que le ardían las carnes bajo el fustán del corpiño y tener al mirarle a los ojos la sed de las cálidas tardes de junio, en medio del llano. Pero él seguía segando tranquilamente, atento a la gavilla, y le decía:

—¿Qué tiene, "señá" Pina?

En los campos inmensos, donde sólo se oía al canto de los grillos, cuando caía el sol a plomo, "La Loba" gavillaba manojo tras manojo y haz tras haz, sin cansarse jamás, sin enderezar un momento el cuerpo, sin acercar los labios a la botella, con tal de estar siempre pisándole los talones a Nanni, que segaba y segaba, y preguntábale de cuando en cuando:

—¿Qué quiere, "señá" Pina?

Una noche se lo dijo, mientras los hombres dormitaban en la era, cansados, y vagaban los perros por el campo vasto y negro.

—¡Te quiero... a ti, que eres guapo como un sol y dulce como la miel! ¡Te quiero a ti!

—Y yo quiero a tu hija, que es mocita — respondió Nanni riendo.

"La Loba" llevóse las manos a la cabeza, rascóse las sienes sin decir palabra y, marchándose luego, ya no volvió más por la era. Pero en octubre se encontró de nuevo con Nanni, según hacían el aceite, porque trabajaba junto a su casa y el chirrido de la prensa no la dejaba dormir en toda la noche.

—Agarra el saco de las aceitunas—le dijo a su hija—y ven conmigo.

Nanni empujaba con la pala las aceitunas bajo la muela, y gritábale "¡ohí!" a la mula para que no se parase.

—¿Quieres a mi hija Marica? — le preguntó la "señá" Pina.

—¿Qué le da usted a su hija Marica? — respondió Nanni.

—Tiene lo de su padre, y a más le doy mi casa; a mí me basta con que me des un rincón de la cocina donde tender un jergón.

—Si es así, para Navidad hablaremos — dijo Nanni.

Nanni estaba todo untado y sucio del aceite y de las aceitunas puestas a fermentar, y Marica no le quería en modo alguno; pero su madre la agarró por los pelos, delante del hogar, y le dijo, apretando los dientes:

—¡Si no te casas con él, te mato!

❦ ❦ ❦

"La Loba" parecía enferma, y decía la gente que el diablo cuando se hace viejo se mete a fraile. Ya no iba de aquí para allá; ya no se ponía a la puerta con aquellos ojos de endemoniada. Su yerno, cuando ella se le plantaba delante con aquellos ojos, echábase a reír, y sacaba el escapulario de la Virgen para persignarse. Marica estábase en casa amamantando a sus hijos, y su madre andaba por los campos trabajando con los hombres, como un hombre enteramente, escardando, cavando, conduciendo el ganado, podando las cepas, ya soplase el gregal, ya levante de enero o siroco de agosto, cuando los machos agachaban la cabeza y los hombres dormían de bruces al resguardo de la pared a tramontana. "En esa hora, entre véspero y nona, en que no anda hembra bona", la señá Pina era la única alma viviente a quien se veía errar por el campo, sobre los guijarros abrasados de los senderos, entre los secos rastrojos de los campos inmensos, que se perdían en el caliginoso ambiente, lejos, muy lejos, hacia el Etna neblinoso, donde el cielo pesaba sobre el horizonte.

—Despierta — díjole "La Loba" a Nanni, que dormía en la cuneta, junto al seto polvoriento, con la cabeza entre los brazos —. Despierta, que te he traído vino para que refresques el gañote.

Nanni abrió los ojos lacrimosos, entre dormido y despierto, y se la encontró derecha, pálida, prepotente el pecho, los ojos negros como el carbón, y extendió a tientas las manos.

—¡No; "no anda hembra bona entre véspero y nona"! — sollozaba Nanni, escondiendo la cara en la hierba seca de la cuneta y arañándose los pelos —. ¡Vete, vete; no vuelvas más a la era!

Y se marchó "La Loba", en efecto, anudándose otra vez las hermosas trenzas, fija la mirada ante sus pasos en los cálidos rastrojos, con los ojos negros como el carbón.

Pero volvió varias veces a la era, y Nanni no le dijo nada. Antes bien: cuando tardaba en ir a esa hora, entre véspero y nona, íbase a esperarla a lo alto de la senda blanca y desierta, con el sudor en la frente, y después se llevaba las manos a la cabeza y repetíale siempre:

—¡Vete, vete, y no vuelvas más a la hora!

Marica lloraba día y noche, y plantábase ante su madre, ardiéndole los ojos de lágrimas, como una lobezna a su vez, siempre que la veía volver del campo, pálida y muda.

—¡Mala madre! — le decía —. ¡Mala madre!

—¡Calla!

—¡Ladrona, ladrona!

—¡Calla!

—¡Iré a decírselo al brigadier!

—¡Ve!

Y fué de veras, con sus hijos en brazos, sin miedo, sin verter una lágrima, como una loca, porque ahora también ella quería a aquel marido que le habían dado a la fuerza, untado y sucio de las aceitunas puestas a fermentar.

El brigadier mandó llamar a Nanni, y le amenazó incluso con el presidio y la horca. Nanni se dió a llorar y a tirarse de los pelos. ¡No negó nada! ¡No intentó disculparse!

—¡Es la tentación — decía —; es la tentación del infierno!

Y se arrojó a los pies del brigadier, suplicándole que le mandase a presidio.

—¡Por caridad, señor brigadier, sáqueme de este infierno! ¡Que me maten! ¡Que me metan en la cárcel; pero que no la vea nunca más!

—¡No! — respondióle, por el contrario, "La Loba" al brigadier —. Yo me reservé un rincón de la cocina donde dormir cuando les di mi casa en dote. La casa es mía. ¡No quiero marcharme!

Poco después, a Nanni le atizó una coz el macho, y estuvo a la muerte; pero el párroco se negó a darle el Señor si "La Loba" no salía de la casa. "La Loba" se marchó, y su yerno entonces pudo prepararse a irse también como buen cristiano, y confesó y comulgó con tales muestras de arrepentimiento y de contrición, que todos los vecinos y curiosos lloraban junto al lecho del moribundo. Mejor habríale sido morirse aquel día, antes de que el diablo volviese a tentarlo y a metérsele en alma y cuerpo cuando estuvo curado.

—¡Déjame! — decíale a "La Loba" —. ¡Por caridad, déjame en paz! ¡He visto con estos ojos la muerte! La pobre Marica está desesperada. ¡Ya lo sabe todo el pueblo! Cuando no te veo es mejor para ti y para mí...

Habría querido sacarse los ojos para no ver los de "La Loba", que cuando se clavaban en los suyos hacíanle perder el alma y el cuerpo. No sabía qué hacer para librarse del embrujamiento. Pagó misas a las ánimas del Purgatorio; fué a pedirles ayuda al párroco y al brigadier. Por Pascua se confesó y se arrastró públicamente, lamiendo los guijarros del sagrado, delante de la iglesia, en penitencia, y luego, como "La Loba" volviese a tentarlo:

—Oye — le dijo —; no vuelvas a buscarme a la era, porque si vuelves, como hay Dios que te mato.

—Mátame — respondió "La Loba" —, no me importa; pero sin ti no quiero estar.

Como la divisó de lejos, en medio de los verdes sembrados, dejó de cavar la viña y fué a arrancar el hacha del olmo. "La Loba" le vió acercarse, pálido, con ojos extraviados, con el hacha brillando al sol, y no se echó atrás un solo paso; no bajó los ojos, siguió andando a su encuentro, llenas las manos de manojos de rojas amapolas, comiéndoselo con sus ojos negros.

—¡Ah, maldita sea tu alma! — balbuceó Nanni. ◈





El venado, a pesar de su gran tamaño, cuando corre parece una flecha atravesando la maraña.



El autor de este relato, saliendo de la selva con una buena provisión de pieles de felinos.

CUANDO YO VIVÍA EN LA SELVA DEL ALTO PARANA

EL HOMBRE QUE

En plena jungla

—VENGO a cazar —me dijo el hombre—. Le ruego me indique dónde abunda más la caza mayor...

El pequeño barco de pasajeros y carga acababa de dejarlo en la playa de arena de Puerto Delicia. Su equipaje visible consistía en un descomunal baúl y un winchester, y su vestimenta estaba constituída por una chaqueta "cazadora" llena de bolsillos, fuertes botas, anchos *breeches*, casco de corcho y un tul contra los mosquitos.

—Pero quisiera comenzar en seguida —añadió—. Estoy impaciente por ver los tigres y los jabalíes de estas tierras...

Esto me hizo considerarlo con mayor atención; parecía un avezado cazador de la jungla africana, que venía a hacer temblar la selva del Alto Paraná y a meterse nuestros tigres en el bolsillo.

—Bueno, vamos —le contesté—. Lo acompañaré, porque supongo que usted

Los felinos son tan silenciosos y miméticos, que uno pasa muy cerca de ellos sin advertirlos.



Los barcos que surcan las aguas del Alto Paraná suelen llevar cazadores, ávidos de aventuras heroicas. En éste llegó al norte el cazador de que se habla en la presente nota.

QUERIA CAZAR TIGRES

Por **Germán Dras**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

querrá regresar a Buenos Aires, ¿no?

Yo estaba provisto de un machete de monte y de una pequeña brújula. Eché a andar hacia el alto paredón formado por el bosque, que se levantaba a unos cincuenta metros de la barranca, y el hombre me siguió con paso firme, el winchester desafiante y los ojos bravos.

El sol matinal doraba las puntas más altas de los arboles, penetraba la luz hasta la vegetación baja y se despertaban las sabandijas diurnas. El cazador sintió la ardiente picadura del mbarigüí, pequeño díptero parecido al jején de Buenos Aires, y se cubrió la cara con su mosquitero aplicado al casco colonial; pero un momento después se lo arrancó desesperado, porque entre su cara y el tul se había formado una nube de mbarigüíes.

En seguida nos hallamos en medio de una tupida vegetación arbustiva envuelta en lianas muy fuertes, bajo un elevado techo de follaje que no nos permitía ver el cielo. Nos abrimos paso a fuerza de brazo; el machete cansa cuando la jornada es larga; y tuvimos que andar por debajo y por encima de la maraña del tacuarembó (bambúcea muy fina, flexible, fuerte y tupida). De pronto, a pocos pasos de nosotros, un animal resopló y escapó a grandes saltos, a una velocidad extraordinaria; parecía una flecha atravesando los matorrales. No lo vimos, pero sabíamos que era un venado. Cuando cesó el ruido de la huída, reanudamos la penosa marcha por los tacuarembozales.

Los ojos de mi cazador brillaban de ansiedad; su cara brillaba de sudor. No había mosquitos, pero los mbarigüíes no cejaban en su ataque, y ya comenzaban a acudir otros dipteros. Llegamos a un tupido tacuapizal (el tacuapí es una caña frágil, quebradiza, de 3 a 4 centímetros de diámetro). Otro animal emprendió una carrera precipitada a través de las cañas, que al romperse imitaban un pro-



La caza del jabalí es lo que más peligros presenta para el cazador y sus perros. Este grabado antiguo muestra una movida escena de dicha caza.

longado y nutrido tiroteo. Era un tapir; pero razón tuvo Azara al llamarlo "gran bestia".

—¡Parece un rinoceronte!... —comentó mi cazador, apuntando instintivamente.

Al fin el "tiroteo" se perdió en la selva, y mi compañero se quedó con la boca abierta.

Jabalíes

Salimos del tacuapizal y entramos de nuevo en el espeso y blando tejido del tacuarembó. Una yacutinga (pavita de monte) se posó en una rama, a veinte metros de altura. Al verla sentimos hambre. Mi cazador le acertó un tiro; la pavita cayó con las alas cerradas; y después de media hora de búsqueda la encontramos. Con la ayuda de la brújula nos dirigimos hacia el Aguaray Guazú, que quedaba al norte; allí nos refrescaríamos en sus aguas transparentes y cocinaríamos sobre las piedras de su orilla.

Pero de pronto me detuvo un ruido de tropel que se acercaba. En seguida pudimos oír resoplidos y gruñidos poco tranquilizadores, y notamos que éstos se aproximaban rápidamente. Y estábamos como ciegos en medio de esa vegetación que nos oprimía. El wínchester del cazador, en tal circunstancia, era un instrumento inútil.

—¡Arriba! —grité, y di el ejemplo.

Trepé por las lianas que colgaban de un árbol, y el hombre me imitó. Debajo de nosotros sólo veíamos la cubierta verde de arbustos y lianas, y por debajo de ésta pasaban corriendo animales que sólo oíamos. Uno de ellos cruzó como un relámpago por el pequeño claro, bajo nuestros pies. Era un jabalí. ¡Una manada de jabalíes! Mi cazador se entusiasmó, y lleno de coraje se descolgó de las lianas. Con el arma apuntando a la maleza, esperó. Los animales rebudiaban y atropellaban las plantas en su carrera; quizá los habría asustado el tigre. El último jabalí pasó al lado del cazador, a un metro de su wínchester; pero apareció y desapareció como una exhalación. El hombre, furioso, se dió vuelta y disparó. Bala perdida. El rumor de la manada se perdió a lo lejos.

—Tiene suerte —le dije al cazador—; ha salvado sus piernas por un metro. Y si mata un jabalí, los demás se vuelven y lo matan a usted.

Llegamos al correntoso Aguaray Guazú. Hacía un calor de 40 grados. Ya no había mbarigüíes, pero abundaban las abejitas. ¡Oh, las abejitas de Dios! Son pequeñas y no pican, pero tan numerosas que resultan insoportables; chupan el sudor y caminan por la cara, las manos y debajo de la camisa; se llaman "mirí", "yateí", "carabozá", "mondorí" y otros nombres guaraníes.

En el instante de salir al descubierto del río oímos el chasquido de numerosas zambullidas simultáneas, y junto a cada una de las piedras que sobresalían del agua se abrían ondas en círculo. Habían sido tortugas, que estaban tomando el sol. Estos reptiles tienen una vista y un oído agudísimos; es muy difícil sorprenderlos sobre las piedras.

—¡Un tigre! —exclamó mi cazador con la mirada fija en el barro de la orilla.

Era una huella fresca de la ancha garra de un jaguar. A corta distancia descubrimos muchos otros rastros de diversos animales. Las pequeñas pezuñas dobles del venado y del tateto (pecarí); los tres grandes y hundidos dedos del pesado mborebí (tapir); los cinco deditos juntos de la simiesca mano del coatí; gran cantidad de patas felinas de varios tamaños: gatos onzas, tiricas, gatos moros y otros; no faltaban tampoco rastros de carpinchos, nutrias, zorros, tatúes, osos hormigueros, irarás; todas estas huellas, juntas, unas sobre otras, como si allí se hubiera acabado de realizar el gran concilio de los habitantes del bosque. En todo caso, el lugar era un abrevadero muy concurrido.

La "corrección"

Mientras yo preparaba el fogón y cortaba una varilla para atravesar la pavita de monte, mi cazador mató una urraca azul y un tucán y erró algunos tiros a los sábalos, bogas y dorados que abundan de una manera extraordinaria en este río. De un machetazo pude yo alcanzar un sábalo, que fué también clavado en el asador.

Dábamos fin a la poco sabrosa comida sin sal, envueltos en el humo que nos libraba de las abejitas, cuando vimos, muy cerca de nosotros, una franja negra que salía del monte y abarcaba una gran extensión de la orilla cubriéndolo todo.

—¡Hormigas!—gritó mi compañero, abriendo tremendos ojos.

Era la "corrección", esa hormiga carnívora que constituye el terror de las arañas, las escolopendras, los escorpiones, las langostas, los grillos, las víboras y todo animal herido o enfermo que no pueda moverse con rapidez. No nos era posible escapar, la costa estaba invadida, y entrar en el bosque habría sido locura. Algunas subían ya por nuestras piernas, y mi cazador se sacudía y saltaba como un poseído. No había más remedio que zamparse en el agua y ganar las piedras de las tortugas; y así lo hicimos. Pero el wínchester y otras cosas habían quedado en tierra y estaban literalmente cubiertas de hormigas; debíamos esperar.

—¡Estas piedras queman! —dijo el cazador—. ¡El sol es un fuego! ¡Y las abejitas!... Voy a hacer humo en la otra orilla...

—Los fósforos están mojados — le contesté.

Resolvimos entonces esperar sobre esas piedras y zambullirnos de vez en cuando en el agua para refrescarnos.

Al cabo de dos horas se fueron las hormigas; recogimos nuestras cosas y reanudamos la marcha. Mi cazador empezó a sentir que la naturaleza, en estas regiones, era más fuerte que él. Anduvimos y anduvimos. Atravesamos muchos arroyitos; en todos veíamos rastros de buena caza. De tiempo en tiempo nos sobresaltaba la súbita huída de un animal que no llegábamos a ver. Yo los reconocía por sus movimientos; eran en su mayoría venados y grandes lagartos, algunos tatetos o jabalíes solitarios, agutíes y tatúes, rara vez un tapir, y nunca un felino; el jaguar, el puma, el gato onza, la tirica, son silenciosos y no escapan; se quedan inmóviles, escondidos entre

las matas, y pasamos muy cerca de ellos sin notarlos, cosa muy conveniente para ahorrarse sustos.

De repente, un terrible bramido puso carne de gallina en el cazador; en seguida se oyeron más bramidos, aullidos y gritos, y sentimos un tumulto que se alejaba entre la "selva aérea". Eran monos carayá, negros, grandes, de garganta poderosa. Mi cazador, casi sin apuntar, tiró al tuntún, y la bala fué a incrustarse en una rama, mientras los monos parecían reírse.

Entonces, el hombre, picado por los mbarigüíes, asediado por las abejitas y por mil variedades de moscas, chorreando sudor, cansado de enredarse entre las lianas, y, principalmente, burlado por todos los animales de la selva, se puso furioso, pateó el suelo, y me pidió que lo guiara hacia el Paraná, donde habría de esperar un barco de regreso.

Echamos a andar. Una bandada de loros se asentó sobre un árbol y lo llenó de chillonas frutas verdes. Mi cazador ni los miró. Más adelante vimos una cantidad de coatíes que, sorprendidos en el suelo, iban subiendo en columna desordenada hacia la copa de un cedro. Cuando llegamos al pie del árbol, todos los coatíes se descolgaron, tirándose al suelo; sus largas y pobladas colas les servían de timón aéreo; unos caían blandamente sobre las redes de la vegetación y otros chocaban de lleno contra el suelo, pero todos desaparecieron con igual celeridad. Mi cazador miró la escena con el gesto de no pensar en nada; se sentía derrotado. Le pesaban las botas y se lamentaba. Hasta que un accidente lo sacó de su modorra; moví sin querer la rama donde colgaba un avispero y, sin esperar nada, escapé por debajo de la maleza. Ya a prudente distancia, miré, y vi a mi cazador debatiéndose a manotones y sombrerazos.

—¡Zambúllase! — le grité.

Se tiró de cabeza en el tacuarembozal y desapareció. Poco después reapareció a mi lado, con los ojos tan hinchados que casi no se le veían.

Derrotado

Por fin llegamos al Paraná. Sobre la arena de la playa lo ayudé a construir un cobertizo con ramas, que quedó terminado a la puesta del sol. En ese momento comenzamos a sentir picaduras bastante fuertes en las manos, la cara y hasta en el cuero cabelludo. Mi compañero no encontraba la causa y se rascaba perplejo.

—Es el "polvorín" — le expliqué —, no se asuste. Es un pequeñísimo díptero, como una partícula de polvo. Aparece a la hora del crepúsculo (matutino y vespertino), pica durante media hora y se va.

Se fué el "polvorín" y llegó la noche. Comimos conservas. Y en seguida el hombre se acostó, con el cuerpo molido. No había mosquitos ni bichos de ninguna especie, y la temperatura descendió tanto que tuvo que taparse hasta la cabeza. La selva se llenó de gritos raros, aullidos y cantos de todos los timbres; se quejaba desesperadamente el urutaú y silbaba en tono de misterio el yaci-yateré. Entonces, antes de dejarlo, le dije a mi cazador:

—Mire, amigo, no vaya a decir en Buenos Aires que aquí no hay nada qué cazar. Usted ha pasado al lado de muchos tigres, y no los ha visto. Ha espantado a muchos animales, y no ha cazado ninguno. No lo han matado los jabalíes porque ha tenido suerte. Y casi se lo han comido los mbarigüíes, las moscas y las abejitas. Es que ha confundido el bosque clásico, la jungla africana, con las profundas y casi impenetrables selvas americanas. Si alguna vez vuelve usted al Alto Paraná, traiga calzado liviano; la bota cansa porque en estos montes hay que levantar mucho los pies para caminar; debe usar alpargatas y polainas (la mejor polaina es la caña de una bota vieja). La víbora rara vez pica en el pie sino en la canilla; por otra parte, contrariamente a lo que se cree, no abundan aquí las víboras ponzoñosas; ya ve, no hemos encontrado ninguna. Póngase pantalones de cotonina, para evitar desgarrones. No olvide un trozo de tul muy fino, con el que ha de cubrirse la cabeza cuando tenga que estarse quieto una o dos horas, a la espera de la presa. Esencia de citronela, para untarse la cara y las manos y así ahuyentar los insectos cuando tenga que comer o descansar en pleno monte y se le hayan mojado los zafiros. Un machete corto. En el botiquín, yodo y amoníaco. Traiga dos o tres perros, pero no de *pedigree* ni finos ni "cazadores" de raza, sino montaraces, de esos que han nacido y se han criado en este clima, que aguantan los piques y las uras, y que saben levantar un jaguar y pelear con un jabalí. Traiga también, en su espíritu, una buena dosis de paciencia. Y trate de adquirir rápidamente la costumbre de mirar dentro de la alpargata, todas las mañanas, antes de ponérsela, para evitar ser prontamente picado por una araña pollito. Pero, sobre todo y antes que todo, estudie los animales y el monte donde viven.

Me fuí a mi rancho selva adentro. Seguramente mi cazador se embarcó al día siguiente, en la primera lancha que pasó. Y aunque me dijo que volvería, no lo vi nunca más. ❖

Las voces del



DONDE la mayoría de la gente sólo ve cosas inanimadas y mudas, el poeta oye voces, las interpreta y las comprende. La música del mundo, callada para casi todos, se vuelve sonora y armoniosa para él. El poeta sabe muchos idiomas: el del viento, el del río, el del árbol que canta.

Tal es, a falta de otra, la sabiduría del poeta. En la famosa payada entre Martín Fierro y el moreno cantor, la pregunta del primero parece insuperable de difícil:

has de decirme al momento
cuál es el canto del cielo.

Pero el moreno se despacha con toda facilidad:

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al caír el rocío,
cantan al silbar los vientos,
lloran cuando caín las aguas
cantan cuando brama el trueno.

El alma de las cosas, con su canto y su llanto, se ha vuelto familiar al alma del moreno. Por eso él puede explicar también cuál es el canto del mar y el canto de la tierra y el canto de la noche.

Está acostumbrado a escuchar

esos ruidos que uno siente
sin saber de dónde vienen.

A través de largos y circunstanciados terrores ha escuchado el moreno el vago concierto de los sonidos nocturnos:

Son los secretos misterios
que las tinieblas esconden;
son los ecos que responden
a la voz del que da un grito,
como un lamento infinito
que viene no sé de dónde.

Por un momento el moreno cantor tiñe de poesía y misterio las coplas del libro de Hernández, casi siempre apicaradas y muy apegadas a la realidad.

Pero ese sentido animista, tan propio de morenos, no es una excepción en el cancionero popular argentino. Las coplas criollas abandonan a veces su socarronería, su intención amorosa o desafiante, su quejumbre, su risa y aun su quintaesenciada experiencia de la vida y los hombres, su actitud moralizante o escéptica, para detenerse a escuchar estas perdidas voces del alma del mundo.

Ya es la voz del desierto la que canta en una vidalita del cancionero catamarqueño:

Como reina viuda
— vidalitá —
lloro mi amor muerto.
Y a mi voz responde
— vidalitá —
la voz del desierto.

Ya es la voz de los vientos, que rodean, furiosos, el rancho santiagueño protegido por montes de quebracho (Furt, Antología):

Rodean mi rancho
los quebrachales,
que son el único freno
de vendavales.
Sólo ellos pueden
ser mis rivales.

Tanto se humanizan los vientos con su alarido y su empuje casi corpóreo, que el paisano los reconoce como sus únicos rivales, aun —tal vez— en el sentido amoroso.

Los vientos, hombrones en celo, persiguen a las muchachas, como en el romance de *Preciosa y el aire*, de García Lorca. A veces es el viento el que sopla las damas. *El que pasó fué el viento*, explica Fernán Silva Valdés en la canción de *Clavel del aire.*

Otras veces, el que canta es el río, y ésta es voz escuchada desde antiguo por los poetas. Ya las serranas de Góngora bailaban.

al son del agua en las piedras
y al son del viento en las ramas.

El río es maestro de música. Los cantores toman lecciones a su orilla. Una copla norteña nos explica bien esta relación de maestro a discípulo:

Canta el río entre las piedras
y el gallo al amanecer;
ellos cantan porque saben,
yo canto por aprender.

Hay que saber oír al agua que pasa *alegando con la arena*:

mundo

Por

José Luis Lanuza

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DIBUJOS DE VILLAFAÑE



Oigan al agua correr
jugando con la arena
que al diablo le han puesto grillos
y a la muerte dos cadenas.

El poeta, sobre todo si es poeta enamorado, se atreve a dialogar con las cosas. Siente una fraternidad casi franciscana hacia todo el mundo, con el que se siente emparentado y solidario. Aun a las piedras les dirige la palabra:

Todo aquel que amando vive
hasta con las piedras habla;
a una peña di mis quejas
por ver si me contestaba.

Y es milagro corriente que las cosas le respondan con ese su lenguaje tan claro que los poetas y los enamorados no han necesitado aprender.

Cuando salí de mi casa
todos lloraron por mí;
las piedras lloraron sangre,
y el sol sin poder salir.

Si se trata de llantos, ¡qué fácil es que las cosas lloren, acompañando la pena del cantor! En todo el Norte suelen llorar los algarrobos, entristecidos por el dolor de los hombres:

Al pie de un viejo algarrobo
llorando me lamentaba,
y a pesar de su dureza,
de verme llorar lloraba.

Pero si los árboles y las piedras saben llorar el dolor de los hombres, ¿cómo no han de acompañarlo en el llanto esas cosas casi animadas que son sus compañeras en la canción? Llora la caja y llora la guitarra:

También la cajita llora
con ser un palo vacío.
¡Cómo no hi de llorar yo
si me quitan lo que es mío!

La guitarra es cosa todavía más humana. Y es sabido que sabe hablar. Desde lejos la aluden viejas coplas:

Mi guitarra tiene boca,
tiene boca y sabe hablar;
sólo los ojos le faltan
para ayudarme a llorar.

¡Pero si ayudar a llorar es el oficio de la guitarra! Otra copla desmentirá en seguida el reproche de la anterior:

Las cuerdas de mi guitarra
gimen conmigo a la par,
y me ayudan a llorar
el dolor que me lastima.
¡Si parece que la prima
hubiese aprendido a hablar!

No es buen guitarrero el que no sienta a su instrumento así, como un ser casi humano que le habla y es capaz de reír y llorar a la par de él. Esteban Echeverría, que era de los buenos, contó la historia de unos amores adúlteros en un largo poema: *La guitarra.*

La dama era también guitarrista. Y para ella el instrumento era más que un ser humano: *era su ángel.* Cuando la dama se desmaya, a su vihuela le saltan las cuerdas. Echeverría intenta explicar esas extrañas afinidades entre los hombres y las cosas, y las correspondencias que nos atan a un mundo invisible, en versos que no hubieran disgustado — tal vez — a Poe ni a Baudelaire:

La vida es la armonía; nuestra alma
[un instrumento
que vibra unisonante con la obra del
[Creador;
pero se rompe, frágil, y disonantes
[ecos
exhala, destemplada, su solitaria voz.

El cantor popular intuye también, vagamente, que es la guitarra la que lo pone en comunicación con el alma del mundo. La voz de las cosas — la voz del viento, la voz del desierto, los murmullos de la noche, la música del río, el llanto del árbol y de las piedras — vuelve a resonar en sus cuerdas. El cantor la siente humana. La acaricia como a una querida. Ella lo acompaña en la alegría y en el llanto.

Rubén Darío le cantó esta copla:

Urna amorosa de voz femenina,
caja de música de duelo y placer:
tiene el acento de un alma divina,
talle y caderas como una mujer.

Y un criollo cualquiera:

Mi guitarra canta y llora
todo mi bien y mi mal,
más tierna que un corazón,
más gauchita que un puñal. ◈

GRANDES FIGURAS DE LA ORATORIA ESPAÑOLA

D. FRANCISCO PI Y

La cuestión previa

ANTES de que pueda surgir la extrañeza en algún lector, influído por la rígida clasificación en casilleros aislados, ha de explicarse por qué se incluye aquí a quien, si obtuvo el reconocimiento unánime de ser insigne escritor, no recibió con igual intensidad las aclamaciones ruidosas y frenéticas que proclaman el triunfo de los grandes oradores. Confesaron todos que se elevó Pi y Margall a las grandes cimas de la política y de la literatura; habría sido difícil que las dotes peculiares y privilegiadas de uno y otro campo, y más descendiendo de tan arriba, no hubiesen tenido como lugar de inevitable confluencia el de la oratoria.

La autoridad indiscutida, y aun venerada, que Pi y Margall ejerciera sobre las masas republicanas, no se estableció ni se mantuvo a través de la excelsa prosa escrita, ya que aun siendo tan diáfana, no llegaban tan lejos ni tan abajo el pensamiento doctrinal inspirador de "Las Nacionalidades", ni los estudios históricos, con la vista preferentemente fija en América, y con amplitud de simpatía hacia ésta, que en los tiempos de la conquista superaba a la de Ercilla, y que en la época de las emancipaciones amparaba la libertad de los nuevos pueblos, cuando no creía insuficiente la mayor amplitud autonómica. Aquella masa de admiradores, probablemente no leyó tales trabajos, o de leerlos no penetró en ellos lo bastante para dejarse arrastrar por su influjo; sintió éste a través de los discursos en la palabra hablada, que difundía las doctrinas como si ejerciera un apostolado. Y eso es oratoria, en la cual son accidentes, y no esencia, los gestos y ademanes tribunicios, imperceptibles a veces para los mismos oyentes; el tono apasionado de la voz, extinguido apenas ésta se emite; el torrencial ímpetu de las palabras lanzadas por minuto, que sólo cronometra el frívolo y que soporta el taquígrafo con desesperación o agrado, naturalmente inversos respecto a la apreciación del auditorio ingenuo. Sin duda, no fué ni veloz, ni pasional, ni agitado, ni siquiera sonoro Pi y Margall. Eran débiles sus medios físicos, parco él en el empleo de los sentimentales, y deliberadamente austero en lo literario, de tal suerte que entre la naturaleza y la voluntad cercenaban los recursos impresionantes. Ello mismo avaloraba el efecto oratorio, que es ante todo de persuasión, e indirectamente solaz para los que escuchan, y tal efecto lo aseguraba por la convicción del razonamiento, el prestigio de la conducta y el mérito de una prosa impecable en la corrección y prodigiosa en la claridad; es decir, acudiendo a los dos resortes más nobles y sólidos, y al más preciado y típico, que el arte de la palabra pone a disposición del orador.



Don Francisco Pi y Margall



La creación de una República Federal, patrocinada por Pi y Margall y Castelar, se estrelló contra el delirio de los exaltados, que propugnaban la creación de pequeños cantones. El de Cartagena, cuyo arsenal vemos aquí, sublevó a la escuadra.

El político y el hombre; vida y doctrina

La existencia de Pi y Margall, que llegó a conocer los albores de este siglo, se desenvolvió en los últimos tres cuartos del siglo XIX. Fué dura su vida, y relativamente tardía su revelación; pero llegó tras ésta, en muy poco tiempo a la máxima altura del poder y de la fama, aquél efímero y ésta definitiva. Ministro en 1873 bajo la dirección del primer presidente Figueras, sustituyó a éste en la jefatura del gobierno, que llevaba implícita la del Estado bajo la primera República. Caído a su vez muy pronto, dirigió hasta la muerte el Partido federal español, de cuya doctrina fué primero apóstol y luego patriarca.

Intelectual hasta la médula, sin las vanidades lamentables del vocablo, sentía en su vida interior que ésta manaba del pensamiento, y creía algo ingenuamente que la realidad también se desenvuelve como el lógico y metodizado fluir doctrinal de una inteligencia colectiva. En ese su constante proceso teórico, el federalismo, de tan histórica y profunda raíz en todas partes, y más todavía en España, se le presentaba como una doctrina jurídica, sin percibir tal vez en el fondo de lo subconsciente ni el influjo regional de la invasión árabe y de la Reconquista, ni su propia predisposición de catalán. Percibía los datos de realidad como conceptos ideales, y elaboraba su sistema, en el cual la soberanía del Estado se ve limitada por el poder de las regiones, el de éstas por la autonomía de los municipios, y todos por los derechos individuales. Era su federalismo pactista, convirtiendo el pacto en cimiento de la Constitución. Se formulaba él mismo la objeción inquietante de que tal doctrina admitía, en la necesidad de pactar, la libre opción para no consentir y separarse; pero inflexible en la lógica de sus principios, llegaba sin retroceso ni temor a la conclusión, y se tranquilizaba con el recuerdo de que desde 1808 a 1814, con ocasión de la guerra de la independencia, las regiones de España habían quedado libres, y sin embargo prefirieron seguir y luchar juntas contra Napoleón. Pero esa voluntad tan rotunda y trascendental, con todo su trágico heroísmo, como hecho histórico violento, no relevaba ante el teorizante de nueva y solemne declaración jurídica mediante acuerdo constituyente.

La primera República española quiso darse, y la redactó, una constitución federal, influída a la vez por la norteamericana y la suiza, en algunos extremos coincidente y en otros discrepante respecto de la argentina. En aquel texto abrillantado por el pensamiento de Pi y Margall y la palabra de Castelar, prevaleció la federación por regiones históricas; pero al delirio de los exaltados pareció poco los quince estados regionales que así resultaban, y que aun creían centralizadores

MARGALL



Por *NICETO ALCALÁ ZAMORA*

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

y sin contentarse siquiera con llegar a las cuarenta y nueve pequeñas provincias de entonces, procedieron por la fuerza de la rebelión armada a pulverizar la federación en diminutos cantones, con territorio menor del sometido a la jurisdicción de un ...tendente argentino y con fiero alarde de soberanía estatal. Distinguióse por la gravedad de su violencia el cantón de Cartagena, a cuyo favor y por cuyo influjo se sublevó la escuadra. Pi, como Castelar, supo luchar contra aquella sublevación, que al reemplazar la región por el cantón, y las Constituyentes por la fuerza, chocaba aún más contra la firmeza de sus doctrinas que contra sus deberes de gobernante. Aquello causó o precipitó la caída de la República, pero las respectivas ...presiones tradujeron los distintos temperamentos de aque... dos insignes hombres. Cuando a Castelar pidiéronle cuenta en las Cortes acerca de la República federal, contestó a ... exaltados con su famosa frase: "la quemasteis en Cartagena". Pi no pronunció palabras semejantes, ni podía comprender desilusiones teóricas por experiencia de realidades; para él, la República federal era incombustible, como su pro... temperamento personal. Mantuvo su programa, inflexible, como si nada hubiera pasado, hasta el fin de sus días. Él fué ... partido, a tal punto que cuando murió, subsistió aquél co... albaceazgo, que guardara el recuerdo de una herencia ideal.

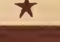
Fué Pi un precursor avanzado y temprano de la justicia ...al, en las soluciones radicales y generosas, aunque no un colectivista ortodoxo ni heterodoxo. Para una simple herejía ...tro del marxismo le estorbaba su sistematización absoluta, casi dogmática a su modo; y el total credo socialista chocaba ... un ideario, impregnado de libertad individual, y aun de ...vidualismo liberalista, que no es del todo igual.

El hombre privado, el hombre a secas, que en cualquier ...ividad es valor supremo, y en política aun más, obtuvo y mereció el respeto admirativo de todo el mundo. Pudo ser ... y prefirió ser siempre pobre y modesto. Limitó sus ingresos de abogado con inflexible selección ética de los asuntos, y una moderación en los honorarios que, aun cifrada como ...ta o minuta auténtica, parecía leyenda inverosímil.

... estilo oratorio

Representó algo muy singular en toda oratoria, y más en la ...ñola: la frialdad. Quizá en ello había una apariencia des...tadora, porque en la celda de aquel espíritu laico, lo que ... era la profesión casi monacal de las pasiones, con ... de pobreza, de castidad y sobre todo de obediencia al ...rio del entendimiento y al impulso rector de la voluntad. ...ría más decir que era una oratoria nívea, en cuanto la ... de las cumbres significa a la vez inmaculada blancura ...lada serenidad; pero esa misma nieve no se sustrae a la ... ni al calor del sol, y de ella se forman los cursos fecun... que sostienen y comunican la vida.

La condición de catalán sirvió, en vez de dañar, a la magní... prosa de Pi. Formado su espíritu antes de los resurgi...tos literarios catalanes, había tenido el castellano como ...ua educadora desde la niñez, ya que no como materna en ...timidad. Estudió los clásicos y adquirió su corrección con ... facilidad diáfana insuperable. En él, la doctrina política ...s intrincada era clarísima, al modo que en Balmes, tam... otro catalán contemporáneo suyo, el problema filosófico ... hondo se hacía comprensible y sencillo. Tenían la trans...encia, más luminosa que brillante, de los escritores cata... que han querido dominar el castellano. En el idioma, ...o en la doctrina, su federalismo de neta raíz catalana, era ...amente español. Aun iba más allá en su sentimiento de ...ersalidad, porque este hombre, partidario de los federa...os constructivos, presintió casi con medio siglo de ante...n la discordia y la decadencia de Europa, y pensó en fe...rla cuando nadie conocía a Briand, ni había oído hablar ... Estados Unidos Europeos. ◈





Historia en 2 fotografías

Fanny Navarro





Ayer

Fanny Navarro nació en el barrio de Flores, en una casa con jardín, frente a una calle arbolada y solitaria. Sus primeros recuerdos de esa época hablan ya del temperamento artístico que más tarde había de llevarla a ocupar un puesto de real importancia dentro del círculo de las actividades teatrales y cinematográficas de nuestro país. "Mi mayor diversión — nos dice — era cantar y bailar. Recuerdo que una vez, cuando yo tenía cinco años, mis padres, creyéndome perdida, salieron a buscarme por el barrio, y cuando, desesperados, regresaron a la casa, me encontraron en la azotea, bailando una danza española que tocaba la victrola de una casa vecina. Ese fué mi primer contacto con el arte— agrega sonriendo—, y también la primera vez que quedé sin postre".



Hoy

Hoy Fanny Navarro recuerda los días de su niñez y sonríe. Es ya la mujer que, venciendo incontables obstáculos, se colocó en el camino de sus ambiciones. A los diez años inició ese camino, estudiando canto y declamación. A los catorce hizo en "Cantando llegó el amor" su primer papel cinematográfico. Y desde entonces interpretó la figura central de numerosas películas. "Sin embargo —nos dice—, aun no se me ha ofrecido en el cine la oportunidad de encarnar un personaje donde sea posible realizar un trabajo de hondo sentido humano y verdadera jerarquía artística. Estoy segura, no obstante —termina Fanny—, de que ese momento ha de llegar."



Delia Garcés

Ayer

Delia García, que ahora se llama Delia Garcés, aparece en la foto a la edad de tres años. Nació en la calle Venezuela, en 1919. "Aunque no recuerdo el número exacto de la casa donde esto ocurrió —nos informa—, sé que muy cerca había una pequeña plaza. Ese fué mi primer escenario, allá por los años 1925 y 26, pues mientras otros niños de mi misma edad iban allí a jugar, ya me dedicaba a "decirles" coplas y romances antiguos. Mi repertorio era pobre; estaba compuesto por media docena de composiciones breves, aprendidas de una amiga de mi casa, que le gustaban mucho estas cosas..." Delia García ingresó después en el Teatro Infantil Labardén, y Alfonsina Storni, vinculada a ese conjunto, fué una de sus principales animadoras. Luego...

Hoy

Luego vinieron las esperas, hasta que Angel Magaña, viéndola trabajar en "Mandinga en la Sierra", descubrió en ella relevantes cualidades interpretativas, y la recomendó a Mario Soffici. En 1938 quedó definitivamente incorporada al cine nacional, con la película "Viento norte". Hoy, Delia Garcés es una actriz con amplio sentido de la responsabilidad artística. Jamás acepta el compromiso de interpretar un personaje, antes de haberlo estudiado detenidamente. Gusta de la vida del hogar, que comparte con su esposo, el director cinematográfico Alberto Zavalía. El romance que originó ese enlace, nació cierta noche en que Zavalía se acercó a un impenitente don Juan, para decirle, "en tono resuelto", que no tenía derecho a faltar con sus impertinencias "a una dama que pasa por la calle sin molestar a nadie"...

Carta a un moralista

"No he menester de sus estadísticas. He agarrado todas las que me envió y he encendido la pipa con ellas. Odio a los hombres como usted, que se pasan el tiempo calculando cómo gastan la salud, y cuántos centavos gastan en noventa y dos años de vida los que tienen la dañina costumbre de fumar; el tiempo que estos cálculos les dejan a ustedes libre, lo emplean en analizar el dinero que derrochan los otros mortales que tienen el hábito, igualmente perjudicial, de jugar al billar, de tomar café o de beberse una copa de vino en la comida, etc., etc. etc.... Otras veces les da á ustedes por perder el tiempo, calculando cuántas mujeres han ido a parar a los infiernos por dejarse llevar por la moda pecaminosa de los vestidos muy anchos...

"Nunca ven ustedes más que uno de los lados de la cuestión que tratan de analizar. De intento olvidan ustedes que en América hay infinito número de viejos que fuman y beben café, y viven tan rollizos y contentos, dando un solemne mentís a las teorías moralistas, según las cuales estos hombres debieran haber muerto sin lograr edad provecta. También olvidan que muchos ingleses viejos beben vino y no se mueren, y que los joviales viejos de Holanda beben y fuman sin tasa, a pesar de lo cual se hacen cada día más viejos y más rollizos.

"Haciendo estos cálculos estériles. pasan ustedes la vida, sin que jamás se les ocurra hacer otro cálculo más práctico y razonable; cuánto placer y cuánto gusto obtiene un hombre durante toda su vida, del hábito de fumar (ventaja que indiscutiblemente vale diez veces más que el dinero que economizaría no fumando).

"Haga usted este cálculo y verá bien demostrado que no vale la pena renunciar a un goce inefable por guardar unos miserables pesos.

"No se me oculta que renuncian-



Por
MARK TWAIN
ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

do a los contados placeres que el hombre se puede proporcionar durante cincuenta años, se logra hacer algunas economías. Pero, ¿para qué quiere usted entonces el dinero? ¿Qué uso hará de él? El dinero no sirve para salvar el alma inmortal. No sirve más que para procurarse comodidades y placeres mientras se vive. De aquí se infiere que, si usted es hombre enemigo de las comodidades y del placer, maldita la falta que le hace economizar dinero.

"No me venga usted con la cantinela de que puede emplearlo en cosas de mayor monta y provecho, procurándose buenas comidas, ejerciendo la caridad o subvencionando sociedades filantrópicas.

"Bien sabe que ustedes los moralistas, virtuosos a carta cabal, no dan jamás un solo centavo a un pobre, y que en punto a comer, alambican de tal suerte, que están de continuo débiles y famélicos. Cuando salen ustedes de casa no se atreven a reír, temerosos de que un desgraciado se resuelva a explotar su buen humor, pidiéndoles un dólar prestado. En la iglesia oyen ustedes el oficio de rodillas, y con afectada devoción clavan la vista en el suelo cuando llega el momento de la colecta. Ni por casualidad declaran ustedes al fisco el importe exacto de sus rentas.

"Si todo es cierto, y bien sabe usted que no exagero, ¿qué necesidad tienen de arrastrar su miserable existencia para alcanzar trabajosamente una vejez achacosa y repugnante?

"En una palabra, ¿por qué no se resuelven ustedes a morir lo antes posible en vez de procurar sin descanso hacer a los otros, con esas estúpidas estadísticas morales, tan odiosos como ustedes?

"Bien es que sepa que no apruebo que se derroche la hacienda, pero maldita la confianza que me inspira un hombre de quien se diga que no tiene un solo vicio para buscarse placer.

"No quiero oír hablar de usted. Estoy seguro de que es el mismo individuo que vino la semana anterior a darme a domicilio una larga conferencia contra el vicio degradante del cigarro, y que más tarde, aprovechando mi ausencia, volvió para robarme la estufa de mi despacho".

ESTAMBUL, LA



Una calle típica de Estambul por donde acaso vagara alguna vez su dolor Pierre Loti en busca de la tumba de Aziyadé.

Estambul, la ciudad del recuerdo, vista desde el parque del Serail, antiguo palacio de los sultanes. Frente a ella, el Cuerno de Oro, la bahía más bella de Oriente.

MÁS que encrucijada de dos civilizaciones y bisagra de dos continentes, como la llamara alguien; más que jirón de histori[a] que fuera una vez centro del mundo cristiano y otra orgullo del Islam; más que capital del misterio, que guarda bajo las aguas de su Bósforo el secreto de cien crímenes y tras las rejas de sus harenes [el] arcano de mil miradas, Estambul es para mí la ciudad del recuerdo.

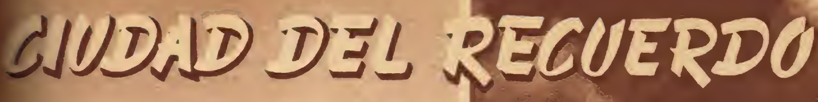
Ya sé que la vieja Bizancio fué en un tiempo eje del mundo y que a su corazón, Santa Sofía, le pusieron una vez minaretes musulmanes. Ya sé que junto a las cúpulas de Constantinopla, hitos de una era que vió llegar también un día su irremediable decadencia, crece hoy [una] Estambul moderna, que dice del ritmo inexorable con que se suceden y cumplen los ciclos históricos.

Ya sé que por estas callejuelas que se libraron de la piqueta reno[va]dora de Ataturk resonó antaño muchas noches, rebotando de angustia en angustia, el inútil grito incompleto de los asesinados, mientras eu[]nucos de mirada huidiza y monstruosos biceps patrullaban en mana[]das el barrio, proveedores siniestros del harén imperial, jalonando [de] horror la vigilia de los maridos y el sueño de las doncellas.

Aquí no más, del otro lado de los altos alminares que atalayan [el] paisaje miliunanochesco de la urbe, está el Cuerno de Oro, la bahía m[ás] hermosa de Oriente, a la que arribaran ayer, portadores de fabulos[as] riquezas, los bajeles del Sultán. Aquí también, alzando ante el asom[]bro del viajero el alarde de piedra de sus muros, el famoso serral[lo], exponente de pasadas grandezas, que nos brinda la ocasión de cami[]nar sobre alfombras obsequiadas por Gengis-Kan y de dialogar en [sus] salas densas de historia con la sombra de figuras que doblaron pa[ra] siempre el recodo de los tiempos.

Pero por sobre todo eso, por sobre la evocación de una Constanti[]nopla fastuosa y de una Constantinopla siniestra, por sobre la suge[s]tión de un Bósforo reflejando en sus aguas la pirueta macabra de[l] último ajusticiado, y de un sultán loco vagando sus insomnios por [los] corredores de un palacio estremecido de pesadillas, Estambul me tr[ae] a mí el recuerdo de Aziyadé la circasianita que amó a Pedro Lo[ti].

Aquí, en Ayub, en este Ayub un poco a extramoros de la geogra[fía] y de los siglos, que no despertó de su letargo fatalista ni a la r[]



CIUDAD DEL RECUERDO

Por

Pedro Ortiz Barili

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

... de mando de Mustafá Kemal, tenía el escritor la casa donde re... a Aziyadé. En frente había una mezquita, y desde su minarete, ... almuédano enviaba todos los días al novelista su amigable y enfá... saludo oriental. Ella, la circasianita, llegaba en caique hasta la ...osa ansiedad del oficial.

Bznim yan senin — murmuraba, dejándose besar los ojos.

Y Pierre Loti, el francés al que decían en turco "mi alma es tuya", ... que el blanco país de los sultanes se le adentraba cada vez más ... el alma con el amor de su Aziyadé.

En esa casa de frente a la mezquita del almuédano amigo, en esa ... que puede ser cualquiera de las que encuentro ahora en mi iti...rario sentimental por este viejo barrio desierto y silencioso de Ayub, ... donde la tierna amiga del novelista, después de hacerle la ofrenda ... un rizo — ¡ofrenda suprema para ella, que se arriesgaba a tener ... comparecer ante Alá antes de que aquel rizo le creciera! —, pidió ... Loti que se hiciera grabar su nombre sobre el corazón. Y allí tam... fué donde el escritor hubo de despedirse un día, para no volver ...rla nunca, de la bella y desolada musulmana.

¿Por qué calles de esta Estambul poblada de inolvidables espectros ...ló diez años más tarde Pierre Loti en busca de la tumba de su ... Aziyadé? ¿Tras qué rejas lo vieron errar su dolor los ojos ...gos de las tres *desencantadas* Nurye, Djenan y Zanur? No lo sé ...ciencia cierta. Pero Estambul, encrucijada de dos civilizaciones y ...ra de dos continentes, centro del mundo cristiano un día y otro ...rgullo del Islam, ciudad de enigma y de nostalgia, con su Cuerno ... Oro y su Sublime Puerta, con su Catedral convertida en mezquita ... Serrallo, museo de fantasmas, abre al afán del viajero las venta... de su misterio antiguo y le invita a cruceros de ensueño a tra... de la fantasía y los recuerdos. ◈



Santa Sofía, corazón de la vieja Bizancio, que fuera un día centro del mundo cristiano y a la que le pusieron luego minaretes musulmanes.

Flotillas de barcos pesqueros reemplazan ahora en el Cuerno de Oro a los bajeles imperiales. Al fondo el cementerio de Ayub, donde reposan los restos de Aziyadé.

EL CUENTO DEL MAR

El asistente

Por
Juan Antonio Glize
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

La lancha marchaba envuelta en una esfera esmerilada; la niebla, por momentos impulsada por la brisa fugaz, se arremolinaba y daba la sensación de levantarse; pero terminada aquélla, volvía a ceñirse nuevamente.

Las aguas de la bahía parecían de plomo; la roda abría un surco que se desparramaba en ordenadas y pequeñas crestas espumosas, y el ruido del motor, en aquella caja de resonancia, ahogaba todo otro sonido exterior.

El guardiamarina, de pie al lado del timonel, trataba de fumar lo más displicentemente que le era posible, pero no podía ahogar en su corazón la sensación de orgullo que le proporcionaba aquella comisión. Aun le parecía escuchar las palabras de su comandante: "Guardiamarina Elizalde: el almirante me ha pedido un oficial decidido para una empresa de riesgo, y yo lo he elegido a usted".

Ese viaje a través de los turbulentos velos de la niebla pegajosa y fría, no lo olvidaría en toda su vida.

Poco a poco, algo más oscuro que el resto principió a señalarse por la proa. Primero fué una sombra informe, como un enorme acantilado ya entrevisto en otras jornadas, luego comenzó a tomar figura geométrica, y más tarde, aunque con dificultad, se descubrió por entero; era el "Patria", que enarbolaba la insignia de comandante en jefe. Segundos después, en una maniobra impecable, la lancha hacía crujir suavemente la escala real y por ella trepaba el joven, en tanto que el silbato del contramaestre de guardia rendía los honores de pito.

La cortina de la cámara se descorrió y un mayordomo le invitó a entrar. Se encontró entonces en presencia de un hombre alto, seco, de facciones rígidas, aunque simpáticas. Por un instante tuvo la sensación de que aquella mirada gris le escrutaba hasta el fondo de sus pensamientos; más tarde, con el correr del tiempo, debía acostumbrarse a esa inspección ocular, habitual en quienes mandan toda su vida.

El estudio no pareció desagradar al que lo hiciera, pues con un gesto amable le invitó a sentarse.

—Bien, ya que es usted el designado por el comandante, le pondré al tanto de la situación y de las órdenes a que deberá ajustarse.

—Comprendido, señor almirante — contestó brevemente el guardiamarina.

—He tenido conocimiento de que en Bahía Lobo Marino se está por producir un contrabando de armas y bebidas alcohólicas. Los que lo ejecutarían son personas conocidas por la Armada y hombres de cuidado. Se trata de que usted zarpe con la torpedera Py y se mantenga observando en las inmediaciones; en caso de que se confirme mi información deberá intervenir con el personal de a bordo. Es necesario capturar el contrabando, cueste lo que cueste. No se me oculta — prosiguió el anciano jefe —, que la misión tiene sus bemoles, pero por algo el comandante Espíndola le ha elegido de entre sus oficiales.

—Cumpliré la orden, señor — contestó con orgullo el joven, mientras se levantaba adoptando la posición militar.

—Buena suerte, Elizalde...

El viejo lobo de mar, al estrechar la diestra amplia y fuerte del guardiamarina, comprendió intuitivamente que el comandante Espíndola sabía lo que tenía entre manos.

Preparaba ese equipaje que todo oficial hace apresuradamente ante comisiones repentinas, y en el que luego se descubren olvidos irreparables, cuando unos nudillos golpearon tímidamente la puerta del estrecho camarote.

—Adelante — murmuró sin volverse.

Quien entró debió encogerse para hacerlo; era una especie de hércules negro, que vestido de blanco parecía más enorme aun de lo que era realmente. Con lentitud de paquidermo se quitó el sombrero que cubría sus revueltas motas.

—¡Hola! —exclamó el guardiamarina al verle —. ¿Recién te acuerdas de venir? Bonito asistente tengo... Siempre llegas cuando yo ya no te necesito...

—Señol — murmuró la voz aflautada del negro —. ¿Es cielto que se va?

—Sí, Melitón; gracias a Dios, una comisión de las que valen por diez.

—Y... yo...

—Pues, como no me fué posible hallarte a bordo, creí que te habías caído al agua en una de tus famosas "monas"; llevo a otro.

—¿Que va otlo, señol? — dijo con voz trémula y ojos desmesurados.

—Sí, hombre, sí, y déjame tranquilo, que no tengo tiempo que perder. Vamos, anda y llama al marinero Fernández, que es quien me acompañará.



Un instante estuvo vacilante el negro en obedecer o quedarse, pero una mirada fulminante del guardiamarina le decidió a mover y con tanta pesadez como había entrado, como agobiado por una tremenda desgra

Cuando el guardiamarina Elizalde se disponía a embarcarse en la lancha que le condu ría hasta la torpedera, cuyo comando iba asumir, vió con asombro que quien cargaba valijas era el negro Melitón, y no Fernánd como lo había dispuesto.

—¿Qué significa esto? — preguntó, asomb do —. ¿Y Fernández?

—Felnández... Felnández... está en la tabálbala...

—¿Cómo en la santabárbara? Explícate o al calabozo de cabeza, negro truhán — g impaciente el joven.

—Señol... Es veldad, está en la santabál pelo amalado como un coy... ¿Cómo vo almitil que él me leemplazala?

Elizalde tenía un concepto personal los hombres y la disciplina; pensó un mo to antes de decidir; luego, con una sonrisa, denó brevemente.

—Vamos...

Hacia ya dos jornadas que la torpedera rodeaba por las inmediaciones de la bahía taria, y es posible afirmar que todos los ojos a bordo eran pocos para escrutar en las bras de la noche.

Elizalde, acodado en la ventanilla del pu de navegación, fumaba placenteramente tras intentaba mantener el equilibrio con balanceo de su cuerpo, pues el rolido de nave era de los más incómodos su lado brillaba en la oscuridad luz diminuta, la del compás, y detrás, los ojos enormes de su tente, que parecían estar aguarda eternamente una orden. De ve cuando, la diestra de Melitón ba hasta su boca algo cuya na leza no podía precisarse, pero el ruido de los dientes lo delat como comestible.

Un ligero sopor iba invadi lentamente al joven, sólo inter do por los chicotazos de espuma alguna ola lanzaba sobre los cri

De pronto, la voz de Melitó encargó de disipar repentinan toda especie de sueño.

—Por la amura de proa he una luz roja.

En efecto, a lo lejos, próxi la costa, un destello débil se mo ba con intermitencias.

—Todo a babor — ordenó seca te el guardiamarina —. Melitón, la voz abajo al contramestre, de haga levantar y armar a toda la g

De un salto se colocó al lado los telégrafos que comunican co máquinas, y con dos golpes secos denó: "adelante a toda fuerza".

La torpedera pareció saltar las aguas como consciente de su sión. Lentamente iban aparec entretanto, sobre la cubierta b mojada, sombras silenciosas y calzas que se ajustaban los cor o repasaban los fusiles Ni un

grito ni un solo ruido, excepto el de las máquinas que rugían sordamente ante la magnitud del esfuerzo exigido de repente.

La luz se fué haciendo más visible hasta que fué posible distinguir las formas de una pequeña goleta a motor que navegaba en dirección a la costa cercana.

Cuando ya estaban casi encima de ella, Elizalde, saliendo de la estrecha cabina del puente, gritó con megáfono:

—¡Oh, de la goleta!

La contestación fué una salva de fusilería, acompañada de unos cuantos zumbidos y el estrépito de un vidrio que se hizo pedazos.

—Ajá — murmuró el joven —. ¡Con que quieren jaleo!... Pues hala que va... — Su voz resonó en la noche serenamente —. ¡Puntería sobre la casilla de navegación... fuego a discreción!

Era indudablemente difícil hacer puntería con la oscuridad, pero no era la primera vez que los hombres de a bordo lo intentaban y pronto en medio de un fuego graneado, la goleta dió un giro pronunciado, como si algún proyectil hubiera herido a su timonel. Momentos después, ante los rayos débiles, se distinguieron en la cubierta del contrabandista unos hombres con los brazos en alto en tanto que la marcha disminuía hasta parar.

Con la satisfacción concebible por el buen éxito de la empresa, Elizalde decidió esa noche fondear en la Bahía Lobo Marino para descansar, puesto que hacía más de tres noches que casi no pegaba los ojos. Pero antes quiso prevenir a la tripulación de una orden. Ella era que nadie, por ningún motivo, debía tocar el cargamento de contrabando; quien lo hiciera iría a parar a la "barra", aunque se anticipaba una noche fría como pocas, y el castigo lo sufriría en cubierta por hallarse los contrabandistas en los calabozos.

Comunicada la orden, se dirigía a su camarote, cuando le llamó la atención la grita que se escuchaba en el sollado. Quiso desoírla, mas una voz familiar que se destacaba sobre todas, lo atrajo hacia allá.

Cuando su cabeza se asomó por la estrecha escala que conducía al maloliente local, vió una serie de maniobras raras, al mismo tiempo que se hacía un silencio de tumba. Melitón, sobre todo, parecía el más afanado en pasar inadvertido.

—Melitón — llamó entonces.

El asistente tardó algo en levantarse y cuando lo hubo hecho, una botella que resbaló de su blusa se estrelló estrepitosamente contra el suelo, al mismo tiempo que un vaho alcohólico se extendía por el ambiente cerrado. La expresión del guardiamarina se hizo dura.

—Melitón: preséntese al contramaestre y dígale que va a la barra por desobedecer mis órdenes, robando bebidas a la goleta apresada.

Si el silencio pudiera graduarse, se diría que en ese momento se hizo más profundo.

En la cara del negro se dibujó un asombro indefinible; le parecía imposible lo que acababa de oír, y estaba allí inmóvil, como petrificado.

La voz de Elizalde se hizo más conminatoria.

—¿Me ha entendido usted, marinero Melitón?

Hasta ese trato era inexplicable para el asistente. ¿Estaría soñando? ¿Era su guardiamarina quien le hablaba así?

Como inconsciente avanzó hasta la escala y subió por ella pasando al lado del joven, que lo miraba con severidad, para mayor confusión suya. Estaba sinceramente anonadado.

Cuando aquella mañana Elizalde se levantó para levar anclas y conducir a su presa a la bahía en que se hallaba fondeada la escuadra, pasó al lado de su asistente que, con los pies aun presos a la barra, estaba violáceo de frío en vez de negro.

Tuvo lástima por él; pero las órdenes se dan para ser cumplidas y Melitón era el primero que debía obedecer y también el primero en ser castigado. No dejó de notar el joven una mirada fría, salvaje, en las pupilas del negro. Parecía que en ella había un destello de odio.

Tuvo intenciones de darse vuelta, y, haciéndolo soltar, explicarle aquel principio de disciplina que era necesario mantener a toda costa, a pesar del aprecio que le profesaba; pero comprendió que hubiera sido inútil y experimentó la sensación de que, en adelante, Melitón sería un enemigo a bordo.

La noche le encontró completamente tranquilo, su misión había terminado, y la oscuridad y la seguridad de la derrota le invitaban a un descanso reparador que en todo aquel tiempo de navegación no había disfrutado debidamente.

Cuando el contramaestre estuvo bien al tanto de lo que debía hacer, echó las últimas bocanadas de humo del cigarrillo y se lanzó al camarote; un rato después dormía plácidamente el mejor de los sueños.

Rato hacía que su espíritu andaba por los dominios de lo inconsciente cuando una extraña impresión le despertó. Sentía, si así puede decirse, que un peligro se cernía sobre él.

Apenas entreabrió los ojos cuando vió que la puerta del camarote, girando despaciosamente, daba paso a la tenue claridad recortándose sobre ella una silueta que le era familiar, pero no así con esa cautela felina.

Por la abertura penetró una ráfaga de frío; recién entonces se dió cuenta de que se hallaba enteramente destapado; la sombra gigantesca parecía vacilar; se notaba que le observaba atentamente, aunque con dificultad, y hasta creyó ver los ojos cargados de odio de Melitón, a quien tan severamente castigara.

Su diestra estaba cerca de la almohada. Era en la época en que los oficiales dormían con el revólver debajo de ella; por cuanto muchas veces las dotaciones estaban formadas por hombres sin escrúpulos.

Empuñó la culata con firmeza, afirmando el dedo medio en el disparador, y giró el arma hacia la sombra que se acercaba, ya francamente y algo agazapada.

Contuvo la respiración con temor de que Melitón descubriera que estaba despierto.

Pasó así un segundo de tremenda inquietud; escuchaba ya la respiración anhelante del negro cuya mole había tapado todo el cuadro de luz que la puerta marcaba en la oscuridad del camarote.

Vió una mano enorme que se adelantaba sobre su cuerpo y simultáneamente su dedo fué haciendo presión. Fué un alivio tremendo sentir que el percutor se levantaba. Le mataría, no quedaba otro camino, y eso, si el asistente no llegaba primero a su corazón.

No faltaba ya más que ese hilo delgado que separa a la vida de la muerte, cuando la mano de Melitón llegó hasta el lecho, y tomando la punta de las cobijas, cubrió con ellas el cuerpo helado del guardiamarina. Cuando la puerta tornó a cerrarse tras la sombra del fiel negro, dos lágrimas titilaron en las pestañas del joven oficial, y un dedo debajo de la almohada aflojaba poco a poco el disparador del revólver. ✦

ARGENTINA ADENTRO

CAMPO Y CIELO, MATE Y CHURRASCO

Por **Valentín de Pedro**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Un pueblo que toma mate es un pueblo que sueña, y un pueblo que sueña tiene ideales. El mate nos habla también de su fortaleza y su salud.

GUILLERMO Enrique Hudson, a quien forzosamente hemos de recurrir, siempre que se trate de confrontar la autenticidad de las cosas de nuestra tierra, ha escrito: "Los primeros pobladores que levantaron sus hogares en el gran espacio libre llamado las pampas, procedían de pueblos en que la gente acostumbraba sentarse a la sombra de los árboles o suponían necesarios el grano, el aceite y el vino, y cuidaban siempre las verduras de lá huerta. Naturalmente, con tal criterio y tales hábitos, hicieron jardines y plantaron árboles, tanto para sombra como para recolectar su fruta, en todos los lugares en que construían una casa. Sin duda, durante dos o tres generaciones, trataron de vivir como la gente vive en los distritos rurales de España. Luego su principal negocio trocóse en criar ganado, y como éste vagaba a su antojo en la vasta planicie y era más salvaje que doméstico, los habitantes del campo se pasaban la vida sobre el caballo, para juntar, elegir o atender el ganado vacuno y el ovino. No pudieron, en consecuencia, seguir por más tiempo arando la tierra o protegiendo sus cosechas para librarlas de las invasiones de los insectos y pájaros, y de sus propios animales. Desistieron de su aceite, del vino y del pan. Vivieron de carne solamente. Se sentaban a la sombra de los árboles que plantaron sus padres o sus abuelos, hasta que esos árboles morían de viejos o perecían destruídos por el ganado, no quedando más sombra ni fruta".

Estos fueron los habitantes de la pampa con los cuales se encontró Hudson al nacer en ella. El proceso evolutivo de los primeros pobladores, que él con tanta claridad nos describe, había terminado con la aparición del gaucho, con quien se dió de manos a boca al erguirse sobre nuestra tierra, y en cuyo espíritu pudo penetrar como muy pocos, porque fué hermano de él en suelo y ambiente, y al mismo tiempo poseía una naturaleza distinta a la suya, que le permitía contemplarlo en función de observador. Si a esto se añade que Hudson tenía ojos de poeta, queda bien explicado que "descubriera" tan maravillosamente el mundo al cual se abrieron sus ojos en nuestra Argentina.

El nuevo mundo significaba una nueva vida, aunque ésta no se revelara en una cultura diferente, sino en una diferente alimentación. Se vió el hombre obligado a prescindir del aceite, del vino y del pan, como prescindía de los árboles; y, al paisaje, que se simplificaba grandiosamente, infinitamente, en "paja y cielo", correspondió la simplificación de la cocina gaucha, que se reducía a churrasco y mate.

Esto había de contribuir a la formación de su naturaleza física y espiritual, dando cierta uniformidad al habitante de la pampa, con rasgos propios, que si no eran suficientes para que se hablase de una raza nueva, lo eran para definir un carácter personal, perfectamente diferenciado dentro de la órbita de la raza hispánica, y susceptible de formar un carácter nacional, como así ocurrió.

Un militar español que tuvo que habérselas con los gauchos en nuestra guerra de independencia, allá por el norte, el general García Camba, recoge en sus "Memorias" una curiosa observación que tiene más importancia de la que se le podía asignar a primera vista, sobre las dificultades con que tropezaban, para moverse en nuestro suelo, los soldados recién llegados de España. "Sin práctica aun para saberse preparar a la ejecución de estas travesías —dice—, carecían de los medios que no faltaban a los del país, y a veces no hubieran podido comer aquéllos más que carne mal asada y sin sal, si sus nuevos compañeros no les hubiesen auxiliado con la mejor voluntad. Porque es de advertir que mientras un soldado del país, señaladamente los naturales de determinadas provincias, asaba con perfección un carnero, no ponía comestible un europeo la pierna o el costillar de otro".

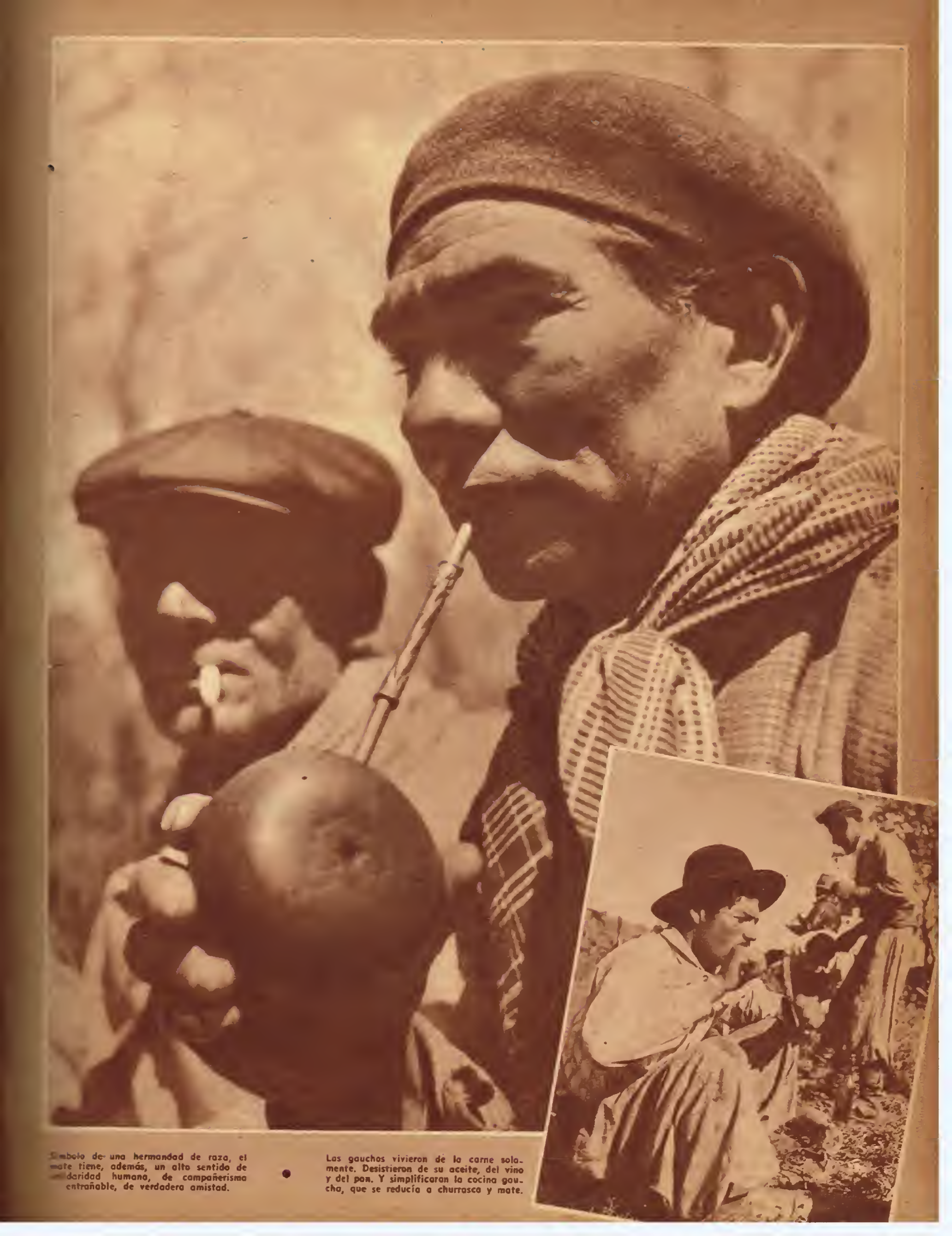
Como se ve, el saber preparar un asado al asador tuvo su importancia histórica, pues el nativo afirmaba así su derecho a la libertad sobre la tierra en la cual había aprendido a vivir a su manera, [illegible] tutela de nadie. Clásica estampa de nuestra patria, es la del gaucho que en medio del campo enciende un fuego de leña y, con la ayuda de una barra de hierro, o a falta de ésta con una rama verde, en [illegible] que espeta la carne, prepara el asado, cosa que tiene su arte, pues [illegible] es fácil, con tan escasos elementos, lograr un sabroso bocado. Y [illegible] arte culmina en el asado con cuero, que es la gala de los fogones criollos y el manjar típico que todavía hoy la gente de campo ofrece como un regalo, al forastero.

Complemento del asado es el mate. Y aun del mate se

(CONTINUA EN LA PAGINA [illegible])

Signo de la mudanza de los tiempos es ver a un paisano echando un trago en un descanso de sus faenas. Pero el beso que le da al gollete es el mismo beso criollo que se menciona en "Fausto".





Símbolo de una hermandad de raza, el mate tiene, además, un alto sentido de solidaridad humana, de compañerismo entrañable, de verdadera amistad.

Las gauchos vivieron de la carne solamente. Desistieron de su aceite, del vino y del pan. Y simplificaron la cocina gaucha, que se reducía a churrasco y mate.

EL CUENTO SENTIMENTAL

VOLODIA

El pequeño Volodia era un espíritu superior. Yo reconocía humildemente mi inferioridad intelectual y espiritual con respecto a él y nunca pude comprender de qué fuente ignota provenía el caudal inmenso de su rica imaginación. Físicamente y a primera vista, Volodia era uno de los tantos chicos insignificantes que vemos en la calle y a cuyo lado pasamos sin detenernos en ellos; pero si tenemos la ocurrencia de entablarles conversación, comprobamos con asombro al poco rato que nos hallamos ante un pequeño ser superior.

La casa de Volodia y la mía colindaban, así como nuestras madres eran grandes amigas. Volodia podía meter las narices en cualquier rincón de mi casa, pero raras veces aconteció esto, porque le guardaba a mi madre cierta aprensión desde aquel dia que ella indujo a su madre a meterlo en la escuela, que él consideraba una cárcel. Yo también hormigueaba poco en su casa; preferíamos vernos en la calle, sentados en la escalerilla. Fuera, bajo el cielo infinito, se sentía más libre.

Pero no sólo amaba su libertad, sino la de todos los seres. Un día trajeron de regalo a su madre un hermoso jilguero que cantaba armoniosamente. Mas a Volodia le pareció que en su canto lloraba por la libertad perdida, y abrió la jaula para que se fuera. Luego recibió estoicamente el castigo que le infligiera su madre.

Aquella tarde (la que me hizo querer verdaderamente a Volodia), estaba sentada en la escalerilla de su casa, esperando que volviera de la escuela.

De pronto, lo divisé a lo lejos. Pegado a sus piernas le acompañaba un perro, sobre el cual se inclinó Volodia varias veces. Cuando se acercaba, le grité con acento burlón:

—Volodia, ¿qué es lo que traes pegado a tus piernas?

El se encogió de hombros y contestó con el mismo tono, con un ligero matiz de reproche:

—Valezka: ¿nunca te han enseñado lo que es un perro?

Se apartó a un lado y yo vi un perrazo grande, sucio, escuálido: un verdadero vagabundo, que me miraba con sus tristes ojillos pardos. Moví desdeñosametne la cabeza y desvié, un poco molesta, la mirada del animal.

—Volodia, ¡qué tonta ocurrencia la de traer este esperpento!

El me miró con frialdad, pero después sonrió:

—Valezka, no tienes corazón; por eso hablas así.

Subió la escalerilla seguido por el perro y se detuvo en la puerta.

—¿Está en casa mamá?

—No — respondí yo inquieta, entrando tras de ellos al vestíbulo, un patio de baldosas blancas.

El perro saltó a uno de los sillones de mimbre y Volodia lo dejó tranquilamente que se acurrucase. Yo lo miraba indignada, con ánimo de estallar.

—Debía darte vergüenza que ese perrazo inmundo ensucie los muebles que con tanto trabajo limpia Bárbara.

El dejó escapar una risa breve.

—¡Trabajo! ¿A eso le llamas, pasar un trapo? — me miró con sorna, y después agregó: — ¿Y qué hacen los chicos Alexandrovitch cuando vienen? ¿No ensucian y revuelven toda la casa? ¿Y qué les dice mi madre? Nada.

Miré con ojos furibundos al perro, cuya mirada cansada estaba fija en mí. En seguida me volví hacia él:

—Volodia — dije atropelladamente —: si tu madre permite a los Alexandrovitch que desordenen todo, es porque les debéis ochocientos dinares por dos meses de arriendo, y si ella se quejara, seguramente que iríais todos de patitas a la calle.

Volodia me había escuchado en silencio. Vi una arruga que surcaba su frente morena y sus labios se agitaron imperceptiblemente; pero, cuando habló, su voz no revelaba la más mínima emoción, aunque su acento era casi grave:

—Valezka, yo no sabía nada... Tú tienes cabeza, pero yo cora... pienso, pues, quedarme con este perro.

Había hablado con tranquilidad, casi fríamente, como si hubiese dicho la cosa más natural del mundo, pero yo di un salto hacia adelante, echando chispas por los ojos.

—¿Quedarte con ése?... ¡Oh, Volodia, he aquí un capricho que ... verás satisfecho!

Contemplé a hurtadillas su rostro, que enrojecía de cólera, mientras una chispa de irritación velaba sus ojos, ordinariamente tranquilos.

Había un amargo reproche en aquella profunda mirada, que me h...

Por ***Liuba Dalmore***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACION DE MARIANO ALFONSO

evadir la mía, hondamente turbada. Su voz llegó dolorosamente a mis oídos.

—Valezka, Valezka, ¿cuándo encontrarás tu corazón?

Bruscamente me volví de espaldas para que no viera la emoción dibujada en mi semblante, pero él se había apartado ya de mí y, dirigiéndose a la cocina, desapareció tras la puerta.

—¡Valezka! ¿Qué haces aquí? ¿Quién ha traído este perro vagabundo?

La sorpresa me dejó paralizada. No había sentido que la madre de Volodia acababa de entrar y ahora estaba detrás de mí, hablándome con su agrio acento. Me di vuelta y la quedé mirando estúpidamente.

—¿Qué haces aquí? —repitió ella—. ¿Te han cortado la lengua, que no puedes hablar?

La aparición de Volodia cambió repentinamente la escena. Venía silbando alegremente y no se detuvo al ver a su madre. En la mano derecha traía un pedazo de carne que arrojó al can, el cual se precipitó sobre su presa.

En ese instante se oyó un grito y apareció Bárbara, la criada, agitando los brazos y gesticulando.

—Volodia! ¡Ladrón! ¡Me ha robado un pedazo de carne!

Volodia se volvió con violencia.

—Ten la lengua —dijo—. Ese pedazo de carne es mío.

Pero su madre intervino bruscamente:

—¿Desde cuándo la carne es tuya?

Volodia paseó alternativamente su mirada sobre nosotros y luego respondió con calma:

—Es mi comida de la noche la que le di a él —e indicó con un breve ademán al perro que, devorada su presa, se le aproximaba moviendo alegremente la cola.

—¿Te crees que somos ricos —gritó su madre—, para que le estés regalando comida a los perros vagabundos?

Volodia la miró; y mezcla de pena y de indignación había en su mirada.

—Madre: el pobrecito está tan flaco que es puro "pellejo". Tenía hambre; yo no... —dijo, y yo sentí que el llanto temblaba en su voz.

—Eres un necio, Volodia —respondió ella agriamente—. ¿Por qué no lo dejaste que se muriera donde estaba?

El miró al perro; las dos miradas se fundieron en una y las dos expresaban el mismo sentimiento de dolor incomprendido. Entonces se volvió hacia mí, pero yo incliné la cabeza para que no viese mi semblante contraído. Sólo levanté la vista, sorprendida, cuando le oí decir con cierta vacilación:

—Entonces, mamá, ¿no me permitirás que lo deje... conmigo?

—Déjate de majaderías, Volodia —chilló ella—. Bárbara —ordenó a la criada—, arroja a la calle ese inmundo perro.

Pero Volodia, de un salto, se interpuso entre la mujer y el animal.

—No —exclamó—. No lo tocarás con tus sucias manos.

Ella lanzó una carcajada.

—¿Te crees, acaso, que tu perro está muy limpio?

—Sucio está porque no tiene dueño. Pero tú —añadió Volodia con desdén— tienes las manos sucias porque tu alma es así... ¡sucia! —se inclinó, arrastró con cuidado al perro, desapareciendo tras la puerta de calle.

Paralizada, sin valor para seguirlo, aguardé a que las dos mujeres se alejaran también, y sólo entonces fuí en su busca.

Lo encontré en el último peldaño de la escalera. No se movió cuando sintió que alguien se aproximaba, porque había adivinado que era yo. Tenía la cabeza apoyada en su mano y miraba, pensativo, la silueta del perro que se perfilaba a lo lejos de la calle gris.

—No se volvió ninguna vez —dijo con extraño acento.

Yo me senté suavemente a su lado. Entonces se volvió hacia mí y encontré una mirada amarga e irónica, que se dulcificó al ver mi rostro apenado.

—Valezka —murmuró—. Yo soy un necio...

Moví la cabeza negativamente.

—No, Volodia, tú eres un gran corazón...

Nos miramos en silencio y apretó mis manos con fuerza.

—Valezka, cuando seamos grandes nos casaremos. La cabeza y el corazón deben marchar siempre juntos.

—¿Y cuál debe mandar más? —pregunté sonriendo.

Volodia levantó la cabeza y fijó su mirada en el cielo. Era la misma mirada indefinible de siempre. Después, sin volverse, respondió:

—El corazón... ◈

UNA ESCUELA

EN LA UNIVERSIDAD DE GEORGETOWN, EN LOS ESTADOS UNIDOS,



El decano de la Universidad de Georgetown, Tomás Healy, entrevistando a un alumno. El estudiante lleva su uniforme militar, pues está enrolado en el Cuerpo de Entrenamiento de los Oficiales de la Reserva. Todos los jóvenes del gran país del Norte tienen un alto concepto de los ideales de la patria.

Diplomacia de ayer y de hoy

El mundo diplomático ha estado siempre rodeado, para los profanos, de una aureola de fama y de misterio que lo apartaba un tanto de otras esferas de las actividades gubernamentales.

Si a esto se agrega que la índole misma de sus funciones impone a la diplomacia cierta reserva, tendremos completo el cuadro de circunstancias que, desde hace cientos de años, contribuyeron a aislar el ambiente típico donde se desarrollan las relaciones internacionales.

Pero los tiempos cambian. Puede afirmarse, sin temor a incurrir en exageraciones, que el mes de febrero de 1919 marca la separación entre dos épocas completamente distintas en el mundo de la diplomacia: la antigua y la moderna. En ese mes y en tal año, efectivamente, se abrieron en Wáshington, en la famosa Universidad de Georgetown, las puertas de la Escuela del Servicio Extranjero. Allí se formarían en adelante los futuros diplomáticos de los Estados Unidos.

En otros tiempos el diplomático era intuitivo; además, como la mayoría de las veces su labor se desarrollaba en las cortes de reyes o emperadores, el diplomático debía reunir en una sola pieza dos personajes distintos, pero que se completaban, siendo ambos igualmente importantes: el político y el cortesano.

Porque es verdad que muchas veces, en aquellos tiempos, una embajada se ganaba o se perdía por una palabra o una

Dos futuros representantes del gobierno de los Estados Unidos en el extranjero pasan por las severas puertas de la Escuela. La atmósfera que rodea a estos jóvenes es la apropiada para sus estudios, que se encaran allí con gran seriedad y aplicación.

Aunque los deportes no figuran en primera línea entre las materias de la Universidad, siempre se practica alguno, como la esgrima. Un buen diplomático debe saber de todo, y de ello está bien impuesto Norteamérica.

PARA DIPLOMATICOS

600 JOVENES APRENDEN EL DIFICIL ARTE DE REPRESENTAR A SU PAIS EN EL EXTRANJERO

Por **Ricardo E. Mármol**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La diplomacia constituye un estudio serio y de altos ideales, especialmente en los Estados Unidos. Por eso la mayoría de los estudiantes cumple con sus obligaciones espirituales, concurriendo cada domingo a la capilla de la Universidad.

frase arriesgada en medio de una reunión cortesana. Recordemos aquí, por ejemplo, la brillante figura de aquel embajador que se llamó Metternich. Hombre inteligente y astuto, sabía llevar a buen término las más difíciles misiones que se le encomendaban, pues unía la gracia al ingenio. En cierta ocasión, y durante una fiesta que se daba en la corte, el rey Luis XVIII le hizo la siguiente pregunta:

—¿Sabéis, señor embajador, qué diferencia existe entre un reloj y yo?

Metternich miró en derredor mientras repetía la pregunta:

—¿Qué diferencia existe entre Vuestra Majestad y un reloj?

Un profundo pliegue en la frente del embajador demostraba cuán intenso era su pensamiento. Sabía que una mala respuesta podía echar por tierra toda su delicada labor diplomática en torno al monarca. Luis XVIII estaba rodeado por los nobles y las damas de su brillante corte, que reían y cuchicheaban esperando las palabras de Metternich. Por fin, éste hizo una graciosa inclinación y respondió, al mismo tiempo que una sonrisa distendía sus finos labios:

—La diferencia que existe entre Vuestra Majestad y un reloj, estriba en que con el reloj se cuentan las horas, mientras que con Vuestra Majestad se las olvida.

Un murmullo de aprobación corrió por el auditorio. Su Majestad, el rey Luis XVIII, sonrió satisfecho: era el premio al ingenio del agudo embajador.

Muy lejos está de nuestro ánimo pretender insinuar aquí que la labor de un diplomático consistía entonces únicamente en decir frases ingeniosas; por el contrario, los embajadores tenían que ser hombres conocedores a fondo de los secretos de la política y poseedores de condiciones nada comunes. Sin embargo esa faz, también muy importante del problema, ha quedado como una tradición.

"Armas" para la paz

Hoy, como ya dijimos, los tiempos han cambiado. Los diplomáticos — avanzadas de la paz en países extranjeros — serán los encargados de mantener la paz que seguirá a esta guerra. Para ello se hace necesario dotarlos de las "armas" útiles para que puedan llenar su cometido con eficacia. Esas armas son los estudios metódicos y profundos de los problemas que deberán afrontar. El diplomático abandona ya su antigua tradición, para convertirse en un hombre de carrera universitaria.

Se inicia, pues, una nueva era en el mundo de la diplomacia. El hombre a quien alguien, con mucho ingenio por cierto, había definido diciendo que era aquél que recordaba la fecha del cumpleaños de una mujer, pero no su edad, se convierte en un tranquilo hombre de negocios internacionales.

Una Escuela del Servicio Extranjero

Hasta hoy, hubo quienes suponían que un diplomático era un señor distinguido y elegante, que vivía en la capital de un país extranjero y que ocupaba su tiempo concurriendo a fiestas de carácter social y político.

Todo eso ocurre, en efecto, en mayor o menor grado; pero es una parte muy secundaria de la labor de un diplomático; sobre todo, en nuestros tiempos. Los representantes de un país en el extranjero deben, ante todo, mantener las buenas relaciones entre una y otra nación. Cosa no muy fácil, a veces...

Con la creación de sus escuelas para diplomáticos, los Estados Unidos, ejemplo típico de democracias, abrieron las puertas de la carrera diplomática a todos aquellos que se sintieran con fuerzas y con capacidad para estudiar. Uno de los más populares y al mismo tiempo de los más famosos de esos centros de estudios, es la Escuela del Servicio Extranjero de la Universidad de Georgetown. Esta universidad, situada en Wáshington, asiento del gobierno, tiene una antigua y gloriosa tradición, pues sus orígenes se remontan al año 1634, cuando en una choza, hecha con troncos de árboles, se estableció la primera escuela, en Maryland, en territorio dominado aún por los indios, quienes cazaban a orillas del Potomac, que ellos llamaban Cohungoroton, el "río de los cisnes".

La escuela tuvo tiempos difíciles, y después de una serie de vicisitudes que sería largo enumerar, la encontramos, en 1788, ya convertida en Universidad, en las tierras de Wáshington, que debía ocupar definitivamente. Una a una, fueron abriéndose luego las puertas de sus escuelas especializadas: la de medicina, en 1851; la de leyes, en 1870; la de odontología, en 1901, y finalmente la Escuela del Servicio Extranjero, en 1919, la cual, en la actualidad, está considerada como un modelo entre las de su género.

La carrera diplomática actual

Sin duda con la idea de facilitar el ingreso a los cursos de la carrera diplomática a toda la masa de la población estadounidense por igual, la escuela tiene cursos diurnos y nocturnos, y así también se dictan clases especiales para los empleados y los hombres que se hallan cumpliendo con sus obligaciones militares.

No obstante, las condiciones de admisión son muy severas: se requiere un título otorgado por un colegio superior, o bien por una escuela de reconocida fama. Cuando el aspirante no puede presentar ningún título, se le exigen 15 unidades de puntos de una escuela, de un colegio o de una universidad del país. En ciertos casos, y cuando se trata de aspirantes de edad madura, se hacen excepciones, siempre que las condiciones del hombre sean satisfactorias para la carrera.

El programa de estudios de la Escuela del Servicio Extranjero da, por sí sólo, una idea de la severidad de los estudios: son 91 materias, que van desde el dominio de los idiomas — castellano, chino, portugués, etc. —, hasta el conocimiento de las leyes marítimas, y desde la filosofía hasta la geografía aplicada.

Aun cuando en la actualidad existen cursos abreviados, a causa de la guerra, los estudios completos se realizan en 4 años escolásticos, al final de los cuales se obtiene el título de Maestro de Ciencia en Servicio Extranjero, o bien el de Doctor en Filosofía.

Los jóvenes estudiantes de la Escuela del Servicio Extranjero de la Universidad de Georgetown se encuentran ya, desde la iniciación de sus estudios, en un ambiente serio que los prepara para afrontar sus importantes misiones exteriores. Un diplomático ha de ser una persona reposada, tranquila y consciente, que comprenda que una sola palabra puede cambiar el curso de las relaciones entre dos países.

En Georgetown, el estudiante se familiariza con problemas tan delicados como el que trata del "espacio vital", aprende a hablar en público, y mantiene frecuentes conferencias y entrevistas con diplomáticos extranjeros destacados en Wáshington, como parte de su programa de enseñanza. Desde que ingresa a la Escuela, su vida pública y su vida privada se hallan por completo al servicio de un ideal.

Labor futura

Al salir de la Escuela, los futuros diplomáticos están eficazmente preparados para ganar las "batallas" de la paz que librarán en beneficio del gobierno de su país. Actualmente, 600 estudiantes están siendo iniciados, en la Universidad de Georgetown, en los secretos de la diplomacia internacional.

Esos estudiantes tienen siempre en los labios algún nombre famoso, que los impulsa a estudiar con ahinco, para seguir la senda que trazaron los diplomáticos que hicieron famosos esos nombres: Guicciardini, Metternich, Talleyrand, etc.

Muchas veces, una palabra de ellos, una acción inteligente, evitará que el cañón "hable" en los campos de batalla... tal como aconteció, por ejemplo, con el extraordinario Nicolás Maquiavelo, ejemplo de astucia y de inteligencia, quien impidió con su acción como embajador que Florencia se viese envuelta en una guerra que le hubiera sido fatal, pues no se hallaba preparada para ella.

Hoy en día, tan necesario como el ingenio ha de serles a los futuros embajadores el conocimiento de las verdaderas bases y razones sobre las que se asienta la paz del mundo. No obstante, quizá alguno de los jóvenes que ahora estudian en la Universidad de Georgetown logre sobrepasar algún día las fronteras del tiempo con cualquier hecho destacado en el cumplimiento de su labor diplomática. O quizá, también, con alguna frase feliz como esa que hemos recordado al principio de nuestra crónica.



JUEGOS DE SOBREMESA

Esto que vemos aquí es la solución del problema que presentamos en el número anterior. Se trataba de librar al saco de un lazo hecho en uno de sus ojales, sin cortar el hilo, sin soltar sus extremos que están atados a un poste, y sin romper el saco. Sospechamos que los lectores que emprendieron la tarea de resolver tal problema están todavía rompiéndose la cabeza para no romper el saco, y no se deciden a darse por vencidos por razones del amor propio infantil que casi todos llevamos dentro y sin el cual la vida resultaría idiota. En premio otorgamos aquí la solución: continuar tirando del hilo, como lo hace el señor de la foto, hasta que el saco pase por el aro, y ya está.

PADRES QUE CAMBIAN DE NOMBRE

Entre los árabes de Siria, el hombre cambia de nombre cuando nace su primer hijo. Deja de llamarse como antes y toma el nombre del niño, precedido de la palabra Abu, que significa padre.

SENSIBILIDAD

—Dime una cosa, querida: Si yo muriese, ¿me llorarías?

—Qué duda tienes, mi amor. Ya sabes que lloro por cualquier pavada.

DEMASIADO CORTES

—Patrón; ha venido un señor que dijo que iba a romperle la cara . . .

—¿Y tú que le dijiste?

—Que lo lamentaba mucho, pero que usted no estaba en casa.



NO TOCAR LOS TOMATES

Cualquier persona que consuma tabaco, sea que lo fume, lo masque o aspire rapé, no debe dedicarse al cultivo del tomate, pues la grave enfermedad llamada "mosaico tabacal" puede comunicarse a las hojas de los tomates por las manos de los cultivadores que usan tabaco.

JACINTO PIESFELICES



PEOR TODAVIA

Napoleón I se quejaba de sus generales, y decía:

—Son unos estúpidos, unos idiotas. ¡Lo peor es que uno está obligado a elegirlos entre los coroneles!

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.



BUENA ALMOHADA

A juzgar por las fotos y los apuntes antiguos de dibujantes europeos, son los perros de San Bernardo los animales que más variados servicios prestan al hombre. Los que han sido educados por los frailes del famoso convento de los Alpes, saben buscar y encontrar a los viajeros perdidos en la nieve. Pero los educados por los campesinos saben muchas otras cosas. Tiran por pequeños carritos, llevan la cesta al mercado, guardan la casa contra ciertas y determinadas personas, guían a los ciegos, cuidan el ganado y, según esta foto, hasta sirven de almohada a los niños después que éstos se cansan de jugar con ellos.

DEFINICION

Una escuela de arte o de literatura, es alguien que tiene talento y muchos otros que no lo tienen.

DE LOS CELOS

Los celos nacen con el amor, pero no siempre mueren con él.— La Rochefoucauld.

CINISMO

Más vale no pagar que andar en líos. — Raúl Ponchon.

Dependía del relleno

Alguien requirió a Auber su opinión sobre las *bas bleu* (medias azules que usaban en Francia las mujeres que se dedicaban a la literatura).

—Depende de lo que hay dentro — respondió Auber.

Por qué son fuertes

—Lo que constituye nuestra fuerza — decía un inglés — es que en nuestro país las personas honestas son tan listas como los pillos.

DEL AMOR

En amor, la fuga es la única victoria.

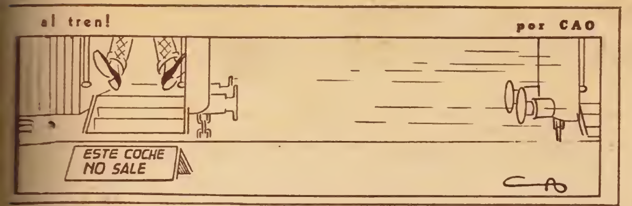
LA MUJER HERMOSA

Se llama Pamela Blake, es linda y se ríe con gesto de inocente. ¿Qué más se puede pedir? No nos gusta el peinado que aquí presenta, hecho por los expertos del cinematógrafo (Pamela pertenece a la Metro), pero sabemos que cuando se levanta por las mañanas, olvidada del cine y del público, su cabeza es completamente humana, gracias a su peinado (o despeinado) magníficamente sencillo. Lo que no hemos podido descubrir todavía a pesar de nuestra dedicación, es el color verdadero de su pelo. Pamela ha sido rubia, pelirroja, morena, y ha recorrido también los matices intermedios. Lo único que en ella no cambia nunca es el color de las pupilas, pues hasta su blanca espalda suele aparecer tostada, como la de toda persona que "debe" ser veraneante.



PINCELITO PURAPOSE





ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

Proverbio ruso

El hombre que se enriqueció en un año, debió haber sido colgado doce meses antes.

DE LA MUJER

La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo. —*Shakespeare.*

GRAN COCINERO Todos los hombres decimos lo mismo cuando nos ponemos un delantal y nos arremangamos ante una hornalla: "¡Ahora van a ver qué gran cocinero soy!" Y un rato después un sospechoso humo negro y mal oliente invade la casa, o encontramos en la mesa una fuente ostentando ciertas cosas carbonizadas que tratan de llamarse "comida", o algún familiar se retuerce por los dolores estomacales. Richard Carlson, de la Metro, resolvió rehabilitar al género masculino en dicho terreno, y aquí lo vemos en plena tarea. No queremos decir lo que sucedió más tarde; sólo nos está permitido dar la noticia de que dijo, como todos: "¡Yo soy un gran cocinero; ahora van a ver!". Y lo que vimos...



CARNE EN CONSERVA

—¡Majestad! — dice el cocinero al rey de los caníbales —, el misionero que acabamos de apresar viene envuelto en una armadura de pies a cabeza.

—Echenlo a la basura; no me gusta la carne en conserva.



NO BAILE ASI

Cualquiera diría que ella se quiere escapar de manos de su "partenaire", y que él, hábil y forzudo, se resiste a quedarse sólo, consiguiéndolo a medias. Pero nada de esto es verdad. Por el contrario, ella está realizando insólitos esfuerzos para volver a él, para no salir volando por los aires como un pájaro cualquiera, y para que el público no se ría de su "baile". Si es que esto se puede llamar así. Sucedió que el caballero, sosteniendo a la dama por la cintura, dió vueltas y vueltas, olvidado de este mundo al principio, hasta que se olvidó también de la dama misma, la que al fin llegó a quedar en la posición y situación que aquí vemos. La publicamos por si la experiencia ajena (cosa que jamás sirvió para nada) sirve ahora para algo.

OJO POR OJO... por González Fossat

CAMBIO DE NATURALEZA

Oyendo un gallego a un andaluz tocar perfectamente la gaita, le dijo:

—Caballero, usted antes de ser andaluz debe haber sido gallego.

ARREPENTIMIENTO

El comisario. — *Ha roto usted su paraguas sobre la espalda de su esposo. Supongo que estará arrepentida.*

La señora. — *¡Ya lo creo! ¡Me había costado veinte pesos!*

SON HIJAS DE EVA

—Vamos, niñas; hace una hora que no hablan más que de zapatos, vestidos y abrigos. ¿No saben conversar sobre algo más elevado?

—Bien, papá; hablaremos de sombreros.

GENEROSIDAD DE REY *Un tesorero del rey de Aragón D. Alonso el Grande, le llevó un día diez mil escudos de oro.*

—Esta suma —dijo un cortesano—, me haría feliz por toda mi vida.

—Sedlo — contestó el rey dándosela.

NOVIA PELIGROSA

En algunas regiones del occidente de China es empresa arriesgada la de conquistar mujer. Porque... la futura esposa se encarama en las ramas más altas de un árbol para aguardar a su Romeo, y en las ramas más bajas se sitúan todas las mujeres de su familia provistas de formidables garrotes y dispuestas a defender a palo limpio la soltería de su parienta. El novio no tiene más remedio que romper aquel cerco de garrotes empleando todo su ingenio en buscar entre las ramas el camino por donde recibir menos golpes. Como se ve, el procedimiento no resultaría nada agradable para un pretendiente occidental que además de no tener el cráneo como una piedra, fuera tímido.

DE ACUERDO El abate Prevost fué nombrado capellán del príncipe de Contí, y cuando se presentó le dijo sonriendo:

—¿Queréis ser mi capellán? Sea enhorabuena; pero tened presente que no oigo misa.

—Ni yo la digo, monseñor — contestó el abate.

ANTIGUA CIUDAD *Hay en los Estados Unidos una ciudad llamada Santa Fe. Es la capital del Estado de Nuevo México, y, entre las 48 capitales de estados, es la ciudad más antigua, pues fué fundada en 1610. Durante su existencia, cinco pabellones han flameado sobre ella: el español, el indio, el mejicano, el de los confederados del sur durante la guerra de Secesión y el actual norteamericano.*





realista — por DOMINGO VILLAFAÑE



¿COMO se IMAGINABA USTED la ARGENTINA?

Los nacionales suelen abrigar de su patria una idea; los extranjeros otra. Pero mientras los primeros la modelan de un barro imperecedero, los segundos, alojándola muellemente en su imaginación, la conciben mutable si topa con la realidad. Vale decir que, si los ojos físicos del extranjero apártanse objetivamente de aquella ajena patria, tanto matices como pormenores del cuadro que en su imaginación se pinta, perduran en la misma suerte que sobrevive la imagen que conciben los nacionales, no obstante la desemejanza: generada la una de la realidad y la otra de la fantasía; objetiva la una; subjetiva la segunda. Mas, si el extranjero visita la imaginaria patria, el delicado cuadro que su fantasía fraguaba se desvanece ante la impotencia de sobrevivir dentro del mundo hostil de la materia. Es que la concepción y la realidad de esa concepción discrepan; la imaginación fragua en un yunque desemejante de aquel manipulado por las corpóreas herramientas del hombre.

Propongamos al generoso lector —caso de que no haya nacido, como ocurre con nosotros, en esta tierra argentina— que consulte la imagen que traía y que se desvaneció al girar su mirada física sobre la realidad. ¿Cómo era? Repetimos: no la absorbida objetivamente, sino la ensoñada, la abstracta, la que se corrigió ante el zurriagazo tangible de la materialización. ¿Cómo era? Desde luego que por más que se pretenda, no era exactamente igual. Era distinta. Pero... ¿era mejor? ¿Era peor? (no imprescindiblemente por el mero hecho de ser lo ideado tiene que ser mejor que lo real). ¿Era, en fin (puesto que las imágenes llevan colores), verde como la esperanza, negra como la desilusión, azul o rosada como el ensueño? ¿Era de sentido trágico, de sugerencia cómica? ¿Qué sentimiento despertaba al pensar en ella? ¿Inspiraba uno de codicia, inspiraba uno de holgura? ¿Sugería uno de vida frívola o pueril? ¿Producía una emoción de existencia dignificada, o de acceso a lo meramente vulgar? ¿Traía a las mientes un morar de paz, o infundía sobresalto o nostalgia? ¿Daba al intelecto un sentimiento de repulsión? ¿Comunicaba indiferencia? ¡En suma, usted que ha dado la espalda a su precioso pasado ensoñador, diga al lector argentino qué pensaba de la Argentina! ¿Le inspiraba una emoción de zozobra, o gustaba hacer que "la loca de la casa" se holgara mirándola? Por fin, un día desembarcó en ella, en la que antaño soñaba; pero esto es harina de otro costal. Lo que nos interesa es aquella primera imagen.

Si, por el contrario, es usted un escritor, no tendrá pelos en la lengua, y sabrá contestar por los reticentes, o sabrá provocar para que contesten. Si se llama, por ejemplo, Jules Romains dirá su réplica así: "Una de la razones por las cuales la Argentina me ha impresionado, procede de esto: de que no la he encontrado tal cual yo esperaba".

Así —con ese testimonio— vemos que mi pregunta no estaba destinada a mitigar el mero aburrimiento del lector corriente de revistas porteñas. Por el contrario, ofrezco (desde luego estoy presentando mal) el problema que debiera implicar la razón de ser de la naturalización política. ¡Ah, si fuera posible invadir en puntillas el corazón humano y sorprender allí el culto sentimiento que deberá estar escondido y que nos interesa averiguar aquí! Si ustedes mismos lo conociesen, esta pregunta no tendría entonces justificativo.

Mas, por el afán de divagar, interrumpimos la respuesta de Romains, que al igual que otras que van a escuchar en esta página es de un subido interés como confesión. Hela aquí: "Me imaginaba lo que se piensa de Sudamérica: una población abigarrada, truculenta, descendiente en numerosos mestizajes. Sí, fué con este bagaje de ideas preconcebidas con lo que viajé en el barco a lo largo de las costas atlánticas. Y no era nada de eso lo que, en realidad, me aguardaba".

Y en el caso de Romains, la realidad superó a la idea preconcebida. La verdad es que él encontró lo que nadie cuando abandona el hogar: que estaba en su casa. He aquí sus propias palabras: "Sí, la mayor sorpresa para un francés normal, como yo creo ser, que arriba a Buenos Aires, que pisa Buenos Aires, es la de poder decirse: ¡Pero jamás he estado tan próximo a mi casa!". Hasta hoy, yo no he oído —a pesar de la ligadura del idioma y de la historia— iguales palabras en boca de un español o de un hispanoamericano. Ello se debe —yo creo— a que los hispanos vivimos más próximos a las provincias que a la capital porteña. ¡Qué bien está aquella expeculación histórica de los argentinos!: Desde un principio, Buenos Aires fué siempre una ciudad cosmopolita. ¿Será por ventura su cosmopolitismo arquitectónico — valga la frase — lo que acerca a Buenos Aires la Francia de Jules Romains?

Hasta aquí Romains y su idea preconcebida, porque no es cierto que los europeos cultivan de este país una sola idea. También piensan en su gleba ubérrima. Pero ni siquiera los que han venido "a hacer la América" consiguen agruparse sin matices de distinción entre sí. Ni siquiera las mujeres de estos hombres sueñan el mismo sueño. Se dirá que los bien informados en geografía e historia, si pueden aglutinarse en un puño ceñido, y eso no es cierto. Al lado de la imagen convencional entre extranjeros, aparece la personal, que es la que expresan los escritores europeos. Vaya un ejemplo, la convencional sería: la pampa, o el ombú o el gaucho. La personal sería para Paul Morand: "Nación que lleva uno de los más hermosos nombres del mundo;


JULES ROMAINS

PAUL MORAND

CONDE DE KEYSERLING

MAXIMO BONTEMPELLI

Por
Arturo Mejía Nieto
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

antaño menospreciada por los virreyes, porque ella era pobre en bastimentos"; y agrega en una síntesis que consigue ceñir su visión global así: "Es difícil penetrar la inmensidad de lo uniforme y dar una imagen de la vasta llanura de alfalfa y libertad". Y Keyserling observó que nunca el gaucho existió tanto como desde que no existe. Pero una imagen originalísima por la forma, ya que no por el manido concepto, fué la de Bontempelli: "En la Argentina, el protagonista no es como en Europa: el tiempo ni la historia, sino el espacio". La Argentina consta —según él— de una sola dimensión: espacio, y aconseja que para conquistar su existencia plena debe conquistar el tiempo. Drieu La Rochelle: "Buenos Aires es una "platitude" que no termina más, que recomienza siempre... Cada calle es después de cada calle un nuevo horizonte...; yo no exagero nada, es Buenos Aires la que exagera...".

Finalmente, el ya citado Paul Morand cierra el número de estas opiniones: "El imperio caribe ha sido creado por la naturaleza, el imperio inca por los dioses, pero la Argentina por los hombres. No es a Dios al que se le ha ocurrido la idea de hacer viajar a través de los mares a la vaca holandesa para cruzarla con los toros australianos".

En general, si bien se mira, de la Argentina se piensa bien en el extranjero. En general, de Francia y de Italia se piensa bien, se tiene una imagen sutil. De otros países igualmente, pero la imagen ya no es sutil, y, en vez de halagar al corazón, hiere a nuestra mente; por ejemplo, Norteamérica, Alemania, Inglaterra, países que infunden respeto y no despiertan una imagen precisamente poética. Otros inspiran una suerte de misterios: China, Brasil, el Indostán. Algunos hay que amenazan con una imagen de dramatismo dinánimo: México y Rusia (esto desde mucho antes de sus presentes revoluciones sociales); otros: exotismo, como Japón, como España, como la India, como Portugal. Otros infunden recelos: el Africa insondable; otros, vida extraña: Turquía, Egipto. Otros, mercantilismo: Sudáfrica, Yocohama, Australia, Indias Holandesas y, en general, los pueblos nacidos de la noche a la mañana.

De estas imágenes, ¿cuál corresponde a la Argentina? De todas suertes corresponde una en que siempre están mezclados el atractivo de su riqueza en perpetua explotación, el de un mundo en potencia y el de su tradición seria, de legítimo linaje latino. Para el sajón europeo, este segundo motivo le da una aureola de preferencia sobre los demás pueblos trasatlánticos de su sangre. Para el latinoeuropeo, el gozo de ver aquí reencarnada su cultura. Para el remoto escandinavo, un país libre y próspero. Para el Oriente, un puerto de primer orden en el comercio internacional: Buenos Aires. Para el norteamericano, en fin (hasta hace unos años, nada más que un país sudamericano), una nación de grandes posibilidades. Para sus hermanas de América latina: la nación rectora, espiritual y materialmente.

Y en el general abejeo que ataranta los ojos al desembarcar, el recién llegado —sea de donde fuere—, de pronto pierde la imagen que traía de la Argentina y crea otra. Esta otra, si no siempre es superior a la primera (y la primera nunca es mala), tampoco es inferior... ◈

Vitoria, el fundador del Derecho de gentes

El Derecho Internacional (International Law) Moderno reconoce un origen católico y español. Francisco de Vitoria, de la Orden de Santo Domingo, fué su fundador.

¡Extraño destino el de este hombre extraordinario! Desde su humilde cátedra de la Universidad de Salamanca influyó en los destinos de América más que el emperador Carlos V y que todos los reyes de España. Si Colón fué el descubridor del nuevo continente, Vitoria fué su organizador espiritual y su verdadero descubridor en el universo de la civilización y de la cultura.

Francisco de Vitoria nació en la ciudad de su nombre entre los años 1480 y 1483. Su vocación lo condujo a entrar en la Orden de Santo Domingo, la que representa por antonomasia, dentro del catolicismo, la inteligencia, así como la Compañía de Jesús — según el famoso padre Clerissac — expresa más bien la voluntad.

En 1506 acude a la Universidad de París para estudiar Filosofía, enviado por sus superiores, que premiaron así sus méritos de estudiante inteligente y aplicado.

El contacto con Francia es quizá el primer paso de su vida que lo impulsa desde temprana edad a la consideración de los distintos países como una gran familia de naciones, cuyas relaciones fijará después de acuerdo con leyes teológicas y filosóficas de índole deductiva, sin olvidar las concretas e históricas características sobre las que se desenvuelven y aplican.



Don Francisco de Vitoria

La formación intelectual de Vitoria, en aquellos años "sorbónicos", como hace notar Menéndez y Pelayo, se orienta hacia una labor de rebeldía: destruir muchas de las doctrinas y métodos entonces en boga. Se estudiaban y discutían asuntos de pura forma, sin prácticas aplicaciones, sin proyecciones hacia la realidad; eran como formas sin contenido que permanecían sin vida.

A su retorno de Francia, Vitoria enseñó en Valladolid. Es en 1526 cuando llega a la cúspide de su carrera docente al ocupar la cátedra de "Prima Theologia" en la Universidad de Salamanca, la más célebre de España. La teología era entonces la primera de todas las cátedras, la de más importancia y trascendencia, no sólo en sí, sino también por su influencia social y cultural. Esta cátedra se denominaba de "Prima" porque empezaba "prima luce": a las seis de la mañana.

Desde allí empezó Vitoria su influencia sobre el pensamiento de España, pensamiento que andando los años iba a traspasar las fronteras de su país para convertirse en universal e internacional.

La Universidad de Salamanca era, con la de Alcalá de Henares, la primera de todas las universidades españolas y una de las primeras de Europa. Desde allí partían las nuevas ideas sobre los problemas contemporáneos, y allí se criticaban las actividades sociales, políticas y culturales de la Península. Puede decirse que las doctrinas y las opiniones sólo adquirían carta de ciudadanía una vez que habían sido analizadas y criticadas en Salamanca. Salamanca fué en tiempos de la expansión imperial del siglo XVI un verdadero semillero de cultura y de renovación. Alrededor de 20.000 alumnos frecuentaron sus aulas, y las constituciones universitarias son un ejemplo de buen sentido y de libertad.

Al comenzar la conquista y colonización de América surgieron multitud de problemas ante la moral. En Salamanca estos problemas fueron detalladamente estudiados, y así nacieron los fundamentos del Derecho Internacional Moderno.

Es costumbre todavía en nuestras universidades — tanto en América como en Europa — el sostener que Grotius fué el fundador de esta ciencia política y referirse a Vitoria como a uno de sus precursores. Como lo hace notar muy bien James Brown Scott, el eminente internacionalista americano de la *Carnegie Endowment for International Peace,* Vitoria no solamente fué precursor, sino algo más: fué su creador. Con las obras de Vitoria, a las que me referiré más adelante, nació, en sus líneas esenciales, todo aquel conjunto de principios que hoy consideramos como el Derecho Internacional Moderno, tan vejado por las prácticas de los últimos tiempos y especialmente por las teorías totalitarias

El origen del Derecho Internacional reconoce a un católico, latino y español, como su fundador: el padre Francisco de Vitoria, de la Orden de Predicadores.

Las dos obras que han hecho célebre a Francisco de Vitoria son *Relectiones de Indis* (Relecciones sobre los indios) y el tratado *De Jure Belli* (Del Derecho de Guerra). Estas obras nacieron como lecciones que Vitoria dictó a sus estudiantes. Ellas constituyen comentarios a la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino en la *Secunda Secundae.* No ha de olvidarse que además Vitoria fué el primer teólogo que tomó como texto de sus lecciones la obra maestra del Aquinate, reemplazando así las *Sentencias*, de Pedro Lombardo. El método de Vitoria fué examinar el problema del día a la luz de los grandes principios del pasado. Uno de estos problemas todavía no ha cesado de

La Universidad de Salamanca

Por Clarence Finlayson

ser actual: el del divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. (Vitoria fué el teólogo encargado de estudiar este problema en España y fué consultado acerca de él por la Curia de Roma). La principal cuestión que se levantó en aquel tiempo fué la relación entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Colón acababa de descubrir América. Pues bien, las respuestas a esta cuestión dieron origen al Derecho Internacional Moderno, y esas respuestas constituyen su obra magna: *On the Indians recently discovered*.

Vitoria concibe la Teología como una ciencia universal, apta para tratar desde los Divinos Atributos hasta los últimos y más concretos problemas de la vida cotidiana. Por esta su visión trascendental, por la constante contemplación y vitalización de los principios teológicos, Vitoria ha sido considerado como el que primero enseñó a los españoles a *teologizar*. El fué el precursor de todos los teólogos españoles, de todos aquellos y especialmente de los que en el Concilio de Trento iban a ser luz de la Cristiandad. Una de las declaraciones de aquel Concilio fué la de establecer la igualdad de todos los hombres con respecto a su salvación, la hermandad de todos ellos bajo el mismo Padre Común. América nacía entonces ya salvada para ser incorporada al patrimonio universal de la Cristiandad.

Vitoria respeta los hechos, pero ante todo busca en ellos la esencia de las cosas. Por esto fué principalmente un teorizador, no un teórico idealista, sino práctico y muy realista. Y por ello fué también universal, de todos los siglos. Sus palabras no sólo se refieren a su tiempo: abrazan todas las épocas.

Es curioso notar que la primera cuestión que se abre en las *Relectiones de Indis* es si los niños de los no creyentes pueden y deben ser bautizados contra los deseos de sus padres. Esta cuestión, aparentemente tan teológica, vino a ser el fundamento de todas sus doctrinas, las más dispares y llenas de aplicación sobre las cuestiones internacionales más diversas. Al intervenir en la controversia de esta cuestión, Vitoria afirma los naturales derechos de los indígenas de América, como sujetos de derecho y de ley. En seguida él pasa a considerar los derechos españoles sobre el nuevo continente y aquellos que asisten en especial al emperador. Tenía en su mente entonces a Carlos V de Alemania y I de España, que pretendía el imperio universal. Allí, con esta ocasión, se nos revela la independencia de juicio de Vitoria: cuando las gentes de España se entusiasmaban con las fantásticas conquistas de allende los mares, cuando muchos juristas deseaban fundamentar en el Derecho el omnímodo poder del emperador sobre el mundo, la voz de Vitoria resuena en la célebre frase: *Imperator non est dominus totius orbis.* (El emperador no es el dueño del mundo entero.)

Vitoria concede el derecho a ocupar las nuevas tierras descubiertas, siempre que sean comunes, pero respetando todas aquellas que sirven al indio para su mantención. Niega el derecho a la guerra por diferencias de religión. Sólo cuando las tribus indígenas practiquen costumbres completamente contrarias al derecho natural (el caso de los caníbales) y se opongan a la introducción de la cultura y civilización cristiana, entonces hay derecho para conducir la guerra. Pero el espíritu del Evangelio ha de ser predicado como un mensaje de paz. Pide justicia y caridad para los nuevos hombres que se incorporaban lentamente al dominio español.

Esta concepción vitoriana que concebía la América como un enorme continente de posibilidades, mantuvo, como ninguna otra idea internacional, la altura de miras, la visión espiritual. Si Colón descubrió América para el mundo, Vitoria la descubrió y la constituyó para el Reino de Dios.

❦ ❦ ❦

Con profunda razón ha podido decir James Brown Scott que los tres hechos más eminentes de aquellos tiempos son: el descubrimiento de América por Colón, la publicación de la "Gramática castellana" de Nebrija y las *Relectiones de Indis* de Vitoria. La Gramática de Antonio de Nebrija unificó el idioma y dió definitivamente el predominio al castellano sobre las otras lenguas de la península. Gracias a Nebrija y a la reina Isabel la Católica el castellano es hoy hablado en toda la América española. Y gracias a Vitoria nacimos bajo el sólido patrimonio espiritual de un Derecho Internacional fundado en la justicia y en la caridad del cristianismo. Así fué como desde las primeras etapas de la Conquista, contra los abusos de los aventureros españoles, se levantó la voz de Bartolomé de las Casas, el llamado Protector de los Indios, para predicar en favor de éstos. Y los reyes de España tuvieron que escuchar sus terribles palabras.

Los homenajes a Vitoria han sido grandes. Tanto en Europa como en América se han publicado interesantes obras en torno a sus doctrinas. Sin embargo, todavía es menester hacer hincapié sobre su obra, especialmente ahora, en medio del tumulto y del bullicio del mundo moderno. Vitoria se levanta desafiante contra todas las concepciones totalitarias que fundamentan el Derecho en una supuesta superioridad de raza o de una determinada nación; contra todos los sistemas que miran en el Estado el supremo poder y encadenan al hombre a una idea materialista. Y es necesario también considerar que hoy la América tiene un nuevo mensaje que dar al mundo, ¿y habría otro más simbólico y más universal que el mismo mensaje de Vitoria: la Carta Magna que nos constituyó ante el mundo civilizado? ◈



Un invierno de

I

La nieve blanca y fría se iba arremolinando arrastrada por el viento. En un amplio patio donde se veían gigantescas parvas de heno y filamentos de tilo, estaba un hombre panzón, con el rostro abotagado, vestido con un largo blusón tártaro de lino que le caía hasta los talones. Calzaba sus desnudos pies con unos altos *cauchucos*. Con las manos cruzadas sobre su enorme vientre hacía girar los pulgares, y mirándome de pies a cabeza con sus ojillos, de los cuales el derecho era verde y gris el izquierdo, me gritó con voz gangosa y aguda:

—Márchate, márchate; no hay trabajo... En invierno no hay trabajo...

Su rostro insolente y apoplético se infló de desprecio, y sobre su belfo superior se movió su ralo y blanquecino bigote. El belfo inferior quedó colgando, dejando al descubierto una hilera de dientes apretados. El fuerte viento de noviembre, soplando con furia sobre aquel hombre, le alborotaba los pocos pelos que poblaban su cabeza y le levantaba el blusón hasta las rodillas. Como no llevaba pantalones, el cierzo maceraba sus macizas piernas, lisas como botellas y recubiertas de un vello amarillento. Aquel sujeto excitó intensamente mi curiosidad, pues era horrible, y en su ojo verde reflejaba un insolente resplandor. Como no tenía mucha prisa, intenté conversar con él y le formulé esta pregunta:

—¿Eres el guarda?

—Vete; eso no te importa.

—Vas a agarrar frío, amigo, si no te pones unos pantalones.

Las manchas rojas que ocupaban en su rostro el lugar de las cejas, se alzaron. Sus ojos, dispares, lanzaron una mirada extraviada. Aquel hombre se tambaleó hacia adelante, como si fuera a caerse.

—¿Tienes algo más que decir?



mi vida

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela de
MAXIMO GORKI
TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

—Si te agarra el frío, morirás...

—¿Y qué?

—Nada más.

—Ya es bastante — dijo con voz apagada, dejando de dar vueltas a los dedos.

Pasó su regordeta mano por sus muslos adiposos y, mirándome fijo, me preguntó:

—¿Por qué me dices eso?

—Por decir algo... ¿Podría ver al patrono Vassili Semenof?

Dió un resoplido, y luego de haberme contemplado con atención, gruñó:

—Soy yo el patrono...

Mi esperanza de ser admitido se esfumó. El viento me pareció todavía más frío, y aquel hombre más detestable.

—¡Qué! — exclamó socarronamente —. ¿Te contraría eso?...

Se hallaba entonces muy cerca de mí, y noté que debía haberse emborrachado recientemente de una manera terrible. Debajo de los ojos aparecían unas bolsas rojas también ribeteadas de un vello amarillo apenas visible. Toda su persona hacía pensar en un horrible y descomunal polluelo.

—¡Largo de aquí! — ordenó, en tono festivo, lanzándome a la cara un aliento impregnado de alcohol.

Agitó su mano, semejante, cuando estaba cerrada, a una botella de champán provista de su tapón. Le di la espalda, y ya me dirigía calmosamente hacia el portal, cuando me llamó:

—¡Eh!... ¡Oye!...

—¿Qué?...

—Te doy tres rublos al mes... ¿Te conviene?...

Yo era un muchachote fuerte, de dieciocho años y sabía leer y escribir. ¡Y era menester que trabajase para aquel borracho a razón de diez *copeks* por día!... Pero el invierno no anda con bromas, y no había dónde elegir. Dominando mi cólera, respondí:

—Acepto.

—¿Tienes el pasaporte?

Iba a sacar del bolsillo de la blusa mis papeles, cuando el patrono hizo un gesto de desdén.

—No, no, muéstraselo al encargado... Vete allá... Pregunta por Sachka...

Franqueando el umbral de una puerta que sólo tenía un gozne, entré en un pequeño aposento de paredes agrietadas, piadosamente adosado al muro amarillo y decrépito de una casa de dos pisos — casa maciza y en la que trasuntaba el tedio —. Me dirigía por entre las bolsas de harina hacia un rincón de donde partía un vapor tibio, ácido y apetitoso, cuando de pronto resonaron en el patio unos ruidos extraños: una cosa rodaba y crujía. Mirando por una hendidura, me quedé estupefacto: con los codos pegados a ambos lados, el patrono corría a saltitos, como un caballo conducido por una cuerda invisible. Su voluminoso vientre se agitaba, así como también sus colgantes mejillas. Redondeando su boca de pescado en forma de trompeta, soplaba:

—¡Fú, fú!

El patio no era muy amplio; por todas partes se veían antiguas dependencias destruídas. Grandes candados pendientes de las puertas parecían cabezas de perro. Los brotes de un árbol tostado por el sol y lavado por la lluvia semejaban ojillos de muerto. Todo un ángulo estaba ocupado hasta las tejas por una pila de toneles destapados, por cuya redonda abertura salía la paja estropeada y como medio machacada. El patio parecía un agujero donde se hubieran arrojado escombros. A un lado erguíase, inscrito en el cielo gris, el muro de ladrillos rojos de un hotel de cuatro pisos. Al otro lado afloraba el tejado de un edificio vecino, y luego la casa decrépita, de un amarillo sucio. Y por todas parte veíanse cobertizos, reductos, trineos enhiestos en el aire y pilas de madera, recubiertas de bolsas de harina a modo de toldos.

Las briznas de paja y los filamentos de tilo daban vueltas; los copos de nieve también giraban como pequeñas hélices, mientras entre aquellos escombros, con los que el viento diríase que jugaba, un hombre gordo saltaba pesadamente, arrastrando sus *cauchucos* sobre la fina arena.

—¡Fú, fú, fú! — bufaba, al saltar con su cuerpo estremecido.

Un cerdo respondió con un rebudio agudo; un caballo relinchó y luego coceó, y por el postigo abierto de una ventana, en el segundo piso de la casa, la voz de una joven salía, cantando tristemente:

¿Por qué no estás alegre, predestinado mío, tunante indiferente?...

El viento, filtrándose por el orificio de los toneles, movía la paja; de vez en cuando, un copo rebotaba con rapidez; en todo lo alto de un tejadillo, unas palomas azuladas se apretaban unas contra otras, friolentas, arrullándose quejumbrosas.

Todo a mi redor vivía, pero era una vida extraña, como aplastada y confusa. En medio de todo aquello, daba vueltas, roncaba y sudaba un hombre extraordinario, como nunca había visto otro.

—¿Dónde he venido a parar? — me pregunté, estremeciéndome.

II

Desde el subsuelo, cuyas pequeñas ventanas exteriores estaban cerradas con una reja de metal y alambradas gruesas, partía una nube de vapor que se unía al humo tenue y azul del tabaco. Había sombra. Los cristales, rotos, estaban salpicados de masa, y, por fuera, constelados de lodo.

En los rincones pendían, como vestidos viejos, telas de araña empolvadas abundantemente con harina, las cuales velaban con su tejido grisáceo y pesado el rectángulo negro de una imagen santa.

En el enorme horno de baja cimbra, un dorado fuego ardía con intensidad, ante el cual gesticulaba como un diablo, manejando diestramente su larga pala, Pavel, el panadero, el cíngaro, el alma y la cabeza del taller. Era un hombrecillo de cabellos negros, con dientes de blancura deslumbrante y cuya barba de Cristo separábase en dos puntas. Con su blusa de algodón rojo, desprovista de cinturón y descotada, tras la cual se veía el pecho desnudo recubierto de pelos rizados, recordaba, por su agilidad, a un bailarín de circo, y apenaba ver sus piernas bien formadas, desnudas, y calzado con pesados zapatos que parecían de plomo. Llenaba todo el taller de gritos agudos y alegres, que partían de su boca como chispas.

—¡Hervid y coced! — gritaba, lanzando obscenos juramentos. Y enjugaba el sudor de su hermosa frente, sombreada de mechones negros. Próximo al muro, debajo de las ventanas, dieciocho hombres estaban sentados ante una mesa. Se balanceaban con un ritmo monótono, y fabricaban a razón de dieciséis rosquillas en forma de B por cada libra de masa. En una extremidad de la mesa, dos obreros cortaban en largas franjas la elástica masa. Con un movimiento de autómatas, la pellizcaban a intervalos regulares y se la pasaban a otros compañeros; sus movimientos eran tan rápidos que apenas se les veía trabajar. Después de haber aplastado y retorcido el pedazo de pasta, los mozos la palmeaban fuertemente, de suerte que sus golpes sonaban sin cesar en el taller. De pie, al otro lado de la mesa, yo colocaba las rosquillas que iban saliendo sobre bandejas de mimbre que retiraban los aprendices cuando ya estaban llenas, y las llevaban corriendo al hervidor, el cual arrojaba aquellos bollos en una marmita llena de agua hirviendo. Un instante después, los extraía con una cuchara de cobre, para colocarlos en una gran fuente de cobre estañado, y luego, un obrero ponía de nuevo en otras bandejas de mimbre los pedazos de masa hervidos, muy calientes y resbaladizos. El panadero los secaba, colocándolos sobre el hogar; los tomaba con la pala, y los arrojaba con destreza al horno, de donde salían, por último, totalmente dorados.

Si no lograba alinear con ligereza todas las rosquillas que me enviaban, se deformaban, se pegaban unas a otras, se perdía el trabajo, y los hombres que estaban en torno a la mesa me insultaban y me lanzaban a la cara los restos de la masa.

Todo el mundo me trataba con hostilidad, con desconfianza, como si aguardasen algo malo de mí.

Dieciocho narices se movían tristemente, muellemente, por sobre la mesa, y los rostros se diferenciaban poco unos de otros: todos tenían la misma expresión de tedio, de fatiga y de irritación. Durante los primeros días no pude retener los nombres, ni siquiera los apodos, de aquellos sujetos, semejantes a piedras uniformes. La palanca de hierro de la artesa caía pesadamente; el hombre que la movía amasaba de una vez toda una bolsa de harina. Constituye un trabajo muy penoso el amasar toda una masa que pesa cien kilos, hasta que queda espesa y elástica como el caucho, sin la menor partícula de harina seca y no mezclada. Y es menester trabajar muy de prisa, pues en media hora debe estar todo dispuesto.

La leña crepitaba en el hogar. El agua bullía en el balde. Por encima de la mesa, las manos frotaban y daban palmadas, y todos aquellos ruidos se unían para constituir un murmullo monótono, incesante y amplio, que las escasas exclamaciones irritadas no lograban animar. Sólo entre los muchachos, en el entarimado, sonaba con claridad la voz aguda y fina de Yacha Artinkof, un niño de once años, con la nariz roma y el hablar ceceante. Charlaba constantemente; unas veces adoptaba expresiones sombrías y terribles, y otras reía mientras relataba con entusiasmo increíbles historias de la mujer de un sacerdote, quien, por celos, roció con petróleo y quemó viva a su hija, que terminaba de casarse; o contaba leyendas de los ladrones de caballos y de los castigos que se les infligía; también hablaba de los hechiceros y los duendes, de las ondinas y de las echadoras de cartas. Su voz aguda le valió el sobrenombre de Cascabel.

Yo me enteré que no hacía mucho tiempo — unos seis años — Vassili Semenof era un simple obrero panadero. Se hizo el amante de la mujer del patrono — una vieja a la que solivianto para que envenenase con arsénico a su borracho marido —; después se apoderó de todo cuanto ella poseía, la maltrató y la aterró hasta el extremo de que ella se hallaba dispuesta a vivir debajo del entarimado, como un ratón, con tal de huir de sus miradas. Me contaron aquella historia con sencillez, como si se tratase de una cosa natural, sin siquiera demostrar envidia hacia el suplantador.

—¿Por qué anda sin pantalones? — pregunté.

Kuzine, un viejo taciturno, de aspecto sombrío y maligno, me explicó en tono doctoral:

—Para desemborracharse... Hace tan sólo tres días que estuvo de juerga...

—¿No estará algo loco?

Varios pares de ojos me lanzaron una mirada irónica y provocativa, y Pavel, el cíngaro, exclamó, en un tono pleno de promesas:

—Aguarda... ¡Ya te devolverá él la razón!...

Todos los obreros, desde el viejo Kuzine, que contaba sesenta años, hasta el pequeño Yacha, que desde el primero de octubre hasta las Pascuas ensartaba las rosquillas en ramas de tilo por dos rublos, todos hablaban del patrono con un sentimiento semejante al orgullo.

—¿Eh?... ¡Qué hombre es nuestro Vassili Semenof!... ¿Podrá hallarse uno que se le parezca?... Es muy mujeriego... Tiene tres amantes... Si tortura a dos de ellas, a la tercera, en cambio, la golpea... Le agrada burlarse de las gentes para entretenerse y para poner de manifiesto su poder... Es avaro. Alimenta mal a sus obreros... Solamente los días de fiesta echa carne de cerdo en el puchero... Los miércoles y los viernes, pone guisantes y puches de harina de mijo con aceite de cañamones... Y quiere que todos los días se amasen siete bolsas de harina, que hacen ocho quintales métricos de masa... Se precisan dos horas y media para trabajar una bolsa...

—Ustedes hablan muy bien de él — exclamé yo.

Un obrero me preguntó, poniendo en blanco sus ojos inteligentes:

—¿Cómo muy bien?...

—Sí. Diríase que están orgullosos de él.

—¡Y claro que sí!... ¡No hace mucho era un simple obrero como nosotros, y ahora el comisario de policía se saca el sombrero en su presencia!... No sabe leer ni escribir, conoce solamente el cálculo, y sin embargo emplea cuarenta hombres... Lo retiene todo en la cabeza...

Lanzando un suspiro de admiración, Kuzine afirmó también:

—El Señor le dió mucha inteligencia.

Y el cíngaro, exaltándose, exclamó a su vez:

—¡Sacar adelante la fabricación de las rosquillas y el pan, el despacho de la panadería y el secador, sin hacer cuentas!... Vende todos los otoños más de ochenta toneladas de rosquillas, sólo a los tártaros y a los morduanos del distrito... En la ciudad tiene siete revendedores que están obligados a vender treinta kilos de rosquillas y de bizcochos de primera calidad diariamente... ¿Qué te parece?...

El entusiasmo del panadero me resultaba incomprensible y me irritaba. Yo tenía ya suficientes razones para alimentar otras ideas y hablar de modo distinto de los patronos.

Y el viejo Kuzine, ocultando su mirada burlona bajo sus cejas grises, sentenció, como si pretendiese discutir conmigo:

—Amigo mío, ése no es un hombre vulgar...

—Desde luego; no es un hombre vulgar, puesto que, según usted mismo dice, envenenó a su patrono...

—¡Poco a poco! — chilló Kuzine.

Y el panadero, frunciendo sus espesas cejas, pronunció con voz solemne, de mala gana:

—Nadie lo vió... Muchas veces sucede que por envidia o por odio se dice de las personas que han matado, robado o envenenado... Nadie quiere que nosotros tengamos suerte...

—¿Qué tienes tú de común con él?

Pavel no respondió, y Kuzine, echando una mirada hacia el ángulo de la pieza, gritó con irritación a los aprendices:

—¡Demonios, deberíais limpiar bien esa santa imagen!... ¡Oh, qué paganos!...

Nadie dijo nada. Diríase que no existían...

III

Yo realizaba el trabajo de pie, junto a la mesa; y cuando concluí de llenar de rosquillas la bandeja, conté todo lo que yo sabía, y que, según pensaba, debían conocer todos. Para dominar el ruido era menester hablar fuerte, y aunque se me oía bien, llevado de mi propio entusiasmo, alzaba bastante la voz.

La primera vez, sorprendido por el patrón, en uno de esos momentos de exaltación, fuí recompensado por él con un sobrenombre y un castigo.

Llegó cautelosamente por detrás de mí. Salió de detrás de la arcada que separaba al taller de la panadería. El entarimado de ésta se hallaba más elevado que el nivel de nuestra habitación, de la que la separaban tres escalones. El patrono estaba como encuadrado en la cimbra. Con las manos juntas sobre el vientre, hacía girar los dedos. Iba vestido, como siempre, con un largo blusón anudado al cuello. Era macizo y torpe como una bolsa de harina.

Se quedó allí, mirándonos a todos de arriba abajo. Mientras su pupila verde, redonda, brillaba y disminuía como la de un gato, la gris, ovalada, permanecía, por el contrario, inmóvil y empañada como la mirada de un cadáver.

Yo no lo sentí llegar, y continué hablando, hasta que me di cuenta de que todos los ruidos habían cesado en el taller, si bien el trabajo iba más de prisa. Al mismo tiempo, una voz gangosa y burlona sonó detrás de mí:

—¿Qué trompeteas tú, Trombón?

Me volví, y callé azorado. Pasó por delante de mí, mirándome de pies a cabeza con su pupila verde. Luego preguntó al panadero.

—¿Cómo trabaja éste?

Pavel hizo mi elogio:

—¡No lo hace mal!... ¡Está a la altura de todos!...

Sin apresurarse, semejante a un fardo que rueda pesadamente, el patrono atravesó, bambaleándose, el taller; subió las escale-

ras, dirigiéndose hacia la puerta del corredor, y dijo a Pavel, en voz baja e indiferente:

—Te ocuparás en el relleno de la masa durante toda una semana, sin relevo...

Y se perdió detrás de la puerta, después de haber dejado que entrase en el taller una blanca nube de frío.

—¡Animal! — exclamó Ulanof, un joven enfermizo, de semblante cínico, increíblemente obsceno en sus palabras y en sus ademanes.

Alguien silbó con ironía. El cíngaro lanzó una mirada furiosa sobre todo el mundo.

—¡Apuraos todos!

Y juró de una manera horrible.

Del rincón donde estaban sentados los aprendices, en el suelo, se elevó la voz de Yacha:

—¡Eh, diablo! Los que están en el extremo de la mesa deberían haber avisado cuando vieron llegar al patrono...

—Es cierto — dijo su hermano Artemio, un muchacho de dieciséis años, erizado como un gallo después del combate —. No es una broma muy agradable tener que estar rellenando durante toda una semana, sin relevo... Le duelen a uno mucho los huesos...

El extremo de la mesa estaba ocupado por el viejo Kuzine y el ex soldado Milof — un buen campesino enfermo —. Kuzine, bajando los ojos, no dijo nada. Milof murmuró con torpeza:

—No he pensado en ello... Habría que haberlo advertido...

Con una sonrisa que abría su boca de oreja a oreja, Pavel me dijo:

—Desde mañana, te llamarás Trombón.

Dos o tres obreros prorrumpieron en una carcajada forzada. Luego se produjo un silencio molesto. Todos trataban de no mirarme.

—Siempre es Yacha el primero que dice lo que hay que hacer — exclamó de pronto, con voz de bajo profundo, Ossip, un campesino enjuto, con rostro de kalmuko y ojos chiquitos —. No se le endurecerán mucho los huesos a Yacha...

—¡Vete al demonio! — exclamó en tono jocoso el niño.

—No vivirá mucho tiempo...

—Va a ser menester cortarle la lengua al aprendiz — propuso Kuzine.

—¡A ti sí que va a haber que arrancarte la lengua de raíz, chismoso! — gritó colérico Artemio.

—¡Silencio! — ordenaron desde el horno.

Artemio se levantó y dirigióse calmosamente al corredor. Su hermanito le dijo con severidad:

—¿Adónde vas así, descalzo?... Ponte los zapatos... De lo contrario, te agarrará el frío y reventarás...

Se veía que todo el mundo estaba habituado a aquellas observaciones. Nadie dijo nada. Artemio miró afectuosamente a su hermano. Se puso los zapatos y guiñó sus ojos bailones.

Yo me sentía triste. El sentimiento de la soledad y del aislamiento se densificaba y pesaba sobre mi espíritu. La tempestad llegaba a golpear las sucias ventanas. Fuera, hacía frío. He visto a muchas personas como aquéllas, y las comprendo un poco. Sé que cada una de ellas pasa por una crisis interior inevitable. El alma nace en el campo y en él crece apaciblemente, y después, en virtud de mil pequeños choques, la ciudad forja a su manera aquella alma maleable y tierna.

Aquel trabajo duro y cruel de la ciudad se dejaba sentir particularmente, aun cuando aquellas gentes taciturnas se ponían a cantar sus canciones campesinas dejando que pasasen por las palabras y las entonaciones sus perplejidades y sus sufrimientos inexpresados.

"La desgraciada niiiiña..."

entonaba de pronto Ulanof con voz aguda, casi femenina.

En seguida proseguía otro con indecisión, involuntariamente, al parecer:

"...Va por la noche al campo..."

La palabra "campo", expresada con lentitud, despertaba a dos o tres obreros más. Bajaban mucho más aún la cabeza, y, ocultando sus rostros, rememoraban:

"En el campo brilla la luna luminosa;
en el campo sopla una brisa apacible..."

Antes de que el último verso terminara, Ulanof continuaba con voz sollozante:

"¡Ah, deeeesgraciada niña...!"

La canción se tornaba cada vez más sonora. En ocasiones entonaban todos al unísono:

"Ella le hablaba al viento:
—Viento apacible, amigo fiel,
arráncame el corazón, arráncame el alma..."

Cantaban, y diríase que el viento cortante de las vastas campiñas hacía irrupción en el horno. Pensaban en cosas buenas que tornan mejores a las gentes y embellecen el alma. Luego, como si sintiesen vergüenza de la melancolía que se desprendía de las tiernas palabras, alguien murmuraba:

—¡Ah, ah...! ¡Llora la doncella!...

Ulanof, rojo de tanto esforzarse por cantar, proseguía aún más fuerte y con más tristeza:

"¡Deeesgraciada niña...!"

Otros, convencidos, cantaban con una angustia mortal:

"Suplica, quejumbroso, al viento:
—Llévate mi corazón a los bosques profundos y sombríos..."

—No tengáis miedo, que no se aburrirá — chilló un obrero.

Y la canción fué interrumpida con palabras soeces y groseras suposiciones. Al perfume de los campos se unía el olor pestilente de la ciudad, del subsuelo obscuro...

—¡Ay, Dios mío! — suspiró alguien.

Ulanof y los mejores cantores hicieron grandes esfuerzos, como para apagar las llamas azules de la corrupción. Los demás mostrábanse cada vez más molestos por aquella historia de amor melancólica; sabían que en la ciudad se vende el amor, que se puede comprar con diez *copeks;* ellos lo compraban, enfermaban y se pudrían... Se habían forjado con ello una idea muy definida...

"Yo soy muy desgraciada.
¡Ah...! Ninguno me ama..."

—No molestes y te amará una docena de muchachos, si lo deseas — gritó una voz.

"Entierra, pues, mi corazón
bajo las raíces, bajo las hojas de otoño."

—Todas quieren casarse, las muy pícaras, y vivir a costa del marido.

—Naturalmente.

Ulanof cantaba hermosas canciones. Cerraba los ojos con fuerza, y en aquellos momentos su rostro envejecido, ajado y cínico, cubríase de graciosas arruguitas y se iluminaba con una sonrisa.

Pero las exclamaciones obscenas salpicaban cada vez más la canción como el lodo lanzado por la rueda de un coche salpicaría un vestido nuevo. Ulanof se sentía vencido. Abría sus ojos turbados, que destellaban como luciérnagas; una sonrisa ruin retorcía sus mejillas arrugadas, y algo maligno jugaba en sus labios. Era absolutamente necesario que conservase su reputación de buen jefe de coro; aquella gloria le era precisa en el taller, pues no siendo trabajador no se es estimado por los compañeros.

Sacudiendo su cabeza angulosa de escasos cabellos rojos, entonaba entonces una canción repugnante:

En la calle Prolonmaia hay por tierra un estudiante."

Cantaba con silbidos, con aullidos, con un cinismo voluptuoso, como si sintiese un goce vengativo al detallar aquellas cosas infames. Todo el taller rugía entonces al unísono:

"Está por tierra y sonríe..."

Se diría que una piara de cerdos había entrado en un magnífico jardín y pisoteado las flores. Ulanof inspiraba repulsión y miedo. Furioso, sobreexcitado, llameaba. Su rostro gris mostraba manchas rojas; sus ojos se desorbitaban; su cuerpo se contorsionaba y adoptaba actitudes crapulosas, y su voz, increíblemente aguda, adquiría una fuerza que desgarraba de angustia los corazones.

"Las solteras pasan, las casadas pasan."

Seguía gesticulando. Los demás aullaban con el mismo frenesí.

"¡Derecho...! ¡Eh, tú...! ¡Derecho...!
¡Derecho...!

Aquella hez bullía tumultuosamente, crasa y viscosa. Las almas humanas cocían, recocían, gemían, sollozaban, y resultaba tan doloroso presenciar aquel espectáculo, que hubiérase preferido tomar impulso y destrozarse la cabeza contra una muralla de piedra... Pero, en lugar de hacerlo, se cerraban los ojos y se ponía uno a cantar también una canción infame, alzando más la voz que los demás. Apenaba en verdad. No siempre es agradable sentirse superior a los compañeros...

A veces llegaba el patrono cautelosamente o acudía Sachka, el encargado de los cabellos rizados y rojos.



—¿Se entretienen ustedes, hijos míos? —preguntaba Semenof con voz empalagosa y antipática.

—¡Silencio, canallas! — gritaba Sachka, simplemente.

Al instante se callaba todo el mundo, y la presteza con que obedecían aquellos seres a una orden autoritaria oprimía más aún el alma.

—Compañeros, ¿por qué estropean ustedes las bellas canciones? — pregunté yo una vez.

—¿Acaso cantamos mal? — me dijo Ulanof, mirándome con asombro.

Y Ossip añadió, con su voz débil, siempre indiferente:

—No se puede hacer daño a las canciones... ¿Cómo se las podrá estropear?... Son como las almas... Todos nosotros moriremos..., pero las canciones quedarán... Son como las almas..., las canciones... Duran eternamente...

Cuando hablaba, Ossip bajaba siempre los ojos, como una monjita que postulase para un convento. Cuando callaba, sus amplios pómulos mongoles se movían sin cesar. Parecía como si aquel hombre macizo masticase con pereza algo que uno no sabía qué era...

IV

Con algunos recortes de listones preparé algo que se asemejaba a un pupitre. Luego de haber amasado, me ponía cerca de la mesa para distribuir las rosquillas en las bandejas. Colocaba el pupitre delante de mí, tomaba un libro y leía. Mis manos no podían abandonar la tarea ni un instante. Confié a Milof la misión de volver las páginas. Se prestaba con lástima a ello. Algunas veces hacía esfuerzos inauditos, untándose el dedo de abundante saliva. Igualmente, se encargó de avisarme con un puntapié en la pierna cuando viese que el patrono salía de su habitación para venir a la panadería.

Pero el antiguo soldado era bastante distraído. Cierta vez que leía yo *La leyenda de los tres hermanos*, de Tolstoi, oí detrás de mí el relincho caballar de Semenof. Alargó su mano regordeta por debajo de mi axila, se apoderó del libro y, antes de que yo pudiese recobrarme de mi sorpresa, se dirigió hacia el horno blandiendo el ejemplar, y diciendo:

—¡Ah!... ¡El que ha inventado esto no es tan estúpido!...

Lo alcancé y lo agarré por el brazo.

—No se deben quemar los libros.

—¿Eh?... ¿Por qué no?...

—Porque no se debe.

Se produjo un silencio total. Veía el rostro ceñudo de Pavel, con sus blancos dientes al descubierto, y esperaba oírle exclamar:

—¡Echate sobre él!...

Mis piernas vacilaban, y todo se nublaba ante mi vista. Los hombres trabajaban con todas sus fuerzas, como si se apresurasen a concluir una labor para comenzar otra.

—¿No se deben quemar los libros? — repitió tranquilamente el patrono, sin mirarme, con la cabeza doblada hacia un lado, pareciendo prestar oído a un murmullo.

—Devuélvemelo — dije yo.

—Bueno... Toma...

Agarré el libro arrugado, y soltando el brazo de Semenof volví a mi puesto. Con la cabeza agachada y en silencio, como siempre, el patrono se fué al patio. Durante un largo rato nadie dijo nada en el taller. Luego, el cíngaro, enjugando con un rápido movimiento el sudor que bañaba su rostro, golpeó con el pie y dijo:

—¡Ah!... ¡Se me ha helado el corazón! ¡Que el diablo te lleve!... Creí que te iba a soltar una reprimenda...

—Y yo también — declaró alegremente Milof.

—Hubiera podido entablarse una batalla — exclamó Pavel, contrariado —. Presta atención ahora, Trombón... No va a tardar en venir a matarte...

Nikita, el hervidor, fué de la misma opinión.

—¡Te buscará!... ¡No quedará así la cosa!

Y Kuzine gruñó, balanceando su cabeza gris:

—Tú no estás aquí en tu medio, muchacho... Nosotros no tenemos necesidad de historias... Tú, tú eres el único que provoca al patrono, y él se vengará en todos nosotros... Sí...

Artemio comenzó a injuriar al soldado a media voz:

—¡Animal!... ¿Pero no lo has visto?

—¡No lo vi, no!

—¿No te dijeron que tuvieses cuidado?

—¡Ya ves!... Pero no lo tuve...

La mayoría, indiferente, guardaba silencio y escuchaba los murmullos irritados. Yo no podía comprender qué opinión tenían formada de mí aquellas gentes. Me sentía contrariado, y pensaba que acaso fuese mejor que me marchase. Como si hubiera adivinado mi pensamiento, Pavel me dijo con cólera:

—Pide la cuenta, Trombón. De todos modos, la vida se te hará imposible aquí... Soltará a Iegor sobre ti, y se acabó...

—Sí; es probable que me vaya...

Pero entonces, el pequeño Yacha, que estaba sentado sobre una esterilla, con las piernas cruzadas a la usanza oriental, sacó el vientre hacia afuera, y arqueando sus piernas torcidas de raquítico, con los lechosos ojos azules desorbitados y terribles, exclamó, alzando el puño:

—¿Por qué has de irte?... ¡Dale en el morro al patrono!... Si quiere pegarte, yo te defenderé.

Se produjo un silencio. Luego, todos se echaron a reír, con esa risa sana y refrigerante que, a semejanza de una lluvia de primavera, lava el alma humana y la libra del polvo, del fango y de todas las suciedades, dejando al desnudo lo que es bueno y luminoso, invitando a las personas a que formen un solo cuerpo, un grupo compacto y unido.

Abandonando la labor, todos se retorcían, se ponían las manos en los costados, aullaban, gañían, hipaban y lloraban de tanto reír. Yacha declaró sonriendo, aunque con cierta turbación y retorciéndose la blusa:

—¿Y qué?... ¿A qué viene reír así?... Si agarro una pesa de tres libras o un leño...

Ossip fué el primero que se levantó. Se enjugó el rostro con el revés de la mano, y sin mirar a nadie expresó:

—El pequeño Yacha es otra vez el que ha hablado mejor... Hacéis mal asustando al compañero... El os enseña buenas cosas, y vosotros le aconsejáis que se marche...

—¡Es necesario prevenirle! — respondió el cíngaro, que descansaba de su acceso de hilaridad —. Después de todo, nosotros no somos unos perros...

Y todos se pusieron a discutir. ¿Cómo me protegerían contra Iegor?...

—Matar a un hombre o estropearle, resulta una bagatela para él...

Sobre todo Artemio, porfiaba acaloradamente. Forjaba insensatos planes de ataque y de defensa. El viejo Kuzine, con la mirada fija, gruñía, irritado:

—¡Bribones! ¿Cuántas veces os voy a tener que decir que limpiéis el santo icono?...

Pavel parecía pretender convencerse a sí mismo, mientras manejaba la pala.

—Hay que estar dispuesto a cometer todos los pecados... Entre nosotros, la audacia es una moneda corriente...

Un bulto pasó por el patio, ante las ventanas, pateando pesadamente en el suelo, y Yacha, siempre bien informado, exclamó con vivacidad:

—Iegor va a cerrar el portal... Irán a ver los cerdos...

Alguien gruñó:

—No le hicieron reventar en el hospital...

Nadie dijo nada más, y sobrevino un silencio pesado, que rompió el panadero al proponerme:

—¿Quieres ver el orgullo de Semenof?

V

Me puse sobre una bolsa de harina y miré hacia fuera, a través de una hendidura. En medio del patio, con las piernas desnudas, mi patrono estaba sentado sobre un cajón. En el faldón de la blusa, que se había recogido, tenía una veintena de panes. Cuatro enormes verracos de Yorkshire rebudiaban, rozándose contra él y dándole con el hocico en las rodillas. Semenof metía los panes en las bocas rojizas, acariciaba los flancos sonrosados, y murmuraba con una ternura paternal, que yo desconocía en él:

—¡Oh! ¡Oh!... Quieren comer, los pequeños... Quieren pan blanco, los pequeños...

Su mofletudo rostro se hendía con una sonrisa suave y soñolienta. El ojo gris aparecía animado y con aspecto de benevolencia. El patrono había cambiado totalmente. Detrás de él aparecía un hombre de anchos hombros y de semblante pecoso. Tenía crecido bigote y un rizo de plata junto a la oreja izquierda; su mentón había sido afeitado tan recientemente que estaba azulado. Con la gorra echada sobre la oreja, los ojos empañados y redondos como botones, miraba a los cerdos que se restregaban contra su amo. Las manos del desconocido, hundidas en los bolsillos de su traje azul, se movían con lentitud y agitaban el faldón de su blusa.

—Este es el momento de venderlos — dijo, con voz ronca, y sin que su impasible rostro se inmutase.

—Tiempo hay — respondió el patrono en voz alta, con evidente disgusto —. Acaso nunca más pueda tener otros semejantes...

Un verraco le dió un golpe con el hocico. Semenof se tambaleó sobre el cajón y se echó a reír complacido. Su cuerpo gelatinoso temblequeaba; su rostro se arrugaba, hasta el punto de que los ojos de diferente color desaparecieron entre los repliegues de la carne.

—¡Ah!... ¡Estos eremitas, estos picarillos! — chillaba, riendo —. Viven en la oscuridad, en las tinieblas... y... ya ve usted... ¡Ox, ox!... ¿Lo ve usted?... ¡Ah, mis solitarios, queriditos míos!...

Los cerdos se parecían de una manera repugnante. Diríase que eran un solo y único animal, repetido cuatro veces con una identidad irónica, que se paseaba por el patio. Con la cabeza pequeña, con las patas cortas y el vientre desnudo arrastrando casi por el suelo, los verracos se precipitaban hacia el patrono agitando furiosamente su hocico y sus ojillos. Yo los contemplaba y sentía como una especie de malestar, cual si me oprimiese una pesadilla.

Entre gruñidos y chasquidos de los labios, los cerdos introducían sus hocicos cuadrados y ávidos por entre las rodillas del patrono, y se restregaban contra sus piernas y sus muslos. El los apartaba con una mano, gruñendo también. En la otra mano tenía un pan blanco, que agitaba para engañar a los animales; unas veces lo acercaba y otras lo separaba de los hocicos, y aparecía sacudido por una alegría animal. Era casi igual a los verracos, pero más horrible, más abominable todavía.

Iegor alzó lentamente la cabeza y miró hacia el cielo invernal, frío y empañado como sus ojos. El rizo de junto a la oreja, que se había vuelto más reluciente a causa del frotamiento, se balanceó con suavidad sobre su hombro.

—Una enfermera, mujer bella y alegre, me dijo en secreto, en el hospital, que no vendrá el fin del mundo —pronunció en voz alta.

Tratando de agarrar a un cerdo por la oreja, Semenof repitió:

—¿Que no vendrá el fin del mundo?

—Ella dice que no...

—Miente esa bestia...

—Es muy posible...

El patrono siguió acariciando a los cerdos juguetones, aseados y lisos; pero sus movimientos se hacían cada vez más perezosos. Veíase que estaba cansado.

—Tenía un pecho abultado y unos ojos muy grandes —suspiró Iegor al recordarla.

—¿La enfermera?

—¡Sí!... "No hay que pensar en el fin del mundo, dijo; el sol se oscurecerá completamente en el mes de agosto".

—¿Completamente? —preguntó Semenof, pleno de incredulidad.

—Completamente... Aunque no será por mucho tiempo... Tan sólo pasará una sombra...

—¿De dónde vendrá esa sombra?

—No sé. De Dios, sin duda...

El patrono se levantó, y declaró con voz grave:

—¡Es una imbécil!... En primer lugar no puede haber sombra alguna que oculte el sol, porque éste horada de parte a parte todas las sombras posibles... En segundo lugar, dicen que Dios es luminoso... ¿Cómo podrá, pues, tener una sombra?... Y, en tercer lugar, en el cielo no existe más que el vacío por todas partes... ¿Cómo podrá salir una sombra del vacío?... Esa enfermera es una idiota...

—Como todas las mujeres...

—Perfectamente... Haz que entren los pequeños en el establo.

—Voy a llamar a uno de ésos, allá...

—Como quieras... Ten cuidado de que no golpeen a los animales... Si alguno se atreve a hacerlo, pégale en la cabezota...

—Bien; ya sé...

El patrono cruzó el patio, y los verracos le siguieron como el más dócil perro sigue a su amo.

VI

Al otro día, muy de mañana, el patrono abrió de par en par la puerta que comunicaba el taller con el corredor. Se quedó en el umbral, y me dijo con un júbilo irónico:

—Señor Trombón, vas a ir por las bolsas de harina del patio y a transportarlas al corredor.

El frío traspasaba la puerta abierta y envolvía a Nikita, el hervidor. Este se volvió hacia el patrono:

—Cierra la puerta, maestro, que está soplando sobre mí...

—¡Qué!... ¿Sopla? —chilló el interpelado. Le asestó un golpe sobre la nuca con el puño cerrado y desapareció, dejando abierta la puerta.

Nikita tendría aproximadamente treinta años; pero hubiérasele tomado por un adolescente. Temeroso y pequeñuelo, tenía el semblante amarillento, salpicado de vello amarillo; sus grandes ojos estaban siempre desorbitados; la expresión del miedo y del sufrimiento aparecía pintada siempre en su mirada. Hacía seis años que permanecía desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche ante una marmita, metiendo sin cesar las manos en el agua hirviendo. Su lado derecho estaba tostado por el fuego. Por detrás de él, la puerta del patio, que se abría cien veces al día, dejaba que penetrase el frío. Los dedos de Nikita estaban deformados por el reuma. Padecía una inflamación crónica de los pulmones, y las várices de sus piernas se señalaban, formando gruesos nudos violáceos.

Me eché por la cabeza una bolsa vacía, y salí. Cuando pasé por delante de Nikita, éste me dijo por lo bajo, sin desunir los dientes:

—Tú eres el que tiene la culpa de todo... ¡Que el diablo te lleve!...

Lágrimas turbias como el sudor brotaban de sus ojos.

Una vez en el patio pensé, con tristeza: "Es necesario que me marche de aquí"...

Vestido con un corto ropón de mujer, el patrono estaba allí, junto a las bolsas de harina. Había unas ciento cincuenta, más o menos. El estrecho corredor no podía contener la tercera parte. Se lo dije al patrono. El me respondió con una sonrisa socarrona:

—Si no hay lugar, te haré que las vuelvas a traer aquí. Eso no tiene importancia... Tú eres un muchacho fuerte...

Quitándome la bolsa que me cubría la cabeza, declaré a Semenof que no le permitía que se burlase de mí, y le pedí que me diese la cuenta.

—¡Lleva las bolsas, te digo! —contestó con sorna—. ¿Adónde vas a ir, en invierno?... Morirás de hambre...

—¡Déme la cuenta!

Su ojo gris se invectó en sangre; el verde brilló con cólera. Levantó el puño en alto, preguntando con voz tonante:

—Y los puños, ¿los quieres?

La indignación me enfureció. Apartando su brazo extendido, le agarré por la oreja y le sacudí, sin pronunciar una palabra. El, con la mano derecha, me daba golpes en el pecho, lanzando leves gritos de asombro.

—¡Espera!... ¿Qué haces tú con el patrono?... ¡Suéltame, demonio!...

Después, sujetándose con la mano derecha el brazo izquierdo dolorido, y frotándose la oreja enrojecida, me miró con los ojos fijos, estúpidamente desorbitados, y comenzó a murmurar:

—¡Tocar al patrono!... ¡Tú!... ¿Quién eres tú?... Voy a llamar a la policía... Vas a ver...

De pronto, adelantó los labios hacia afuera, emitió un silbido lúgubre y prolongado, y luego se fué guiñando el ojo derecho.

Mi indignación se incendió como la pólvora. Era gracioso ver al patrono irse lentamente, en actitud humillada, en tanto que sus gruesas posaderas tembleqeaban bajo el blusón.

El frío arreciaba. Yo no quería volver al taller. Para entrar en calor, resolví llevar las bolsas al corredor. Cuando entraba con la primera carga vi a Ossip, acurrucado frente a una hendidura de la pared. Tenía el aspecto de un buho. Llevaba los cabellos atados con una hilacha de tilo, cuyas extremidades le caían por sobre la frente y se movían al mismo tiempo que las cejas.

—¡He visto cómo lo has zurrado! —dijo por lo bajo, moviendo con dificultad sus mandíbulas de caballo.

—¿Y qué?

Los ojillos mongoles se agrandaron, al echarme una mirada extraña que me inquietó.

—¡Escucha! —dijo Ossip, levantándose y acercándose mucho a mí—. No diré nada a nadie... Tú no hables tampoco.

—No pienso hacerlo.

—¡Tanto mejor!... Además, él es el amo. ¿No es cierto?...

—¿Y qué?

—Hay que obedecer a alguien. De lo contrario, nos pegaríamos todos...

Hablaba con el propósito de convencer, y muy por lo bajo, casi cuchicheando.

—Es menester que haya respeto...

No comprendiéndole, me incomodé.

—Bueno, bueno... ¡Vete al diablo!

—No tengas miedo de Iegor... ¿Conoces, por casualidad, una fórmula mágica contra los terrores nocturnos?... Iegor está media-

tizado por ellos; tiene miedo a la muerte... Tiene un gran crimen sobre la conciencia... Una vez pasé por la noche ante su pocilga. Estaba arrodillado y exclamaba: "Santa Madre, Santa Virgen Varvara, sálvame de la muerte súbita..." ¿Comprendes?...

—No comprendo.

—Con eso es con lo que hay que atemorizarlo.

—¿Con qué?

—Por miedo... No te fíes de tu fuerza... El es mucho más vigoroso que tú...

Comprendí que aquel hombre me quería realmente bien, y le di las gracias, tendiéndole la mano. El me alargó la suya inmediatamente. Cuando estreché sus dedos robustos, chascó la lengua con compasión, y bajando los ojos murmuró algunas palabras ininteligibles.

—¿Eh?... ¿Qué dices?...

—Eso no tiene importancia — exclamó, alejándose. Y entró en el taller, mientras yo transportaba las bolsas, pensando en lo que acababa de suceder.

Yo había leído mucho acerca del pueblo ruso, de su solidaridad, de su sociabilidad, de su alma afectuosa, amplia, vibrante para el bien; pero lo conocía infinitamente mejor por mí mismo, pues desde hacía diez años vivía a mi libre albedrío, fuera de las sugestiones de la familia y de la escuela. En general, mis impresiones personales concordaban bastante con mis lecturas. Sí; la gente ama el bien; lo aprecia, sueña con él, espera siempre verle llegar, sin saber de dónde, e iluminar, templar la vida taciturna y cruel...

Pero, cada vez más asiduamente, me decía que si la gente ama al bien, como a los niños les gusta un cuento de hadas; si se queda maravillada ante su hermosura y su rareza; si lo espera como un día de fiesta, en cambio casi nadie cree en su poder, y son muy pocos los que se preocupan de velar por su formación, de proteger su desenvolvimiento. Sólo veía almas por donde no había pasado el arado: estaban invadidas por las malas yerbas, abundantes y espesas, y cuando por azar el viento llevaba hasta ellas un grano de trigo, germinaba sin vigor y perecía inmediatamente.

Ossip era, quizá, el que más me interesaba de aquellas gentes, pues me parecía que algo de extraordinario había en él...

VII

Pasó una semana íntegra sin que apareciese por el taller el patrono; tampoco me dió la cuenta. No se la reclamé, desde luego; no hubiera sabido dónde ir, y allí la vida se tornaba cada día más interesante.

Ossip me rehuía visiblemente. Todas mis tentativas para hablar con él de un modo sincero, fracasaron. Cuando le interrogaba, bajaba los ojos, sus mejillas temblaban y respondía con frases incoherentes.

—Seguramente, si se conociesen las palabras que es necesario decir... Pero, cada uno en su alma...

En general, hablaba muy poco y no profería juramentos obscenos, pero tampoco rezaba al levantarse ni al acostarse; sólo cuando se sentaba a la mesa para comer hacía el signo de la cruz sobre su ancho pecho. En los momentos de ocio se instalaba sin hacer ruido en el salón más oscuro, y allí repasaba su ropa o se sacaba la camisa y mataba los parásitos que encontraba en ella. Canturreaba continuamente con voz de bajo profundo, casi siempre canciones extrañas que yo no había oído jamás:

Hoy el vasto mundo no alegra mi alma...

—¿Acaso te alegraba ayer?...

Continuaba, arrastrando las palabras, sin responder ni alzar los ojos:

Bebería mucha cerveza, aun sin tener gana...

—Y, además, tampoco tienes cerveza...

Ni siquiera movía una pestaña. Permanecía inmutable y cantaba lúgubremente:

Iría a casa de la amada, pero los pies no
[me obedecen;
pero los pies no me obedecen, ni el co-
[razón me llama a ella...

Al cíngaro no le gustaban las canciones tristes.

—¡Eh, lobo! — gritaba con cólera, mostrando los dientes —. ¿Ya estás aullando de nuevo?

Y desde el rincón sombrío, una tras otra, partían las lúgubres palabras:

Mi alma no está bastante enferma...
No sabe sufrir; no me deja dormir por
[la noche...

—¡Ulanof! — ordenaba el panadero —. Apaga ese tizón humeante. Canta el "Cabrito".

Se entonaba un aire de danza. Ossip, indiferente, emitía con arte las notas profundas y gimientes con que suelen subrayarse, con una destreza particular, las palabras y los sonidos de la canción picaresca. A veces, la melopea se ahogaba totalmente en la voz de Ossip, como un alegre arroyo que desapareciese en el agua estancada de una charca fangosa.

Pavel y Artemio me trataban mejor; lo comprendía perfectamente, aunque aquella nueva actitud no pudiese ser definida con palabras. La noche que siguió a mi altercado con el patrono, el pequeño Yacha arrastró su saco de paja hasta el rincón donde yo dormía, y me declaró:

—Quiero ponerme ahora de parte tuya...

—Entendido.

—Seamos amigos, ¿quieres?...

Inmediatamente se acurrucó muy próximo a mí, y cuchicheó con misterio:

—¿Los ratones se comen a las cucarachas?

—No. ¿Por qué?

—¡Ah!... ¡Ya lo sabía!...

En voz baja, moviendo su abultada lengua, comenzó a hablar, y sus ojos bonachones brillaban en la penumbra.

—¿Sabes?... Una vez vi a un ratón que hablaba con una cucaracha... ¡Que me parta un rayo si no lo vi!... Una noche, me desperté, y no distante de mí, a la claridad de la luna, vi al ratón agarrado a una rosquilla... Roía, roía... Yo estaba calladito... Entonces, llegó una cucaracha, y luego, otras dos más... El ratón dejó de comer y movió sus bigotes grises como los mueve Nicandro... Estuvieron hablando... Me gustaría saber de qué... ¿Eh?... Sería interesante... ¿Duermes?...

—No; prosigue, si quieres...

—Diríase que les preguntaba a las cucarachas: "¿De dónde vienen ustedes?" "Venimos del campo"... Las cucarachas abandonan las aldeas y vienen a la ciudad, después de los incendios... Huyen de las casas antes de que se quemen... Saben cuándo va a producirse un incendio... El duende más viejo de la casa les dice: "Váyanse, hijas mías"... Y ellas se van... ¿Viste tú a los duendes?...

—Todavía no.

—Yo los he visto...

Y, de pronto, comenzó a roncar como si se ahogase, y calló el Cascabel hasta la siguiente mañana.

❦❦❦

De un modo impetuoso reapareció el patrono. Iba casi a diario al taller. Parecía buscar ex profeso la hora en que yo relataba o leía algo. Entraba sin hacer ruido, y se sentaba debajo de la ventana, en un rincón, a mi izquierda, en un arca donde se guardaban las pesas. Cuando me detenía al verle, decía con una ironía malévola:

—Desembucha, desembucha, profesor; no te importe... Sigue contando...

Y permanecía allí por mucho tiempo, silencioso, inflando las mejillas con tanta fuerza, que sus orejillas mezquinas y pegadas al cráneo se movían bajo los ralos cabellos. A veces preguntaba, croando:

—¿Qué? ¿Qué?...

Una vez que yo exponía la formación del Universo, aulló:

—¡Espera!... ¿Y dónde está Dios?

—Está allá dentro...

—¡Mientes!... ¿Dónde está?

—¿Conoce usted la Biblia?

—No me harás creer lo que te parezca... ¿Dónde está Dios?

"—La tierra estaba informe y vacía. Las tinieblas cubrían la superficie y el abismo, y el Espíritu de Dios se movía por encima de las aguas..."

—¿De las aguas? — exclamó, triunfante —. Y tú... Tú dices que había fuego... Voy a preguntarle al pope si está escrito así...

Se levantó, y agregó con un tono melancólico, al salir:

—Sabes muchas cosas, Trombón... Ten cuidado... Quizá no te sirva de nada...

El cíngaro movió la cabeza, y con voz inquieta predijo:

—¡Te hará caer en la trampa!

Dos días más tarde, Sachka, entrando como un ciclón en el taller, me gritó severamente:

—¡Ve a ver al patrono!

El Cascabel levantó su rostro de nariz roma y constelado de manchas rojas, y me aconsejó con gravedad

—Lleva una pesa de tres libras...

Salí, oyendo las risas ahogadas de los obreros.

En una pequeña habitación de un subsuelo, Donof y Kuvchinof, dos patronos panaderos, estaban sentados ante una mesa, frente al samovar, en compañía de Semenof. Me detuve en el umbral. El maestro me ordenó, con amabilidad maliciosa:

—Vamos a ver, profesor Trombón, cuéntanos algo sobre las estrellas y el sol, y dinos cómo está arreglado todo eso...

Estaba rojo como la grana. Su ojo gris aparecía medio cerrado, en tanto que el verde llameaba alegremente, como una esmeralda. A su lado resplandecían otros dos rostros sonrientes. Uno de ellos, de color escarlata, aparecía rodeado de una barba roja; el otro era sombrío y medio putrefacto. El samovar jadeaba con pereza, aureolando de vapor las tres cabezas extrañas. Contra la pared, en un amplio lecho matrimonial, estaba sentada la anciana patrona. Grisácea como un murciélago, apoyaba las dos manos en la arrugada colcha. Titubeaba, con el labio colgante, e hipaba ruidosamente. En un rincón, la llama sonrosada de una lámpara solitaria oscilaba delante de las sagradas imágenes, como si tuviese miedo. En la pared, entre las dos ventanas, veíase una cromolitografía representando a una alemana desnuda hasta la cintura y que tenía sobre las rodillas un enorme gato. La habitación estaba saturada de cierto olor a aguardiente, a setas saladas y a pescado ahumado. Semejantes a gigantescas tijeras, las piernas de los transeúntes aparecían furtivamente y desaparecían del mismo modo por las ventanas.

Di un paso hacia adelante. El patrono se apoderó de un tenedor que se hallaba sobre la mesa, golpeó con él y me dijo:

—No; quédate ahí... Quédate ahí, y háblanos... Después te regalaré...

Resolví regalarle yo también, y comencé a contar.

La vida no era fácil en la tierra, y me agradaba mucho el cielo. A veces, en el verano, por la noche, marchaba al campo, me tendía en el suelo, frente al firmamento, y



SILUETA DE LINEA
Esbelta y graciosa
COMO EL CISNE
La moda y la elegancia imponen cuerpos esbeltos, considerando que no puede haber elegancia verdadera cuando la grasa invade y deforma el cuerpo.
A las personas con tendencia a engordar recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio y activo disolvente de los tejidos grasos.
En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos que desintoxican el organismo con una rica proporción de yodo.
La Yodosalina se viene empleando eficazmente en la Obesidad, Reumatismo, Gota, Arteriosclerosidad, etc.
Foto PARAMOUNT
YODOSALINA
PISANI
En venta en todas las farmacias del país.

me parecía que cada estrella hacía descender hasta mi corazón un rayo dorado. Unido al universo por todos aquellos hilos, navegaba con la tierra en medio de las estrellas, como entre las cuerdas de un harpa inmensa, y el dulce sonido nocturno de la vida terrestre cantaba conmigo la canción de la gran felicidad de vivir. Aquellas horas venturosas en que el alma se confundía con el mundo lavaban mi corazón maravillosamente de las fealdades e impurezas de la diaria existencia.

También allí, en aquella habitación desarreglada, en presencia de tres patronos y de una mujer borracha que abría estúpidamente los ojos mortecinos, me dejé llevar de mí mismo olvidando todo cuanto había a mi alrededor. Veía dos rostros que sonreían con sorna. Mi patrono, recogiendo los labios en forma de hocico, silbaba por lo bajo. Su ojo verde corría por mi cara con una atención especial, y hasta pudiérase decir profunda. Oí que Donof declaró con voz ronca y aguardentosa:

—¡Tiene la lengua muy expedita este diablo!...

Y Kuvchinof exclamó con evidente irritación:

—¡Tiene el cólera, demonio!

Pero yo no me atemoricé; quería obligarles a que me escuchasen, y me parecía que empezaban ya a ceder a mis palabras.

De pronto, sin moverse, mi patrono profirió con lentitud, con voz destemplada y gangosa:

—Basta, Trombón; gracias, amigo mío. Está muy bien... Y ahora que has colocado todas las estrellas en su sitio, vas a ir a dar de comer a mis cochinos, a mis cochinitos...

Hoy me río al evocar aquella escena; pero entonces no me hallaba alegre, ni mucho menos. No sé cómo pude vencer el furor que me invadió. Recuerdo que cuando penetré, corriendo, en el taller me faltó poco para enfermarme. Ossip y Artemio se apoderaron de mí y me llevaron al corredor, donde me hicieron beber agua. Yacha repetía con convicción:

—¿Ves?... ¡No quisiste hacerme caso!...

Con el ceño fruncido, Pavel refunfuñaba, golpeándome en la espalda:

—No vale la pena de preocuparse de eso. Cuando se pone así, sería capaz de tratar de borrico al mismo zar...

VIII

Era considerado como un infamante y severo castigo el cuidado de los cerdos. Los verracos estaban encerrados en un establo reducido y sombrío. Cuando les llevábamos la comida, se enroscaban a nuestros pies y nos empujaban con el morro. Era muy raro que el objeto de aquellas pesadas amabilidades no cayese entre la inmundicia de la pocilga.

Al entrar era menester apoyar inmediatamente la espalda contra la pared, echar a los animales a puntapiés, verter muy de prisa la comida en el barreño y salir ligero, pues los puercos, irritados por los golpes, trataban de morder... Pero aun era peor cuando Iegor, abriendo la puerta del taller, anunciaba con voz fúnebre:

—¡Eh, muchachos; venid a encerrar los cerdos!

Esa orden quería decir que los animales, sueltos en el patio, se habían excitado y no querían regresar al establo. Cuatro o cinco obreros acudían, jurando y perjurando, y daba comienzo una divertida caza, con gran regocijo del patrono. Los compañeros tomaban a juego aquella persecución salvaje, que era para ellos una distracción, pero bien pronto estaban sudorosos de cólera y de fatiga. Los puercos, obstinados, rodaban por el patio como barricas, derribando unas veces a uno y otras veces a otro. El patrono miraba. Luego, dejándose llevar del ardor de la caza, saltaba, golpeaba en el suelo con el pie, silbaba y rugía:

—¡Firmes, pequeños!... ¡Rascadle la cabeza!...

Cuando un hombre rodaba por el suelo, gritaba de alborozo. Se daba palmadas en las caderas, carnosas como las de una matrona, y se ahogaba de risa. En efecto, debía de ser muy gracioso ver a aquellas bolas de grasa sonrosada rodar con rapidez por el patio, seguidas de flacos bípedos aullando, gesticulando, empolvados por completo de harina, vestidos con andrajos sucios, con los pies desnudos dentro de sus sandalias. Corrían y caían, o, agarrando a un verraco por una pata, eran arrastrados por el suelo y se laceraban las rodillas contra las piedras.

Una vez, un cerdo se salió a la calle. Seis hombres corrimos durante dos horas en su persecución por toda la ciudad; por fin, un tártaro golpeó al animal en las patas delanteras. Entonces pudimos colocar a la bestia sobre una esterilla y llevarla así hasta la casa, con gran regocijo de la multitud. Los tártaros movían la cabeza y escupían despreciativamente; los rusos formaron en seguida un grupo que nos acompañó. Un estudiantillo moreno y alegre se sacó la gorra y preguntó muy fuerte a Artemio, con tono complaciente, señalando con los ojos al chancho que gruñía:

—¿Es tu madre o tu hermana?

—Es el patrono —replicó Artemio, fatigado, irritado y triste.

Odiábamos a los cerdos. Vivían mejor que nosotros, y eran para todo el mundo, salvo para nuestro amo, un venero de graves humillaciones y de odiosos cuidados.

Cuando se supo en el taller que yo tenía que cuidar de los cerdos durante toda una semana, algunos me compadecieron con esa enojosa lástima rusa que se pega al corazón como la pez, y los otros callaron con indiferencia. Kuzine gangoseó, en tono de amonestación:

—Eso no tiene nada de particular... El patrono lo ha mandado, y se debe hacer de buen grado... ¿Es él quien nos alimenta?... ¿Sí o no?...

—¡Viejo diablo!... ¡Acusón maldito!... —replicó Artemio.

—¡Qué! ¿Has terminado? —preguntó el viejo.

—¡Perro maldito!... ¡Ve a decírselo al patrono!...

Kuzine le interrumpió, declarando calmosamente:

—¡Sí, se lo diré!... ¡Yo lo digo todo, amigo mío!... Vivo dentro de la realidad.

Pavel, el cíngaro, lanzó algunos juramentos. Luego, contra su costumbre, guardó un silencio taciturno.

Por la noche, mientras tirado en un rincón escuchaba, en un insomnio doloroso, los ronquidos de los obreros llenos de cansancio, en tanto que mi espíritu inquieto examinaba vagamente los grandes conceptos, como el de la libertad, los hombres, la justicia, el alma, Pavel se deslizó a mi lado, sin hacer ruido, y me preguntó:

—¿Duermes?

—No.

—Estás en peligro, ¿eh?

Lió un cigarrillo y comenzó a fumar. La leve claridad roja iluminaba su barba sedosa y la achatada nariz. Soplando la ceniza, cuchicheó:

—Escucha... Hay que envenenar a los cerdos... Es muy sencillo... Se les da sal con agua caliente... Con eso se logra que les salgan unos tumores en la garganta, y revientan...

—¿Para qué?

—En primer lugar, será un alivio para todos nosotros; en segundo lugar, constituirá un terrible golpe para el patrono... Tú te irás... Le diré a Sachka que robe tu pasaporte en la oficina del amo... ¿Aceptas?...

—No, no quiero.

—Haces mal... No te quedará mucho tiempo... Pronto terminarán contigo...

Cruzó los brazos alrededor de las rodillas, comenzó a balancearse en actitud pensativa, y continuó por lo bajo, muy calmosamente:

—Lo que te digo, es por tu bien... Por amistad. Vete... Te aseguro... Desde que tú estás aquí, estamos cada vez peor... Excitas la cólera de Semenof, y él se venga en todos nosotros... Ten cuidado... Están muy descontentos de ti... Muy bien pudiera ocurrir que alguna vez te molieran a golpes... ¿Qué harías después?...

—Y tú, ¿qué piensas?

—¿De qué?

—¿También estás molesto por culpa mía?

Guardó silencio, sin sacar los ojos del pálido fuego de su cigarrillo. Luego expresó con disgusto:

—Mira... No se puede sembrar arvejas en un pantano...

—Pero lo que yo digo, ¿es justo?

—Como ser justo, sí lo es... Sólo que... ¿de qué sirve?... Un ratón no puede horadar una montaña... Que hables o no, es igual... Eres demasiado confiado, amigo mío... Resulta peligroso creer en las personas... Ya verás...

—¿Incluso creer en ti?

—Incluso en mí... ¿Quién soy yo? ¿Acaso defiendo alguna causa determinada? Hoy soy así; mañana seré de otro modo... Y todos lo mismo...

Hacía mucho frío. El olor capitoso de la masa agria hería el olfato. Los obreros, a nuestro alrededor, semejantes a montículos, yacían, roncaban y suspiraban profundamente. Uno murmuraba en sueños:

—Natacha... Na-ta-cha... ¡Oh!...

Otro bramaba y gemía con amargura; soñaba, sin duda, que le estaban pegando. A lo largo de la sucia pared, las tres ventanas negras miraban como ojos ciegos; diríase que eran las entradas de profundos subterrán... que conducían no se sabía adónde en la no-che... Gotas de agua caían de los mar... de las ventanas. Del horno partían lige... chasquidos. Nicandro, el sordomudo, esta... amasando.

Pavel murmura, soñador:

—Deberías hacerte maestro de escuela ru-ral... En el campo llevan una vida muy bue-na y muy aseada... Además, es una cosa muy segura estar al servicio del Estado... Es una profesión digna... Si yo tuviese instrucci... me haría al instante maestro de escuela... Me gustan mucho los niños..., y las muj... también... Las mujeres constituyen j...mente mi desgracia... En cuanto veo a una que es un poco bonita, se acabó... Te... que seguirla, como si tirase de mí con... soga... Si yo tuviese otro carácter, si hu-biera podido hacerme labrador, tal vez hu-biese encontrado una buena mujer, y te j... que ahora tendríamos diez hijos lo menos... Pero aquí las mujeres son muy atrayentes... Se pueden conseguir todas, y se vive así sin saber cómo... Son como la cosecha de setas: aun cuando ya tenga uno la cesta com-pleta, sigue agachándose con avidez para coger más...

Se desperezó, estirando los brazos co... si fuera a abrazar a alguien. Luego, preg... de súbito, en actitud de seriedad y preo... pación:

—¿Y respecto a los cochinos?...

—Nada...

—Pues bien, haces mal. Te lo juro... ¿... quieres...?

—No.

El cíngaro se encorvó y volvió silen... samente a su sitio, junto al horno.

Todo estaba en calma. Me pareció que veía brillar la mirada soca- de Kuzine debajo del sitio donde yo dormía.

imaginación vagaba por el pavimento sucio, por entre los obre- que dormían con un sueño de muerte; se debatía contra las pare- húmedas y negras, contra el techo abovedado y polvoriento, y impotente...

—Eh! —deliraba uno—. ¡Tráeme el hacha...; tráeme el hacha!...

IX

envenenaron a los cerdos.

la mañana del día siguiente, cuando entré en el establo, no se aron sobre mí, como hacían habitualmente. Recogidos en un obscuro, me recibieron con un gruñido ronco. Alumbré con erna, y vi que los ojos de los animales parecían haberse agran- durante la noche; salíanse de las órbitas, bajo las cejas grises, y ban en mí tristemente, como llenos de terror y con un mudo che. Su pesado jadeo conmovía la fétida oscuridad, donde flotaba ido profundo, semejante al de una persona.

están envenenados", pensé.

dió un vuelco el corazón.

fuí al taller. Llamé al cíngaro por el corredor. Acudió son- acariciándose la barba y el bigote...

Fuiste tú quien envenenó a los cerdos?

eniéndose unas veces en un pie y otras veces en el otro, pre- con curiosidad:

—Reventaron ya?... Ven, vamos a verlos...

vez en el patio, interrogó con ironía:

lo dirás al patrono?

respondí. Retorciéndose la barba se disculpó:

sido Yacha. Ese diablillo... Nos oyó hablar ayer, y me dijo: Pavel, yo lo haré; yo les daré la sal". "No te lo permito", le res-

iéndose ante la puerta del establo y mirando con los ojos medio a las tinieblas, donde se movían con un gruñido ronco los añadió con preocupación:

no se lo prohibí... Le dije que esperase un poco...

rascó la enmarañada barba. Su rostro se plegó en una mueca de y, preocupado, murmuró:

¡Qué cosas!... Yo sé mentir muy bien, y me gusta mucho mentir. veces que no puedo hacerlo...; me es imposible hacerlo...

endose, transido de frío, me miró a los ojos y dijo, deletreando ras:

—Qué va a suceder aquí?... ¡El patrono se va a poner rabioso!... rancará la cabeza a Yacha...

prendiz no tiene nada que ver en este lío...

ya se sabe —declaró el cíngaro, guiñando alegremente los — En los talleres son siempre los pequeños los que pagan los rotos...

tristeció de pronto, me dirigió una rápida mirada y huyó, ndo por el corredor:

a quejarte al patrono...

visitarlo. Acababa de levantarse. Su abultado rostro estaba y grisáceo. Sus cabellos mojados se pegaban a las prominen- su cráneo. Estaba sentado a la mesa, con las piernas muy sepa- largo blusón color de rosa se extendía sobre sus rodillas, y como una cuna, donde reposaba un gato de color ceniza.

trona colocaba las tazas encima de la mesa. Se movía haciendo frufrú, como un montón de andrajos que una mano invisible se por el suelo.

é ocurre? —preguntó Semenof, esbozando una sonrisa.

cerdos están enfermos.

caer el gato a mis pies, y con los puños apretados se lanzó como un toro. Su ojo derecho se inflamó, y el otro, inyec- en sangre, se llenó con una gruesa lágrima.

? ¿Cómo? —exclamó, anhelante.

que llamar al veterinario lo más pronto posible.

?

ndose mucho a mí, se golpeó las orejas de una manera có- hubiérase dicho que se hinchaba de pronto. Tornóse lívido, a aullar con voz salvaje y doliente.

... ¡Los di-i-ablos!... Ya sé lo que ha sucedido...

rona se acercó a mí. Por primera vez oí su voz temblorosa, ida de frío:

a llamar a la policía, Vassili... ¡Pronto!... A la policía...

llas, colgantes y arrugadas, temblaban; su enorme boca se miedo, y dejaba al descubierto unos dientes desiguales y El patrono la rechazó brutalmente, se apoderó de una vestidura colgada de la pared y que puso debajo del brazo, y se fuera de la casa.

en el patio, cuando hubo dirigido una mirada a las tinieblas cilga y prestado atención al gemido de los animales, dijo :

a tres hombres.

ado, Artemio y Ossip salieron del taller. El patrono gritó, os:



AVENTURAS DE DON LINO

CONSECUENCIA IMPREVISTA *por BARTA*







—¡Sacadlos de ahí!

Agarramos las cuatro bolas sucias de grasa y las colocamos en medio del patio. Estaba amaneciendo. La linterna, colocada en el suelo, iluminaba los copos de nieve que caían suavemente y las cabezas pesadas de los cerdos, con las bocas abiertas. Uno de ellos hacía girar los ojos como los de un pescado herido por el arpón.

Inmóvil, silencioso, con la cabeza baja, el patrono, que se había puesto sobre los hombros su pelliza de piel de zorra, contemplaba a sus puercos, próximos a reventar.

—Id al trabajo... Llamad a Iegor —ordenó sordamente.

—Está conmovido —murmuró Artemio, cuando nos hallamos en el angosto corredor, atestado de bolsas de harina—. Está tan turbado, que ni siquiera le da ira...

—¡Aguarda! —musitó Ossip—. La leña verde no arde tan pronto...

Me quedé en el corredor y miré por una hendidura que llegaba hasta afuera. En la penumbra del alba, la llama de la linterna brillaba penosamente, iluminando apenas los cuatro cuerpos grises que se inflaban y se vaciaban con silbidos y gemidos roncos. Con la cabeza descubierta, el amo se inclinaba hacia ellos. Los cabellos le caían sobre la cara. Permaneció mucho tiempo en aquella actitud, sin moverse. La pelliza le cubría medio cuerpo. Después, resolló y oí un cuchicheo, pleno de afecto y de dulzura:

—Pequeños míos... ¿Estáis malos?... Mis buenos pequeños... ¡Ox!... ¡Ox!...

Hubiérase dicho que los animales gruñían con más fuerza.

El patrono alzó la cabeza, miró a su alrededor, y vi perfectamente que tenía el rostro bañado de lágrimas. Se lo enjugó con las dos manos, con un movimiento de niño humillado, y fué a tirar de un manojo de paja que salía de un tonel. Luego volvió se agachó y comenzó a limpiar con aquella paja el hocico embadurnado de uno de sus verracos, y tirándola en seguida se levantó de nuevo y dió una vuelta con lentitud en torno de las bestias.

Dió dos o tres vueltas más, apurando la marcha. De súbito, como movido por un resorte, echó a correr. Sus puños apretados se agitaron en el aire. Los faldones de su blusón le daban en las rodillas Tropezaba, próximo a caer. Luego se detenía, movía la cabeza y gemía quedamente. Por fin, con brusquedad, como si le hubiesen segado las piernas, se agachó. Semejante a un tártaro orando, se frotó el rostro con la palma de la mano.

—¡Ox, ox, amiguitos míos, ox...!

Iegor, con la pipa en la boca, apareció negligentemente en las tinieblas, en un extremo del patio. Una claridad que llameaba con intermitencias iluminaba su negro rostro que parecía haber sido tallado muy de prisa en una tabla seca y llena de hendiduras. Un rizo de plata centelleaba junto al lóbulo carnoso de su oreja roja

—Iegor —pronunció por lo bajo el patrono.

—¿Eh?

—Me han envenenado a mis buenos pequeños...

—¿Ese individuo?

—No. No lo adivinarás...

—¿Entonces quién?

—Pavel y Artemio. Kuzine me lo dijo.

—Hay que apalearlos, ¿eh?

Levantándose despaciosamente, gimió el patrono:

—Espera un poco.

—¡Qué canallas son esas gentes! —declaró Iegor con voz grave.

—Sí. ¿De qué son culpables los animales?

Iegor escupió, pero la saliva cayó sobre su ...ora. Levantó la pierna y limpió el calzado ...n el borde de su vestido.

El cielo gris y encapotado de una fría mañana cubría pesadamente el reducido ... tio. Un empañado día de invierno desper... de mala gana.

Iegor se acercó a los animales, que se ... rían

—Hay que degollarlos —dijo.

—¿Para qué? —preguntó el patrono, ... diendo la cabeza—. Que vivan todo el ... po que les sea posible...

—Si se les degüella se podrán vende... al ... chichero, pero si se mueren, ¿para qué ... virán?...

—El salchichero no los querrá —dijo ... patrono, agachándose de nuevo para aca... el cuello hinchado de un cerdo.

—¿Por qué no?... Le diré que te eno... contra ellos y me has ordenado que los ... Le diré que estaban muy sanos...

El patrono se quedó silencioso.

—Conque, ¿qué hacemos? —insistió Ie...

—¿Eh?

El patrono se levantó y comenzó de n... a dar vueltas con lentitud en torno a los ... dos, canturreando a media voz:

—Mis pequeños eremitas, mis picarillos...

Por fin se detuvo, miró a su alrededor y ... clamó con reconcentrada cólera:

—¡Degüéllalos, Iegor!

X

Todos esperábamos la descarga de ... tempestad. Creíamos que el patrono, a ... nera de castigo, agregaría una bolsa más ... que constituían nuestro trabajo. El cí... no podía estarse quieto; veíase que se ... echaba de valiente y gritaba de vez en ... do con indiferencia fingida:

—¡Hervid y coced!... ¡Cuando venga ... menof. a todo el mundo le pesará!...

El taller permanecía en un silencio ... áspero. Se me miraba con hostilidad, y ... zine murmuraba:

—Se repartirá entre todos, lo mismo ... los culpables que entre los inocentes...

Aquella atmósfera se tornaba cada vez ... sombría y amenazadora. Se promovían ... tas... Por fin, un día, cuando nos sen... mos a la mesa para comer, el soldado ... con la boca estirada hasta las orejas, se ... a reír con una carcajada idiota, y con ... chara asestó un fuerte golpe en la fre... Kuzine, que resonó.

El viejo lanzó un grito de asombro ... llevó las manos a la cabeza. Sus ojos ... nos se desorbitaron, y comenzó a lam...

—¡Eh!... Amigos míos, ¿por qué me ...

Se produjo un tumulto general. Camb... toda clase de injurias. Tres obreros se d... ron con gestos amenazadores hacia el ... que se arrimó a la pared, y reventa... risa, explicó:

—Es para castigar su traición... Iego... lo dijo... El patrono lo sabe todo... quién ha envenenado los cerdos...

El cíngaro, pálido, extrañamente ... se apartó del horno como una flecha ... rró a Kuzine por el cuello.

—¿No te han apaleado bastante toda... tu lengua viperina, asqueroso?...

—Pero, ¿no es verdad? —exclamó el ... gimiendo a la manera de los viejos y ... diendo entre las manos su breve rostro ... gado—. A ti se te ocurrió esa idea... ... perfectamente cuando estuviste hablan... el Trombón...

Pavel tosió y extendió el brazo; pe... temio se apoyó sobre su hombro y gr...

—Déjalo, no lo toques...

Comenzó de nuevo el alboroto. C... por Ossip y Artemio, el cíngaro se ... rugía, braceaba y desorbitaba los ... expresión impresionante.

—Soltadme; quiero acabar con él...

Y el obstinado viejecillo, dejando ... manos de Pavel el cuello de su blus...

...da, gritaba, lanzándole algunos salivazos:
—Cuando no sucede nada, no le digo nada; ...ro cuando se trama alguna cosa infame, se ... digo... ¡Y se lo diré, aunque me arran...éis el corazón, canallas!...
Se precipitó de pronto sobre el pequeño ...cha, le golpeó violentamente, le dejó caer ... el suelo y lo pisoteó, aullando:
—¡Tú, tú, asquerosa carroña, fuiste quien ... en la comida de los cerdos, tú!...
Artemio avanzó, con la cabeza echada hacia ...nte y alcanzó al viejo en medio del pe... Este exhaló un gemido y cayó, lanzando ... grito:
—¡U-u-u!
Entre horribles blasfemias y sollozos, fu... Yacha se lanzó sobre él, como un perro ...oso. Rasgó la camisa del viejo y comenzó ...cargar sobre él varios puñetazos. Traté ... hacerle soltar su presa. A nuestro alrede... se arrastraban los pies, levantando del en...do una espesa y enfermiza nube de ... Las fauces bestiales mugían. Pavel ...a como un poseído. Se entablaba una ... campal. Detrás de mí sonaban ya las ...das y rechinaban los dientes. Lechof, ... campesino taciturno y bizco, me tiraba ...mbro y me provocaba:
—Luchemos uno contra uno!... Ven, sal... afuera... ¿Oyes?...
... sangre impura y viscosa, envenenada ... el mal alimento y por el aire infecto e ...do de venenos de humillación, se ... a todas las cabezas. Los rostros vol... rojos o lívidos; las orejas se inyecta... en sangre; los ojos, enrojecidos, presen... una mirada ciega; las mandíbulas, fuer... apretadas, daban un aspecto canino a ... los semblantes.
...mio se precipitó hacia nosotros, y gritó ... al rostro bestial de Lechof:
—¡El patrono!
... que un viento súbito había disper... todo el mundo; cada uno se colocó ... presteza en su puesto; se restableció el ...; ya sólo se oía el jadear irritado del ... y las manos temblaban al aferrar ...charas.
... obreros estaban bajo el arco de la pa... Iakov Vichnevski, un presumido de ... que hacía pan blanco, y Bachkine, ...paraba pan ordinario; éste era un ... grueso y asmático, con el rostro vio... ojos de mochuelo.
... habrá batalla? —interrogó, decep... y triste.
...vski se retorcía el bigote con su ... afeminada y ágil, completamente cu... de cicatrices y quemaduras. Baló con ... cabra:
...!... Esos truhanes, esos gusanos de ...
... cólera que no había podido desahogarse ...cipitó sobre ellos. Todo el taller co... a injuriar a los dos panaderos, a quie...die quería porque su trabajo era más ...ue el nuestro y su salario más alto. Se ...ieron injurias por injurias, y tal vez ...biera reanudado la lucha si Yacha no ...biese levantado de pronto de la mesa. ...lgunos pasos tambaleándose, con las ... puestas sobre el pecho, y luego cayó al ... boca abajo.
... llevé a la panadería, que estaba más ... y mejor ventilada que nuestro taller. ...loqué sobre un arcón viejo. El mucha...staba amarillo como el marfil viejo e ...il como un muerto. El escándalo había ...ado. Todos se hallaban dominados por ...entimiento de una desgracia; todo el ... se atemorizó y comenzó a injuriar en ...a al viejo Kuzine.
—...ú lo has asesinado, diablo embrujado! ... verás en la cárcel, bribón!
...jo se disculpaba con rabia.
—...?... ¿Qué culpa tengo yo?... Eso es epilepsia o cualquier otra clase de ataque...
Gracias a los esfuerzos de Artemio y a los míos, el niño recobró el sentido. Levantó con lentitud las largas pestañas de sus ojos inteligentes y alegres, y preguntó con voz débil:
—¿Hemos llegado ya?
—¿Adónde diablos? —exclamó con voz angustiosa su hermano—. Si vuelves a mezclarte otra vez en los asuntos de los demás, te reviento... ¿Por qué te has caído?...
—¿Caído?... ¿De dónde?... —preguntó, frunciendo el ceño con asombro—. ¿Me he caído?... Lo olvidé... Estaba soñando que íbamos en un barco tú y yo..., para pescar cangrejos... Llevábamos pan, y también un frasco de aguardiente...
Cerró los ojos, cansado. Después de un instante de silencio, empezó a murmurar débilmente:
—Ahora recuerdo... Me han golpeado en el corazón... Fué Kuzine, ¿eh?... Fué él, estoy seguro... Me detesta... Me cuesta trabajo respirar... ¡Qué viejo imbécil!... Lo conozco... Va a matar a su mujer a fuerza de pegarle... Quería a su hijastra... Somos del mismo pueblo... Conozco toda su historia negra...
—¡Bueno, cállate! —dijo Artemio, con irritación—. Mejor sería que durmieses...
—Nuestro pueblo es Eguildievo.... Me cuesta trabajo hablar, pero...
Hubiérase dicho que iba durmiéndose mientras hablaba. Pasábase sin cesar la lengua por los labios, secos y ennegrecidos.
Uno atravesó la panadería corriendo, aullando jubilosamente:
—¡Alegrémonos, compañeros! ¡El patrono ha ido a emborracharse!...
Toda la gente empezó a reír y a silbar; y a mirarse amistosamente, con ojos francos y satisfechos. La venganza del patrono se había aplazado, y mientras se entregaba a su pasión favorita, se podía trabajar menos.
Ulanof —el muy astuto, que cuando había disputa se mantenía siempre separado— saltó en medio del taller y gritó:
—¡Adelante!
Pavel, con los ojos cerrados, comenzó a cantar, con voz de tenor muy aguda:

"Mirad ese cabrito que pasa por la calle..."

Veinte hombres prosiguieron, dando una palmada sobre la mesa:

"El juvenil cabrito se va por la calle ancha
y agita su barbilla..."

El cíngaro continuó, llevando el compás con el pie. El coro, al unísono, pronunciaba las palabras cínicas:

"...se sacude..."

En un reducido rincón del sucio entarimado, un hombrecillo ágil se contorsionaba, como un diablo frente a la pila del agua bendita, como un gusano, y levantaba nubes de polvo.
—¡Venga! —le gritaban algunos.
Y la alegría que había estallado tan súbitamente era tan angustiosa y tan doliente como el reciente acceso de furor que los poseyera momentos antes.

XI

Durante la noche empeoró el estado de Yacha. Tenía fiebre y respiraba con dificultad; llenaba su pecho con una bocanada de aire corrompido y ácido, y lo espiraba poco a poco, entreabriendo los labios, como si quisiese silbar y le faltasen las fuerzas. A menudo pedía de beber, y cuando había tomado una bocanada de agua, movía la cabeza, miraba con su turbia mirada y murmuraba sonriente:
—Me he equivocado... No la quiere...
Lo friccioné con aguardiente y con vina-

PANCHO SOMBRERO

¡EL SOMBRERO NO! *por TOONDER*









gre, y se durmió, con una vaga sonrisa que iluminaba su rostro empolvado de harina. Sus rizados cabellos se le pegaban a las sienes. Hubiérase dicho que todo su cuerpo se derretía. Su pecho apenas se alzaba bajo la blusa sucia y medio deshecha, toda ella constelada de bolitas de masa seca.

—¿Has terminado ya de imitar al doctor?... —murmuraba al ver mi destreza al curarlo—. También nosotros sabemos perder el tiempo, si es menester...

Mi alma se hallaba postrada de tristeza y de tedio. Me sentía cada vez más extraño entre todos aquellos hombres. Sólo Pavel y Artemio comprendían la sensación que yo experimentaba, pues Sachka me gritaba de vez en cuando, con voz alegre:

—¡Eh, no haraganees más!... ¡Amasa!

Artemio daba vueltas por cerca de mí y se esforzaba por bromear alegremente; pero aquel día no lo lograba. Suspiraba con tristeza. Por dos veces me preguntó:

—¿Tú crees que estará grave Yacha?

Ossip cantaba más fuerte que de ordinario su canción favorita:

Si nos pudiésemos colocar en el cruce de dos
[caminos...
Si se pudiese averiguar dónde se encuentra el
[destino...

Al llegar la noche me acosté en el suelo, al lado de Cascabel. Mientras yo arreglaba las bolsas, se despertó y preguntó perezosamente:

—¿Quién anda ahí?... ¡Ah, eres tú, Trombón!...

Quiso incorporarse y sentarse, pero le faltaron fuerzas, y dejó caer de nuevo la cabeza pesadamente sobre los negros harapos que le servían de almohada.

Todos los demás ya dormían. Se oía una respiración pesada. Un tufo húmedo revolvía el aire viciado que olía fuertemente. La noche estrellada se asomaba, gélida, por las vidrieras sucias. Cerca de la pared, en un rincón del horno, ardía una lamparilla que iluminaba los estantes repletos de panecillos, y éstos semejaban cráneos de guillotinados. Nicandro, el mudo, dormía hecho un ovillo sobre un cajón lleno de masa. Debajo de la mesa, donde se colocaban los panes, estaba acostado el panadero; se veía su pierna desnuda, amarilla y cubierta de llagas.

Yacha me llamó por lo bajo:

—Trombón...

—¿Qué?...

—Me aburro mucho. No sé qué contarte... La historia del duende de la casa, ¿quieres?

—Si a ti te agrada...

Calló. Luego bajó del arcón, se acostó, colocó la cabeza abrasada sobre mi pecho, y empezó a hablar por lo bajo, como si soñase:

—Fué antes de que se llevasen a mi padre a la casa de corrección; era verano, y yo todavía era pequeño. Dormía bajo el cobertizo, en el carro, sobre el heno. ¡Qué agradable es eso!... Me desperté y vi al duende que saltó las gradas de la escalerilla. Era del tamaño de un puño y aterciopelado como una vedija de lana; era gris y verde; pero carecía de ojos. Empecé a gritar. Mi madre me pegó, porque no debía gritar. No se le debe asustar, pues entonces se enoja y abandona la casa para siempre, y su huida significa una gran desgracia: Dios no vuelve a ocuparse de los que no tienen duendes en la casa... ¿Sabes lo que son?...

—No; dímelo.

—Los duendes se relacionan directamente con Dios por medio de los ángeles... Los ángeles bajan del cielo a la tierra, y como no les está permitido comprender la lengua humana, que les mancharía, y como los hombres no deben escuchar las palabras de los ángeles...

—¿Por qué?

—¿Por qué?... Porque no les está permitido... Yo creo que todo eso está mal... Pues de ese modo se aleja a los hombres de Dios...

A medida que hablaba, iba animándose. Se sentó y comenzó a hablar más de prisa.

—Todo el mundo debería poderle pedir directamente a Dios lo que precisase... Pues no; hay que dirigirse a los duendes, que a veces están enojados contra la gente... Entonces le cuentan a los ángeles todas las cosas que sería necesario ocultar... ¿Comprendes?... Eso es... Los ángeles le preguntan a un duende: "¿Cómo es ese campesino?". Y el otro, que está enojado, responde: "Ese campesino es un hombre muy malo". Entonces, las desgracias caen sobre el pobre hombre. La gente suplica: "¡Dios, ten piedad de nosotros!" Pero como se le han contado horrores, no quiere escuchar. ¡Está tan enojado!

El niño mostraba un aspecto grave y sombrío. A medio cerrar los ojos, contemplaba el techo gris como un cielo de invierno y cuyas manchas de humedad semejaban a las nubes.

—¿De qué murió tu padre, Yacha?

—Quiso hacer ostentación de su fuerza... El hecho sucedió en la prisión... Pretendió que podría levantar a cinco hombres vivos... Les dijo que se unieran todos fuertemente... Comenzó a levantarlos, estalló su corazón y brotó la sangre.

El Cascabel suspiró hondamente y se acostó de nuevo contra mí. Se frotó la abrasada mejilla contra mi mano, musitando:

—¡Ah, qué fuerza inmensa tenía!... Se signaba veinte veces seguidas sin respirar, soportando un peso de treinta kilos. Y nunca tenía bastante trabajo; no poseía nada... Vestidos siempre como mendigos, apenas teníamos qué comer... Yo, el más pequeño, iba a pedir por las casas de los tártaros... Había muchos tártaros entre nosotros... Son muy buenos... No hay gente mejor, y todos se parecen... Mi padre, ¿qué iba a hacer...? Se dedicó a robar caballos... Nuestra desnudez lo apenaba.

Una laxitud cada vez más creciente debilitaba su voz débil, que se enronquecía y se interrumpía cada vez con más frecuencia. El niño tosía como un catarroso crónico.

—Cuando robaba mucho, todos teníamos bastante que comer y vivíamos alegremente... A veces mi madre sollozaba desconsoladamente... Otras veces se emborrachaba, y entonces se ponía a cantar... Era pequeña... y linda..., y le decía a mi padre: "¡Ah, mi querido hombre...! ¡Eres un alma perdida...!" Los campesinos le golpeaban con los bastones, pero eso no le importaba... Artemio tendría que haber sido soldado... Tenía la edad... Esperábamos que se haría un hombre... Pero no se le reconoció apto para el servicio...

Yacha se calló. Roncó estruendosamente. Asustado, me incliné sobre él y lo toqué. Escuché... Su corazón daba latidos débiles y precipitados, y la fiebre parecía haber aminorado...

Un pálido rayo de luna atravesaba la ventana y caía sobre el entarimado. Fuera, todo era calma y serenidad. Bajé al patio para contemplar el cielo puro y respirar el aire cortante de aquella noche invernal.

XII

Cuando regresé, tiritando de frío, sentí miedo: en un rincón obscuro, junto al horno, una cosa gris, un montón vivo y casi informe se movía y resollaba suavemente.

—¿Quién anda ahí? —pregunté estremeciéndome.

La voz familiar del patrono replicó con ronca entonación:

—¡No berrees!

Como de costumbre, iba vestido co[n] largo blusón tártaro que lo asemejaba a mujer vieja. Parecía haberse ocultado de la estufa. En una mano sostenía una lla de aguardiente y en la otra un vaso manos debían temblar, pues el vaso ba. Se oía el borbotar de un líquido derramado.

—¡Ven acá! —me ordenó.

Obedecí, y, cuando estuve a su la[do] tendió el vaso vertiendo el contenido.

—¡Bebe!

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es ocasión para ello.

—El que bebe, lo hace á todas horas.

—No bebo —repetí.

Sacudió pesadamente la cabeza.

—Me dijeron que bebías.

—Un vasito o dos, para recobrar f

Miró el vaso con su ojo derecho suspiró profundamente y vertió el diente en la canal, delante del horno. pués tomó asiento sobre el entarimado las piernas dentro de la reguera.

—Siéntate. Deseo hablarte.

En la oscuridad, no podía distinguir presión de su cara, redonda y como ta por una gasa; pero su voz tenía una nación que no le era habitual. Muy gado me senté junto a él. Con la cabeza golpeaba muy de prisa en el vaso, q tineaba suavemente.

—Bueno; dime algo...

—Hay que llevar a Yacha al hospital

—¿Por qué?

—Ha caído enfermo; Kuzine le Está muy mal...

—Kuzine es un pillo... Chismorrea pre de todo el mundo... ¿Tú crees mos cómplices?... ¿Crees que lo ten prado?... Cuando viene a chismor sólo no le doy ni cinco *copeks*, sino buena gana le arrojaría un puñado de a su canallesco rostro.

Hablaba con voz lenta, distinta, y nía el aspecto de un borracho, aunq bastante a alcohol.

—¡Lo sé todo!... ¿Por qué no matar los cerdos?... Habla con fr Yo te he ofendido; lo sé muy bien.. también me ofendiste. Responde.

—No hablemos de eso —le contesté

—¡Ah!... ¡Eso es! —exclamó, tras tante de silencio—. ¿De modo que peor que un cochino?... ¿A mí es a debe envenenar?... ¿Eh?...

Diríase que sonreía. Yo repetí:

—Así, pues, llevaré a Yacha al ho

—Al matadero, si quieres... ¡A mí me importa!

—Pagará usted los gastos...

—Es imposible —interrumpió con rencia—. Eso jamás se hace... Si yo zase a hacerlo, todos los obreros que al hospital... Oye: dime por qué, mente, me tiraste de la oreja...

—Porque estaba enojado.

—Ya lo comprendo... Eso no es l quiero preguntarte... ¿Por qué no m una bofetada o un puñetazo?... En u labra, ¿por qué no me sacudiste co fuese un muchacho, con respecto a ti?

—No me agrada pegar a los seres hu

Durante un largo rato guardó s Resollaba de tanto en tanto, como viese soñoliento. Luego dijo con vo y sonora:

—Eres un salvaje, muchacho... se encuentra nada de lo que abun demás... Ni siquiera en tu calamoc razonas como los otros...

Sus palabras no tenían nada expresaba tan sólo un vivo despec

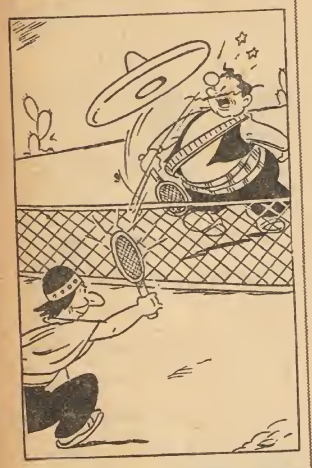
—Bueno, dime: ¿soy yo un hon

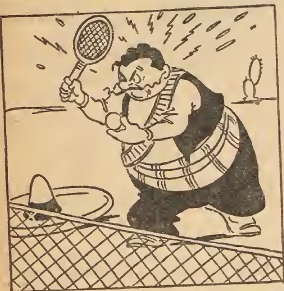
—¿Y usted, qué piensa de eso?
—¿Yo...? Yo creo que soy bueno... Yo, amigo mío, soy un hombre inteligente... Tú eres instruído, locuaz, hablas de todo: de las estrellas, de los franceses, de los nobles... Eso está muy bien y es muy interesante, lo comprendo... Te conocí al instante, cuando me dijiste, al verme por primera vez, que podía agarrar frío y morirme... Yo veo siempre al primer golpe de vista lo que valen las personas...
Se tocó la frente con su breve pulgar, y explicó, esbozando una sonrisa:
—Aquí dentro, amigo mío, se cobija la memoria más extraordinaria... Me acuerdo de todo; hasta del número de pelos de la barba de mi abuelo... Discutamos... Habla...
—¿De qué vamos a discutir?
—¿Acaso soy yo más listo que tú...? Escucha: no sé leer ni escribir; no conozco las letras; no conozco más que los números, y sin embargo poseo un gran comercio, cuarenta y tres obreros, un almacén y tres sucursales... Tú eres instruído, y vives de mi dinero... Si quiero, puedo disponer de un buen estudiante, y a ti echarte a la calle... Si quiero, puedo echar a todo el mundo, cerrar la tienda y beberme el dinero... ¿Es cierto?... ¿Sí o no?...
—No se precisa mucha inteligencia para hacer eso... No es en eso en lo que consiste...
—¡Mientes!... ¿En qué consistiría, entonces, la inteligencia?... Si yo no la tengo, es que no existe en ninguna parte... ¿Tú te imaginas, por ventura, que la inteligencia está en las palabras?... No; la inteligencia está en los negocios que rige, y nada más...
Lanzó una carcajada ahogada, aunque victoriosa, que agitó su cuerpo gelatinoso. Luego continuó con condescendencia, en tanto que su voz se intensificaba.
—Tú no serías capaz de alimentar a un solo hombre, y yo mantengo a cuarenta... Si quiero puedo alimentar el doble... ¡Eso es inteligencia!...
Adoptó un tono severo y grave, aunque cada vez le costaba más mover la lengua.
—¿En qué podrías hacerme la competencia?... Lo procuras, sin embargo, y en eso estriba tu necedad... Eso no sirve para nada ni a nadie, y es perjudicial para ti... Trata, más bien, de hacer todo lo posible para que yo reconozca tus cualidades...
—Ya lo hizo usted.
—¿Que yo he reconocido tus cualidades?
Reflexionó un instante, y prosiguió, dándome una palmada:
—¡Es cierto! Tienes razón... Pero es menester también que te aprecie, y puedo muy bien no hacerlo... No obstante, lo veo todo, todo... Mi encargado Sachka es un ladrón... Es inteligente también, y si no da un mal paso y lo encarcelan, llegará a ser patrono. Desvalijará a la gente... Aquí no tengo más que ladrones y, lo que es peor, zopencos... Carroña, nada más... Y tú les aventajas a todos... No comprendo cómo puedes ser tan estúpido...
Me dominaba el sueño. Me dolían los músculos y los huesos, como consecuencia de la dura tarea diaria. La cabeza se me llenaba de una pesadez demoledora. La voz enojosa y blanda del patrono parecía que me tornase pegajosas las ideas.
—Dices cosas peligrosas sobre los patronos... Todo eso es una tontería, un pecado de juventud... Otro que no fuese yo, habría llamado ya a un gendarme, le habría deslizado un rublo en la mano, y estarías a la sombra.
Su mano pesada me golpeó en una rodilla.
—Un joven despierto debe aspirar a convertirse en patrono y no a perder el tiempo... Hay muchos obreros y pocos patronos, y esa es la causa de que todo vaya mal..., todo es falso y no hay nada bueno... Cuando abras los ojos, verás aún más y se te endurecerá el corazón; comprenderás también que el pueblo lo constituye la gente que está desocupada y que es nociva... Hay que hallar trabajo para todo el mundo, con el fin de que la gente no ruede por ahí sin provecho para nadie... Cuando un árbol se pudre, es una lástima, pero cuando se le quema da calor... Lo mismo sucede con el hombre... ¿Me comprendiste?
Alguien exhaló un gemido. Me levanté para ir a ver cómo se encontraba. Tirado sobre la espalda, con el ceño fruncido, la boca abierta, las manos a lo largo del cuerpo, tenía una actitud de guerrero. El sordomudo bajó del arcón, corrió hacia el horno y tropezó con el patrono. Por un instante, quedó como petrificado de miedo. Luego abrió la boca, sus ojos de pescado parpadearon con confusión, y empezó a mugir, dibujando en el aire, con un dedo ágil, toda suerte de cosas extrañas.
—¡Mú, mú! —imitó el patrono—. ¡Viejo imbécil!
Se levantó, y partió.
En cuanto hubo desaparecido, el sordomudo me guiñó el ojo y cogiendo la nuez entre dos dedos, exclamó con voz gutural:
—Choc... choc...
Al otro día, por la mañana, me llevé a Yacha al hospital. Fuimos a pie por falta de dinero para tomar un coche. El muchacho apenas podía andar. Tosía débilmente, y decía, dominándose con entereza:
—No puedo respirar... Eso es todo... Tengo los pulmones deshechos... ¡Qué demonio!... ¡Qué pícaro mundo...!



PANCHO SOMBRERO

DEMASIADO FUERTE *por TOONDER*







En la calle, bajo la cegadora claridad del diáfano sol, entre la gente convenientemente abrigada, el niño, vestido con sucios harapos, parecía aún más miserable de lo que en realidad era. Sus ojos claros, habituados a la penumbra del taller, lagrimeaban sin cesar.

—Si muero, Artemio está perdido... Se entregará a la bebida, el animal... Y no hará caso de nada. Tú lo amonestarás, Trombón. Le dirás que yo te encargué que lo hicieras.

Sus labios negros y exangües se retorcían; el mentón temblaba. Yo conducía a Yacha de la mano, y me daba miedo. Si se echaba a llorar, me impresionaba tan intensamente que me hubiera arrojado sobre los transeúntes, les hubiera pegado y me hubiese puesto a jurar y a aullar de una manera horrible, con tal de evitarle el llanto.

El Cascabel se detuvo, recobró alientos, y dijo con un tono aplomado, como un viejo:

—Le dirás que yo soy el que le ordena que te obedezca...

❦ ❦ ❦

Cuando regresé al taller, me enteré de que había sucedido una nueva desgracia: por la mañana, mientras Nicandro iba a llevar las rosquillas a una sucursal, había sido atropellado por un carro de incendios, y fué necesario mandarlo también al hospital.

—Todavía puede esperarse que ocurra cualquiera otra cosa — dijo Ossip con seguridad, mirándome con sus ojos extáticos —; las desgracias se suceden de tres en tres: el Cristo envía una, San Nicolás le imita y San Jorge también... Y después, la Madre de Dios les dice: "Ahora, basta ya, hijos míos..." Y, entonces, paran...

Nadie hablaba de Nicandro. Como no estaba en el taller, los obreros permanecían insensibles a su suerte. En cambio, se comentó insistentemente la agilidad, la fuerza y la resistencia de los caballos de los bomberos.

Durante la comida, apareció Sachka, un ser soberbio y maleable, con ojos insolentes de ladrón y de vicioso. Se mostraba hipócritamente amable con las gentes a quienes temía. Con solemnidad, me anunció que iban a hacerme ayudante de panadero para sustituir a Nicandro y que percibiría un salario de seis rublos.

—¡Enhorabuena! — exclamó, alegremente, Pavel.

Pero se entristeció de súbito, y preguntó:

—¿Quién ha decretado eso?

—El patrono.

—Creí que se estaba emborrachando...

—No es así — contestó Sachka, riendo —. Ayer estaba, en efecto, en la viña del Señor; pero hoy posee toda su gracia y dignidad... Fué a comprar harina...

—Por consiguiente, la historia de los cochinos no ha concluído — pronunció el cíngaro, con cierta lentitud a la que se unía la cólera.

Me miraban con rabia, con envidia, con sorna malévola. Frases penosas e insultantes volaban por el taller.

—El caballero tiene ventaja...

—Cuando se es extraño, se es siempre...

Ossip musitaba frases que sólo a él le pertenecían:

—La ortiga tiene su puesto, y la rosa el suyo...

Y Kuzine disimuló sus reflexiones con las palabras que empleaba cuando pensaba en algo malo:

—¿Cuántas veces os tendré que decir que limpiéis el santo icono, diablos?...

—Bueno; déjate de runruneos y de historias... — gritó Artemio en voz alta.

❦ ❦ ❦

La primera noche que trabajé en la panadería, luego de haber amasado y preparado la levadura para la segunda hornada, cuando acababa de agarrar un libro y de sentarme
junto a la lámpara, apareció el patrono. E...
tornaba los ojos, soñolientos, y chascaba ...
labios.

—¿Lees?... Está bien; eso es preferible ...
dormir... Así, la masa no fermentará ...
masiado...

Hablaba a media voz. Después de ...
dirigido una mirada cautelosa hacia el ...
dero que roncaba debajo de la mesa, se ...
tó a mi lado sobre una bolsa de harina. ...
arrebató de las manos el libro y lo cerró; ...
go lo colocó sobre su amplia rodilla y lo ...
jetó bajo su regordeta mano.

—¿De qué habla este libro? — me preg...

—Del pueblo ruso.

—¿De qué pueblo?

—Del ruso — repetí.

—Me lanzó una mirada de soslayo, y ...
nunció:

—Rusos hay en Simbirsk, y también ...
Kazan... Nosotros, por ejemplo, los tár...
somos aparte... ¿De cuáles habla?...

—De todos.

Abrió el libro, y lo puso a la altura de ...
ojos, echando la cabeza hacia atrás. Su ...
verde sondeó las páginas. Luego d...
con aplomo:

—Se ve que no comprendes los libros. ...

—¿En qué se ve eso?

—¡Claro!... ¿No tiene estampas?... ...
mejor leer libros que tuviesen estamp...
Son mucho más entretenidos... ¿Qué ...
que se dice ahí dentro del pueblo?

—Se habla de sus creencias, de sus ...
res, de sus costumbres...

El patrono cerró el libro y bostezó ...
mente, pero no hizo el signo de la cruz ...
su boca, que era como la de un batracio. ...

—Todo eso se conoce desde hace ...
tiempo — dijo —. El pueblo cree en Dios ...
cantares son bellos o canallescos, y sus ...
tumbres malas... Puedes preguntarme ...
cuanto quieras acerca de eso, y te lo ...
ñaré mejor que cualquier libraco. No es ...
ellos donde hay que aprender eso... Es ...
cesario ir al mercado, a la calle, a la ...
o al campo los días de fiesta... Ahí es ...
hallarás las costumbres... Puedes ir ta...
a casa del juez de paz y al tribunal del ...
trito...

—Usted no habla de la misma cosa ...
yo...

Me lanzó una mirada sombría, y excl...

—¡Yo sé mejor que tú de qué hab...
Los libros no son más que cuentos, ...
rias..., puras invenciones... ¿Cómo ...
decirse todo acerca del pueblo en un ...
librito?...

—¿Y no hay más que éste, acaso?

—Bueno; pero existen millares de ...
de personas... No se puede escribir un ...
para cada una...

Su voz tenía cierta entonación de...
El vello amarillo que se extendía sobre ...
ojos estaba erizado. En cuanto a mí, ...
conversación que parecía una pesadi...
iba amodorrando.

—Eres muy original... ¡Qué ideas ...
complicadas tienes! — dijo, lanzando ...
piro y un resoplido —. Deberías com...
que todo eso son mentiras y estupide...
¿Acerca de qué se han escrito los ...
Acerca de la gente... ¿Y acaso la gen...
alguna vez la verdad acerca de sí mi...
¿La dirías tú?... ¿Eh?... Yo tam...
diría... Inclusive me callaría, en p...
del mismo Dios. Me preguntaría El: ...
a ver, Vassili, dime de qué eres ...
Y yo contestaría: "Tú debes saber ...
Señor, mi alma es tuya y no mía"...

Y dándome un codazo, sonrió y ...
ojo. Luego continuó, más por lo baj...

—Puedo hablarte así... ¿De qu...
alma?... El alma es de El... El me ...
El me la quita, y asunto terminado.

Gruñó con cólera, y, pasándose ...

...r la cara, como si se lavase, insistió: ...diría: "¿Me diste un alma?... ¡Sí!... ...has quitado?... ¡Sí!... Pues la cuenta ...cancelada. Estamos en paz... Entérate Tú ...de qué es lo que se ha amontonado en ...; desembrolla Tú mismo ese revoltijo..."

...me encontraba a disgusto. La lámpara es...pendida detrás de nosotros, por enci... nuestras cabezas, y las sombras se ex... sobre el entarimado, a nuestros pies. ..., el patrono echaba la cabeza hacia ... La claridad amarillenta inundaba todo su ...e; una sombra alargaba su nariz, y se ... manchas negras debajo de sus ojos. ...o rostro se tornaba espantoso. A nues...recha, casi a nivel de nuestras cabezas, ...a ventana. A través de los polvorientos ... sólo se veía el cielo azul y algunas ... amarillentas, pequeñas como guisantes. ...dero, hombre perezoso y necio, ron... Las ratas corrían por la habitación. Se ...do especial de los ratones que salta...ían...

—...o usted cree, acaso, en Dios? — le pre... patrono.

... hacia mí su ojo muerto, y guardó un ...ado silencio. Luego, contestó con toda ...

—...no puedes preguntarme acerca de eso... ...es el derecho de preguntarme acerca de ...cepto acerca de tu trabajo... Yo pue...guntarte a ti sobre cualquier cosa, y tú ...ponderme... ¿Hasta dónde pretendes ...

—... es cuenta mía.

...nó, dió un resoplido y con voz gan...ó:

—...... ¡Vaya una respuesta!... ¡Eres un ...

...ando de nuevo el libro, que había des...bajo de su asiento, golpeó con él so...dilla y lo tiró al suelo.

—... historia... ¿Quién puede saber mi his... Tú aun no tienes historia..., ni la ...amás...

...ito prorrumpió en una carcajada de ...n, una carcajada extraña y sollozan... y dulce, que hizo nacer en mí un vivo ...to de compasión hacia aquel hombre. ...arronamente:

—...zco eso... He visto ya pájaros así... ...las buenas mujeres que empleo en ...sal tiene un sobrino, estudiante de ...a, que aprendió a cuidar a los ca... a las vacas... Ahora es un perfecto ... y fuí yo quien le ha proporcionado ...bre... Se llama Alkine. A veces ... pedirme diez *copeks* para beber... ...ro de la sociedad de los brazos ... ahora... También él quería llegar a ...... "La verdad — gritaba — debe ... en alguna parte: en el pueblo... Mi ... sedienta de verdad, luego debe de ...bién fuera del alma." Y yo le em...... Ahora lo hace a diario, el mi... A veces me miraba poniendo los ...lanco... Los tenía dulces como los ...eres, aunque no falaces... Era co...bo inofensivo, y solía gritarme: ...menof, eres de hielo; eres un hom...oso ante la vida"...

...legado la hora de prender el horno. ... al patrono, levantándome. Destapó ... golpeó en la masa y aprobó:

—...rto; llegó el momento...

... apresurarse y sin mirarme.

...ba satisfecho de que hubiese cesa... hueca y fanfarrona y de que sus ...es hubiesen dejado de llenar el ...

...ller de las rosquillas, unos pies des...an sobre el suelo, tropezando en ... y Artemio, completamente des... dió un tropezón contra un bulto. ...nancibles, de mirada triste, se des...mo los de un sonámbulo.

—¡Cómo da vueltas el patrono a tu alrededor!...

—¿Por qué no duermes?

—No sé... Diríase que me duele el alma... ¡Cómo te festeja!

—¡Es abrumador!

—¡Ya lo creo!... Es pesado como el plomo... ¡Y qué perro, además!...

Apoyó su hombro contra el horno y, de repente, cambiando de voz, dijo con fingida indiferencia:

—Me han asesinado a mi hermanito... ¿Saldrá vivo del hospital, o con los pies por delante?...

—¡Vaya, vaya!... Dios le devolverá la salud.

Se calló un momento. Después sentenció:

—Dios no nos concede nada.

Y se alejó del horno, vacilante, como un beodo.

XIII

Las conversaciones nocturnas que sostenía con el patrono cubrieron mi alma con un manto de pesadillas. Todas las noches, después del primer canto del gallo, a la hora en que los demonios regresan a los infiernos, cuando el fuego estaba encendido y yo me instalaba con un libro en la mano delante de la llave, aparecía el patrono.

Perezoso y redondo, rodaba como una bola fuera de su pieza, se sentaba, gruñendo, en el suelo, al borde de la reguera, y dejaba que quedasen colgadas sus piernas desnudas como en una fosa. Alargaba hacia la llama sus regordetas manos. Con su ojo verde a medio cerrar, las examinaba y admiraba la sangre espesa, visible bajo la piel amarillenta, y durante dos horas me mortificaba con sus extrañas palabras.

Generalmente empezaba por alabarse su inteligencia: él, un *mujik* iletrado, había tenido fuerza para crear y dirigir un gran comercio, con obreros ladrones y brutos... Comenzaba su relato con muchos detalles; pero de una manera enredada, con largas pausas, y suspiraba a menudo, casi sibilante. A veces, parecía que se fatigaba al detallar sus triunfos, y hubiérase podido creer que hacía un esfuerzo para forzarse a hablar.

Desde hacía bastante tiempo, no me asombraba ya su capacidad, excepcional efectivamente, su habilidad para saber comprar una partida de harina averiada o mojada, y para vender a un comerciante tártaro tres quintales de rosquillas duras. Aquellas vivezas comerciales eran insoportables en su uniformidad criminal y en su sencillez cínica, que ponían de relieve, con una crudeza meridiana, la rapacidad y la estulticia humanas.

Los leños crepitaban en el horno, delante del cual yo estaba sentado al lado del patrono. Su voluminoso vientre descansaba sobre sus rodillas. Los rosados reflejos de la llama caían a veces sobre su rostro taciturno. Su ojo gris, fijo y lagrimeante como el de un viejo miserable, parecía una placa de metal en la anteojera de un caballo. La pupila verde amarillenta se movía con incesante vivacidad, como la de un gato; vivía una vida especial, una vida de acecho... La voz era extraña, unas veces femenina, aguda y acariciadora, y otras ronca, sibilante e irritada; sembraba palabras apacibles y cínicas:

—Eres confiado, y haces mal... Hablas demasiado... La gente es muy mala... Es necesario dirigirla sin decirle una palabra... Hay que considerarla severamente y callar... Es inútil que te comprenda; es preciso que te tema y que haga por sí lo que tú desees...

—No pretendo dirigir a nadie...

—¡Mientes!... Además, no puede ser de otro modo.

Y explicó:

—Unos deben trabajar; la misión de otros es la de guiar... Y las autoridades deben velar por que los primeros se sometan dócilmente a los segundos.

En Hollywood



—Estoy desesperado, no encuentro un director que quiera comprarme mi argumento.

—¿Y por qué no hace como yo? Empléese de mucamo en este restaurante y a lo mejor, mientras le sirve la comida, consigue hablar con algún magnate del celuloide.

—¿Y hace mucho que usted espera la ocasión de hablar con algún magnate?

—¡Oh!, nada más que cinco años.

—¿Y los inútiles?... Los que no están comprendidos en uno ni en otro grupo, es menester que se marchen. ¿Adónde?

—No soy de esa opinión... Las autoridades están para los holgazanes, para los ladrones, para los que no sirven de nada... El hombre capaz no precisa jefe; él es jefe de sí mismo... El gobernador de nuestra provincia no puede saber cuánta harina necesito, ni qué clase de harina me conviene... Lo que debe saber es cuáles son las personas útiles y cuáles las perjudiciales.

Algunas veces me parecía que una laxitud sincera resonaba en su voz. ¡Tal vez fuese a causa de la nostalgia de algo que él buscaba sin saberlo! Yo le escuchaba con extrema atención, con el vivo deseo de comprender el sufrimiento de su corazón, y esperaba otras palabras y otras ideas...

Del horno nos llegaba un olor a ratones, a tilo, a chamusquina y a polvo seco. Las paredes sucias enviaban una humedad tibia; el entarimado desgastado y revuelto estaba podrido... Rayos de luz lunar iluminaban las obscuras hendiduras. Los cristales de las ventanas se hallaban recubiertos de moscas, y parecía como si los insectos constelasen el cielo mismo... Estábamos constreñidos, nos ahogábamos, y todo era de una suciedad impresionante.

¿Es digno de un ser humano vivir semejante existencia?

El patrono devanaba sus palabras una tras de otras, y lo recuerdo todavía como un mendigo ciego que tantease, con un dedo tembloroso, las monedas que se le han dado como limosna.

—Bueno; sí, la ciencia... Que me enseñen, entonces, a hacer harina con un bloque de cuarzo o con polvo... Pero no; existe un inmenso edificio que se llama Universidad. Los alumnos son muchachos jóvenes que visitan las tabernas, que arman escándalos en la calle, que cantan canciones profanas a San Bartolomé y que van a las casas públicas... En general, viven como los empleados... Y luego, de pronto, se convierten en médicos, jueces, profesores y abogados... ¿Puedo tener confianza en ellos?... ¡Son, seguramente, peores que yo!... No debo tener confianza en nadie.

Y entre chasquidos voluptuosos de la lengua citaba detalles escabrosos sobre cómo los estudiantes se portaban con las muchachas.

A menudo hablaba de las mujeres con un cinismo tranquilo, sin excitación, con una entonación pensativa, inquieta, extraña, bajando la voz, casi cuchicheando. Nunca describió un rostro femenino, sino sólo el pecho, las caderas y las piernas... Era repugnante oírle.

—Tú siempre hablas de conciencia y lealtad; yo soy más franco que tú... A pesar de tu carácter seudoleal, no te portas de una manera recta... Le dijiste a un periodista, en una taberna, que en mi casa las artesas estaban podridas, que dejaban que cayese la masa sobre el entarimado, que había muchas cucarachas, que los obreros tenían enfermedades y que la suciedad abundaba por todas partes.

—También a usted le hablé de ello...

—Es cierto; me hablaste de ello. Pero no me dijiste que serías capaz de repetírselo a un periodista... Bueno; ha aparecido un artículo en el periódico... Vino la policía con un empleado de la oficina de salubridad... Les entregué para todos un billete de veinticinco rublos, y ya ves —trazó un círculo en el aire por sobre su cabeza—; todo quedó como antes... Las cucarachas están sanas y salvas... Y ahí tienes tu periódico, y tu ciencia, y tu conciencia... ¡Todo eso se puede volver contra ti, imbécil! En todo el barrio, la policía se humilla delante de mí, y las autoridades viven de mis limosnas... ¿Qué podrías hacer contra mí?... Es como si un insecto pretendiese luchar con un mastín... ¡Se aburre uno ya, hablando contigo!...

Efectivamente debía aburrirse. Su rostro estaba alterado y se había tornado agrio. Cerró los ojos con cansancio, y bostezó ruidosamente, abriendo desmesuradamente su boca roja, de donde salía una delgada lengua de perro.

Antes de haberme tropezado con él, había encontrado ya mucha ruindad moral, mucha crueldad y mucha estulticia. Había sido testigo, también, de manifestaciones generosas y de acciones verdaderamente humanas. Había leído buenos libros; sabía que desde hacía largo tiempo, y en todas partes, se pensaba en una vida mejor, y que acá y allá se había procurado y se procuraba, sin descanso, realizar tales pensamientos. Desde hacía largo tiempo, habían surgido en mi espíritu los dientes de leche del descontento contra el orden existente, y antes de haber trabado conocimiento con mi patrono me parecía que aquellos dientes estaban ya lo suficiente fuertes.

Actualmente, después de cada entrevista nocturna con él, comprendía con una amargura y una claridad crecientes cuán incoherentes y frágiles eran mis ensueños y mis ideas. El patrono los hacía trizas; me mostraba las lagunas que existían entre ellos, y me henchía el espíritu de una inquietud dolorosa. Sabía, comprendía que se equivocaba al negar simplemente todas las cosas en las cuales creía yo ya; no dudaba ni un segundo de cuál era mi derecho, pero me resultaba muy difícil impedirle que se mofase de él. No era cosa de refutar los argumentos de aquel hombre; se trataba de defender mi vida interior, donde se infiltraba, como un veneno, la conciencia de mi impotencia frente a aquel desprecio patronal.

Su inteligencia, brutal y pesada como un hacha, despedazaba la vida entera, la partía en fragmentos regulares que amontonaba bajo mis ojos como una pila compacta de astillas.

Con sus palabras respecto a Dios y al alma inflamó mi juvenil curiosidad. Procuraba siempre que la conversación derivase hacia aquellos temas. Fingía ignorar mis tentativas, y me mostraba cuán poco conoc... misterios y los artificios de la existencia...

—¡Es necesario vivir de una manera ...dente! La vida reclama todo de ti, como ... ejemplo una querida lo hace. Pero tú no ... cisas gran cosa de ella, sino solamen... placer... Y es menester vivir con hab... a veces es necesario mostrarse acariciador ... guido; pero con frecuencia se necesita ... coraje. ¡Golpea fuerte, y todo será tuy...

Cuando, enervado por aquellas argu...ciones, le hacía preguntas muy claras, ...pondía:

—Eso no te importa... Crea o no ... responderé yo, y no tú...

Y cuando yo exponía las ideas que me ... queridas, movía la cabeza, como para ... una buena posición, dirigía su oreja di... hacia mí y me escuchaba con atención ... decir nada; pero siempre tenía una expr... de indiferencia profunda en su rostro ... presivo, semejante a una holla de cobre ...llada en la panza.

Un sentimiento de humillación ar... penetraba mi alma, no por mí mismo; ... cesado ya de sentir los ultrajes perso... permanecía bien tranquilo cuando la vid... asestaba un golpe, y me defendía co... desprecio; pero me hallaba dolorosa... humillado por la verdad, que moraba y ... cía en mi espíritu.

La vergüenza más terrible, la suprema ...tura consiste en no saber defender ... mente aquello que más se ama, aquello ... convive con uno. Para el hombre no ... un sufrimiento más terrible que el m... del alma.

XIV

La circunstancia de que el patrono ... a conversar conmigo durante la noche ... confería una importancia especial a los ... de los obreros que hacían las rosquillas. ...bían dejado de considerarme como un ... peligroso y turbulento, o como un o... o un loco. Ahora, la mayoría disim... mal un sentimiento de hostilidad y de ... día por mi prosperidad, y me calificaba ... gato astuto y de cazurro que había ... diestramente conseguir su propósito.

Kuzine me decía con mucho respeto, ...ciándose la polvorienta barbilla y miran...reojo:

—Ahora, amigo, dentro de poco a...rás a vigilante...

—Y nos mandarás a toque de corn... terminó otro en voz baja.

A espaldas mías se pronunciaban de ... cuando frases hirientes:

—Al que sabe hablar no lo conde... lo premian.

Muchos, sin embargo, me trataban ... actitud sumisa y humilde, y tan obse... que me sentía humillado por ellos.

La reciente amistad que Pavel, A... y uno o dos obreros más sentían hacia ... rivó, muy a pesar mío, en una atenci... tenida hacia todo cuanto yo decía. U... perdiendo la paciencia, me enojé y le h... servar al cíngaro que aquella actitud era ...siva e indecorosa.

—¡Valdría más que te callases! —m... pondió...

Me había comprendido, y guiñó ale... te sus ojos astutos.

—Cuando el patrono —prosiguió—, ... más inteligente que nosotros, discute ... es porque hay algo decierto en lo que ...

Y Ossip, tan silencioso y hermético, ...rigía a mí más a menudo y con meno... ción. Cuando nos hallábamos frente a ... sus sombríos ojillos adquirían una llam...ve; sus gruesos labios se ensanchaban ... sonrisa que transformaba su rostro ...do, de salientes pómulos.

—Y qué, ¿tu trabajo es menos pen...

—No, pero en cambio es más limpio.
—Si es más limpio, también es menos pe... — decía sentenciosamente.
A veces, a la noche, cuando ya había terminado el trabajo, o era víspera de día festivo, después del baño, Pavel y Artemio iban a ...arme a la panadería. Ossip les seguía ...mente, de soslayo. Se sentaban en torno a la canal, delante del horno, en un rincón oscuro, de donde yo había sacado el ... la suciedad, dejándolo más agradable. ... de nosotros, y a nuestra derecha, había anaqueles, sobre los que estaban colocados los moldes de los panecillos. La masa en fermentación aparecía un poco por encima de los canastillos, y hubiérase dicho que cabezas calvas, semiocultas, nos acechaban desde lo alto de las paredes. Bebíamos té cargado, que hacíamos en una tetera de ..., y el cíngaro pronunciaba en esas ...es:
—...o; cuéntanos algo o léenos unos versos.
... mi valija, encima de la estufa, tenía ... de Puchkine, Cherbine y Surikof, en ...ños volúmenes estropeados, comprados en ... librería de viejo, y declamaba con ...:

"¡Qué alta es tu misión, oh, hombre!
... divino rostro caída en la tierra.
... en tu alma todo cuanto hinche el Universo...
... todo encuentra un eco, una respuesta..."

..., con los párpados bajos, lanzaba una ... de soslayo hacia las páginas y murmu... ...mbrado:
—... usted!... Como las Santas Escrituras... Dicen que todos los impresos civiles y ... son heréticos... Pues bien; podría ... en la iglesia lo que terminas de ...
... versos, casi siempre lo exaltaban y le ...n ideas de arrepentimiento. A veces, ... repetía un verso que le había conmovido, gesticulaba y se mesaba los cabellos, ... con amargura:
—Es cierto, es cierto!

... me ha entregado en parte la miseria.
...edo, pues, esperar de ella?...

—Es cierto, es cierto! — repetía—. ¡Dios! A veces sentimos tanta lástima por ... alma, al verla perderse!... ¡El corazón ... llena de una angustia y una amargura... ¡Ah!... Se pregunta uno si no sería ... entrar a formar parte de una gavilla de bandidos... No comulgamos con ... de molino, y tú repites a todas horas: "... que unirse, compañeros!"... ¿Nosotros, ...eros? ¡Vaya, vaya!...
...o, cuando oía versos, sollozaba y se ... los labios, como si estuviese bebiendo ... sabrosa y caliente. Quedaba asombrado siempre ante las descripciones de la ...za.

"... árboles, bajo la ornamentación de oro, ...inan con tristeza hacia el estanque".

—...era! — exclamaba, asiéndome de un ..., asombrado, alegre, radiante—; eso lo ... yo... Cerca de Arsk, en el parque ... a señorial... Te lo juro...
—..., ¿y qué? Tú lo viste... ¿Y qué? ...aba, irritado, el cíngaro.
—... tiene nada de particular... Yo lo vi ... escrito.
—... cállate, ¡caramba!
..., una vez quedó particularmente ... de una poesía de Surikof: *Fue... ...dad.* Tres días después, a pesar de ... de los obreros, a quienes aburría, repitió, dando a las palabras la entonación de una canción militar:

"Me voy. Adónde, [no lo sé.
No importa adón-[de; a cualquier [parte.
¿Qué me importa [el lugar?
Adonde la vida me [arrastre."

A Ossip, en cambio, no lo conmovían las poesías; las escuchaba con una perfecta indiferencia. Sin embargo, se aferraba a ciertas palabras, cuyo sentido buscaba al momento, insistiendo para obtener explicaciones.
—Espera, espera... "Urna..." ¿Qué significa eso?
Esta extraña indagación de las palabras me inquietaba; hubiera deseado saber qué era lo que pretendía.
Por fin, un día, luego de haberle acosado a preguntas y súplicas, Ossip se rindió. Esbozando una sonrisa de condescendencia, me expresó:
—Bueno; pero, ¿de verdad te interesa?
Miró primeramente a todos lados, adoptando una actitud misteriosa. Luego, me explicó cuchicheando:
—Existe una poesía mágica; el que la conozca, puede hacerlo todo: es el encanto de la felicidad... Lo que sucede es que, hasta ahora, ningún hombre la ha aprendido por entero... Las palabras han sido repartidas entre diferentes personas; han sido diseminadas por todo el orbe, hasta el final de todas las épocas... Entonces, ¿comprendes?, es necesario recoger todas esas palabras y reunir todos los versos...
Bajando más aún la voz, se inclinó hacia mí:
—Y esa poesía puede leerse también al revés, y resulta lo mismo que cuando se lee desde el comienzo hasta el fin... Conozco ya algunas palabras... Un hombre que había corrido mucho mundo, me las dijo, antes de morir, en un hospital... Hay personas sin techo ni hogar que vagan por la tierra y recogen todas esas palabras misteriosas... Cuando todas estén recogidas, todo el mundo lo sabrá...
—¿Para qué? — inquirí.
Me miró de pies a cabeza, con expresión incrédula, y me dijo, irritado:
—¿Para qué?... ¡Vaya, demasiado lo sabes tú!
—Palabra de honor que no lo sé.
—Bueno — murmuró, alejándose de mi lado—. Ahora me sales con que no sabes nada...

Artemio, una mañana, acudió a mi lado, conmovido y alegre, y medio comiéndose las palabras declaró:
—¡Trombón!... He compuesto yo una poesía... Sí, yo...
—¿De verdad?
—¡Te lo juro!... Sin duda, la compuse en sueños... Me desperté y me daba vueltas en la cabeza, como una rosa... Escucha.
Se irguió — diríase que todo su cuerpo se dirigía a las alturas—, y comenzó, a media voz, canturreando:

"El sol desciende al otro lado del río."

—Bien pronto el pobre sol se ahogará en la selva...

El pastor apacienta su ganado.
Y en la aldea... y... y..."

Lleno de perplejidad miró al techo, palideció y guardó silencio largo rato, mordiéndose los labios. Los párpados se estremecían sobre sus asustados ojos. Luego, sus estrechos hombros se abatieron. Hizo un gesto de confusión y declaró:
—Lo he olvidado. ¡Qué horror!... ¡Cómo se ha escapado todo!...
Y el pobre muchacho se echó a llorar; sus grandes ojos dejaron escapar abundantes lágrimas; su rostro escuálido y anguloso se arrugó y palpándose maquinalmente el pecho sobre la parte del corazón decía con aturdimiento:
—¡Vaya por Dios!... Y sin embargo..., estaba muy bien... esta poesía... Hacía que palpitase el corazón... ¡Ah!... ¿No me crees?...
Se retiró con la cabeza gacha. Permaneció durante mucho tiempo en un rincón, con la espalda encorvada y los hombros estremecidos. Por fin, sin hacer ruido, se entregó a su tarea. Durante todo el día estuvo distraído e irascible. Por la noche, se embriagó terriblemente, y buscando pendencia con todo el mundo, con los puños apretados, gritaba:
—¿Dónde está Yacha?... ¿Dónde está mi hermanito?... ¡Malditos seáis tres veces!...
Los otros quisieron pegarle, pero el cíngaro intervino. Lo atamos con una cuerda, después de haberlo envuelto en unas bolsas, y por fin se durmió.
Artemio no recordó nunca la canción que

Precavido



Por las dudas...









había compuesto en sueños y que tanto lo emocionara.

XV

La panadería estaba separada de la habitación del patrono por un débil tabique empapelado, y, con frecuencia, cuando yo alzaba la voz en el ardor del discurso, el patrono golpeaba con el puño sobre la pared, y asustaba a los ratones y a las cucarachas. Los compañeros se iban entonces a acostar sin decir palabra. Los pedazos de papel pintado que pendían de la pared sonaban bajo las patas de las polillas, y yo me quedaba solo.

También ocurría que el patrono se presentaba de pronto, en silencio. Salía de su habitación, se acercaba a nosotros, y decía, con voz penetrante:

—Veláis durante toda la noche, y por la mañana estáis amodorrados quién sabe hasta qué hora...

Esta frase iba dirigida especialmente al cíngaro y a su equipo. Luego, gruñía, encarándose conmigo:

—¡Fuiste tú, sochantre de iglesia, quien inventó este modo de pasar la noche leyendo!... ¡Siempre has de ser tú!... Ten cuidado; van a perder la inteligencia y la razón en los libros, y tú vas a ser el primero que sufrirá las consecuencias...

Esto lo decía con indiferencia, más bien por fórmula que por deseo de disolver la reunión.

Se sentaba pesadamente en el suelo, al lado nuestro, y proseguía, con entonación de benevolencia:

—Bueno; lee, lee; escucharé yo también... Quizá me vuelva inteligente... Pavel, sírveme té.

El cíngaro, bromeando, le proponía:

—Te daremos té, patrono, y tú nos darás aguardiente...

El patrono, sin responder, le hacía un gesto.

A veces, cuando se acercaba a nosotros, declaraba, con voz cambiada y quejumbrosa:

—No puedo dormir, hijos míos... Esos malditos ratones chillan... Fuera, la nieve rechina bajo los pasos... Los estudiantes vagan por las calles, y las muchachas entran en los almacenes...; pero, las pícaras, es para calentarse... Compran un panecillo de dos *copeks*, y así se las arreglan para permanecer calentitas durante media hora que están allí.

Y el patrono exponía su filosofía:

—Todo el mundo es así... Nadie quiere dar nada; todos quieren alcanzar algo... También vosotros, en lugar de trabajar cada vez más y más de prisa, sólo deseáis una cosa, y es concluir cuanto antes para estar mano sobre mano...

En su condición de jefe de taller, el cíngaro se sentía ultrajado e iniciaba una discusión inútil.

—¿No tienes bastante, patrono?... Nos desriñonamos en el trabajo, como los diablos en el infierno, y dices que no tienes suficiente... ¡Ah!... Cuando tú eras obrero también...

Al amo no le agradaban estas evocaciones. Mordiéndose los labios, se quedaba escuchando por un instante, sin responder nada. Su ojo verde se fijaba con severidad en el panadero. Después, abría su boca de batracio, y replicaba, con voz áspera:

—Lo pasado, pasado... El caso es que ahora soy el patrono... Puedo decirlo todo, mientras que tú estás obligado por la ley a obedecerme... ¿Has comprendido?... Prosigue, Trombón.

Les leía una vez *Los Hermanos bandidos*, que les hacía llorar mucho a todos. El mismo patrono dijo, en actitud pensativa, agitando la cabeza:

—Eso ha podido suceder. ¿Por qué no?... ¡Es muy posible!... Todo puede sucederle al hombre... Todo...

El cíngaro, en actitud sombría y ceñuda, daba vueltas entre los dedos a un cigarrillo del cual tiraba con encarnizamiento. Artemio esbozaba una vaga sonrisa y repetía algunos versos:

"Eramos dos: mi hermano y yo.
La vida nos fué dulce en la infancia..."

Súbitamente enojado, el patrono se levantó y exclamó:

—¡Basta!... Valdíamás que trabajarais... ¡Vamos, canallas, al trabajo!...

Y se marchó.

* * *

Era una cruda noche de invierno...

La tempestad de febrero aullaba y gemía, soplando con furor en la chimenea y golpeando en los tejados y cristales. La penumbra de la panadería, apenas iluminada por una lamparilla, se agitaba suavemente. Ráfagas de frío surgían de todas partes y se alzaban a las piernas con tenacidad. Yo amasaba, y el patrono, sentado sobre una bolsa de harina, junto a la artesa, decía, con voz sentenciosa:

—Reflexiona en todo lo que existe mientras seas joven, antes de que te consagres a una sola clase de trabajo... Reflexiona en todos los asuntos, y entérate de si hay alguno que no convenga totalmente a tus fuerzas y a tus deseos... Reflexiona sin apresurarte...

Sus piernas estaban muy separadas. Sobre una de ellas sostenía la garrafa del *kvass*, y sobre la otra un vaso casi lleno de un lí[...] rojo. Yo dirigía de tanto en tanto una [...] llena de despecho a aquel semblante [...] inclinado hacia el entarimado, negro co[...] fuese tierra, y pensaba:

"Bien podías ofrecerme *kvass*..."

El patrono levantó un poco la cab[...] aprestó el oído a los alaridos de la tor[...] Luego, interrogó, bajando la voz:

—¿Eres huérfano?

—Ya me lo preguntó usted en otra [...]

—¡Qué voz más brutal tienes! — ob[...] suspirando y moviendo la cabeza —. Y tu[...] labras también son brutales. Tus padres te [...] cibieron mal...

Concluída mi tarea, me lavé las manos [...] cándome la masa que se había pegado a [...] El patrono se bebió su *kvass*, chasqueó la [...] gua, llenó el vaso y me lo ofreció:

—¡Bebe!

—¡Gracias!

—¡Bebe!... Amigo mío, yo veo de un [...] pe a los que saben trabajar, y a éstos [...] estoy dispuesto a hacerles justicia. Así, [...] el cíngaro, por ejemplo, es un tramposo [...] ladrón; no obstante, le hago justicia: a[...] trabajo, y en toda la ciudad no hay me[...] nadero que él. Al que ama el trabajo ha[...] prestarle atención mientras viva y exp[...] respeto después de muerto... ¡Es abso[...] mente necesario!

Después de haber tapado la artesa, fuí [...] cender el fuego. El patrono resopló, se [...] tó y me siguió sin hacer ruido, seme[...] una bola gris. Prosiguió:

—Al que realiza un trabajo útil, [...] puede perdonar mucho. El que es ma[...] ventará; pero el bueno quedará...

Dejando caer las piernas en la canal, [...] pesadamente sobre el entarimado, dej[...] lado la garrafa e inclinóse para mir[...] la boca del horno.

—Has puesto muy poca leña... ¡Ve[...]

—¡Hay suficiente! ¡Está seca, y por [...] nos la mitad es abedul!...

—¡Ah!... ¿De verdad?

Lanzó una carcajada gangosa y me [...] en el hombro.

—Tú siempre estás calculando; ya lo [...] servado... Y eso es una gran cosa.. H[...] economizar leña y harina...

—¿Y el hombre?

—Ya llegaremos también a eso. Escú[...] no te enseñaré nada malo.

Y pasándose la mano por el pecho, [...] nía también abombado y adiposo [...] vientre, dijo:

—Yo, en el fondo, soy bueno; teng[...] zón... Tú, en tu juventud y tu ignoran[...]

... comprenderlo... No obstante, hace ...po que lo sabes; el hombre, amigo mío, ... como un botón de metal; puede brillar ...da clase de maneras... ¿Por qué haces ...?...

—Porque deseo dormir y usted no me de... Lo que dice es interesante, pero...

—...es bien; si es interesante, escúchame... ...rmirás cuando seas patrono...

... añadió, luego de haber suspirado profun...:

—...; tú jamás serás patrono... No fun... nunca una casa de comercio... Te gusta ...do hablar... Te agotarás, te desharás ...bras y el viento te dispersará sin pro..., sin provecho para nadie...

...pués de un instante de silencio, con...

—...lo tengo cuarenta y un años, y moriré ... de borrachera... La borrachera la ge... inquietud de la vida, y la inquietud... no fui hecho para un comercio como ... Yo necesitaría poder dirigir diez mil ...res... Sabría salir tan airoso de mi em... que los generales se quedarían asom...

... patrono se estremeció, miró con fijeza ... fuego y, dirigiéndome una palabra se... gruñó con voz autoritaria y dura:

—...za las brasas... ¿Qué esperas?... Te ..., escuchando...

...endose trabajosamente fuera de la ca... detuvo para rascarse en el muslo, y ... mirando durante mucho tiempo por ...a. Detrás de los cristales gemía una ...ca. En la pared, la amarillenta llama ...ampara crepitaba y silbaba suavemente; ...o ahumado casi la ocultaba totalmente.

—...h, Dios mío, Dios mío! — murmuró.

... marchó al taller de rosquillas, arrastran...mente los pies, calzados con zapati... fieltro. Hundióse en el agujero obscuro ... Luego de haberle acompañado, metí ...es en el horno y después me abstraje ...editaciones.

—...en cuidado; despiértate a tiempo!

... voz conocida resonó por sobre mi ca...

... las manos cruzadas tras la espalda, el ... se hallaba otra vez ante mí. Su cara ...mojada y su camisa húmeda.

—...y montañas de nieve! El patio está ... de ellas...

... desmesuradamente la boca, y me mi... un instante, haciéndome gestos. Luego ...mosamente:

—... vez, la nieve caerá así durante toda ..., durante todo un mes, durante to... invierno y el verano, y entonces, todos ...s. Allá, las palas no podrán ya mo... Sí... Eso estaría bien.. .Todos los ...es reventarían de una sola vez...

...te sobre sus linfáticas piernas, como ... fardo puesto en movimiento, rodó ha... pared y se perdió en la oscuridad.

XVI

... día, muy de mañana, tenía que llevar ... las sucursales un canasto de pan fresco y había trabado conocimiento ... tres concubinas del patrono.

... de ellas era una joven modista de cabe...los y de soberbio cuerpo, moldeado ... modesto vestido gris. Sus ojos insigni... color de agua, tenían siempre una ex... cansada, y su rostro de mármol ex... la tristeza — una tristeza fúnebre —, ... cuando el patrono no estaba allí, ha... el bajando la voz con timidez, y le ...eñor. Recibía la mercadería agitándo... manera risible, como si fuera a ... volar.

—... Los panecillos, los lindos paneci... —...cía con voz suave y dulce.

... ...nda, de unos treinta años de edad, ... gran mujer, de aspecto educado y correcto. Sus ojos penetrantes se abatían con humildad, y su voz era serena y humilde. Cuando recibía la mercadería trataba siempre de hacer trampa; ponía una obstinación cómica en ello. Yo estaba seguro de que, tarde o temprano, indefectiblemente, aquella mujer vestiría su cuerpo, bien formado e indudablemente frío, con el vestido rayado de las presidiarias y cubriría su cabeza con un blanco pañuelo.

Aquellas dos empleadas me inspiraban una invencible aversión, y procuraba siempre llevar el pan a la tercera, cuya tienda era la más alejada. Se me concedía de buen grado el placer de ir a ver a aquella extraña persona. Se llamaba Sofía. Era alta y fuerte.

Tenía una enorme mata de pelo onduloso y de un negro azulado, como el de las judías, y nunca estaba bien peinada. Entre las dos mejillas infladas y rojas, la nariz aquilina tenía un aspecto extraño. Sus pupilas, de un color negro profundo, vagaban por las inmensas córneas, de una transparencia de cristal, y destellaban con una alegría infantil. La boca también era infantil: pequeña e hinchada, en tanto que el mentón, craso e informe, se apoyaba sobre un enorme pecho demasiado erguido, como el de una mujer obesa. Siempre desgreñada, desaseada y sórdida, sin medias, calzada con zapatillas, vestida con una blusa cuyos botones habían desaparecido, presentaba el aspecto de una mujer de treinta años, cuando tan sólo contaba diez y ocho. Era huérfana, la habían llevado a Baronks, y el patrono la encontró en una casa pública, donde había caído, como ella misma decía:

—Todo, porque mi verdadera madre murió; mi padre se volvió a casar con una alemana, y murió también; la alemana se casó de nuevo con un alemán, y ninguno de los dos era nada mío... A los dos les gustaba beber. Me daban con frecuencia golpes en la nuca y en la espalda... Tenía trece años, y el alemán comenzó a dar vueltas a mi alrededor... Después estuvo viviendo conmigo. Un día huyeron. Todo estaba perdido... La casa había sido vendida para pagar las deudas, y yo me vine en un barco hasta aquí con una señora. Estaba enferma. Cuando me hube restablecido me hicieron entrar en un sitio repugnante... ¡Qué ignominia todo eso!... Solamente en el barco estuve bien...

Me refirió esta historia cuando nos habíamos hecho amigos, y nuestra amistad tuvo comienzos realmente extraños...

A mí no me agradaba su rostro inarmónico, ni sus conversaciones incoherentes, ni sus gestos perezosos ni su hablar obsesionante y ruidoso.

La segunda vez que le llevé el pan me declaró, riendo:

—Ayer eché al patrono y le arañé en la cara. ¿Lo viste?

Sí, había visto tres arañazos en una mejilla del patrono y dos en la otra; pero no tenía deseos de hablar con aquella mujer, y no le respondí.

—¿Estás sordo? — preguntó —. ¿Eres mudo?

Yo seguía callado. Entonces me bufó en la cara y dijo:

—¡Imbécil!

Y aquella vez eso fué todo. Al día siguiente, cuando me agaché para colocar en el canasto el pan duro, cubierto con una capa de moho, y que no había sido vendido, ella se dejó caer sobre mi espalda. Sus brazos cortos y blandos me enlazaron con fuerza, y exclamó:

—¡Llévame!

Me enojé y le dije que me dejase tranquilo; pero ella se hizo todavía más pesada y me pateó con los talones.

—¡Vamos, llévame!

—Déjeme; de lo contrario, hago que caiga por encima de mi cabeza...

—No — dijo ella con convicción —; no lo harás, porque soy una señora, y a las señoras hay que complacerlas. ¿Entiendes?...

Su abundoso cabello despedía un olor asfixiante a pomada. Además, toda su persona exhalaba una penetrante emanación de aceite, comparable a la de las antiguas máquinas tipográficas.

La dejé caer por arriba de mi cabeza y sus pies golpearon contra la pared.

Se puso a gemir y a suspirar como un niño ofendido.

Me dió lástima; me sentía un poco avergonzado de lo que acababa de hacer. Sentada en el suelo, con la espalda vuelta hacia mí, se balanceaba y cubríase las blancas y bien formadas piernas con las faldas, que se le habían levantado. En su desnudez había una cosa débil y emocionante, sobre todo en la manera cómo movía los dedos de sus piececitos desnudos. Había perdido las zapatillas.

—Se lo había advertido — murmuré con aturdimiento, levantándola.

Ella gimió, hizo una mueca, y gritó:

—¡Ganso, ganso!... ¡Mal hombre!...

Y de repente dió con el pie en el suelo y empezó a reir:

—¡Vete con los toros y los lobos!... ¡Vete!...

Todo turbado, salí lo más pronto que pude, abrumado de injurias. Por encima de los teja-

Sistema propio



—¿Qué significa esto, Carlos?
—Este... Anita me está distrayendo para que no piense en el partido y me ponga nervioso, jefe. Ya sabe que si me pongo nervioso juego muy mal.

AVENTURAS DE DON LINO

CON ESA SI *por BARTA*





dos de las casas desaparecían las huellas de la noche gris de invierno; la mañana, velada de niebla, elevábase sobre la ciudad; pero las luces amarillas de los reverberos no habían sido apagadas aún; eran las guardianas del silencio.

—Escucha — exclamó aquella mujer, abriendo la puerta, mientras yo salía —; no temas, no le diré nada al patrono.

Dos días después le llevé de nuevo la mercadería. Ella me acogió con una sonrisa jovial. Luego, de pronto, se puso a reflexionar y me preguntó:

—¿Sabes leer?

Y sacando del cajón una linda cartera, extrajo de ella un papel.

—Lee — me dijo.

Leí las dos primeras estrofas de una poesía, trazadas con una letra muy legible:

"Mi papá, célebre prevaricador,
ha robado lo menos cincuenta mil rublos..."

—¡Ah, qué canalla! — exclamó, arrebatándome el papel de las manos.

Luego, explicó, aturdida y locuaz:

—Es un imbécil el que me escribió eso... Es también un ruin y un bribón... Es un estudiante... A mí me agradan mucho los estudiantes... Van vestidos como verdaderos oficiales, y me festejan... Es de su padre de quien habla... Su padre es un importante caballero; tiene barba gris, lleva una cruz en el pecho y sale a pasear con un perro... ¡Ah...! No me gusta ver que un viejo se pasee con un perro... ¿No podrá buscar otra compañía?... Su hijo lo trata de ladrón, e incluso lo escribe, como acabas de ver.

—¿Qué puede importarle a usted eso?

—¡Oh! — exclamó ella, desorbitando los ojos con asombro —. ¿Acaso está permitido injuriar a un padre...? Y, menos ese muchacho, que acaba de tomar el té en casa de una mujer perdida...

—¿De quién habla?

—¿De quién ha de ser...? ¡De mí...! ¡Qué torpe eres! — exclamó, asombrada y molesta.

Desde entonces nacieron entre nosotros unas relaciones extrañas, una especie de intimidad de palabras. Hablábamos de todo, aunque creo que permanecíamos herméticos el uno para el otro. En ocasiones me contaba muy seriamente y con muchos detalles unas historias tan femeninas, que yo bajaba los ojos sin querer, preguntándome:

"¿Me tomará por una mujer?"

Me equivocaba. Desde que nos habíamos hecho algo amigos, jamás se me mostraba sin ir correctamente vestida. Su blusa tenía botones y había sido remendada por las axilas. A la sazón, Sofía incluso llevaba medias. Cuando yo llegaba, me declaraba, insinuando una amable sonrisa:

—¡El samovar está dispuesto!

Tomábamos el té detrás de la estantería. Allí había una cama reducida, dos sillas, una mesa y una cómoda vieja, ventruda y cómica, cuyo último cajón no se podía cerrar. Y la joven tropezaba en él a menudo, unas veces con un pie y otras con el otro. Daba puntapiés al mueble, se frotaba la parte lastimada, gesticulaba y gruñía:

—¡Imbécil!... Eres completamente igual al patrono: gordo, malo y estúpido...

—¿Usted cree que el patrono es estúpido? — le pregunté una vez.

Ella se encogió de hombros con extrañeza, y sus grandes orejas se movieron y enderezáronse también un poco.

—¡Ya lo creo! — exclamó.

—¿Por qué?

—Por su manera de ser.

—Pero, en definitiva, ¿por qué?

Como no lograra expresar su pensamiento, se enojó:

—¡En definitiva, en definitiva...! En definitiva, porque es un imbécil, porque es un perfecto idiota...

Un día, me explicó, con cierto disgusto:

—¿Tú te crees que él cohabita conmigo... Allá, en la casa pública, sí; pero aquí, no. ... principio, me senté sobre sus rodillas; me ... cosquillas, y me dijo que me bajase... Yo... sé siquiera para qué le sirvo... Esta sucur... no le reporta nada; no soy buena vendedor... me agrada el comercio... ¿A qué vendrá ... esto...? Cuando se lo pregunto, chilla: "A... no te importa eso... En todas partes hay ... jaderas como tú..."

Movió la cabeza, cerró los ojos, y su ro... tornóse inmóvil, como el de una muerta.

—¿Conoces a las otras dos?

—Sí. Cuando está borracho, trae aquí ... veces a una y otras veces a la otra, y me ... como un loco: "¡Golpéala en la boca!" A ... joven, no le he tocado; me da lástima ... siempre está temblando...; pero a la otra, ... gran señora, la abofeteé una vez... Estaba ... rracha como él... No la quiero... D... me sentí tan excitada, que le arañé al pa... en su cara de cerdo

Se puso a reflexionar. Se abstrajo, al par... y por lo bajo agregó:

—No me daba lástima, ese pícaro, y, ... embargo... Es rico... Valdría más que ... pobre o que estuviese enfermo... Le ... "¡Qué clase de vida llevas, imbécil...! Hay ... vivir convenientemente, de una manera ... otra..." Si se casase con una buena m... tendría hijos...

—¡Pero si está ya casado!

Sofía se encogió de hombros y sentenci... poner malicia en sus palabras:

—Ya envenenó a uno... Bien podía en... nar también a su mujer..., a esa vieja..., ... loco, simplemente... No quiere a nadie...

Procuré hacerle comprender que no era ... to envenenar a la gente; pero ella me resp... con la mayor naturalidad:

—Sin embargo, se hace...

❦❦❦

La vida se me hacía cada vez más p... entre aquellas gentes que parecían poco ... plejas y que, no obstante, lo eran terribl... La realidad trocábase en una pesadilla ... ra, y lo que decían los libros llameaba ... una fuerza y una belleza crecientes, pero ... vez se hacía más lejano, como las rutilant... trellas del cielo invernal...

XVII

Cierto día, fijando en mí su ojo verde ... aparecía empañado como el cobre sin b... el patrono me preguntó, esbozando una ... sa taciturna:

—Según parece, tomas té con frecuenc... en la sucursal...

—Sí — le respondí.

—Escucha lo que voy a decirte...

Se sentó a mi lado, me empujó bruscam... y, con un sentimiento cercano al ent... se puso a hablar, runruneando como u... chascando la lengua y chupeteando la... bras:

—Está bien esa muchacha, ¿eh?... ... mío, eso no es una cosa vulgar... Lo q... me dice, nadie me lo diría de la misma ... ni aun el pope. La amenazó, por probar... digo: "Te voy a moler a palos, y te ... echar..." Y ella no tiene miedo... L... decir la verdad, a esa bruja; hay que ... cerlo.

—¿Para qué precisan ustedes la verd...

—Sin verdad se aburre uno — dijo ... asombrosa sencillez.

Después suspiró y fijó en mí una ... hostil y penetrante. Como si le hubiese ... dido, prosiguió, gruñendo:

—¿Tú te figuras que la vida es ale...

—¡Oh, no...! Sobre todo, cuando se ... lado de ustedes.

—"¡Al lado de ustedes!" — repitió ... mente.

...dó un espaciado silencio, inflando, cual ...n de goma, las mejillas, que se le quecolgantes, como las de un viejo sabueso ... hace calor. Sus orejas se abatieron, al ...e su labio inferior. Las llamas, refle... en sus dientes, los presentaban rojizos.

—...l lado de ustedes, al lado de ustedes"... ...s imbéciles es alegre la vida, pero no ... hombre inteligente... El hombre intebebe aguardiente... Da los cien gol... está expuesto durante toda la vida... ... algunas veces, yo, por la noche, no ... y me digo: "¡Si al menos me picase ...!" Cuando yo era obrero, me gusta... pulgas... Presagiaban dinero..., siem... Cuando he vivido más aseadamente, se ... Todo se va... Tan sólo quedan las ...enos costosas, más importunas, más ... ¡Las mujeres...!

...s de ellas de quienes espera la verdad?

—...figuras tú que conoces los asuntos me... ellas...? — exclamó con irritación —. ... por ejemplo, teme a Dios y le gusta ... verdad... Cree que yo se la voy a ... A mí también me agrada vender ...mbre a buen precio... ¡Ya ves tú!

...trono hizo un gesto delante de las lla...orno.

... es un bruto... Es tan bestia como ... ¡Tú también...! Croas, *¡cua, cua!*, ...d, la justicia, y quieres hacer también ... Pretendes que todo el mundo viva ... le indiques. Y yo no quiero... Dios ... me deja hacer lo que yo quiero... ... tu gusto, Vassili Semenof — ha dicho —, ... prescribirte nada..."

...lante relucía y sudaba. Sus ojos se ...nmovilizados y adormecidos, en tanto ...gua se movía penosamente:

... me enrostra en la misma cara que ... "¿Vivo mal?" "Sí; como un lobo ..." "¿Y cómo hay que vivir, majade...?" "...lo sé — dice ella —; averígualo tú mis... ...res inteligente... Haces como que no ... pero puedes adivinar perfectamente ...bes hacer..." Esa es la verdad... Si ... verdad, no sé a qué se le puede lla...ad... Pero vosotros...

... de proferir algunos juramentos, pro... más animación aún:

... llamo Lechuza... De día, parece ...n poco chiflada... De noche, está ...bién, es verdad... Pero tiene más ...

... a reír por lo bajo, y me pareció que ... risa tenía algo de la ternura con que ... a sus cerdos, cuando les decía: ...queños solitarios, mis picarillos..."

... tres — prosiguió —. Una, para la sa... de la carne, y esa es Natacha, la de ... rizados... Está corrompida hasta ... que no puede imaginarse... Diría... miedo de todo y no teme nada... ...iedo ni conciencia; sólo tiene avi... verdadera sanguijuela... Daría al ... un santo... La segunda, la tengo ...cción del espíritu... Me gusta ha...ar. Le digo: "Por mucho que reces ... cirios, los diablos te esperan..." Ella ... a los demonios y a la muerte... ... falsa adoptando las mayores pre... que pueden imaginarse... Acaba de ... billete de tres rublos que no lo ... ninguna parte, y, hace algún tiem... otro de cinco rublos... La in... Dice que se los ha dado por bue...te... Seguramente está asociada a ...da de bandidos... Ella es la que ... billetes, y tendrá por ello una co... Esa mujer es inteligente y astuta. ...uno con ella si no se la irrita. Pero ... pone de tal talante, que a mí mis... algo de miedo... Sería capaz de ...alquiera debajo de una almohada... ... una almohada y no de otro mo... ...espués, se pondría a rezar: "Señor, perdóname; ten piedad de mí..." Eso no es mentira...

Algo cáustico y enervante trasuntaba de toda su informe silueta, bien iluminada por las llamas, cuyos reflejos le lamían con un ardor y una intensidad crecientes. Se daba vuelta para evitar el calor, transpiraba y despedía un olor grasiento y pesado como un sumidero durante las jornadas tórridas. Hubiera querido poder injuriarle, pegarle, encolerizarle, con el fin de oírle hablar de otro modo. No obstante, me obligaba a que oyese sus desapacibles e irritantes conversaciones.

—Todo el mundo miente. Los imbéciles, por estupidez; los demás, por astucia... La Lechuza dice la verdad... No para su provecho propio..., ni porque lo quiera su alma... (¿acaso existe el alma?), sino, simplemente, porque quiere decirla.

No era fácil darse cuenta de si el patrono estaba borracho o estaba fresco, pero se veía que estaba enfermo. Movía la lengua y los labios con suma dificultad, como si no lograse dulcificar las palabras ásperas que quería emplear. Aquel día estaba bárbaramente antipático. Yo contemplaba la llama y dejaba escuchar su voz runruneante, atacado por el sueño.

Los leños estaban húmedos; ardían dificultosamente, silbando, y soltaban una savia hirviente y un abundante humo azulado. La roja llama enlazaba, temblorosa, los espesos troncos; se irritaba y lamía con sus lenguas sinuosas los ladrillos de la baja bóveda; se prolongaba, reptando, hacia la boca del horno, pero el humo la ahogaba: el humo espeso y pesado...

—¡Trombón! —exclamó el patrono.

—¿Qué?

—¿Sabes que con frecuencia me asombras?

—Ya me lo dijo usted...

—¡Ah...! Sí...

—Haría usted mejor yéndose a acostar...

Se echó a reír por lo bajo, moviendo la cabeza, y con la misma quejumbrosa voz dijo como dirigiéndose a otro:

—Lo quiero bien y él me manda a acostar...

Aquella era la primera vez que le oía pronunciar la palabra "bien". Quise saber hasta qué punto era sincero, y le manifesté:

—Al pobre Yacha es a quien debería usted querer bien...

El patrono no replicó; contentóse con alzar pesadamente los hombros.

El Cascabel había vuelto al taller de las rosquillas dos días antes de esta conversación. Curiosito, con el cabello cortado al rape, era transparente como sus ojos, que se habían vuelto más claros en el hospital. Su carita había adelgazado; la nariz se respingaba todavía más hacia arriba... El niño sonreía en actitud pensativa, y andaba de una manera algo extraña, como si fuese a saltar lejos del suelo. Tomaba precauciones para no ensuciar su blusa nueva. El aseo de sus manos le molestaba visiblemente, y las ocultaba en los bolsillos de su pantalón, nuevo también.

—¿Quién te engalanó de ese modo, como si fueras a alguna boda? — preguntaron los obreros.

—Julia Ivanovna — respondió Yacha, con voz débil y conmovida, deteniéndose en el lugar donde lo había sorprendido la pregunta y sacando del bolsillo la mano izquierda, que agitó en el aire mientras hablaba —. Es una doctora, la hija de un coronel... Los turcos le cortaron una pierna al coronel hasta la rodilla... Lo vi a él también... Es totalmente calvo y cuando se le habla responde siempre: "Eso no tiene importancia..."

Y agregó con una exclamación de entusiasmo:

—¡Oh, amigos míos, qué bien se está en el hospital...! ¡Qué limpio está aquello...!

—¿Qué tienes en la mano derecha?

—¡Nada! —respondió, confuso.

Y sus ojos se desorbitaron de miedo.

—¡Mientes...! ¡A ver!

Aturdido, se retorció, abatiendo el hombro y hundiendo más profundamente aún la mano en el bolsillo. Los obreros, intrigados, resolvieron registrarlo. Lo sujetaron y le encontraron una moneda nueva de veinte *copeks* y una medallita esmaltada de la Virgen y el Niño Jesús. Le devolvieron en seguida el dinero a Yacha; pero la medalla pasó de mano en mano. El niño, primero esbozó una sonrisa forzada, tendiendo sus deditos para recuperar su tesoro. Luego se entristeció, y cuando Milof el soldado, le arrojó la medalla, Yacha la deslizó negligentemente en el bolsillo y desapareció. Después de la cena se acercó a mí muy triste. Ya estaba salpicado de masa y empolvado de harina, pero no se parecía al travieso muchacho de antes.

—¡Bueno, muéstrame tu regalo!

Sus ojos azules se apartaron de mí.

—No lo tengo ya.

—¿Y dónde está la medalla?

—La he perdido.

—¿Es posible?

Yacha suspiró profundamente.

—¿Qué te sucede?

—¡La tiré! — dijo por lo bajo.

No quería creerle. El lo comprendió e hizo el signo de la cruz, diciendo:

—Mira: te lo juro. Yo no digo mentiras... La tiré al fuego... Ha ardido como la resina y se fundió.

Y de pronto comenzó a sollozar. Apoyando la cabeza contra mi pecho, me refirió a través de las lágrimas:

—Esos canallas lo agarran todo... El soldado la había arañado con la uña... Le había quitado un pedacito y está muy enfermo, ese ruin diablo... Cuando Julia Ivanovna me la dió, primero la besó, luego me abrazó... y me dijo: "Toma; para ti."

Estaba tan profundamente conmovido, que me costó mucho trabajo tranquilizarle. Yo no quería que los demás viesen aquellas lágrimas y comprendiesen su sentido humillante...

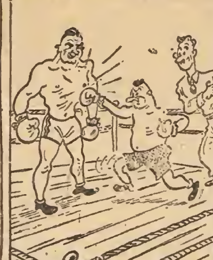
—¿Y el aprendiz, qué hace? — preguntó de repente el patrono.

Ideas afines

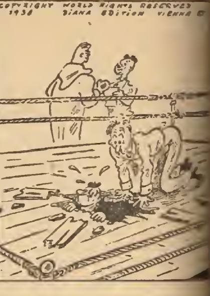


—Ya que estamos aquí, querida, sería conveniente que le compráramos algún regalo a tu madre.









—Está muy débil y no sirve en el taller... Sería mejor pasarlo al almacén...

El patrono reflexionó, mordisqueándose los labios. Luego, con voz indiferente, decidió:

—Si está débil, tampoco valdrá para el almacén... Hace frío y caerá enfermo..., y Sachka le molerá a golpes. Será preciso enviarlo a a la sucursal, a casa de la Lechuza... Es inteligente... Allí hay polvo y suciedad... Que vaya a trabajar allí... Eso no es penoso...

Echando una mirada hacia el hogar, sobre el montón dorado de las llamas, salió de la canal.

—Atiza las brasas; este es el momento.

Hundí en el hogar las largas tenazas, en tanto que sobre mi cabeza caían unas palabras pronunciadas con pereza y tedio:

—Eres un imbécil. La felicidad ronda a tu alrededor, y tú... ¡Ah...! Estos diablos, estos diablos jamás ven nada...

XVIII

El sol de marzo, con mucha precaución, como si tuviese miedo de mancharse, contemplaba las calles desaseadas, oscurecidas por las sombras espesas de las viejas y decrépitas casas. Nosotros estábamos encerrados desde por la mañana hasta la noche en un obscuro subsuelo, en el centro de la ciudad, y apreciábabamos la proximidad de la primavera por la humedad, que aumentaba incensantemente.

Todas las tardes, la última ventana del taller dejaba pasar un rayo de sol durante unos veinte minutos. El cristal, empañado de vejez, recobraba la alegría y la belleza. Por la abertura del postigo oíanse chirriar los trineos sobre las baldosas desgastadas de la calzada. Todos los sonidos de la calle se hacían más intensos y más claros.

En el taller de las rosquillas entonaban canciones sin parar, pero no al unísono, como en el invierno; cada uno lo hacía a su modo, cambiando de aire y de tono, como si fuese difícil hallar en el día primaveral una melodía que expresase bien lo que el alma experimentaba.

"Me has engañado tan pronto"...

cantaba el cíngaro junto al hogar.

Y Ulanof empezaba con expresión:

"Me has perdido para siempre"...

Y se interrumpía súbitamente, para decir en el mismo tono de voz agudo:

—Dentro de unos diez días comenzarán a arar en casa...

—¿Antes de Pascuas?

—¿Para qué van a aguardar?

—Toda vez que se puede, es inútil aguardar más tiempo...

Ossip terminó de amasar. Con el torso desnudo y reluciente de sudor, se recogió los cabellos esparcidos con un filamento de tilo, y miró, en actitud soñadora, por la ventana .

Y su voz sombría zumbaba suavemente:

"Los peregrinos del buen Dios, pasan, pasan...
Los peregrinos callan y no miran..."

Artemio, sentado en un rincón, colocaba bien las bolsas. Tosia y recitaba con voz femenina los versos de Surikof, que había aprendido de memoria:

"En tu ataúd de tablas
yaces, ¡oh, caro amigo nuestro!
Lívido y descarnado,
el sudario te cubre hasta el cuello..."

Kuzine escupió en el suelo, en dirección al recitador.

—¡Tfú!

Y agregó:

—¿Pueden recitarse semejantes cosas, imbécil?... ¿No os dije ya cien veces, demonios?...

—¡Eh, querido! — exclamó el cíngaro, excitado, interrumpiéndolo —. Dentro de poco será bueno vivir en la tierra...

Y vociferó, marcando el compás con pie ágil:

"Una mujer borracha viene por la calle
y ríe desde lejos...
Esa es la que hace latir el corazón."

Ulanof seguía:

"María marcha detrás de todos los muchachos.
Cuando llega el mes de abril, quiere amar a [toda costa..."

En aquella misma música, entonada a coro; en aquellas conversaciones entrecortadas se apreciaba la potente voz de la primavera, que absorbía todas las ideas y siempre hacía que naciese el deseo de vivir de una manera nueva. Armonías complicadas resonaban incesantemente, como si los obreros hubiesen aprendido un aire nuevo y un aluvión de sonidos cambiantes, unidos y diversos en su extraña belleza, corriese hacia mí por la panadería.

Pensando yo también en la primavera, que imaginaba bajo la forma de una mujer que amase generosamente a todo el mundo, le grité al cíngaro:

—¡María ha vencido a todos los seres humanos!

Ulanof, apartando de la ventana irisada su ancha faz, dominó la voz del cingaro, y turreó:

"Ese camino es penoso.
Ese sendero no es para el pecador."

Por las hendiduras del débil tabique l
de la contigua pieza la quejumbrosa vo
la vieja patrona:

—Vassili, querido mío...

Hacía ya más de ocho días que el
bebía sin descanso. Como siempre, el acce
sorprendió de un modo brusco y no le
gaba ningún descanso, hasta el extremo de
ya no podía hablar. Enrojeció; sus ojos,
orbitados, no tenían vida, e indudablemen
veían; caminaba como un ciego. Estaba
chado y amoratado; diríase que era un
plético. Sus orejas se habían agrandado
le separaban de la cabeza. Le colgaba el
y sus dientes, al descubierto, parecían
fluos en aquella espantosa cara. A veces,
de su habitación; adelantaba con lentitud
cortas piernas; colocaba la planta del pie
suelo con una fuerza y una pesadez exage
y marchaba en dirección a la gente, a l
apartaba de su camino con la aterradora
rada de sus ojos ciegos. Iegor, también
cho como una cuba, le seguía, llevando
sus enormes garras un garrafón de agu
y un vaso. Su rostro desagradable esta
chonado de manchas amarillas y rojas; sus
inexpresivos, se hallaban medio cerrados.
boca se abría como si se hubiese traga
guna cosa demasiado caliente y no p
recobrar aliento.

Murmuraba, sin mover los labios:

—¡Ahí tenéis al patrono!...

Los dos hombres iban acompañados
patrona. La vieja, medio borracha, ba
cabeza. Parecía que sus lagrimeantes oj
a caer en la vasija que llevaba, sobre
cado salado, las setas y los entremeses
había colocado en unos platitos azules.

Todos se quedaban en silencio como
cueva, y el taller se poblaba de algo as
Olores fuertes y excitantes elevábanse
de aquella trinidad de insensatos que
nacer el miedo y la envidia. Una vez
bían desaparecido en el corredor, todo
ller guardaba un silencio abrumador
algunos minutos

Luego, algunos exhalaban excl
prudentes, algo recatadas:

—¡Se va a matar!

—¿El?... ¡No lo creas!

—Y todos esos entremeses, ¿eh?...

—¡Huelen bien!

—¡El patrono se pierde!

—¡Me gustaría saber cuánto líquido

—Se precisaría más de un mes para beberse eso!
—Tú que sabes? — preguntaba el soldado con una modestia que no excluía la confianza en sí mismo —. Para que lo compruebes, tú todo lo que pueda beberme durante ...
—Te abrasarías!
—, pero habría bebido bastante.
...nas veces salí al corredor para contemplar al patrono. En medio del patio abrasado ... en el rincón más caliente, Iegor había ... boca abajo una artesa vieja y podrida, ...nte a un ataúd. El patrono, sin nada en ...eza, estaba sentado en el centro. La garrafa se hallaba a su izquierda y el platillo de entremeses a la derecha. La patrona estaba ...da en el borde de la artesa. Iegor se ...aba de pie, detrás del amo, al que sostenía por las axilas y afirmaba con una rodilla. ... el cuerpo completamente echado hacia ... el patrono miraba el cielo pálido y he-

—Iegor..., ¿respiras?
—...
—...a criatura ruega al Señor, ¿eh?... ¿To...ura?...
—...
—Escancia!...
...ándose como una gallina asustada, la ... ponía en la mano de su esposo el vaso de aguardiente. El aplicaba el vaso a sus ... y lo paladeaba reposadamente, en tanto ... se signaba varias veces muy de prisa, ... gestos, y adelantaba los labios, como ...rle. Aquello era lamentable y cómico. ..., por lo bajo gemía:
—...r... Morirá, si sigue así...
—...ecita... No te atormentes... Nada ... sin la voluntad de Dios — respondía ...
...érase dicho que soñaba.
... primaveral, en el patio, lucía alegre... reflejábase en los charcos de agua que ... formado entre las piedras.
...trono, una vez, después de haber con... el cielo y los tejados, se tambaleó ...adelante, cayó casi de bruces contra el ... preguntó:
—De quién es este día?
—De Dios — respondió Iegor, haciendo un ...
...ostó gran trabajo retener al patrono, ...stiró una pierna y continuó pregun...
—De quién es esta pierna?
—...a!
—...tes!... ¿De quién soy yo?
—De Semenof.
—... no es verdad!... ¿De quién soy yo?
—De Dios.
—...!... Ya lo sabía...
...rracho alzó la pierna y comenzó a chapotear en un charco. El lodo salpicó su cara ...ho.
—... — comenzó a lagrimear la vieja.
... el otro le replicó, amenazándola con ...
—No intentes hacer nada contra el amo, ...!...
...ugar el fango que cubría su cara, el ... dijo, gesticulando:
—...... ¿Los cabellos no pueden caer? ... sin la voluntad de Dios...
—...te.
... inclinó su enorme cabeza hacia el pa... apresando los rizos del cosaco, le ...gunos cabellos. Los examinó a la luz, ... entregó, diciendo:
—...... Guárdalos para que no se te ...
...re tomó cuidadosamente los cabe... estaban adheridos a los dedos abulta...uto, y los enrolló, haciendo con ellos ... que guardó en el bolsillo de su ...meado. Como siempre, estaba como ... y tenía la mirada mortecina. Solamente sus movimientos cautos y sin embargo inciertos revelaban su profunda borrachera.

—Guárdalos — murmuró el patrono —. Habrá que dar cuenta de todo; hasta de cada cabello...

Seguramente, no era la primera vez que representaban aquella escena, pues se notaba algo convenido en los gestos de los actores. La patrona había adoptado una actitud indiferente; sólo sus labios negros y exangües se movían incesantemente.

—¡Canta! — exclamó, de súbito, el patrono.

Iegor se echó la gorra hacia atrás, adoptó una actitud arrogante, y sentándose muy cerca de Semenof, comenzó a runrunear, con voz gangosa:

"Aquí vienen los del Don..."

El patrono tendió la mano hacia adelante y encogió los dedos, como un mendigo que implorase una limosna.

"¡Eh, los remeros! ¡Eh, los jóvenes cosacos!"

Después de estas palabras comenzó a sollozar, echando la cabeza hacia atrás, y su taciturno semblante se anegó de lágrimas; hubiérase dicho que empezaba a licuarse.

Durante uno de aquellos conciertos, Ossip, que estaba de pie en el corredor, a mi lado, murmuró:

—¿Has visto?

—¿El qué?

Me miró y sonrió con una sonrisa vaga, temblorosa, lamentable. Había adelgazado mucho por aquel entonces, y sus ojos de mongol parecían haberse dilatado:

—¿Qué quieres decir?

Ossip se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Es rico, ¿eh?... ¿Es feliz?... ¡Vaya una felicidad!... ¡Recuérdalo!...

XIX

En tanto el patrono bebía sin descanso, Sachka andaba por los talleres como si también estuviese borracho.

Sus ojos brillaban con inquietud; los rizos de sus rojizos cabellos temblequeaban sobre su frente, bañados de sudor. Hubiérase dicho que tenía los brazos rotos, de tanto como se balanceaban. Todo el mundo hablaba desenfadadamente de sus latrocinios y tenía para él sonrisas aprobatorias.

Kuzine elogiaba al encargado con palabras elogiosas, y decía:

—¡Oh!... Sachka es un águila. Sí... Y le será fácil volar muy alto...

Todos los que podían robar lo hacían, y todo lo que robaban lo gastaban al instante en bebidas. Los tres talleres vivían de la embriaguez. Los aprendices, a quienes mandaban a la taberna para comprar aguardiente, se llenaban los bolsillos de rosquillas, que cambiaban en la calle por caramelos.

—De esa manera bien pronto arruinaréis al patrono — le dije al cíngaro.

Este sacudió su vistosa cabeza.

—Cada rublo que emplea le proporciona treinta y seis *copeks* de beneficio, amigo mío...

Hablaba con convicción, como si no ignorase nada acerca de la circulación de los capitales patronales.

Me puse a reír, y el cíngaro me lo reprochó, diciendo:

—Siempre eres benévolo... ¿Comó puedes ser así?...

—No; no es que sea benévolo, sino que no comprendo bien ese embrollo...

—Los embrollos no se pueden comprender — sentenció Ossip.

Todo el taller estaba atento a la conversación.

—Elogiáis al patrono porque ha sabido lograr un buen comercio, gracias a vuestro trabajo, y hacéis todo lo posible porque ese comercio marche hacia su ruina...

Algunas voces me respondieron a coro:

—¡Vamos!... ¿Pero acaso se le puede arruinar?

—Hay un refrán que dice: La ocasión hace al ladrón.. .

—Sólo queremos descansar mientras él se emborracha...

Mis palabras fueron transmitidas de inmediato a Sachka. Delgado y alto, con su americana gris, hizo irrupción en el horno, y vociferó, mostrando los dientes:

—¿Es mi puesto lo que quieres?... No, no; espera... Eres astuto, pero un poco jovenzuelo todavía.

Todo el mundo alargaba el cuello Se esperaba una batalla; pero si el encargado era vehemente, también era prudente. Ya nos habíamos pegado una vez. Sus insignificantes vejaciones y sus alfilerazos concluyeron por cansarme, y le declaré que lo zurraría si no me dejaba tranquilo. La escena tuvo lugar un día que nos hallamos solos ambos en el patio. Era día de fiesta, y todos los demás obreros habían salido.

—¡Ven! — dijo, tirando la americana sobre la nieve y arremangándose la camisa —. ¡Que el Señor te bendiga!... El caso es que no me toques el rostro... En las demás partes del cuerpo, está permitido... Pero el rostro me es indispensable a causa del almacén. Tú mismo debes comprenderlo así.

Cuando lo derribé al suelo, me dijo:

—Escucha, valiente; no le digas a nadie que eres más fuerte que yo: te lo suplico muy encarecidamente... Tú sólo estás aquí de paso y por algún tiempo; pero yo tengo que vivir siempre con esa gente.... ¿Has comprendido?... Está muy bien, y muchas gracias... Ven a mi casa a tomar té...

Mientras vaciábamos las tazas de té en su tugurio, me confesó con animación, cuidando las palabras:

¡La escasez de nafta!



—¡Adelante, "ñato"! ¡Rápido!

PANCHO SOMBRERO

¡LE GANO! *por TOONDER*









—En efecto, amigo mío... Parecerá que tengo los dedos ganchudos, si se razona simplemente; pero si se tienen en cuenta todas las circunstancias...

E inclinándose hacia mí por sobre la mesa, con los ojos humillados y centelleantes, comenzó a justificarse, con voz monótona:

—¿Soy yo peor que Semenof, o más estúpido?... Soy más joven que él y mejor mozo... Soy hábil... Que se me presente una ocasión cualquiera de demostrarlo...; que se me proporcione un pequeño comercio, y al instante abriré las alas tan ampliamente, que la gente se quedará con la boca abierta de admiración... Con mi belleza (la de mi rostro y la de mi cuerpo), puedo casarme con una viuda que posea algún capital, ¿eh?... Y hasta con una joven que tenga buena dote... ¿Por qué no he de poder?... Podría mantener a centenares de personas... ¿Quién es Semenof?... Un perfecto monstruo...

Silbó, comprimiendo los labios rojos y glotones.

Aquel cuerpo ágil y bien proporcionado y aquella cabeza leonada me recordaban a los dardos antiguos, a las flechas rodeadas de estopa resinosa que se prendían y eran disparadas por las noches, para desgracia y ruina de enemigos desconocidos...

Y en aquellos días en que se embriagaba el patrono, Sachka atraía con una intensidad particular. Era encantador e indignante a la vez verle agitarse y agarrar los rublos al vuelo, como un buitre que se cebase en los pajarillos.

—Ha comenzado por medio de asuntos criminales — murmuró Ossip a mi oído —; no te mezcles en ellos... Mantente apartado...

Me prestaba cada vez más atención. Diríase que me hacía la corte, por expresarlo así, como si yo fuese un ser débil. Unas veces, me llevaba harina o leña; otras, me proponía ayudarme a amasar.

Cierta noche que se hallaba sentado a mi lado cerca del horno, me manifestó:

—Me agradaría romperme un brazo... o una pierna... o padecer una enfermedad que se prestase a la risa...

—¿Qué estás diciendo, hombre?

—Quisiera tener un defecto que se evidenciase a todo el mundo...

—¿Has perdido la cabeza?

—¡Nada de eso!

Luego de haber lanzado una mirada a su alrededor, aclaró:

—Ya ves tú; hubiera querido ser brujo... Mi espíritu sentía gran inclinación a ello... Mi abuelo por parte materna era brujo, y el tío de mi padre también... Este tío es un vidente y un mago muy conocido en nuestra tierra... También es un gran apicultor... Tiene fama en toda la provincia; los tártaros, los chermisos y los chuvaches lo veneran... Es ya más que centenario... Hace cerca de siete años, acogió a una muchacha, a una huérfana tártara, y ha tenido hijos con ella; pero no se puede casar, porque ya se ha casado tres veces...

Ossip exhaló un profundo suspiro y prosiguió, con lenta voz.

—Tú dirás que todo eso se debe a error o a ilusión... No se puede vivir un siglo con las ilusiones y los errores... Todo el mundo sabe engañar, y eso no conforta el ánimo...

—Dime por qué te gustaría ser defectuoso.

—Porque mi alma tiene sed de otra cosa... Me agradaría irme por el mundo, lo más lejos posible, del uno al otro confín del globo. Me gustaría ver cómo se hace y funciona todo; cómo se vive, lo que se espera... Y quizá encontrase los versos mágicos que harán la felicidad de todos... Eso es... Pero con mi cara y mi salud, no tengo ningún pretexto para vagabundear... La gente me preguntaría por qué vagueaba, y no podría justificarme... Esa es la razón por la que quisiera tener un brazo paralizado o padecer unas llagas... Unas llagas, sería peor, porque a la gente le cau... miedo...

Calló, y sus ojos divergentes se posaron ... determinación en la llama.

—¿Estás decidido?

—¡No hay que hablar de lo que no se ... decidido! — dijo, resoplando.

Hizo un movimiento de desconsuelo.

Artemio, desgreñado, llegó sin hacer ru... Se frotaba la cabeza y sonreía sutilmente.

—He soñado que me estaba bañando... Q... se sumergirme y, ¡plaf!, di con la cabeza ... tra la pared... Vi todas las estrellas... La... mas doradas han brotado de mis ojos...

Sus ojos, en efecto, estaban arrasados ... lágrimas.

Y me dije:

"Artemio también lleva demasiado tie... aquí..., como Ossip... y como yo..."

XX

Cierta noche, dos días después de los ... sos que acabo de referir, y luego de h... metido los panes en el horno, me había ... dado dormido, cuando un furioso aullido ... despertó: el patrono se hallaba debajo del ... y dominando el taller de las rosquillas se ... hacía en obscenas blasfemias.

—¿Las seis y aun estáis durmiendo?... ¿O... sentís satisfechos porque el patrono no ... en sus cabales? ¿Es que me queréis chupar ... sangre?...

En el obrador de las rosquillas se pro... un murmullo, y oyóse pisar fuerte y arr... los pies; los leños rodaron por el suelo y ... bandejas de mimbre gimieron.

—¡Os voy a apretar bien los tornillos... ¡Vais a tener que trabajar siete bolsas de ... rina!...

Siempre sucedía igual. Después de sus ... cesos de embriaguez, el patrono nos abr... ba con una tarea casi doble a la del tra... habitual. Todo el taller gemía intensam... y al cabo de una semana los obreros se ... llaban rendidos y sin fuerzas. Entonces ... patrono los descargaba de una o dos bo... Mientras él se emborrachaba, se trabajaba ... y mal; unas veces no se cocía suficienten... la mercadería, que se endurecía muy pr... y otras se la dejaba demasiado tiempo en ... horno y perdía parte de su peso. Por esto ... guno protestaba contra sus invectivas y ... tábase como un justo castigo la tarea su... mentaria. Aquella vez, el patrono, dirigién... a mí, me dijo:

—Le llevarás el pan a Sofía, y perman... rás allí hasta que yo vaya... ¿Dónde ... Sachka?

—No lo sé.

—¡Lo sabes! — vociferó —. Resulta que ... que eres honrado, tienes que encubrir a l... drones...

Se encogió de hombros, y se encaminó ... cia su habitación.

Acudió al instante el cíngaro. Todo ... taba encogido, aturdido de espanto, y se ... bía olvidado de lavarse. Murmuró a mi ...

—¡Ganso, ganso, ganso!... ¿Qué va a ... der? Todo por culpa de Sachka... No ... visto jamás un ladrón tan rapaz como él... cucha: si el patrono te pregunta dónde ... las tres bolsas de harina de pastelería le ... que se han agregado a la harina de ... porque estaba agria. Di que fué por orde... vigilante... No me vendas, amigo mío... ... des culpar a Sachka... Si lo echa, habrá ... nomía... Por otra parte, ¿qué puede ... tarle a él eso?... Le es lo mismo; sus a... marchan demasiado bien...

Y mesándose los cabellos, en un gest... rente de sinceridad, silbó, con los dientes ... tados:

—¡Nos abruma de trabajo, como a l... zados de Siberia!

—Pues negaos a hacerlo.

—¿Qué?

...os neguéis a hacer tanto trabajo.
—... puede perderse la hornada diaria.
—... primavera ya está muy cerca.
—... pero ahora no se contrata a los obre-
... La gente retorna a sus casas...
...nzó a pasearse muy de prisa en varios
... a la vez. Aquello resultaba gracioso.
... murmuró, guiñando un ojo, con ma-

—... caso aquel de la sublevación de los
... que nos contaste, ¿eh?... ¿Cómo se
...?... En la fábrica, ¿eh?... Entonces,
...o... Nos negaremos a trabajar... Diré
... e lo aconsejaste... ¿Entendido?... A
... igual, ¿no es verdad?
... precipitadamente en el taller de las
..., donde su sonora voz se elevó al

—...pañeros!... Artemio, Ossip... Escu-
... ¿Soportaremos todavía por mucho
... hermanos míos?...
... los panes del horno. El rozar de la
...edía que las palabras del cíngaro lle-
...asta mí claramente. Oía tan sólo el
... su voz cantarina que era dominada
...murmullos y los clamores irritados del
... taller.
...o arrojaba en los canastos los pa-
...dos y dorados que me abrasaban los
...pensaba, a pesar mío:
"... les enseña a robar, y yo a suble-
... Y el cíngaro se imagina que nos da lo
... a los dos"...
...eza de los panes crepitaba. El tumul-
... en el taller de las rosquillas, y tam-
... la habitación de Semenof, donde se
... los negocios y se oían sonar las mo-
... cobre. Resonaban las exclamaciones
... del amo y las frases halagadoras del
...
... llegó, y declaró, alzando bastante

—... decidido...
... el preciso instante, la puerta de la
... del amo se abrió con estruendo.
...pareció en el umbral, marchando a
...es. Gritaba débilmente, mientras el
..., apoyado con las dos manos en el
... la puerta, le daba puntapiés en los
... en el pecho.
—... vas a matar, monstruo! —suspiraba el
...
—...a! ¡Toma! —decía tranquilamente
... a cada puntapié, haciendo rodar de-
... sí el cuerpo apelotonado.
...ez que Sachka trataba de incorpo-
... hacía caer de nuevo, con gran pre-

...reros del taller de rosquillas acudie-
...niéronse en un grupo compacto, sin
...r una palabra. En la semioscuridad
...l aurora no se veían los rostros, pero
...ba el asombro general. Sachka rodó
...ies de sus compañeros, gimiendo:
—...os, me va a matar...
... retrocedieron, tropezando unos con-
... semejantes a una bandada de pája-
...a por el viento. De pronto, se des-
...io y gritó, frente a la misma cara
...o:
—...!
...f dió un paso hacia atrás. Sachka
...o en el grupo de los obreros, como
... en un montón de arena.
...jo un angustioso silencio, que duró
...egundos, durante el cual se pregun-
...quién obtendría la victoria, si el hom-
...bruto.
—¿... me interrumpe? —preguntó el pa-
... voz potente y enronquecida.
... mano puesta a modo de visera, mi-
... Artemio.
—... —gritó Artemio, con voz tonante—.
...o.
...o se dirigió hacia él; pero Ossip
... paso, y recibió un puñetazo en ple-

—Escucha —dijo, tranquilamente, sacudiendo la cabeza, luego de haber escupido—. Espera un poco y cálmate.

Inmediatamente el cíngaro; el soldado Milof; Laptief, el pacífico campesino; Nikita, el hervidor, con las manos tras de la espalda, en los bolsillos o en la cintura del pantalón, se dirigieron hacia Semenof. Adelantaban la cabeza, y gritaban a cual más:

—¡Basta, basta!... ¿Acaso nos has comprado?... ¿Eh?... ¡No queremos que nos pongas la mano encima!

El patrono estaba estático, como si hubiese echado raíces en el entarimado podrido. Tenía las manos cruzadas sobre el vientre. Con la cabeza un poco inclinada hacia un lado, parecía tender el oído hacia los gritos incomprensibles. Los obreros, en un rincón semi-iluminado por la llama amarillenta de una lámpara que estaba colgada en la pared, lanzaban hacia él sus clamores crecientes. A veces, una cabeza que diríase había sido arrancada, aparecía en un rayo de luz y mostraba los dientes. Todo el mundo gritaba y se lamentaba, y la voz sollozante de Nikita, el hervidor, dominaba el tumulto.

—Has devorado todas mis energías. Te vanagloriarás de ello ante el Señor, ¿eh?... ¡Oh, amigos!...

Los juramentos subían como una espuma fangosa. Empezaban ya a alzarse los puños bajo la nariz de Semenof y éste seguía estático como si estuviese dormido.

—¿Quién te enriqueció? ¡Nosotros! —gritaba Artemio, mientras el cíngaro declamaba como si estuviese leyendo en un libro:

—Ten entendido que no estamos dispuestos a trabajar siete bolsas de harina...

El patrono, con los brazos cruzados, se volvió hacia la derecha y marchóse sin pronunciar una palabra. Su cabeza se movía extrañamente.

El grupo de las rosquillas se hallaba satisfecho, apacible y animado. Todo el mundo reanudó el trabajo. Parecía como si se mirasen unos a otros con ojos nuevos, con ojos confiados y afectuosos. El cíngaro los excitaba jocosamente:

—¡Moveos, amigos; moved los dedos!... Es necesario que todo se haga bien y honradamente... Le haremos saber lo que es trabajo, a ese querido... ¡Animo, a trabajar!...

Laptief, con una bolsa de harina al hombro, se detuvo en medio del taller, y dijo, chasqueando los labios:

—¿Eh?... ¡Qué bien sale todo cuando la gente se une y se apoya mutuamente!...

Ossip, que pesaba la sal, sentenció:

—Cuando la gente se sindica, encuentra toda clase de facilidades, incluso para pegarle al propio padre...

Los obreros estaban lo mismo que las abejas en primavera. Artemio se hallaba asombrosamente alegre. Sólo el viejo Kuzine gangoseaba sus acostumbradas palabras:

—¡Demonios!... ¡Limpiad, por los clavos de Cristo, las santas lámparas de los iconos!...

XXI

Una fría y plomiza niebla envolvió los campanarios, los alminares y los tejados de las altas casas; diríase que la ciudad estaba decapitada; y, a la distancia, parecía también que la gente no tenía cabeza. Un hielo viscoso flotaba, húmedo, y dificultaba la respiración. Todo era de un color gris de plata empañada, allá donde las luces nocturnas no habían sido aún apagadas.

Sobre las baldosas de las aceras, caían de los tejados las gotas de agua y sonaban pesadamente. Las herraduras de un caballo golpearon los guijarros con un ruido sonoro, y muy arriba, en la niebla, clamó la voz desolada del muecín, convocando a los fieles para la oración matinal.

Yo llevaba a la espalda un canasto de pan, y hubiera querido caminar sin detenerme has-

Caso raro



—Padezco de insomnio, doctor. Ni siquiera tengo sueño cuando llega la hora de levantarme.

ra atravesar la niebla y salir al campo, para entrar en la carretera y seguirla, hasta muy lejos, hasta el sitio donde se elevaba sin duda el sol primaveral.

La calle se volvía cada vez más estrecha y el aire más húmedo. El muecín no clamaba ya. El ruido de los zuecos al chocar contra las baldosas se extinguía a lo lejos. Reinaba un silencio completo.

El cíngaro, muy aseado, con blusa y delantal blancos, me abrió la puerta, y ayudándome a introducir el canasto en la tienda, me previno por lo bajo:

—El patrono...

—¿Qué?

—Está enfurecido.

En seguida una llamada y un gruñido resonaron detrás del armario:

—Trombón, ven acá...

Estaba sentado sobre la cama, de la que ocupaba casi una tercera parte. Sofía estaba tendida a un lado y apoyaba la mejilla sobre sus manos juntas; había doblado una de las piernas y la otra la tenía estirada encima de las rodillas de Semenof. Me miró sonriente, con unos ojos extrañamente transparentes. No se hallaba nada turbada por la presencia del patrono. Una parte de su cabellera estaba trenzada, en tanto que la otra se extendía sobre la almohada, roja y estropeada. Asiendo con una mano el piececito de la muchacha, él le dió con la otra mano leves palmadas.

—Siéntate... Vamos a hablar seriamente...

Y acariciando el tobillo de Sofía exclamó:

—¡Yacha, el samovar...! ¡Levántate, Lechuza...!

—¡No me da la gana! — respondió ella, con voz perezosa.

—¡Vamos, vamos, levántate!

Apartó la pierna de la joven, tosió roncamente y pronunció con calma:

—Que dé la gana o no, cuando es necesario hay que hacerlo. También vivirás sin que te dé la gana...

Con movimientos torpes, Sofía se deslizó fuera del lecho, dejando al descubierto las piernas hasta más arriba de la rodilla. El patrono la retó:

—No tienes ningún pudor, Lechuza...

Ella bostezó y trenzándose los cabellos preguntó:

—¿Y para qué quieres que lo tenga?

—¿Estoy yo solo aquí, acaso? ¿No ves que hay un joven?

—Me conoce...

Con las mejillas infladas y el ceño fruncido, Yacha llevó el samovar.

—¡Ah, demonio! —juró Sofía.

Con un fugaz movimiento, se deshizo la trenza, y echándose sobre los hombros los cabellos ondulosos se sentó a la mesa.

—Bueno — comenzó el patrono en actitud pensativa. Su ojo verde estaba cerrado a medias y el otro por completo—. Fuiste tú, ¿eh?, quien les enseñó a sublevarse...

—¿Lo sabe usted?

—¡Naturalmente...! ¿Por qué hiciste eso?

—¡Son desgraciados!

—¡Qué bien! ¿Y quién es feliz...?

—Usted es menos desgraciado que ellos.

—¡Menos, menos! — dijo con sorna —. Muy poco sabes tú de eso... Echa el té, Lechuza... ¿Hay limón?... Quiero limón.

Por sobre la mesa sonaba el herrumbroso ventilador de un postigo de hojalata; el samovar también sonaba, y la voz del patrono no me impedía que oyese aquellos rumores.

—Hablemos brevemente. Puesto que has sabido conducir a esa gente al desorden, debes volverla al orden... De lo contrario, ¿adónde iríamos a parar...? No tendrías ningún valor... ¿No es verdad, Lechuza...?

—Yo no sé... Eso no me interesa — respondió tranquilamente la muchacha.

El patrono bromeó un poco, y de pronto exclamó:

—¡Nada te interesa, tontuela!... ¿Cómo podrás vivir...?

—Con seguridad que no te tomaría a ti por modelo...

Estaba sentada, apoyada en el respaldo de la silla, y revolvía con una cuchara en una tacita de té, azul obscuro, en la que había echado cinco terrones de azúcar. Su blusa blanca se entreabría y dejaba ver un seno abultado, de venas azules pletóricas de sangre. Su rostro tenía un aspecto soñador y soñoliento; sus labios colgaban de una manera infantil.

—Entonces — prosiguió el patrono, dirigiéndome una mirada tranquila — te nombraré encargado en sustitución de Sachka, ¿eh...?

—Gracias; no acepto.

—¿Por qué?

—No entra eso en mis aspiraciones...

—¿Qué quieres decir?

—Es un trabajo que no conviene a mi alma.

—¡Tu alma! ¡Todavía! — suspiró.

Luego aulló con irónica aspereza:

—Si se me hubiese presentado solamente una vez el alma, la hubiera rayado con la u... ra ver qué es... Se trata de una verdade... reza... Todos hablan de ella, y no se ... en parte alguna... No se ve nada en ... parte, excepción hecha de la estupidez, ... josa como la pez... Cuando un hombre ... tanto honrado, seguramente es estúpido...

Sofía levantó pausadamente las pestañas ... las cejas, sonrió y preguntó alegremente:

—¿Conociste tú personas honradas?

—Yo mismo era honrado cuando joven — ... clamó él, con una voz que no le conocía, ... peándose el pecho.

Dió en el hombro a la joven.

—Y tú misma, eres honrada... Ade... ti qué te importa eso...? Tú también eres ... imbécil.

Ella se echó a reír; pero diríase que ... una nota falsa en su risa.

—¡Ah!... Las mujeres como yo... ¿Has ... to...? Personas honradas... ¡Ah, sí...!

El patrono, con los ojos brillosos, ex...

—A veces trabajaba; quería socorrer a ... el mundo; sí... Me agradaba eso... Me ... daba ayudar a los demás... Quería que ... fuesen felices a mi alrededor... Porque ... y a la postre, yo no soy ciego... Pero to... mundo se echa sobre uno, como pulgas...

Me hallaba abatido, hasta sentir deseos de ... rar. Una cosa idiota, húmeda y turbia ... niebla de la calle, se infiltraba en mi ... ¿Vivir con aquellas gentes...? Comprend... ramente que había en ellos una desgracia ... rable que les duraría toda la vida, una ... de deformidad orgánica de corazón y de ... ritu. Tenía lástima de ellos. Me contam... del mal desconocido que ellos padecían.

—Veinte rublos hasta Pentecostés, ¿ac...

—No.

—Veinticinco, ¿eh? Tendrás dinero, t... mujeres, tendrás de todo...

Hubiera deseado decirle algo, a fin de ... comprendiese que me era imposible v... trabajar a su lado; pero no encontré las ... bras necesarias. Me sentía molesto por su ... rada grave.

—Déjale tranquilo — dijo Sofía, echando ... vamente azúcar en su taza.

El patrono meneó la cabeza.

—¿Por qué consumes tanto azúcar?

—¿Lo tasas?

—Es malo para la salud, tonta. Te po... enorme... Bueno, ¿Y qué...? ¿No nos ... mos de acuerdo...? ¿Estás, entonces, ... mí...?

—Quisiera la cuenta...

—Sí; desde luego — dijo él, tambori... con los dedos en la mesa, en actitud ... va —. Así es... Así es... Quien rehusa, ... sa... Bebe té, bebe... Nos conocimos s... cer y nos abandonamos sin reyerta.

Tomamos el té despacio y en silencio. E... movar arrullaba como un pichón en celo. ... postigo gemía como una vieja pedigüeña. ... contemplaba el fondo de su taza, y s... pensativa.

De repente, el patrono le preguntó, con ... jovial:

—¿En qué piensas, Lechuza?... ¡Dilo pro...

Ella se estremeció, asustada. Luego lanz... suspiro, y pronunciando las palabras con ... bajo, y con una entonación lúgubres, como ... encontrase gravemente enferma, dijo una ... extraña, que se grabó para siempre en ... píritu:

—Pues bien; pienso que después de la b... ción nupcial debería encerrarse a los recie... sados en la iglesia durante toda la noche y ... pletamente solos... Entonces...

—¡Tfú!

El patrono escupió en el suelo con ira, ... gando:

—¡Qué ideas tienes!

—Sí — prosiguió ella, frunciendo el en... jo —; entonces serían mucho más felices... entonces, vosotros, que sois unos malvados...

Los chicos terribles



—¡Mamá! Los cuatro la besaron, pero Juanita sólo le pegó al de la gorra de marinero.

patrono se levantó de la silla, y dió un vio- puñetazo sobre la mesa.

—Se terminó! ¿Comienzas de nuevo?

se calló y colocó en su sitio la vajilla, el golpe de Semenof había derribado. levanté yo también.

—Puesto que es así, márchate! — murmuró patrono —. ¡Márchate!

la calle, todavía envuelta en la niebla, las es de las casas lloraban lágrimas turbias. siluetas humanas deambulaban en la os- d húmeda. Unos herradores trabajaban, lo lejos. Dos martillos sonaban con ca- y parecían inquirir:

—Es así la vida?... ¿Son así todos los hom- ...

XXII

cuenta me fué abonada el sábado, y el go por la mañana los compañeros orga- en mi honor un pequeño festín de des- Artemio, Ossip; el cíngaro; Laptief, el co campesino; Milof; el hervidor Nikita f se reunieron en una taberna mal acon- da, pero acogedora. Ulanof llevaba pues- ntalón de lustrina y un chaleco viva- chillón con botones de cristal; llevaba una camisa nueva de algodón color de limpieza y el color vistoso de su indu- ia parecían apagar el brillo de sus inso- os. Su cara de viejo estaba más reduci- una prudencia temerosa se revelaba en gestos; parecía temer que su traje es- que se le fuese de su consumido pecho eco abigarrado.

spera por la noche, todo el mundo se ñado, y por la mañana se habían echa- e en los cabellos, lujo que sólo se hace días de fiesta.

ngaro llevaba la voz cantante en el fes- gritaba de vez en cuando, como los co- tes:

— chachos, agua caliente!

mos té y también aguardiente. Así, pues, mundo se mareó en seguida, si bien apa- nte y sin hacer escándalos. Laptief apo- hombro en el mío, me apretaba contra d y me exhortaba:

— final, pronuncia unas palabras... Eso ve una necesidad... Unas palabras que francas, verdaderas...

frente a mí, con los ojos fijos en Ossip explicaba a Nikita:

— hombre es una cosa que pasa...

—¿A dónde ir — suspiraba tristemente el her- —, y cómo ir?...

raban de tal modo, que me sentía in- Una inmensa tristeza me invadía, como fuese muy lejos y no pudiera volver a s a aquellas gentes, muy próximas a mí simpáticas en estos momentos.

—Me quedo aquí, en la ciudad — les recordé una vez —. Ya nos veremos...

cíngaro, entonces, agitando sus rizos ne- preocupándose de que el té estuviese dos igualmente fuerte, bajaba la voz y

— que te quedes en la ciudad, no vivirás nosotros...

Artemio agregaba, esbozando una sonrisa :

—Ahora no oirás más nuestras canciones...

la taberna hacía calor. Un fuerte olor caba agradablemente las narices. El hu- del tabaco se cernía en el aire, forman- leve nube, palpitante como una paloma. ángulo, había una ventana abierta, y el briagador de un día primaveral pe- remente en la habitación, sacudiendo violeta de una fuchsia y agitando te- sus hojas puntiagudas.

a mí, un reloj pendía de la pared, y r con laxitud su péndulo inmóvil. La fera desprovista de manecillas asemejá- plio rostro de Ossip, cuya expresión ud y de tensión era aquel día más aún que habitualmente.

—El hombre es una cosa que pasa — repetía insistentemente —. El hombre viene, y pasa...

—¡Toma!... Es un vagabundo — dijo Milof, enojado.

—No; el vagabundo es otra cosa... El vagabundo no deja huellas; no deja absolutamente nada tras de sí...

—Escucha, Trombón — prosiguió Ossip, volviéndose hacia mí —. Te llevo doce años en la edad, y quiero decirte una cosa que me sale del fondo del alma: sigue viviendo como has vivido hasta ahora... Pasa por delante de todo; atraviésalo todo; no toques nada; sigue tu camino; camina... Solo, solo contigo mismo... Seguramente se puede tener suerte también, como, por ejemplo, Semenof; pero ¡qué caramba!, no daría diez centímetros de mis tripas por semejante existencia. Tú, camina... Si encuentras a algún hombre que comprenda, dile todo lo que viste y todo lo que has pensado...

—Sí; está bien; muy bien — apoyó Artemio.

—Personas que comprendan las hay en todas partes...; se tropiezan por doquier.

Se incorporó, pesado, macizo, resaltando en él los cabellos ásperos de su abundosa cabeza. En una sonrisa agria, sus ojos medio se cerraban, con un aspecto acariciador.

—¡Oh!... A mí me agrada sentarme por la noche delante del zaguán y ver cómo pasa la gente... Los desconocidos que pasan se alejan y van no se sabe adónde...

Diminutas lágrimas perlaron sus pestañas y desaparecieron al instante como si se hubiesen evaporado de pronto en su rostro inflamado. Agregó, con voz sorda:

—¡Que Dios les dé de todo, en toda su munificencia!... Y ahora, bebamos por la amistad, por el afecto y el amor...

Bebimos, y todo el mundo se abrazó afectuosamente, derribando casi la mesa y los vasos. Unos ruiseñores cantaban en mi pecho, y en aquel momento quería a aquellas gentes hasta tal punto que me dolía el corazón. El cíngaro se atusaba los bigotes, haciendo desaparecer a la vez una leve sonrisa que se dibujaba en sus labios. También él pronunció un discurso:

—¡Ah, hijos míos!... ¡Cómo puede a veces vibrar el alma, semejante a una guitarra!... Por ejemplo el otro día, cuando nos levantamos todos como un solo hombre contra Semenof, y también hoy, en este momento... Me siento completa y perfectamente noble... ¡Un verdadero señor de la nobleza...! ¡Y no cederé un ápice a nadie...! Aunque se me diga cualquier verdad, por fuerte que sea, no me enojaré.

Nikita el hervidor pronunció por lo bajo y con evidente tristeza las primeras palabras que había dicho aquella mañana:

—Todos somos muy desgraciados...

Pero en la conversación general, alegre y amigable, aquellas palabras pasaron inadvertidas, pues no hacían caso de quien las había pronunciado. Estaba muy borracho y medio dormido; sus ojos aparecían apagados, y su cara enfermiza y angulosa hacía pensar en una hoja de arce marchita.

Ulanof se rebullía en su silla, y recorriendo con su vista inflamada la taberna rebosante de gente ruidosa, gemía:

—¡Ah! ¡Si se pudiese cantar ahora!... Cantar...

De súbito, se acomodó en la silla, encogió el pecho, se acurrucó y murmuró con asombro:

—¡Chist...! ¡Chist...! El... el... patrono...

El cíngaro se apoderó de una botella de aguardiente, y la deslizó con rapidez debajo de la mesa; pero casi al instante volvió a dejarla en su sitio y dijo con voz grave:

—Aquí estamos en la taberna...

—¡Claro! — afirmó Artemio en voz alta.

Todos callaron, y fingieron no ver la silueta redonda del patrono, que rodaba lentamente y con dignidad por entre las mesas, encaminándose hacia nosotros.

Artemio fué el primero que divisó a Semenof y le saludó jovialmente, levantándose de la silla:

—¡Buen domingo, patrono!

Deteniéndose a dos pasos de nosotros, Semenof nos miró con su ojo verde. Guardó silencio, y los obreros le saludaron sin pronunciar una palabra.

—Una silla — pidió a media voz.

Milof se levantó presurosamente y le ofreció la suya.

—¿Estáis bebiendo aguardiente? — preguntó, sentándose y suspirando profundamente.

—¡Estamos tomando té! — dijo el cíngaro, esbozando una sonrisa.

—¿Té en botella?

Parecía como si todas las personas que estaban en la taberna se hubiesen callado, preparándose para asistir a un escándalo; pero Ossip se puso de pie, llenó su vaso de aguardiente y se lo ofreció al patrono, proponiéndole resueltamente:

—Bebe con nosotros, a nuestra salud...

Un gran peso paralizó los corazones. Con una lentitud que parecía calculada, el patrono extendió su mano pesada y corta, sin que pudiese adivinarse si iba a tomar el vaso o a derribarlo.

—¡Acepto! — pronunció, por fin.

Y sus dedos asieron el vaso.

—¡Y nosotros beberemos a la tuya!

El patrono repitió, después de haberse mordido los labios, contemplando el aguardiente con su ojo verde:

—¡Acepto! ¡Vaya, a vuestra salud...!

Y vertió el aguardiente en su boca de sapo. El rostro moreno del cíngaro se cubrió de manchas. Llenando los vasos con mano temblorosa, exclamó, con voz sonora:

—No te enojes conmigo, patrono; nosotros somos hombres también... Ya sabes que tú también fuiste obrero...

—¡Bueno, bueno; no hagas gazmoñerías; es inútil! — interrumpió el patrono por lo bajo, en un tono destemplado.

Nos miró uno a uno. Sus ojos se detuvieron en mí, y sonrió, diciendo:

—Hombres... Vosotros sólo sois forzados y no hombres... ¡Bebamos, bebamos...!

La mansedumbre rusa, que no está exenta jamás de malicia, centelleó de pronto en sus ojos, y aquella llama prendió al instante un incendio en todos los corazones. Una sonrisa afloró a los labios de los obreros; en sus miradas se apreció una especie de turbación, como un sentimiento de culpabilidad.

Brindamos, bebimos, y el cíngaro comenzó a vociferar:

AVENTURAS DE DON LINO

CAZA ACCIDENTADA *por BARTA*









—Quisiera decir la verdad...

—¡No aúlles! — dijo el patrono, frunciendo el entrecejo y procurando desembarazarse de él —. ¿De qué serviría tu verdad? El trabajo es lo necesario, y también la inteligencia, pero no la verdad.

—¡Espera...! ¿Acaso no te demostré lo que es el trabajo estos tres últimos días?

—¡Más valía que no oyeses los razonamientos de otro...!

—No; pero dime: ¿te he demostrado...?

—Eso es lo que hace falta.

—¡Y así será!

El patrono nos miró a todos con el mismo ojo, movió la cabeza, y repitió:

—Eso es lo que hace falta... Es muy fuerte; no le contesto; está muy bien... ¡Eh, Milof, pide doce botellas de cerveza!...

Esta orden fué como un grito de victoria, y aumentó todavía más la benevolencia general. El patrono abatió los párpados y agregó:

—Me he bebido un lago de aguardiente con unos extranjeros, y hace mucho tiempo que no hacía otro tanto...

Entonces, los corazones humanos, endurecidos por la vida cruel, anhelantes de afecto, se ablandaron y se deshicieron de pronto. Estrecháronse unos contra otros, y pareció como si Ossip hablase por todos.

—De ningún modo hemos querido ofenderte... Somos desgraciados; hemos trabajado mucho este invierno, y eso es todo...

Yo me consideraba como un intruso en aquella fiesta de reconciliación, que se tornaba cada vez más desagradable para mí. La cerveza concluyó de emborrachar a aquella gente, que había bebido bastante aguardiente ya. Con un entusiasmo creciente, contemplaba con ojos humildes el rostro cobrizo de Semenof, al que le hallaba una expresión deshabitual. Su ojo verde estaba confiado, afectuoso y triste...

A media voz, con la indiferencia del que sabe que con pocas palabras se le entenderá, el patrón hablaba, enrollándose en los dedos la cadena de su reloj:

—Somos de la misma familia... Somos casi todos de la misma provincia, de la misma comarca...

—¡Así es, amigo...! ¡De la misma comarca! —gimió, con entonación emocionada y aguardentosa Milof.

—¿Por qué el perro adquirirá los hábitos de los lobos...? Esos perros no sirven para guardar la casa...

El soldado gritaba a todo pulmón:

—¡Silencio...! Oíd...

Sin que nadie se diese cuenta, me levanté y salí; pero Artemio me alcanzó. Estaba un poco borracho, y se echó a llorar, diciendo:

—¿Te vas, hermano...? ¡Ah, hermano...! Ahora... me quedo solo...; totalmente solo...

XXIII

Varias veces me encontré en la calle con el patrono. Cambiábamos un saludo. Con su mano abultada se levantaba su gorra de piel, dándose importancia, y me preguntaba:

—¿Va bien eso?

—Sí.

—¡Bueno; continúa!

Luego de haberme otorgado este favor y de haber contemplado mi indumentaria, con una mirada escrutadora, Semenof seguía arrastrando, hasta desaparecer, su cuerpo en forma de bola.

Uno de aquellos tropiezos tuvo lugar a la puerta de una cervecería, y el patrono me propuso:

—¿Quieres tomar un vaso de cerveza?

Descendimos los cuatro escalones que con-
cían al sótano. Cuando llegamos a un salon
él se instaló en el rincón más sombrío y
sentó pesadamente en un taburete de patas
cizas. Miró a su alrededor como para co
las mesas. Había cinco, además de la nu
y todas se hallaban recubiertas con tapetes
un gris sonrosado. Detrás de la estante
una mujer vieja calcetaba, en tanto que
blanca cabeza cabeceaba de sueño.

Las paredes de piedra gris, de una sol
formidable, estaban adornadas con cuad
rectangulares. Uno representaba una ca
de lobos; el segundo, al general Loris-Mel
que tenía una oreja arrancada; el tercero
Jerusalén, y el cuarto, a unas muchachas
el pecho al descubierto, una de las c
ostentaba esta inscripción, trazada en car
res de imprenta: "Verochka Galanof, predil
de los estudiantes: *3 copeks*"; otra presen
los ojos reventados. Aquellas imágenes id
que nadie miraba, provocaban el tedio.

Por los cristales de la puerta se veía por
cima del tejado verde de una casa nueva
cielo vesperal y rojo, por donde volaba
innumerable bandada de cornejas.

Resoplando de cuando en cuando, Se
examinaba con atención aquel sótano de
dable. Me interrogaba con voz perezosa.
taba satisfecho con mi nueva colocación
¿Cuál era mi jornal?

Comprendíase que no tenía muchos d
de hablar y que el incurable aburrimiento
so le abrumaba. Saboreó con deleite la ce
dejó el vaso vacío sobre la mesa y le
un capirotazo en el borde. El vaso ca
comenzó a rodar. Yo lo detuve.

—¿Para qué? — dijo por lo bajo el patron
Deberías haber dejado que se cayera. Si se
biera roto, lo habría pagado...

Las campanas comenzaron a tocar a vís
con precipitación y con gran asombro de
cornejas que revoloteaban por el cielo

—Me agradan estos establecimientos —
Semenof, apoyando una mano en la par
Son tranquilos y en ellos no hay moscas...
las moscas les gustan el sol, el calor...

De súbito esbozó una sonrisa irónica.

—La necia de Sofía tiene por amante
diácono... Es calvo, está tísico y, natural
te, es un gran borracho... Está viudo... C
salmos, y ella llora, la majadera... Se
conmigo; pero a mí eso no me impor
Me divierte...

Una palabra que no pronunció pa
ahogarle. Luego, prosiguió bromeando:

—Abrigué en algún momento el pro
de casarte con Sofía... Me hubiera gustado
cómo vivíais...

Aquella idea me causó gracia a mí ta
y mi hilaridad provocó la risa del pa
una risa contenida y entrecortada.

—¡Qué diablos! — exclamó, encogiendo
hombros —. ¡Ah...! No son de nuestra
quia esos demonios... ¡Oh!

Se restregó los párpados. Breves lág
brotaron de sus ojos.

—¿No sabes...? Ossip abandonó el t
animal...

—¿Adónde se fué?

—Se fué en peregrinación, según creo
que tiene la rutina del oficio y que ya
joven... Hace tiempo que debería ser
dero... Es un buen obrero; un excelente
ro... Sí...

Movió la cabeza, bebió un trago de c
y poniéndose la mano a modo de visera,
al cielo y observó:

★ FIN DE "UN INVIERNO

—...tas cornejas...! ¡Qué enorme ban-... Escucha, hermano Trombón, ¿qué es ...sable y qué es lo superfluo...? ... sabe de un modo preciso... El diá-... "Lo que es indispensable a los ... es superfluo para Dios". Desde luego ...lo habla así es cuando está borra-... A cada uno le agrada disculpar sus ... La enormidad de personas inútiles ... en las ciudades resulta asombroso. ... mundo bebe y come; y ¿de dónde ... la bebida, de dónde proviene el ali-... Sí... ¿De dónde viene todo eso, ...?

...rporó de pronto, hundió una mano ...sillo y me tendió la otra. Su cara ... contraído y tenía una expresión pen-... ...s ojos atentos parpadearon.

—... que marcharse. Adiós...

...a bolsa repleta y muy usada, y hur-... ella con un dedo, agregó a media ...

—...spector de policía me preguntó con... a ti el otro día en la taberna...

—...¿Qué le preguntó?

...o me miró de reojo y respondió ...rencia:

—...carácter tenías y de qué hablabas... Le ... "Tiene mal carácter y la lengua ..." Bueno; hasta la vista.

...ndo la puerta de par en par, colocó ... los pies en los desgastados esca-... ...o ascender con lentitud su pesado ... ...sta la calle, por donde se perdió ... multitud.

XXIV

...of no lo volví a ver nunca más. ... años más tarde, por casualidad, me ... término de su carrera comercial. ... en la prisión. Mi carcelero me lle-... envuelto en un pedazo de periódico, ... fragmento pude leer lo siguiente: "...do de Pascua, nuestra ciudad fué ... una escena muy singular: Vassili Se-... conocido panadero y fabricante de ... recorrió nuestras calles en un coche ...rostro bañado en lágrimas. Se dirigió ... de todos sus acreedores, y les afir-...ando, que estaba totalmente arrui-... ...gándoles que lo hiciesen meter al ... en la cárcel. Como se conocía el ...te estado de sus negocios, no hicieron ... sus afirmaciones. Todo el mundo se ... deseo de pasar el día de Pascua en ... Los caprichos de este hombre extraño ...res en toda la villa. Pero, cuál no ...oloroso asombro del mundo comercial ... algunos días después, que Semenof ...parecido, dejando un pasivo de más ...nta mil rublos, luego de haber ven-... cuanto poseía. El carácter fraudulen-... quiebra es totalmente cierto."

...ante, referíanse las pesquisas in-... llevadas a cabo para detener a Se-... la cólera de los acreedores, y se ...ersas hazañas de mi antiguo patrono. ... pedazo de diario, sucio y pringado de ... me puse a reflexionar, de pie, ante ... Son muy numerosos entre nosotros, ... estos casos de bancarrotas fraudulen-... ...dentes o desgraciadas; estos casos ... sujeto declarado en quiebra desapa-... vida como un ladrón, como un co-... un ser débil...

—... clase de enfermedad es ésta...? ¿Qué ...sgracia es ésta...?

Un ser humano vive y trata de crear algo. Hace entrar en la maraña de sus proyectos una cantidad de fuerzas, de inteligencias y de voluntades que pertenecen a otros; devora una masa de trabajo humano, y luego, de un golpe, lo abandona todo caprichosamente; no termina nada ni construye nada; inclusive, a menudo, se lanza él también fuera de la vida. Y el penoso trabajo de los hombres desaparece sin dejar huellas provechosas.

El muro de la prisión era viejo y bajo, y no tenía nada de tétrico. Inmediatamente a su lado, elevábase hacia el cielo primaveral y acariciador el pesado edificio de ladrillo donde estaban ubicadas las oficinas de la administración del monopolio del alcohol. Más lejos, encontrábase en construcción una "Casa del pueblo"... Todavía estaba rodeada de una empalizada gris, semejante a una tela de araña...

Detrás extendíase el campo de suelo estéril, quebrado de profundas zanjas y poblado de verde musgo... A la izquierda, al borde de una zanja, un grupo de árboles de aspecto lúgubre alzábase sobre el cementerio israelita. Dorados acónitos se balanceaban en el campo. Un gran moscón se agitaba, zumbando, contra el cristal sucio, y recordé al patrono, cuando decía a media voz:

—A las moscas les gusta el sol, el calor...

De súbito, el obscuro agujero de la cervecería apareció en mi evocación, con los cuadros abigarrados que ornaban las paredes húmedas: la cacería de lobos, la ciudad de Jerusalén, "Verochka Galanof: *3 opeks*", y Loris Melikof, con su oreja arrancada...

"Me agradan estos establecimientos" decía el patrono, con voz enternecida y emocionada.

No quise pensar más en él. Me puse a mirar la campiña. Hacia el fondo, había una selva azul, por detrás de la cual corría el Volga, río poderoso y legendario. Me parecía que sus aguas corrían ampliamente también por el lecho de mi alma y la purificaban de todo aquel pasado...

"—¿Qué es lo inútil y qué es lo necesario...?"

Las palabras de Semenof martillaban en mi memoria.

En mi interior, una cosa se fundía y me oprimía, como si mi corazón se hinchase y se llenara de una inmensa piedad hacia el hombre que no sabe qué hacer de sí mismo, que no halla para sí una tarea en la tierra, quizá porque tiene demasiada fuerza, y no por pereza y por temor al "cansancio"...

Lo compadezco sinceramente, cualquiera que sea; lamento la fuerza que perece sin producir fruto alguno, y ese hombre hace brotar en mí un sentimiento apasionado y contradictorio, comparable tan sólo al que una madre experimenta hacia su hijo cuando tiene que castigarlo y siente deseo de acariciarlo...

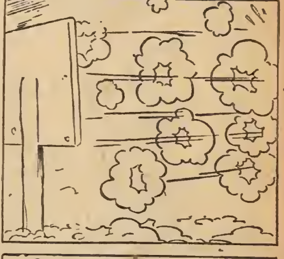
Por encima de los tablones grisáceos de la empalizada que rodeaba la masa roja de la casa en construcción, las siluetas de los albañiles se erguían con audacia; los obreros, minúsculos como abejas, se congregaban en torno al edificio, y lo hacían elevándose cada vez más.

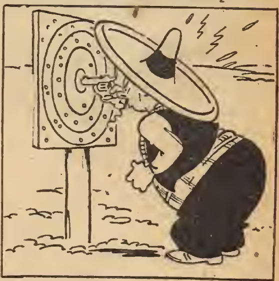
En tanto contemplaba aquel movimiento y aquel trabajo, recordé que por los múltiples caminos del gran país inorganizado, Ossip caminaría, solitario, sin prisa... Es "el hombre que pasa"... Lo miraría todo con ojos desconfiados; aguzaría el oído a todas las frases, con el fin de escuchar las palabras con las que, quizá, pudiera formar "el verso que haga la felicidad humana".

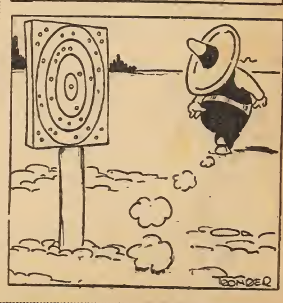
PANCHO SOMBRERO

ASI SI — por TOONDER











PRIMERA PARTE

Al alborear el 6 de enero de 1832, la devota de los tres Reyes Magos, la tía Bernabé, se levantó y encaminóse a la casa del párroco a pedir la llave de la iglesia. Llevaba bajo el brazo la escoba de retama para barrer el suelo y la alcuza para llenar las lámparas.

Era esta mujer una vieja tejedora, viuda del operario Bernabé, quien le había dejado, al fallecer, su nombre y una casa rodeada de un pequeño huerto.

Al pasar ante la puerta principal de la iglesia se arrodilló, persignóse y rezó. En ese instante oyó el llanto entrecortado y áspero de un niño. Volvió el rostro hacia donde le parecía que había salido aquel llanto, y, no viendo nada, se asustó.

—¡Santo nombre de Jesús! ¡Esto parece ser cosa de brujas! — exclamó.

El llanto del niño había cesado por completo.

La tía Bernabé, intrigada, inclinóse sobre la pared baja que circundaba el atrio y alcanzó a ver entre las gruesas raíces de un añoso olivo un envoltorio de bayeta azul, del cual partió de nuevo un vagido. Salvó penosamente el muro, agachóse hasta el suelo y recogió al niño, cobijándolo entre sus brazos y al calor del pecho. Después comenzó a echarle el aliento en el rostro, amoratado por el frío. La bayeta que cubría al recién nacido chorreaba agua, por la lluvia que escurría de las ramas del olivo. Rápidamente se la quitó, envolvió a la criatura en su delantal y la arrebujó entre el seno y la amplia chaqueta de lana. Después desanduvo el camino hasta la casa del párroco y mandó a decirle a éste que había hallado en el atrio un niño que parecía estar moribundo.

—¿Y a qué me viene ahora con eso? — preguntó el párroco, sacando de entre las cobijas la punta de la nariz y mitad del ojo izquierdo—. ¿Qué tengo que ver yo con eso? Que se lo lleve a Barcellos. Aquí no tenemos torno de expósitos.

La criada del cura transmitió así el recado.

—Vuelva allá, señora Juana — replicó la tía Bernabé, frotando los pies helados de la criatura con el borde de su saya de lana —, y dígale al señor cura que si este inocente muere sin bautizar, es un angelito del cielo que se pierde. El señor cura debe saberlo mejor que yo...

La criada volvió junto al párroco y repitió la respuesta, agregando por su cuenta:

—La tía Bernabé tiene razón. ¡Salte de la cama, haragán! — y le dió una fuerte
sobre la colcha —. ¡Un muchacho de ve
años, echado ahí como un viejo! ¡Arri

—¡Quédate quieta, Juana! ¿No ves
enfrío?

Ella le tiró del pie derecho, que tenía
maño descomunal, y él, con el otro, d
certeramente, le aplicó un golpe en el
que resonó como un odre lleno.

—¡Ay! ¡Maldita sea!—gritó ella, retr
do con las manos puestas sobre la parte
rida —. ¡Vaya manera de pegar! ¡Y qué
tiene!

—¿Te di bien, eh? — dijo él, risueño,
jándose en la felpuda frazada y rec
en la almohada.

—¡Esas no son bromas! — exclamó
jer, molesta, y en son de queja —.
usted haberme matado con el golpe si
darme aquí, en el corazón!...

Y se tocaba el estómago.

—¡Eso no es nada, Juana!... ¡No
des! Es que con este frío de todos los
vienes a moverme las ropas, y me tira
más, del pie del juanete donde tengo el
irritado...

—Me lo hubiese dicho — contestó ell
puesta a la reconciliación —. ¡Salte de



...utizar al expósito, que si se muere sin ... verá el revuelo que se arma en la al... Ya es bastante con lo que andan di... ...ra.

... las medias de lana; pero ten cuida... ...el sabañón.

...tras la criada le ponía las gruesas me... ...musculIaba:

... habrá sido la gran sinvergüenza ... abandonado al crío?

...a forastera, quizá.

...reo yo también. Aunque no estoy muy ... ¡Y me lo vienen a dejar en el atrio!... ...de palos!

...una cosa por la otra. Las de aquí se ... también a otros pueblos, si a mano ...o la moza.

...tinuación nombró varias ovejas fecun... muy honradas, mientras el pastor se ... cara.

...ar la toalla, que la muchacha tenía ...bro, y luego de sacudir la cabeza por ... de frío, el cura apretó el hombro ... con ternura felina. Esa caricia ratifi... ... Juana se rió gozosamente, lucien... ...quísimos dientes, y demostrándole ...o había resistido la prueba del rudo ...

Entretanto, la tía Bernabé, asustada porque el niño se amorataba cada vez más, llamaba a Juana con insistentes ruegos.

—Ya está vestido el señor cura—gritó la muchacha, asomándose a la ventana—. Marche usted a casa del tío Isidro y dígale que corra a la iglesia a echar agua en la pila.

❦ ❦ ❦

El cura salió de su casa de un humor terrible y bostezando. Cada vez que abría la boca trazaba tres cruces con el dedo pulgar.

La tejedora, que lo aguardaba en el atrio, se le acercó, mostrándole la cara amoratada del niño. El cura lo miró de reojo y preguntó:

—¿Es chico o chica?

—Es un niño—respondió la viuda.

—Prenda uno de aquellos cabos—dijo el párroco a Isidro, señalando los míseros candelabros de plomo de un altar—. ¿Tiene agua la pila?

—Ahí viene mi hijo con el cántaro.

—¿Ustedes son los padrinos? ¿Le ponemos Isidro o el nombre del santo de hoy?—preguntó, bostezando y persignándose en la boca, el párroco, que estaba en el umbral de una de las puertas, donde, según el ritual, esperaba la mujer.

—Hoy es el día de los Reyes Magos—dijo ella.

—Así es—afirmó también el cura.

Y dudó si "Reyes" sería nombre o apellido. No recordaba haber estudiado este asunto.

—Los Santos Reyes Magos eran tres—continuó la tía Bernabé.

—Ya lo sé—replicó el cura.

—Uno era San Melchor; otro, San Gaspar; otro, San Baltasar—expuso la devota de los magos orientales—. Al niño podría ponérsele Melchor, si quiere el señor cura.

—Yo quiero todo lo que ustedes quieran. Empecemos, que hace mucho frío.

Y metiéndose en la sacristía se frotaba las manos, echando los gases del estómago, todavía con el olor del vino de la cena.

—¡Angelito mío! ¿No irás a morirte con el agua fría?—decía aquella buena mujer, calentándole con su aliento las dos mejillas.

El párroco se puso la sobrepelliz, revistió la estola, mandó que trajesen al expósito al baptisterio, hizo un resumen del latín ceremonial y expresó:

—Ahora pueden proseguir su vida.

—Me voy a las Lagoas a ver si la Teresa do Eido quiere darle el pecho a este angelito hasta ver si arreglo que algún labrador caritativo me facilite un poco de leche de cabra—dijo la tía Bernabé.

—¿Entonces no lo lleva a la Inclusa?—preguntó el párroco, reflejando el asombro en los ojos.

—¡Cualquier día llevo yo a la Inclusa a un pobre expósito! Ya que Dios no me dió hijos...

—¿Y tiene mucho que darle?

—Mientras pueda hilar una madeja y tejer una tela, le daré mi caldo y mi pan; después, cuando yo no pueda, será él quien me lo dé a mí. Casa y dos palmos de huerta, gracias a Dios, tengo, y no se lo debo a nadie... Lo peor es que este niño, como no lo atienda en seguida, se muere de hambre... ¡Ay, Dios mío! Hay perras más amorosas que algunas madres...

—Bueno, bueno... arrégleselas usted como pueda—contestó el párroco, marchándose con la esclavina del capote embozada en la cabeza.

❦ ❦ ❦

El muchacho se desarrolló, creció y salió robusto y no muy mal parecido. Entre los siete y los once años aprendió a leer, y en las horas perdidas llenaba las canillas de tejer y devanaba madejas.

Si a Melchor Bernabé (como él firmaba, con agrado de su madre adoptiva) llega a descubrirlo algún novelista lleno de imaginación, habría dado motivo, por lo que hace a su origen, al vuelo alto de la fantasía. La madre quizá fuese una mujer noble de Famalicão o de San Tirso. En cuanto al padre, podría fantasearse, con toda verosimilitud, si sería alguno de los generales del ejército realista o liberal de los que por aquel tiempo maniobraban en esos parajes. Con estos dos elementos, la aristócrata y el general, cualquier imaginativo, aprovechando lo accesorio de las batallas, podría haber compuesto una novela de malas costumbres, en lo que respecta al chico abandonado, y un libro histórico, por lo que se refiere a la historia de la restauración de la Carta Constitucional y del sistema representativo. Hecho esto, el niño ganaba mucho, sabiendo nosotros que su madre era una libertina recatada que, en una cruda noche de enero, lo mandó poner entre las raíces de un árbol donde los cerdos hozaban en las madrigueras, y que no lo devoraron aquella madrugada porque se hallaban encerrados en sus pocilgas. Aunque esta desnaturalizada madre hubiese abandonado a su hijo por prejuicios de casta y buen nombre, la criatura nos sería muy simpática; sus líneas de fina estirpe lo diferenciarían de las caras vulgares de la plebe, la aureola del nacimiento misterioso le bañaría con la luz de una melancólica novela. Así sería; pero yo no sé quiénes fueron los padres de Melchor Bernabé. El muchacho, según oí decir a los que lo vieron de niño y de adulto, era feo, de rostro ancho, mal formado de piernas. Nadie podía adivinar, por la semejanza de su rostro, al padre o a la madre; se parecía a todas las mujeres y a todos los hombres de aquellas aldeas, donde las caras son aplastadas, sin que resalte ninguna protuberancia; o angulosas, como ciertas peras de invierno.

¡Es maravilloso este capricho fisiológico! La tierra de Maya es un bancal de muchachas bonitas, con los pechos altos y blancos como palomas en el nido; las caderas, elásticas y bien formadas, tienen salientes que llevan cautivo a uno, y lo tornarían loco si les viese las "lisas columnas" en que la "hiedra" del verso del gran Camoens recuerda los...

Deseos que como hiedra se enrollaban.

Siempre viene a la memoria este verso y los siguientes, por ser *Los Lusíadas* un poema que se lee en las escuelas y se encuentra en el canasto de costura de las educandas que lograron sustraerse a la morigeración severa de los lazaristas.

Traspuestos los límites de la Maya, la primera mujer que uno tropieza en la primera aldea del Concejo de Famalicão es fea y sucia hasta lo repulsivo, muy delgada, escuálida de pecho, y se viste de acuerdo con su mala figura. Y desde allí hasta Braga se podrá, si a uno le place, aspirar en todo su perfume la pura flor de la castidad. Si hay tierra donde puedan vivir en la soledad y asquearse del sensualismo santos tentadizos, es allí. Cada mujer es una higa bendita, de la que huyen los tres enemigos del alma, especialmente el último.

❦ ❦ ❦

Allá por mayo, el mes de las flores, de las erupciones y de otras fatalidades específicas, Melchor comenzó a amar. Tenía diecinueve años, tez roja, hombros anchos, silbaba como un mirlo, tocaba la bandurria y amaba a María Ruiva, hija de Silvestre López, el Ruivo, un labrador muy acomodado del pueblo. Este amor era ocultado como un delito, y por eso mismo se caldeaba y refinaba hasta la quintaesencia de la pasión, que está rayando con el desastre. Si el expósito se hubiese atrevido a alardear de preferencias en las atenciones de María Ruiva, lo habrían deslomado los rivales o alguno de los tres sacerdotes, tíos de la muchacha. Eran tres clérigos famosos por las hazañas de su época de estudiantes en Braga. Habían intervenido en las guerrillas de la usurpación... maron de nuevo las armas en 1846, en la ... za de Braga; se retiraron a casa después ... muerte de Mac-Donald, y decían misa ... unos cobres para no divorciarse del ofici...

Cuando uno de los sacerdotes entraba ... sa cierta noche, divisó un bulto oculto ... obscuro de las murtas que formaban la val... huerto y vislumbró entre el seto el bla... de una saya que clareaba. Encaminóse h... bulto con el palo listo para el estacazo ... el ruido del gatillo de una pistola. Suspen... golpe, y preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Melchor Bernabé.

—¿Qué haces ahí?

—Nada, señor cura.

—¿Por qué te ocultaste?

—Señor cura, no hago mal a nadie.

—¡Pero montaste un arma de fuego!—Y ... acercó a él enfurecido—. ¿Qué buscas en ... casa, expósito? ¿Te gustan mis sobrinas?

Y le lanzó un epíteto que revelaba la ... raleza de la madre incógnita.

—Señor cura, mire que si me pega, a... lo sienta mucho, disparo. Siga su camino, ... je estar a quien está sosegado y tranquilo.

El padre Juan Ruivo puso bajo el braz... pesado bastón, y murmuró:

—¡Quedas de mi cuenta, granuja!

Y siguió su camino.

Al salir el sol, espoleó a la yegua en ... ción a Famalicão; habló con la autorid... ministrativa, con los miembros de la Co... provincial, con el regidor, y salió satisf... Al otro día leíase en la puerta de la iglesi... Santa María de Abbade el nombre de M... Bernabé, expósito, entre los mozos el... para el reclutamiento.

Mientras tanto, Silvestre, el padre de M... llamó al lagar a las tres hijas que tenía y ... guntó:

—¿Cuál de vosotras estuvo anoche hab... en el huerto con el expósito de la tía Be...

Dos respondieron al instante:

—¡Yo, no!

Y agregaron:

—¡Ciegue yo de los dos ojos!

—¡Que se me quiebren las piernas!

—¡Malos rayos me partan!

La tercera, María, bajó la cabeza, lle... delantal de hilo a los ojos y rompió a ll...

—¿Fuiste tú?—exclamó el padre.

Y agarrando un rastrillo, iba a clavarle ... dientes en la cabeza, cuando las dos hi... sujetaron de las muñecas.

El padre, hombre forzudo, de cuarenta ... se libertó con trabajo de las dos valientes ... chachas, entregándoles el rastrillo, y gol... la otra con tanta violencia y rabia que ... cayó atontada.

En seguida se volvió a las dos hijas, y ... presó:

—Esta mujer se queda aquí encerrada, ... béis entendido? Si lo deseáis, le traéis el ... si no, que se muera ahí; que se la lleve... diablos.

Dicho lo cual salió, dió vuelta a la llave ... guardó en el bolsillo interior de la ame...

❦ ❦ ❦

Cuando Melchor, todo lloroso, le dijo ... tejedora que iba a ser soldado, ella ap... barbilla en las manos, puestas en actitud ... cante, volvió los ojos a una imagen del ... Jesús del Monte, de Braga, se detuvo ... instantes y dijo reposadamente:

—No serás soldado, hijo mío. El tío Sil... Ruivo me ofreció hace tiempo cuatro m... les por esta casa, con la condición de que ... bía de dejar... morir en ella. Vendo la ... aunque tú te quedes sin ella; pero en cua... parte se vive. No serás soldado, Melchor, ... el dinero al Gobierno, como hacen los ... de los labradores ricos, y quedas libre.

Melchor no amenguaba su llanto, y de...

do, entre los sollozos, articulaba pala- e la tejedora, un tanto sorda y del todo los amores del muchacho, no alcanzaba render.

llores, muchacho! — insistía la vieja, do el propósito de vender la casa.

Melchor, obligado a explicarse, formuló lamación.

—ía Ruiva está perdida y desgraciada!

—s!... ¿Qué es lo que dices, Melchor?

chacho se tiraba de los pelos, se aga- n las manos la nuca, y golpeaba un tra el otro. Se arrojaba contra un ca- castaño, y golpeaba la cabeza contra las con la pasmosa elasticidad de su aflic- Hacía esto porque desconocía frases que los malos novelistas, solemos prestar se de sujetos.

Bernabé, ya lo asía por la cabeza, los brazos, diciéndole los más cariño- elos. Por fin, el expósito, incorporán- un salto y mirando alrededor tan sinies- como cabe en una acotación de drama alconada pupila del señor Isidro Sabino en la tragedia, dijo con la sofocación ertiginosas angustias:

— como así... me mato!

ces sí que fué un fuerte sollozar el de ra, un desentonado llanto que alboro- vecindad.

Melchor vió que la casa se poblaba huyó por la puerta de la cocina, dos, ocultóse en un campo de cen- allí, tirado en tierra sobre las rubias lloró abundantemente.

s tanto, la tía Bernabé pedía a los ve- e fuesen tras él, porque su Melchor unciado que se mataría.

sito se dejó traer, como un borracho, vecinos; y al llegar a casa pidió que le acostarse. Después, cobrando ánimos agotadas las lágrimas siempre es segu- rió a la tía Bernabé su corta historia aría Ruiva, concluyéndola con una re- que dejó pasmada a la pobre tejedora.

❦ ❦ ❦

tos después, la tía Bernabé salió, tam- y apoyándose en las paredes, en l párroco.

todavía el mismo que bautizara a Mel- Había envejecido y engordado. Después er, meditaba sobre el destino de su al- ra que el destino del cuerpo le pare- ado. Juana, la de los zapatazos en ca de Hércules Farnesio, hacía mu- había cauterizado la conciencia llaga- dose el pelo y ciñendo los riñones es con la cuerda nudosa de los cilicios. también había sufrido una dura sa- contrición, hasta el punto de no subs- Juana y ponerse las medias directa y ente. En esta especie de amputación y no pudiendo, como Pedro Abe- ar sistemas de filosofía nueva, comía a s y profanaba con mala pronuncia- tin del misal. Prometía terminar bien. Bernabé le contó lo que Melchor le nfesado sobre María Ruiva.

le dije yo a usted, mujer, que se las como pudiera, ¿se acuerda? — recor- rroco.

—ñor, me acuerdo...; pero ¿qué quie- Aun no estoy arrepentida. Si usted la caridad, señor cura, de hablar a y decirle que ahora lo mejor sería que casar a la muchacha.

— atajó el cura —, usted, tía Bernabé, cabeza! ¡Dar Silvestre su hija al ex- Vaya, mujer, pida a Dios juicio y pillastre que siente plaza cuanto antes, de lo contrario, le arrancarán la piel. .. ¿Ese alma del diablo no pudo peor, eh?...

ra le oyó con el rostro anegado de y él, solfeando las palabras iracun- das al compás del redoble que hacía con la caja de plata sobre el brazo de la silla, continuó:

—¡Valiente tunante! Atreverse a hablar con ella, ya era mucho; pero eso que usted me dice, mujer, sólo en la horca. Y luego... una muchacha decente, que ya fué pedida por Francisco das Lamelas, que cosecha ochenta carros y veinte pipas, y además el aceite... Y que era la mejor de las hermanas, ¡una mocetona!... ¿Conque ese granuja le ha dicho a usted que ella...; de aquí a poco... no podrá ya ocultar el fruto de su crimen?

—Sí, señor — asintió la vieja tejedora.

—¡Sólo en el infierno! — respondió el párroco, alzando la punta de la nariz a fin de dilatar la circunferencia de las ventanas para el polvo de rapé —. ¡Sólo en el infierno!...

—¡Válgame Dios, señor cura! — replicó tímidamente la tía Bernabé —. ¿De modo que la religión de Jesucristo no tiene remedio para estas desgracias, que tantas veces han sucedido? En el mejor paño cae una mancha. En cuanto ellos se casen, ya está todo remediado. ¿No es así?

—¿El qué está?... ¿De modo que una muchacha que tiene tres tíos sacerdotes y que es hija de un capitán de milicianos ha de casarse así porque sí con un expósito que usted encontró cerca de la iglesia, en un matorral?...

—Es cierto; pero todos somos hijos de Dios — prosiguió la tía Bernabé, y aun habría ido más lejos en su prelección de caridad al pastor si una vecina no la llamase a la puerta de la casa parroquial para decirle que Melchor iba preso entre seis guardias que lo llevaban a ser soldado, y que él la mandaba llamar para despedirse.

La trémula viejecita, aun pudo bajar precipitadamente las escaleras; pero a los pocos pasos cayó de rodillas, apoyóse en el balaustre y se desvaneció.

Mientras tanto, el regidor ordenaba a los guardias que se llevasen al preso, ya que a la tía Bernabé la habían entrado desmayada en la casa del señor cura. Melchor pidió que le dejasen ir allí a despedirse de su madre. El regidor le volvió la espalda e hizo señas a los guardias de que prosiguiesen el camino.

❦ ❦ ❦

Cuando llegó Melchor a Famalicão le dieron un pasaporte y le enviaron entre seis soldados a Braga. Al día siguiente era soldado.

Ese mismo día la tía Bernabé lo buscó en el cuartel del "Populo". Cuando lo vió con el pelo rapado como un perro asqueroso y con el cuello de cuero negro, se le fué la cabeza y estuvo a punto de desmayarse. El recluta, llorando con ella en los brazos, enterneció al jefe de guardia, el cual les hizo entrar en el dormitorio. Dos horas después, la corneta llamó para la instrucción. Melchor ya no tenía nombre. Era el 29.

—¡Fuera de ahí, 29! — le gritó un cabo.

—¿Qué es? — preguntó la tía Bernabé.

—Que me voy a hacer el ejercicio, madre.

Ella le vió marchar junto con otros; y luego, a mitad de camino, un furriel barbudo y provisto de una vara le asestó en la parte que hay sobre las piernas un puntapié instructivo. La verdad se diga: era el primero.

La tejedora, cuando vió tal cosa, se salió del campo ahogada por los sollozos, entró en la catedral y oró largo tiempo con la cara apoyada en el pavimento. Después se levantó reanimada y retornó a su aldea a ejecutar lo que había convenido con Melchor: vender la casa y ponerle un sustituto.

Puso anuncios en la puerta de la iglesia y en los árboles que estaban al pie de las carreteras. El padre de María Ruiva tenía grandes deseos de comprársela para redondear con la huerta un campo y hacer en el piso bajo un establo para los bueyes de venta; recelando, sin embargo, que su dinero sirviese para rescatar al soldado, consultó con los hermanos clérigos.

El padre Juan marchó a Braga a "dar los pasos", decía, y al volver manifestó a su hermano, para tranquilizarlo:

—Compra la casa, que el expósito no se sacará de los lomos el correaje.

El labrador había ofrecido a la tía Bernabé cuatro mil reales cuando ella no pensaba en vender la casa en que había nacido; pero ahora, por tercera persona, mandó que le ofreciesen tres mil reales escasos.

La desventurada vieja iba a ceder, pensando en que veinte monedas de oro bastarían para rescatar al hijo; en eso estaba, cuando una beata de una aldea vecina, que se confesaba con el cura del pueblo, le propuso comprársela a fin de pasar la época de las penitencias cerca de su director espiritual. Esta mujer, que era virtuosa, fué al instante criticada por los Ruivos sacerdotes a cuenta del confesor que la dirigía; y el labrador, a su vez, se puso furioso al saber que la tejedora había vendido la casa en cuatro mil reales. El padre Juan, charlando de este asunto con el párroco, le zampó esta ironía entre dos polvos de rapé:

—Cuando se está tan gordo, señor cura, hay que "traerlas" cerca...

Y el pastor, ofendido en su candor, tuvo unos fuertes ataques de tos y escupió:

—Trayendo yo ovejas de fuera a esta parroquia, quizá me deje usted en paz las de mi rebaño...

Ambos se comprendían.

❦ ❦ ❦

La tía Bernabé, con el dinero y acompañada de un cuñado suyo que había sido navegante y era a la sazón calafate en Villa do Conde, salió para Braga. Por fortuna, éste había venido al pueblo para ver a los parientes, y doliéndose de la tristeza de su cuñada se había ofrecido para los pasos necesarios en Braga, a fin de obtener la baja de Melchor en el ejército. La petición fué denegada. El calafate anduvo entre abogados que le escribían instancias inútiles. Por fin comprendió que el muchacho había de sufrir bajo el peso de la venganza del labrador. Y como él había pasado cuarenta años en el mar y en él había cobrado odio a las ruindades de tierra, cuando supo que el rencor era de curas y el crimen del muchacho era de amores, le dijo a la cuñada:

—El muchacho, de hoy en quince días saldrá para el Brasil. Tú le pagas el pasaje, y el resto corre de mi cuenta. De aquí a Villa do Conde es desertor; pero cuando pase la barra, es libre... Mira: ¿ves aquella golondrina?... ¡Libre como ella!

—¿Y no volveré a verlo? — replicó ella sollozando.

Ultimo recurso



—Si con este vestido no consigo interesar a los marineros, no insistiré más.

Confusión explicable



—Pero si todo lo que le dije a tu madre fué que la casa estaría muy vacía sin ella...

—Si no vuelves a verlo, tanto da. ¿Tienes que cerrar los ojos para siempre o no? ¿Qué prefieres: verlo aquí soldado o saber que está en el Brasil siguiendo su vida? Déjalo que se marche. Cuando llegue a Pernambuco ya no se acuerda de la muchacha; y si se marea, es como si echase afuera el corazón por el gaznate. Tú te vienes a vivir conmigo a Villa do Conde. Tendrás qué comer y un jergón para descansar.

❦ ❦ ❦

En marzo de 1852 se hizo a la mar en Villa do Conde la barca *Concepción*. Entre los pasajeros iba el desertor. Llamábase allí Manuel José da Silva Guimarães, y jamás volvió a proferir su nombre.

Cuando la policía hacía investigaciones en el concejo de Famalicão en busca del paradero de la tía Bernabé, entregaba ella en Villa do Conde el alma al Señor. Había visto desaparecer las velas de la barca *Concepción*, arrodillada en la atalaya del castillo. Después quedóse de bruces llorando. La llevaron en brazos a casa del cuñado. Secáronse las lágrimas. La acosó la fiebre y el delirio. Llamó, llamó a su hijo, hasta que Dios la llamó a ella. No la confesaron ni le llevaron el viático; pero murió santa, porque viviera en santidad. Había encontrado a aquel pobre expósito, lo había criado y amado; había vendido una cadena para vestirlo decentemente, a fin de mandarlo a la escuela; había vendido las arracadas para comprarle un traje nuevo cuando él hizo su primera comunión; había vendido la casa y el telar y el lecho en que murió su madre, para librarlo de ser soldado. Padeció grandes angustias cuando supo que al hijo de su corazón se le acusaba de la desgracia de una muchacha honrada. Creyó que el señor cura, el predicador de la caridad y de la igualdad de los siervos de Cristo, amonestaría al labrador acomodado para que diese su hija por esposa al pobre. Es de creer que Dios perdonase esta santa ceguera de la cristiana. Por fin, de virtud en virtud y de dolor en dolor, tan pronto como, a los setenta años de edad, vió desaparecer para siempre a su adorado expósito, rogó a Dios por él y por sí misma, y... expiró.

SEGUNDA PARTE

Tan de prisa pasan veinte años, que yo, en este salto que obligo a dar al lector, no me cansaré en llenarle de frases el pasadizo. Lo mejor es cerrar los ojos y lanzarse.

¡Veinte años! ¿Qué son veinte años?

¡Nosotros éramos aún muchachos, oh viejos! Este "ayer" gastó veinte años en resbalar hasta "hoy". ¿Qué ha sucedido en este lapso fugitivo de nuestra vida entre la juventud y la vejez? Nada. A nuestro lado tenemos hijos que son hombres, y nietos que mañana serán hombres; además, parece que todavía ayer componíamos con un rayo de sol y con el perfume de una rosa la sonrisa de la rubia madre de estos hombres que hoy está vieja. Todavía ayer éramos poetas por el amor, audaces por las aspiraciones, valientes por la juventud. ¡Qué grandes cosas deben de haber pasado en ese instante de veinte años, mientras aguardábamos otras que jamás vinieron! Meditando siempre sobre el porvenir, no lo veíamos pasar. Por fin pasó; y se dejó conocer porque se marchaba pesado, tardío y triste: era la vejez. Llegó de súbito: oscureciósenos todo, como si desde el seno de un relámpago resplandeciesen las alegrías. Esta tiniebla fué instantánea, y gastó veinte años en condensarse. ¿Qué son, en verdad, veinte años?

❦ ❦ ❦

En 1872 vino a hospedarse a un hotel de Famalicão un brasileño a quien sus criados negros y blancos llamaban solamente "el señor comendador". No había venido recomendado a ningún barón del país. Había enviado por delante, como recomendación, un tronco de caballos, el coche, los lacayos. Representaba unos cuarenta años llenos de salud. Gran bigote, patillas a la inglesa, espesa cabellera rizada que le circundaba la frente, amplios hombros proporcionados, recias piernas, que se movían fuertes y sostenidas en pies firmes, como los cimientos de las pirámides de los Faraones. Vestía elegantemente de negro, con aire de persona que se pasea a la tarde por la carretera de Braga, con intención de ir por la noche al "Covent Garden" o a la "Royal Italian Opera". Siempre fumaba unos cigarros que exhalaban los aromas de las cámaras de las sultanas. En la mesa era de una elegancia frugal, que desmentía la procedencia. Miraba el biftec con tal hastío y tanta tristeza, que hacía recordar a Tertuliano, cuando, meditando en la metempsicosis, miraba al buey cocido y exclamaba: "¿Estaré comiéndome a mi abuelo?"

Aunque ni él ni los criados declarasen sus nombres y apellidos, los periódicos de Oporto habían anunciado la llegada del mayor capitalista de Pará, D. Manuel José da Silva Guimarães.

Nada de hipocresías con el lector: este "comendador" es Melchor Bernabé, el expósito.

❦ ❦ ❦

I

Al tercer día de su llegada a Famalicão, el comendador montó a caballo, acompañado del lacayo, y partió en dirección de Santiago de Antas.

—Va a ver la iglesia que hicieron los moros... — pensó otro comendador de la tierra, y así se lo dijo a otros dos comendadores, atribuyendo a los moros la iglesia de los caballeros de Rodas.

—Eso será — afirmó el más correcto —. Este hombre es mágico. Guimarães, el del hotel, ya le preguntó si había nacido en el Miño, y él respondió...

—Que no estaba seguro — concluyó el otro —. ¡Está chiflado!

—Ayer, en la feria, estuvo presenciando la venta de yuntas de bueyes para exportar. El que las vendía era Silvestre Ruivo.

—Ya sé, el hermano de aquel padre Juan que murió hace tres años de apoplejía.

—El mismo. Pues ese chiflado, que no habla con nadie, platicó con Silvestre acerca de los bueyes; después se lo llevó a la hospedería y lo invitó a comer. Silvestre estuvo después conmigo, y venía asombrado de haber visto a dos criados de frac, botas charoladas, corbata blanca y guantes, para servir a la mesa. "¿Y de qué hablaron ustedes?", le pregunté. Me dijo que el comendador le había preguntado muchas cosas acerca de la provincia, y que había quedado en ir a su casa para ver el establo de los bueyes. ¿Mágico o no? ¡Fíjense ustedes! ¡Irá a ver los bueyes!

—Si por lo menos fuese hace diez años — dijo el comendador Núñez —, valía la pena de ir a ver las becerras... Usted habrá conocido a las Ruivas: Antonia y Paca, señor Leite.

—¡Vaya si las conocí! ¡Qué mozas!

—Pues qué dirían ustedes — prosiguió el comendador Núñez — si hubiesen conocido a María. Todavía yo me acuerdo de haberla visto antes de marcharme a Río. ¡Qué muchacha tan hermosa! La cortejó un expósito...

—Ya oí hablar de eso.

—Usted no sabe nada, perdone. El expósito comenzaba a ir a la escuela de José [...] cuando yo salía de ella. Después tuve [...] allá en Río, de que la muchacha no había [...]bado bien. A él le prendieron para que [...] ser soldado, y desertó; y a ella nadie [...] verla. Unos dicen que está en un conv[ento de] arrepentidas; otros dicen que está ence[rrada] desde que aconteció aquello... hará, Juan [Núñez], hará sus veinte años largos...

—¡Eso es un padre enérgico!... ¡Hizo [...] bien! — dijo en tono de aprobación el m[ás ...]dido de los contertulios.

❦ ❦ ❦

Precisamente en aquellos momentos [...] el comendador Guimarães a la puerta [del] capitán de milicianos Silvestre López, a[...] "el Ruivo", donde lo esperaban.

En el descansillo de la escalera que [...] a la vasta habitación llamada "la sala de [...]ras" estaba el labrador, entre tres clérigos [vene]rables por su edad: cualquiera de ellos [...] de contar bastantes años sobre los sesenta.

El comendador entregó las riendas de[l ...]zán y subió jovialmente, apretando la [...] Silvestre y saludando a los sacerdotes.

—Qué, ¿no se perdió usted por lo [...] — preguntó el labrador.

—Preguntando se llega a Roma — re[...] el comendador, y refiriéndose a los curas[...]

—¿Son sus hermanos, señor López?

—Dos lo son; el otro es el señor párr[oco].

El huésped le miró fijamente, y preg[untó:]

—¿Es usted párroco de este pueblo hace [mu]chos años?

—Vine aquí de párroco en 1828, a los [...]ticinco años; tengo sesenta y nueve; eche [...] la cuenta.

—Hace cuarenta y cuatro años largos [que] está entre nosotros — agregó el padre [...] López.

—Justamente — confirmó el clérigo que [...] bautizado a Melchor, el expósito aban[donado] en la mañana del 6 de enero de 1832.

Charlaron de la guerra del Paraguay, [...] emigración de los aldeanos del Miño, de[l ...] próspero de la industria y de la agricult[ura por]tuguesas. El labrador, confirmando lo di[cho por] el comendador, enaltecía nuestra pros[peridad] con ese conciso, pesado y hasta cierto [...] bicorne argumento:

—¡Vean qué dineral dan los bueyes!

La mesa estaba puesta en el otro piso, [...] cabecera de ella la silla destinada al hués[ped.]

—Usted, aquí — dijo el labrador indic[ándo]la con cortés homenaje —. Nadie se [...] esa silla desde que falleció nuestro he[rmano] mayor, el padre Juan. Hace ahora tres [años] que murió de parálisis.

—De apoplejía — enmendó el padre H[...]

—Es igual — replicó Silvestre —. Est[aba di]ciendo misa, y cayó redondo en el altar.

—Es de creer que su alma estaría pre[parada] para ese trance — observó el comend[ador en] tono aflictivo.

—Era un buen sacerdote — dijo el p[...] cortando con cuchillo los canutos flexu[...]

... de macarrones —; ya lo creo. ¡Pobre- ... Dios le tenga en su presencia!...

— ... aquí toda su familia, señor Silvestre? — ...tó el huésped —. Si no recuerdo mal, ... de Villa Nova usted me dijo que ...os...

— ..., no. Tengo dos hijas.

— ... — rectificó el párroco.

— ... — replicó desabridamente el labra- ... peándole los ojos irritados.

— ... Sí..., dos...; estaba distraído... — ... el indiscreto cura.

... endador no perdía el menor gesto ... cuatro rostros.

— ... dos hijas — repitió el padre de Ma- ... Una está casada fuera con un propieta- ... tiene un hijo en Braga estudiando pa- ... y otro que está para doctorarse en ... La otra está en casa. No quiso casar- ... va por los treinta y siete. Es la que ... la casa.

... incidente. El comendador mostrába- ...nte abstraído. Comió muy poco, y ... casi nada. Y tan pronto hubo terminado ... de la exposición del pavo, del lomo ... adobado, de la pierna de ternera y ..., pidió permiso para retirarse, pretex- ... tenía que encontrarse temprano en ...

...o lo acompañó, porque el brasileño ...eseo de ver unas sepulturas notables de ... noticia la novela *El señor del Pazo* ..., que están en el atrio de la iglesia ... María.

... clérigos quisieron ir también; pero ...dor los dispensó de ello, con delica- ..., prometiendo que volvería a ver- ... con más calma.

...o, una vez mostradas las dos sepul- ..., convidó al ricacho a visitar su po- ...

— ...cho gusto, señor cura; simpatizo ..., quiero, además, que seamos amigos.

— ... señor mío! ¡Que valgo yo, pobre vie- ... párroco de la más humilde de las ...... Aquí consumí mi vida, y ahora ... que esta tierra, donde duermen tan- ...es yo bauticé, tantos a quienes casé, ...bién mis huesos.

...o estaba lúgubremente hablador. Ha- ... flor de poesía elegíaca entreabrién- ... tanto rociada de mal vino de Oporto. ...amente locuaz.

...eño buscaba motivo para hablar del ... acaecido en la comida sobre si eran ... las hijas de Silvestre.

...ron necesarios grandes rodeos. El ... se dirigió en seguida al asunto en estos ...

— ...re es buen hombre, buen feligrés, ami- ... tereses, eso sí; pero de este pecado, ... lleno el infierno. No obstante, este ...e un modo de pensar acerca de la ...o está concorde con la religión de ... y del perdón. Usted notaría la ira ...o que sus hijas eran dos, cuando yo, ...nte, dije que eran tres. Conocí al ...e había incurrido en falta y me co- ...ntra de mi conciencia; pero, en fin, ... comiendo en casa de ese hombre, ...n caballero respetable, la urbanidad ... a callar.

— Yo noté que usted, cuando cedió al ... lo hacía a la fuerza.

— ...or lo mismo que usted lo notó es ... debo, dada mi calidad de sacerdote, ... verdad ante usted, señor comen- ...ere oír la historia?... Pero me dijo ... prisa...

— ...r. Hable usted. Todavía tengo mu- ...

...oco salió a la ventana y ordenó al ... llevase la yegua por la sombra al ... Después, echando el cerrojillo de la ... gabinete, prosiguió, invitando antes ... al huésped en una cómoda butaca y ocupando él otra de grandes clavos y respaldo de cuero:

—Silvestre no tiene dos hijas, sino tres. La mayor, a la que yo bauticé hace treinta y nueve años, se llama María. Esta muchacha tuvo amores, hace veinte, con un expósito que se crió aquí en casa de una santa mujer, que lo encontró en el huerto de la iglesia, por el lado de fuera de las sepulturas que usted vió hace poco. El diablo del muchacho la desvió del buen camino y la puso en la más mísera situación que es posible en tales casos. La muchacha sentíase ya madre cuando uno de los clérigos, que ahora está en presencia de Dios, los encontró hablando una noche. Pocos días después, Melchor (así se llamaba el expósito) fué llevado preso de aquí a Braga para ser soldado. Pasado poco tiempo, el muchacho desertó y se marchó donde pudiese estar más seguro. Hablemos ahora de la moza: el padre le dió una tremenda paliza, la encerró en el lagar y le mandaba cada día dos tazas de caldo, dos pedazos de pan y un jarro de agua. Dos o tres meses después se me presentó un calafate de Villa do Conde, que era cuñado de la tía Bernabé que había criado a Melchor, y me dijo que su cuñada había muerto de "saudades" del expósito, el cual ya no podía volver a la patria, y que antes de fallecer le había pedido que viniese a verme y me rogase, por el divino amor de Dios, que hiciese yo todas las diligencias para hacerme cargo del hijo de su Melchor, que él, el calafate, se encargaría de llevárselo a Villa do Conde. A decir verdad, para mí, meterme en este delicado negocio con Silvestre, era muy difícil; pero pedí fuerzas a Dios y fuí a visitarlo. Le conté el estado de su hija y me ofrecí a dar al niño, cuando naciese, el único destino posible en armonía con los intereses de la tierra y los de la divina religión de Jesús, que mandaba que se acercasen a El los parvulitos. El hombre oyó, blasfemó, gritó que iba a matar a su hija; y yo entonces, resuelto a todo, le dije que si él la mataba yo iría a acusarlo de asesino de dos vidas. El hombre tuvo miedo y me dijo, para acabar, que me entregaría la criatura; pero que la muchacha jamás volvería a ver el sol ni la luna... Estoy fastidiando a usted, señor comendador...

—¡Por el amor de Dios! Me tiene muy interesado esta triste historia...

—¡Tristísima! Sí, señor. He aquí que nace un niño, y la que asistió al alumbramiento y me lo trajo fué una viuda, sierva de Dios, de quien yo era confesor, y que vivía en la casa que había comprado a la tía Bernabé. Yo fuí quien le pedí que mereciese la divina gracia por esta obra de misericordia. Ya estaba aquí entonces en casa de unos parientes el calafate esperando al hijo de Melchor. Se lo entregué, y allá fué el niño para Villa do Conde, después de haberle bautizado con el nombre de su padre.

—Y ese niño... — interrumpió el comendador, arrancando su pregunta de congojas que el párroco no presentía.

—Verá usted. Dos años después murió el calafate, y su criada me lo mandó para aquí, diciendo que su amo así lo había ordenado, a fin de que yo se lo entregase a unas hermanas y sobrinas suyas que viven en una aldea vecina. Llamé a las tales mujeres, les mostré la criatura, les di el recado del fallecido calafate, y ellas respondieron que no querían intervenir en esa historia; que se ocupasen del niño su abuelo y su madre, que eran bien ricos. La sierva de Dios, que vivía, como ya le dije, en la casa que fué de la tía Bernabé, se hizo cargo del pobre niño abandonado. ¡Había en esto misterio profundo! El padre se había criado en la misma casa en que muchos años después se criaba también el hijo, ¡ambos sin padre ni madre! Desgraciadamente, cuando el niño se acercaba a los seis años, se murió de repente la bienhechora. Los parientes echaron de allí al niño, y Silvestre compró la casa, la derribó e hizo un establo para los bueyes. Desde aquella ventana puede usted ver el establo en el lugar en que

Caso desesperado



—Si no consigues una red antes de las diez y media, no te preocupes más.

estuvo la casa de las dos santas mujeres. Es aquella que blanquea entre aquellos dos robles.

El comendador se asomó a la ventana, reconoció los alrededores de la derribada casa de su infancia, enjugó las lágrimas, volviendo la espalda al anciano y tomó asiento de nuevo frente al sacerdote.

—¿Qué había yo de hacer? — prosiguió éste —. Me traje al niño y lo mandé a la escuela.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó entusiasmado el brasileño —. ¡Muy bien, hombre honrado! — Y le apretó las manos, llevándoselas a los labios.

El párroco, retirando la mano, humedecida por las lágrimas, dijo emocionado:

—¡Cumplí con mi deber, señor! ¡Ojalá que esta buena acción me sirva de descuento por las muchas malas que tengo en mi vida!

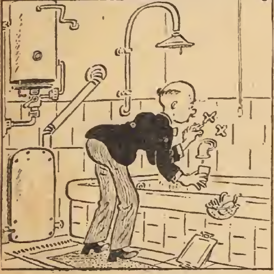
—Y más tarde, el niño... — interrumpió apresuradamente el huésped.

—El niño... Pero antes volvamos a hablar de la madre... Tres años y medio estuvo encerrada en la tal cárcel. Apenas si veía a la hermana que le llevaba el alimento. Después estuvo en peligro de muerte y pidió un confesor. A falta de otro, me llamaron a mí. En el acto de la confesión le dije que su hijo estaba en mi casa y que pasaba por pariente mío. Otros, señor comendador, decían que era hijo mío y de la mujer que lo había protegido. Perdoné a los calumniadores, para que Dios me perdone los escándalos que he dado; era justo que me difamasen, porque motivos di para ello con los desvaríos de mi juventud. Cuando María supo que su hijo estaba vivo, cobró fuerzas, quiso vivir, y venció a la enfermedad. Ella me decía: "Si vivo, algo me corresponderá de esta casa, y lo que yo tenga será para mi hijo; y si me muero, será un pobre más que pida limosna." Que pida, no — dije yo —, porque voy a mandar que le enseñen un oficio apenas llegue a la edad de poder trabajar. Entonces me preguntó si yo sabía algo de Melchor. Fuera de la confesión le respondí que el calafate me había dicho, muy en secreto, que se había fugado al Brasil. El primer año, el calafate recibía muchas cartas de Melchor, que éste escribía a su madre adoptiva, pensando que ella aun vivía. El calafate le contestaba que la tía Bernabé había muerto, y el muchacho seguía escribiendo siempre a la Bernabé. La opinión del calafate era que Melchor andaba por desiertos adonde no llegaban jamás las cartas que iban de Portugal. Después murió el calafate. No sé lo que pasó de ahí en adelante. Esto fué lo que yo conté a María. Por fin se divulgó por ahí la no-

AVENTURAS DE DON LINO

BAÑO IMPREVISTO por *BARTA*









ticia de que Melchor había muerto, y yo la aproveché, fuese o no verdad, a fin de ver si el padre de la pobre muchacha le daba alguna libertad. Hablé de esto a Silvestre y en nombre de Dios lo hice responsable de la privación en que la tenía de misa y de sacramentos. Tanto golpeé a la puerta de su dura conciencia, que conseguí que la dejara confesarse y oír misa al menos una vez cada tres meses. Poco a poco logré que viniese a la iglesia cada cuatro semanas, y en esas ocasiones, ella ya sabía que su hijo era el niño que me ayudaba a misa. Una vez en que no había nadie en la iglesia entró en la sacristía, se abrazó al hijo y lloró desconsoladamente. La dejé, ¡pobrecita!; pero después le rogué que no volviera a cometer semejante imprudencia, porque si alguien la viese no volvería a salir jamás de su cárcel. Cuando el muchacho cumplió catorce años, leía y escribía correctamente. Hice que le enseñaran el oficio que él eligió; quiso ser carpintero, para lo cual tenía mucha habilidad. Esa silla en que usted está sentado la ha hecho él. ¡Vea qué linda pieza! ¡Pues aun no hacía un año que aprendía el oficio cuando hizo esa obra que parece fabricada en Oporto!

—¿Y está aquí en esta aldea, Melchor? —preguntó el brasileño.

—No, señor; está trabajando en Braga; pero viene aquí todos los meses, para ver a su madre el día en que ella se confiesa.

—¿Todos los meses?

—Sí, señor; el primer lunes de cada mes. Dentro de una semana, si vivo, confesaré a la madre y daré de comer a Melchor.

—¿Dentro de una semana? ¡Qué alegría me daría usted, mi honrado y querido amigo, si me permitiera que yo contemplase en la iglesia a esa mártir mirándose en su pobre hijo! ¿Sería posible esto, señor cura?

—¿Por qué no? Venga el lunes, hacia las seis de la mañana, que es cuando yo la confieso y le doy comunión. La verá, y también verá al muchacho, que es quien sigue ayudándome a misa y ofreciendo el jarro de agua a la madre luego de comulgar.

Erizósele el cabello al comendador por una especie de eterización, mezcla de entusiasmo, de éxtasis y de tristeza. Apretó contra su pecho las canas del anciano y lo besó en la frente. El sacerdote le miraba con asombro, y él murmuró:

—¡Su historia me ha emocionado...! ¡Soy un hombre que admira complacidísimo las grandes acciones! ¡Si yo no hubiese creído hasta hoy en Dios, ahora caería de rodillas a sus pies, reconociéndolo!

—¿Y quién no cree en Dios, amigo mío? —preguntó el viejo, enjugando las lágrimas que bañaban su arrugado rostro.

* * *

El lunes señalado amaneció con todas las pompas, músicas y perfumes de una aurora de julio. El comendador Guimarães había llegado de Braga hacia medianoche y había ordenado a su criado que lo llamase a las cuatro de la mañana. Obvia recomendación. No durmió. Antes de nacer el día ya él llamó a los criados y mandó ensillar los caballos.

No eran aún las cinco y media de la mañana cuando ya estaba recostado en uno de los sepulcros del atrio de Santa María de Abbade. A corta distancia pastaban los caballos impacientes en un pequeño prado del altozano. El sol brillaba en una de las ventanas de la iglesia. Los pardales piaban en el olivo, en aquel mismo secular olivo que treinta y nueve años antes había ofrecido, en sus raíces encorvadas a flor de tierra, una cuna empapada en la lluvia a aquel hombre que ahora se sentía allí feliz tan intensamente que las palpitaciones de júb hieren el corazón como los dardos de la a Las golondrinas cantaban en torno a la c de la iglesia y revoloteando en amplios cí cortaban con notas arrulladoras por ent ondas de luz el grandioso himno que tierra se completa con las lágrimas de g de aquellos que pueden llorarlas a la D Providencia...

El, Melchor Bernabé, lloraba esas l benditas contemplando la tierra donde bre tejedora se había arrodillado para lev helado hasta su pecho y resucitarle con lagro de caridad.

A las seis menos cuarto oyó pasos que ban en la reja de hierro que forma la del atrio.

Corrió presuroso al ángulo de la iglesia a una mujer envuelta en una capa que le ba la cara, encaminándose hacia la puert ral. Simultáneamente llegó, trasponiendo salto la pared, un muchacho de buena cia, vestido de azul, con su sombrero de en la mano. El comendador se detuvo, a en el ángulo. La madre y el hijo estaban zados. De pronto se dieron cuenta de sencia de aquel hombre extraño.

—¿Quién es? —preguntó María.

—¡Es un personaje! —dijo él—. Lo vi ga con el señor deán, y entraron en el del señor arzobispo. Allí abajo, en el están dos caballos y un criado de librea. de ser suyos...

—Seguramente es un comendador que en casa de tu abuelo hace hoy una Tu tía lo vió y me dijo que era así: gote y patillas.

—¿Qué hará aquí?

—¿Mira hacia nosotros? — preguntó dre, mirándole de reojo por una rendija capa con que se tapaba la cabeza.

—No nos saca ojo... Y parece que desmayarse...

—¡Estará enfermo!... Menos mal que ga el señor cura...

—Y se va a hablar con él, madre...

—Entonces es el que yo te decía.

—¡Melchor! —dijo el clérigo—. Toma ve y entren, que allá voy yo en segui

El muchacho fué a buscar la llave, mano al sacerdote y saludó con una ción de cabeza al desconocido.

El comendador, con los ojos fijos en movía con una respiración angustiosa; esfuerzo que hacía para dominar los que le arrastraban hacia su hijo. El c abrió la puerta y acompañando a su ma tró en la iglesia, diciéndole:

—Aquel hombre me miraba de un mo parecía querer hablarme...

El brasileño, luego de responder al del párroco, le preguntó:

—¿Tendría inconveniente en confesa ñor cura?...

—Con mucho gusto, señor comen Cuando usted quiera.

—Ahora mismo. Deseo recibir la juntamente con esa señora.

—Pues ahora mismo.

Y el padre decía para sí: "Este hon sido iluminado por la gracia divina, tro Señor eligió al más pecador de vos para servidor de su misericordia pecador."

En aquel momento entraban por el la iglesia, de paso para la sacristía. El se inclinó al oído de María, que rezaba altar del Santísimo, y le dijo:

—Aguárdate un poquito, que voy a sar a una persona. —Y llamando a Me Ve a casa, abre el segundo cajón de la y trae el paño grande con encajes. planchado, para comulgar a aquel señor.

* * * FIN DE "E

... hora después el comendador salió de ... cristía y fué a arrodillarse en el primer es... del altar mayor. Cuando María vió que ...co salía y que la llamaba al confesona... al lado del desconocido, con los ojos ... tapándose las mejillas con el cuello del ...

...r ya había llegado con el paño de vo... ...midonados, y lo desdoblaba y arregla... el sagrado ministerio. Después entró ...cristía con las vinajeras, puso agua y ...ió y dispuso el paño de manera que ... aun no manchada sirviese para el ... De vez en cuando salía a la puerta ...ristía y se quedaba mirando al comen... ...que estaba arrodillado, con la cabeza ...eniendo la frente entre sus manos.

...rdote salió del confesonario andando ...te, apoyándose en la verja de un al... ...o de María Ruiva fué a darle el bra... anciano se quejaba de dolores de ren... rodillas y en los riñones. La peni... ...o a la capilla mayor y arrodillóse de... brasileño, leyendo actos de contrición ...ia.

...rroco empezaba a revestirse para ir a ... cuando el comendador se levantó y ... para la sacristía, fijándose en María, ...e el rostro iluminado por un rayo de ... se reflejaba, a través de una ventana, ...rficie metálica de unos dorados can... No la habría conocido si la hubiese ...o en su camino. Aquel rostro había ...rino, aterciopelado, como los pétalos ... rosas humedecidas por el rocío en las ...drugadas. Había tenido las curvas re... ... y suaves de la salud, de la fuerza, ...ón del aire fuerte y del sol, que curte ...is y colorea la sangre.

... delgada, angulosa y pálida, como las ...culpidas por inspiración del martirio; ... maceración era la divina hermosura ... era, a los ojos de aquel hombre, la ...ión de la mujer.

... en la sacristía, y con voz trémula dijo ...te:

...r cura, le ruego que antes de subir al ... ...e aquí a su penitente.

... —preguntó el párroco con asom... ... muy tímida...

...ue el comendador tan sólo deseaba ...rca a la mujer cuya desgraciada his... ...abía conmovido.

...mporta —respondió el brasileño—; es ... que venga ella aquí antes de que us... ... la comunión.

... —inquirió el padre—. Está bien...

...do a la puerta de la sacristía, llamó ... de Silvestre López, el Ruivo.

... ella con timidez y asombro. El hijo, ...ía en las manos los dobleces del al... sacerdote estaba poniéndose, las soltó, ... los brazos y se quedó con la expresión ... de la curiosidad.

...endador, en aquel momento, presentó ...o media hoja de papel sellado y le ... la leyese. El cura pidió a Melchor ...era los anteojos, temblorosamente se ..., acercóse a una ventana y, leyendo ... la firma, dijo:

... firma de su eminencia el señor ar... ...e Braga... La conozco...

... la vista a lo alto de la hoja, y leyó ...gue:

...demos al párroco de Santa María, de ...is, en el consejo de Villa Nova de Famalicão, que realice, sin previa lectura de las amonestaciones, el sacramento del matrimonio entre los contrayentes de mayor edad..."

El párroco no prosiguió, abrió desmesuradamente los ojos, ajustó bien los anteojos en la nariz, oprimió los párpados con el dedo pulgar, volvió a acomodar los anteojos y dijo al hijo de María:

—Muchacho, ¿qué nombres son éstos que están en el papel?

El acólito leyó:

"...entre los contrayentes de mayor edad Melchor Bernabé, hijo de padres desconocidos, y María López, hija legítima de Silvestre López y..."

—¿Qué es esto? —exclamó el párroco—. ¡Santo Dios!

—¡Melchor Bernabé —dijo el muchacho con el mayor de los asombros— soy yo!...

—¡Melchor Bernabé es tu padre, hijo mío! —exclamó el comendador abrazándole; y alargando, al mismo tiempo, el brazo por el cuello de María, la atrajo hacia sí, la besó con los labios ardientes como las lágrimas que le surcaban la cara, y murmuró sollozando:

—¡Aquí me tienes, desventurada María mía! ¡Aquí está el pobre expósito!...

Ella lanzó un grito agudo como la alegría de los encarcelados, de los condenados a la eterna deshonra que de improviso vieran caerles a chorro en las tinieblas la luz del cielo y la rehabilitación de la honra. Quería reconocerle tocándole las mejillas, pero le faltó la claridad de los ojos y la lucidez de la razón. Ella pedía luz, pedía a Dios que no la dejase morir, y desfallecía colgada del cuello de Melchor.

❦ ❦ ❦

Era santa la felicidad de María: habíale costado veinte años de ultrajes sufridos con resignación, sin rebeldía contra la implacable crueldad del padre ni contra la inmovilidad de las fuerzas divinas. Había confiado en Dios, había esperado siempre. Ella decía que había soñado aquello mismo: la llegada de Melchor y la restauración de su honra.

Refeas eselo al párroco, y al esposo, y al hijo, a la puerta del templo; y él, el anciano, con las arrugas de la cara relucientes de lágrimas, decía:

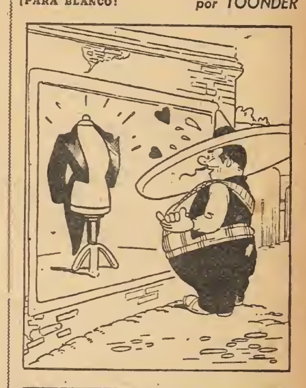
—Yo fuí quien os bautizó y quien os acaba de casar, hijos míos. Ahora, enterradme vosotros, porque yo no tengo a nadie.

❦ ❦ ❦

Melchor Bernabé exigió como dote de su esposa el establo de los bueyes levantado sobre los cimientos de la casa en que él había sido recogido y cobijado en el seno de la bondadosa tejedora. Allí donde estuvo la cabaña de piedad y de candor se alza hoy un palacete con las mismas cualidades divinas, acrecentadas por la ventura del amor. Desde la lejanía se ve el palacio del comendador Guimarães, hoy de nuevo Melchor Bernabé, y al pie, en el interior del palacio, los alardes de la arquitectura y de las decoraciones desaparecen eclipsadas por lo que hay de más grande e inmortal en las obras humanas: la virtud. Allí está, hoy paralítico, el que fué párroco de aquella aldea, a quien todas las mañanas sacan a pasear en una silla de ruedas que le hizo el joven Melchor, aquel muchacho que sigue, en el esplendor que hoy disfruta, la fuerte vocación que desde su niñez lo llevó a aprender el oficio de San José.

PANCHO SOMBRERO

¡PARA BLANCO! *por TOONDER*







EN BUENOS AIRES HAY..., etc.

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 19)

Como todos los de su género, el Teatro Experimental nació con más esperanzas que recursos. Carecía de local y había que reunir a los aspirantes para hacer la selección. Entonces su director, Emilio Satanowsky, tuvo una idea brillante: reunió a los 50 aspirantes en el bosque de Palermo, y allí, bajo los árboles y desafiando las inclemencias del tiempo en pleno mes de junio, hizo rendir las pruebas de suficiencia. Catorce actores y seis actrices fueron aceptados. Ellos forman el elenco actual.

"Agrupación Artística Victoria"

La "Agrupación Artística Victoria" nació el 15 de enero de 1941 en el subsuelo de la calle Victoria 589. Fué fundada por una mujer, la actriz Nelly Suárez, que es también su directora. La agrupación cultiva, aparte del teatro en sí, el arte lírico y la coreografía. Su propósito fundamental es brindar un tipo de teatro de alta cultura.

No ha faltado, naturalmente, la nota imprevista en muchos momentos de su actuación. Así sucedió que un día la joven actriz y soprano María del Carmen Seco debía cantar una romanza. A medida que se acercaba el momento de dar el "agudo", su emoción la coartaba cada vez más. Temiendo que esa emoción la hiciera enmudecer en el instante crítico, uno de los actores, dueño de un ratón amaestrado, esperó la oportunidad, y justo en el instante preciso se lo soltó al escenario. El agudo que lanzó la soprano fué el mejor de toda su carrera.

Diez actrices y catorce actores integran el elenco. Es de hacer notar que esto constituye una particularidad. En efecto, en casi todos o, mejor, en todos los teatros experimentales, el número de actores supera por un margen mucho mayor al de las actrices.

"La Máscara"

La agrupación teatral "La Máscara" podría definirse como una entidad que lucha con su destino. En efecto, al año de funcionar, su local se incendió y perdiéronse todos los decorados e instalaciones. Doce meses después, reconstruído, volvía a abrir sus puertas en un nuevo local. Finalmente, ese nuevo local, con motivo de la apertura del tramo más reciente de la Avenida 9 de Julio, era derruído; y he aquí que "La Máscara", otra vez desprovista de sede social, ve comprometida su actuación, si bien la fe y el entusiasmo de sus treinta componentes no ha disminuído por ello en absoluto.

El director de "La Máscara", Ricardo Passano, nos informa de la obra realizada y de los proyectos a cumplir. Concretándolo todo en este lema: "El teatro no es un templo, es un taller".

"La Cortina"

El teatro "La Cortina" fué fundado por la joven y destacada pintora Mané Bernardo, en compañía de Alberto Vanna, en el año 1937. También la escritora María Rosa Oliver, directora y activa colaboradora de la entidad, ha tenido un papel muy activo en la marcha de "La Cortina".

En realidad, esta agrupación, que ya cuenta con seis años de actuación, nació un poco en broma y sin intenciones de perdurar. Mané Bernardo así nos lo confiesa, y nos dice que ellos, los fundadores, fueron los primeros sorprendidos por la responsabilidad que significaba, desde el punto de vista artístico, la supervivencia de la institución.

"La Cortina" funciona en la "Asociación de Periodistas", y una de sus más recientes representaciones tuvo lugar en la Casa del Teatro, poniéndose en escena "Diferente", de Eugenio O'Neill. Es una característica de esta agrupación la de representar con preferencia obras extranjeras. Otra de sus características es la de que en ella las actrices constituyen la parte más considerable del elenco.

"Teatro Libre Florencio Sánchez"

El "Teatro Libre Florencio Sánchez" es rico en anécdotas desde la época de su fundación. Un día, en 1940, los componentes de la recién nacida agrupación, salieron a recorrer los aserraderos del barrio pidiendo en cada uno de ellos un tablón. Se trataba de hacer así el escenario. No consiguieron una sola madera. Fué entonces cuando apareció el mecenas indispensable: el señor Iturrat, que, simpatizando con el propósito de la institución, no sólo donó toda la madera necesaria, sino que contribuyó con la suma inicial para impulsar el nuevo teatro.

Su primer director fué el actor Pedro Zanetta; el actual, Arturo Frezzia.

Las jóvenes actrices nos cuentan lo que ocurrió un día en que la dirección citó a todos los autores noveles que quisieran proponer sus obras. Se presentó uno. Era un señor de edad madura. Ante toda la compañía reunida para escuchar la lectura, extrajo su manuscrito y leyó, ante la atención religiosa de sus oyentes: "Tragedia en siete actos, en prosa y verso, original de Fulano de Tal".

Y luego este promisorio comienzo: "... primero, escena primera. Decorado: pieza ... serable y sin luz. Al levantarse el telón, ... donio, flaco y rotoso, despeinado y p... halla en medio de la escena, con un hacha ... mano, gritando: "¡Se acabó! ¡Todo se a...

En la escena siguiente, Celedonio, en ... paroxismo, amontona todos los destro... muebles en medio de la escena, los roc... nafta y les prende fuego. Una acotación ... "Celedonio, desesperado, se arranca los ... llos y los echa a la hoguera"...

Aquí terminó la lectura en medio del ... cijo general.

Comprendiendo que el teatro de cali... el que mayor atracción ejerce sobre el p... la temporada de 1943 fué inaugurada c... bella obra de Andreiev "El que recibe ... fetadas", a la que siguieron otras de re...

Por lo demás, en su local de la calle ... 1194, la agrupación seguirá con su pr... de conferencias, conciertos y exposicion... pintura, durante todo lo que resta del ...

"El Tinglado"

Puede decirse que el teatro indepe... "El Tinglado" nació de las páginas del ... de una escritora. En efecto, María C... Garay estaba corrigiendo las pruebas ... libro "Locuras de cien distancias", en ... prenta donde éste se imprimía, cuando de ... conversación con un grupo de colegas ... riodistas nació la idea de fundar "El Tin...

En 1939 dió la primera representació... "La ventana que da a la felicidad", de ... Carlos Guerra, y poco después "Pri... ajena", de José Armagno Cossentino.

En su origen contó con la valiosa co... ción de las alumnas de la Escuela de Ar... cénico, Sarita Armas y Margarita de l... nos, así como con la de algunos escrit... elenco tiene veintidós actores y ocho ...

Cuando preguntamos a la fundadora ... Tinglado" por qué abundan más los ... que las actrices, nos dice:

—Tal vez se deba a ciertos prejuic... impiden que las chicas jóvenes puedan ... la necesaria libertad para asistir a en... representaciones que, por lo general, ... lugar en horas de la noche. Recuerdo q... fonsina Storni se preocupó de ello y d... en cada recitadora había en realidad ... sibilidad de una actriz fracasada. Y que ... citado era el refugio de todas aquell... habían amado el teatro y no habían ... ver realizado su sueño por esa causa...

CAMPO Y CIELO; MATE..., etc.

(CONCLUSION DE LA PAGINA 43)

puede prescindir; tuvo que prescindir de él en muchas ocasiones el paisano; pero no de la carne, porque faltándole ésta sería como faltarle la tierra, el mate es el cielo; o en otros términos, realidad y fantasía, materia y espíritu.

De este modo vemos que el mate, en la más criolla de las acepciones, la de cimarrón, aparece unido a uno de los instantes de más honda poesía del "Martín Fierro", cuando sus estrofas evocan, nostálgicamente, los días paradisíacos en que el gaucho vivía feliz en la pampa:

> Entonces... cuando el lucero
> brillaba en el cielo santo
> y los gallos con su canto
> la madrugada anunciaban,
> a la cocina rumbiaba
> el gaucho que era un encanto
>
> Y sentao junto al fogón
> a esperar que venga el día,
> al cimarrón se prendía,
> hasta ponerse rechoncho,
> mientras su china dormía
> tapadita con su poncho.

Tan dura fué en ocasiones la vida del gaucho, que hasta el mate llegó a ser para él un lujo, incluyendo a la yerba entre lo que se llamaba en su lenguaje "los vicios", al igual que el tabaco, la caña y el vino. Cierto que la carne era lo único indispensable para subsistir; pero ¡ay! que privarse del mate es para el gaucho como si le faltara media vida, porque el mate es el ensueño y en él está la poesía del ocio, ya que es un estimulante magnífico de la imaginación.

Un pueblo que toma mate es un pueblo que sueña, y un pueblo que sueña tiene ideales y es capaz de sacrificarse por ellos, como lo demostró el nuestro en sus horas heroicas. Y, si el mate nos habla de la vida humilde y soñadora del gaucho, nos habla también de su naturaleza íntegra, de su fortaleza y su salud, porque sólo entre hombres sanos y fuertes cabe el pasarse el mate de unos a otros, chupando todos de la misma bombilla, sin temor a ser contaminados. Símbolo de una hermandad de raza, el mate tiene, además, un alto sentido de solidaridad humana, de compañerismo entrañable, de verdadera amistad, ya que siendo uno solo hace también de cuantos lo toman una misma persona, como si a través de él tomara cuerpo el aforismo romano que considera al amigo como otro yo.

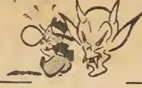
Es claro que esta simplificación alimenticia de mate y churrasco pertenece a aquellos tiempos idos en que el gaucho señoreaba nuestras llanuras —"paja y cielo"— como único habitante de la pampa, de la que fué señor en su pobreza. Hoy que el gaucho, al igual que la pampa, ya no existe en su prístina acepción —"vencido, galopando hacia el olvido, se perdió"—, los elementos esenciales de su alimentación ... rrasco y mate, se conservan en la cocina ... lo mismo que en el hombre de nuestros ... se conservan las líneas esenciales de su ca...

Signo de la mudanza de los tiempos es ... un paisano echando un trago en un d... de sus faenas: en vez del chifle antiguo, ... se guardaba la bebida como oro en paño, ... "mamajuana", la botella de vino cosechado ... país. Pero el beso que le da al gollete es ... mo; ese beso criollo que tiene su mejor ... ción en el "Fausto", de Estanislao del C...

> "Déle un beso a esa *giñebra:*
> yo le hice sonar de una hebra
> lo menos diez *golgoritos...*".

Se va realizando el sueño de los hombre... llegaron otrora a estas tierras desérti... sueño de los que plantaron en ellas los p... árboles y que se vieron vencidos por la ... leza, siendo ellos los transformados, de ... con palabras del propio Hudson, "de agr... en ganaderos exclusivamente, y en ca... hundiéndose cada vez más en una vida ... salvaje". Pero con el tiempo, el hombre ... haría transformando esta naturaleza, ... tiéndola en una despensa donde hay ... pan y vino en abundancia, si bien en los ... años en que bregó a solas con ella, s... que su mate y su churrasco, se fué model... fisonomía, creándose una imagen nueva, ... gaucho, sobre la tierra nueva... ◈

LAS AVENTURAS DE Chu Man Fú



por J. CHRISTIE M.

(ESPECIAL PARA LEOPLÁN)

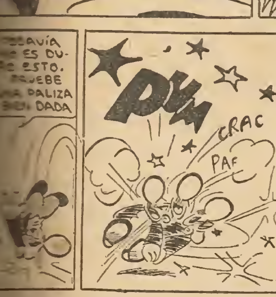


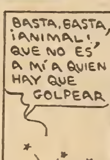




PUM





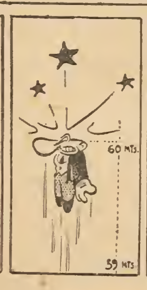










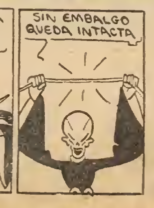


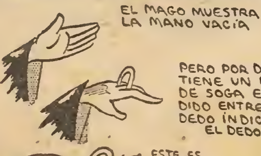














La sencillez de esta magia hace que la pueda hacer hasta un niño, pero debe cuidarse de no mostrar la mano por atrás hasta después de haber ejecutado la prueba.



CHARADAS

Hoy el señorito Andrés
conmigo se ha incomodado,
porque *primera dos tres*
todo que ayer le han dejado.

Fué *prima cinco* una *todo*
bastante *tercera cuarta,*
que allá en la *segunda cuatro*
tuvo un día la desgracia
de caerse a las *tres-prima.*
—Pero, ¿la salvaron?
—¡*Cuarta!*

Mi *todo* es muy *dos-tercera,*
y ayer, su amiga Facunda
le trajo una *prima segunda*
para que ella lo luciera.

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA NUMERICO

1	2	3
4	5	6
7	8	9

Se trata de combinar estos nueve números en tres columnas de tres cifras cada una, de manera que horizontal, vertical y diagonalmente sumadas, nos den siempre 15.

Advertimos que el problema tiene varias soluciones, regidas todas ellas por una ley matemática.

(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: ORDENACION

Consiste en ordenar estos nueve fragmentos de modo que resulten cinco líneas de cinco letras cada una, y que éstas expresen horizontal y verticalmente:

1ª: Planeta.

2ª: Población portuguesa.

3ª: Arbol.

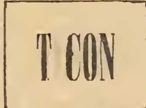
4ª: Otro planeta.

5ª: Pieza en los edificios.

1: A | L — O
2: A | L
3: S — A
4: A | N — O
5: N | U — R
6: U — S
7: V | E
8: E — N | O — R
9: V | O — G

(La solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



II VI $\frac{\text{VN}}{\text{IVI}}$

2 $\frac{\text{YY}}{\text{TT}}$

A o

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA GRAFICO

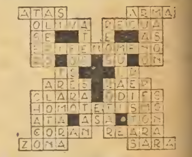
Hay que trazar esta figura sin levan[tar el] lápiz del papel. ¿Lo hará usted?



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERI[OR]

DE LAS "PALABRAS CRUZADAS"



DE LOS "JEROGLIFICOS"

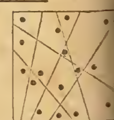
HACENDOSA

PARPADOS

DEL PROBLEMA: "EL CUADRADO MISTERIOSO"



DEL "PROBLEMA DE INGENIO"



¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

ATILIO L. RUIZ, *Capital.*—Hemos tomado nota de su pedido, que comunicaremos a los lectores interesados.

MOROCHO ROMÁNTICO, *Ingeniero Huergo.*—Debe firmar con el nombre completo.

PABLO A. BRIZUELA, *Capital.*—Los problemas que plantea actualmente la crisis de la industria papelera nos impiden, por el momento, incorporar nuevos elementos a nuestro cuadro de colaboradores.

ZAR, *City Bell.*—1º Los insectos tienen un área de dispersión muy amplia. Salvo quizá alguna rara excepción, no podría hablarse de especies argentinas, sino de sudamericanas. En su caso, lo más sencillo sería recoger uno o dos ejemplares de todas las especies que existan en esa localidad y enviárselos a su amigo, debidamente acondicionados. El se encargará luego de seleccionar los que le convengan. 2º En las grandes librerías se venden insectarios ya preparados.

CEVE, S. T., *Santa Fe.*—Lamentamos no poder orientarle en sus investigaciones.

FLORENTINO BELTRÁN [...]TE, *Bogotá.*—Lea la re[...] que damos a Pablo A. B[...]

HANS G. ROST, *Río de* [...]*ro, Brasil.*—Lea la re[...] que damos a Atilio L. R[...]

MARÍA MARTHA RODRÍGUEZ, *Rosario.*— [...] enviar la carta para la señorita Celley H[...]dez, a esta redacción.

G. TRIPODI, *Capital.* — He aquí una f[...] para hacer pasta adhesiva: Se mezclan [...]mos de harina, 280 centímetros cúbicos d[...] 3 centímetros cúbicos de amoníaco y [...] reposar durante diez minutos. Luego se [...] y se agregan unas gotas de esencia.